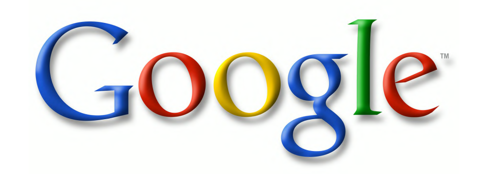
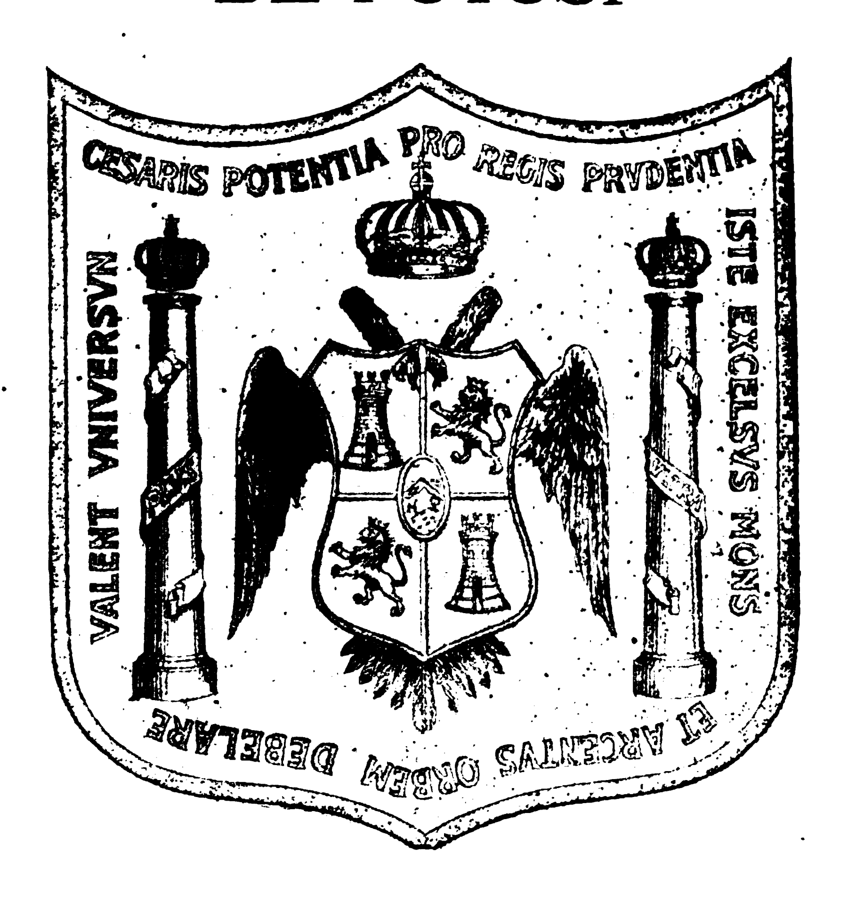



HARVARDIANA
ACADEMIA IN NOV·ANG
ET
CHRISTO ECCLESIAE
VE RI
TAS

BROCHA GORDA

LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ



HISTORIA ANECDÓTICA
TRADICIONES
LEYENDAS
RETRATOS
TIPOS ESPECIALES

1905
Tall. Gráf. de L. J. ROSSO
BUENOS AIRES



Julio L. Jaimes

La Villa Imperial de Potosí

Su historia anecdótica—Sus tradiciones y leyendas fantásticas
Su grandeza y su opulencia fabulosas

REFERIDAS POR

BROCHA GORDA
(JULIO L. JAIMES)

Natural de aquella Villa Imperial y publicadas á expensas del acaudalado minero Doctor Don Pastor Sainz, General de los ejércitos de Bolivia, Presidente electivo de su Senado Nacional y actualmente su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los EE. UU. del Brasil.



Torre de la iglesia de la Compañía de Jesus

Contiene numerosas vistas y retratos y no pocas ilustraciones en el texto

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS DE L. J. ROSSO, BELGRANO 463

1905

Philip A. Means.

396

AL LECTOR

Contiene el presente volumen conforme al índice de la última página:

1º — Tradiciones, historias, leyendas y maravillas de la VILLA IMPERIAL, *durante los virreynatos del Perú y de Buenos Aires.*

2º — Tradiciones, historias, leyendas y curiosidades de la misma Imperial Villa, durante la revolución de la Independencia y la fundación de la República.

3º — Páginas sueltas — Algunos personajes presentados á grandes líneas, como de notable influencia en los sucesos relatados, ó en el presente y porvenir de aquel país.

ADVERTENCIA NECESARIA

El bondadoso lector habrá de disimular algunas repeticiones de pormenores en las referencias. Hay entre los escritos que publica este libro, gran espacio de tiempo en su factura, y habría sido quitarles su originalidad el corregirlos escrupulosamente.

NOTA DE LA EDICIÓN.

Al distinguido escri-
tor y periodista D. Eugenio
de la Riva
Su amigo...
[illegible]

A LA JUVENTUD DE BOLIVIA

PRELIMINARES

QUE EXPLICARÁN EL CÓMO, EL PORQUÉ Y EL HASTA DÓNDE DE ESTE LIBRO

La despreocupada generación actual, no puede tener concepto claro, ni aun apróximado del espíritu reinante en la Villa Imperial de Potosí durante la dominación castellana, hasta fines del siglo XVIII, es decir, hasta que ciertos lampos de luz racional lanzados por la revolución francesa, lograron romper el intenso nublado que envolvía el suelo sudamericano, y especialmente el potosino y penetraron furtivos, misteriosos, como ladrones en un templo, á iluminar un tanto cuanto el cerebro de los estudiosos y doctos, *rara avis* en estas tierras vírgenes de la colonia española.

Pero puede cualquiera imaginarse un pueblo rico, muy rico y suntuoso, absolutamente lleno de supersticiones, fantástico en sumo grado, asiento de aventureros de buena estampa y noble origen; con poetas y trovadores galanes, con ruido de cuchilladas nocturnas y rondas de alguaciles de vara y de linterna y bajo la absoluta potestad de los intendentes y alcaldes y magnates y de innumerables monjes que fomentaban el fanatismo y llenaban de terrores la levantisca conciencia de aquellos hijos de Dios y de la ignorancia.

Puede imaginárselo siempre maravillado por los milagros diarios, por las almas errabundas que producían ruidos extraños, por los duendes y los trasgos ocupados en jugar mala broma á los vecinos y, en fin, por los portentos que obraban los siervos del señor, en lucha continua con el demonio que parecía haber fijado su residencia en la Villa de los leones, los castillos, el águila imperial de dos cabezas truncadas y el gallardo cerro, que se eleva sólo y correcto en el azul de la bóveda infinita.

De esa manera es posible ya comprender y explicar, sin esfuerzo, la variedad de historias extraordinarias, de leyendas raras, de consejas

Medio siglo después el cuarto Inca, llamado Maita Ccapac, animoso y de muy claras visiones respecto de lo ignoto en sus dominios, atravesando collados, doblando serranías y devorando llanuras arenosas y desiertas, llegaba hasta las cercanías de Potosí, acampando á cinco leguas en el grande caserío de indios ya sometidos á su imperio llamado Tarapaya.

Allí en las suaves lomadas cubiertas de yerba verde y jugosa, apacentábanse rebaños de llamas y pacos llamados después alpacas y en las alturas corrían los huanacos, las vicuñas y los tarucas, especie de ciervos y en los pedregales los conejos (ccois) y las vizcachas mayores que liebres; en los arenales, los quirquinchos ó galápagos de la tierra, y en esta las *achoccallas* ó conejitos blancos y los *jucos* ó topos que horadan, minan y cubren de peligrosa trampa las llanuras extensas.

Maita Ccapac, encontró en los Tarapayas muchas prácticas de buena organización, culto religioso, cementerio de *chulpas* ó momias conservadas en cavernas; elaboratorios de alfarería, cultivos sistemados de la tierra y fiestas diversas con libaciones de excelente chicha y ofrendas propiciatorias.

Visitó la maravillosa obra de la naturaleza, que lo era, la laguna de limpias azules, ondas en cuyo centro se alza un penacho de vapores de agua hirviente. Con grandísimo empeño labró sus orillas, dando al todo la forma de un anillo perfectamente circular, estableciendo en esa inmensa copa cristalina sus baños, como Caracalla sus termas en Roma, casi en igual época.

Luego Maita conquistó á los Cantumarcas, caserío de naturales á pocas leguas, de donde ocupó repetidas veces las faldas del cerro y el sitio de la aun no fundada Villa, y perfeccionó el corte y pulimento del pedernal

El padre Calancha, natural de Chuquisaca en su «Crónica Moralizadora».

Y Ciesa de León y Garcilazo, Inca de la Vega que tienen abundantes datos referentes á la famosa tierra que ha dado tanto que decir y que hacer durante muchos siglos.

Entre los modernos, no lo quisiera decir; pero muchos se *han despachado á su gusto*, fantaseando con varia fortuna, sobre las rápidas y descarnadas noticias que ofrece el citado autor de los Anales.

Mñez y Vela ha servido á no pocos de abrevadero para escribir de oidas, como á cierto ameno y correcto escritor que no vió á Potosí ni en pintura y que es muy conocido como tradicionista de oficio, y á otros, en fin, que mienten como si no hubiera infierno para los embusteros y desfloran sin piedad lo pasado como los estudiantes de cirujía que mutilan frialmente el malhadado cadáver que les cae en las manos.

La talentosa y siempre fantástica doña Juana Manuela Gorriti, ha bordado algunas consejas brillantes sobre Rocha y sus tesoros y ha cambiado media docena de cartas novelescas con el tradicionista de Potosí, ilustre argentino señor Vicente G. Quesada, acerca de leyendas y otros manjares apetitosos de la Villa.

El señor Quesada ha visitado con interés á Potosí, como la señora Gorriti; han recorrido sitios, lugares, pasajes, templos, palacios y tugurios y hay gran fondo de verdad en sus referencias recogidas en buena fuente; pero no siempre deslindadas por épocas y personajes, aunque sobremanera interesantes á pesar de ciertos anacronismos é incongrüencias.

Puede decirse sin errar, que es lo más acertado, lo mejor que se ha escrito del Potosí tradicional por esas dos plumas al servicio del interés histórico y de una expresión pintoresca y sana.

También ha escrito desde Lima tradiciones de un Potosí que ni vislumbra el popularísimo escritor don Ricardo Palma...

En Cochabamba publicaron sobre temas potosinos algunas leyendas, el ya citado doctor Nataniel Aguirre que hizo de la «Bellísima Floriana» una novelita preciosa y don Benjamín Rivas, sin contar con el poema de don Benjamín Blanco titulado «La venganza de una mujer»...

Aconsejo á su dignísimo hijo don Benjamín, no incluya este poema entre las obras poéticas de su excelente padre.

En la Paz también cayeron en la tentación y no con mal desempeño, aunque rabiara la realidad de verdad, los inteligentes escritores Julio César Valdéz y José María Camacho.

En Tarija el decano de los actuales periodistas doctor Tomas O'Connor d'Arlach.

En Sucre el inspirado á inolvidable poeta historiador y estadista potosino don Manuel José Cortes con su leyenda sabrosa «La voz de Jehová».

que entonces servía para las puntas de las flechas, supliendo al acero no conocido por los indios. Es curioso que ese mineral sirviera á éstos para la guerra y las armas mortíferas arrojadizas, á la vez que con el nombre de piedra de chispas sirviese á los europeos para las armas de fuego.

Maita fué, pues, el primero de los incas que contempló el cerro magnífico, al parecer cubierto entonces como en un estuche entre la paja brava ó *huiru huichu* que crecía con no interrumpido dominio en actitud hostil á los humanos.

El segundo Inca fué el ya nombrado Huyna Ccapac que retrocedió ante la idea ó temor de profanar esa ánfora de dones celestiales, ese trono en cuya cónica cima parecía residir el dios de las soledades, el silencio y las alturas.

Huyna, gozó largo tiempo de las termas de Tarapaya y de las cacerías de Huanacos en los cerros vecinos.

Casi un siglo después el simpático Cusi-Huascar dodécimo Inca cuyo nombre indica ánimo alegre, llegó en 1523 á Cantumarca, después de solazarse en los baños de Tarapaya. Atrevióse á subir el cerro; pero respetó el temor de sus abuelos y la leyenda de sus súbditos, respecto á horadar á esa magestuosa pirámide las entrañas.

Nueva tentativa de parte de Atahuallpa, décimo tercio Inca, usurpador del trono de su hermano Cusi, que labró las minas de Porco, llegó á Tarapaya sumergió su real persona en la tibia y circular laguna y retrocedió ante la empresa de interrogar al cerro acerca de los tesoros que seguramente ocultaba avaro en obediencia á *Janacpácha.*

La conquista de los *charcas* tribu valerosa que ocupaba una grande y rica porción del territorio incaico,



CERRO DE POTOSÍ

trajo el descubrimiento de Porco y de sus ricas minas y la fundacíón del caserío y pueblo de Yoccalla á dos leguas de Tarapaya.

Para pasar el torrente que corre cerca interrumpiendo el tránsito, sobre todo en la estación lluviosa que enriquece extraordinariamente su caudal, existe un hermoso puente, construido por *Umphuruna*, originario genio del mal y más tarde *Supay* cuando la colonia llevó al *demonio* entre sus creencias religiosas.

De diversos modos se ha referido la construcción de aquel viaducto.

Algunos lo creen de los tiempos posteriores á la conquista confundiendo la reconstrucción y reparo que le quitó su originalidad, consistente en la falta de un sillar de canteria que dejaba un hueco en el arco como se verá en la siguiente tradición pintoresca que fija la época precisa de la erección.





Donde se prueba como el diablo es un eximio arquitecto

El cuento que me propongo referiros, pertenece á aquellos buenos y cristianos tiempos en que el diablo andaba suelto, entretenido en jugar malas pasadas á la flaca humanidad, y su autenticidad (la del cuento, no la del diablo) está certificada por cronistas de la talla de D. Francisco López (1) y el siervo, de Dios Fray Diego de Yepes, (2) predicador y protector de los indios del corregimiento y villa imperial de Potosí de manera que habréis de tenerlo por cosa sucedida real y verdaderamente y creereislo como referido por quien murió en olor de santidad muy pronunciado.

Para más señas, era el año 1591 y entró á gobernar la villa imperial, por S. M. don Felipe II, el general don Juan Ortiz de Zárate, del hábito de Calatrava, séptimo corregidor de Potosí.

(1) Explicaciones al plano corográfico del partido de Porco, levantado en 1796.

(2) Potosino, padre español y madre cusqueña, año 1690.

Ved si las señas son mortales y si admiten género de duda, estando además, como están, escritas en letras de molde:

II

Corría el año de mil quinientos... es decir, no era el año lo que corría, porque lo que corría era un torrente con ínfulas de río que al chocar en las asperezas, recodos y pedrones del cauce, producía un permanente ruido prolongado por el éco en la doble fila de colinas, que formaban una larga y no interrumpida cadena á sus costados.

Pero no solamente corría, sino que corre ahora mismo, y seguirá corriendo, mientras no se pare, el susodicho río llamado de Yocalla, á cosa de treinta millas de la antigua villa imperial de Potosí, cuya universal fama, me ahorra la tarea de decir en que punto del globo terráqueo se halla situada.

La quebrada de Yocalla es una gran quebrada, profunda, rocallosa, cenicienta, sembrada de enormes fragmentos de granito y adornada en todas las grietas y cavidades con ásperos cardos y rudas ortigas. Allí la naturaleza se mostró suegra y no madre y el viejo Eolo, puso para refresco de esas soledades, el más crudo y sutil de sus vientos, de tal manera silba colándose en los huecos y meneando la maleza.

En la parte más angosta, se alza gallardo y atrevido el arco ovalado de un puente, cuyos cimientos se afianzan en las peñas y cuya ojiva parece lanzada al espacio por la mano de los Titanes, gente fornida, si las hay, que colocaba una sobre otra las montañas para es-

calar el cielo y así diera á su proyecto felice cima, si el terrible Júpiter no la hiciera añicos con uno de sus rayos en castigo de su atrevimiento.

Como que era un disparate ponerse en competencia con el que tiene el poder en la mano, cuando es sabido que á la postre el que está encima, manda...

Pero ¿quién nos mete en esas honduras, ni que pepinos les importan los Titanes á los lectores de esta crónica?

Cojo pues de nuevo el hilo de mi cuento y me vuelvo á mi puente, el cual era y es tan alto, tan gallardo, tan magestuoso y tan atrevido, que no parece fabricado por humanas fuerzas, y en cuanto á su solidez, sirven de testigo y fiador, los tres cientos y tantos años que forman los tres siglos y pico que van trascurridos los cuales le han visto impasiblemente cabalgado sobre el río sin moverse jamás ni para las diligencias más precisas.

Y eso que le falta en el centro mismo del arco una de aquellas enormes piedras con que está fabricado y se ve desde lejos el hueco exactamente como si fuera el de un indino diente de tres raigones. (1)

Y reclamo toda vuestra atención para este hueco, pues en él estriba todo el interés de nuestro cuento, como lo veréis, probablemente si con santa resignación seguis leyendo.

III

Era el caso que en el pueblo de Yocalla, como á cosa de dos ó tres tiros de arcabuz del dicho río, había un in-

(1) El distinguido diplomático D. Agustín Arroyo, Ministro argentino en Bolivia, me decía que dándole mil vueltas al puente por causa mía, no encontró el hueco indicado. Claro está, fué llenado en la restauración que hizo del puente, el prefecto de Potosí, el año 30 en tiempo del General Santa Cruz.

dio; es decir, había muchos indios puesto que con uno no había de formarse pueblo; pero como no he de referiros la historia de todos, sino solamente la del héroe de mi cuento, dejo á los otros y sigo con mi susodicho indio, del cual dicen las crónicas que era el más apuesto y gallardo mozo de veinticuatro años que se paseaba por aquellos contornos.

En el mismo pueblo había un Curaca muy ricote y bonachón que vivía en la apacible compañía de mi señora la Curaquesa su esposa, india que en mejores tiempos debió de ser un prodigio de hermosura á juzgar por lo que se trasuntaba de entre las 14 arrobas de carne que representaba su femenina humanidad; y más se confirmaban esos barruntos al ver una preciosa india de 16 años, hija suya que dicen era su retrato vivo.

Si sería linda la chica cuando era conocida por todos con el nombre de *Chasca* (Lucero) á causa de tener dos luceros por ojos, aparte de su redondo cuello, su enhiesto seno y contorneadas formas, cosas que vistas separadamente causaban mareos y en conjunto embriagaban con la dulce embriaguez del nectar divino.

Si tendría novios un semejante pimpollo! Como que se veía asediada por una legión de adoradores que pasaban la pena negra con sus desdenes á pesar de pasarse todas las noches en tañer dulces flautas en los alrededores de la cabaña de su ingrato dueño.

Y no era por que en un cuerpecito tan sabroso, se encerrara un alma fría y de cántaro, sino por que su corazón había sido herido por los arpones del amor, rindiendo vasallaje ante nuestro bello indio de 24 años llamado Calca, con quien trabamos conocimiento al principio de este párrafo.

Amábanse ambos como dos tórtolas y más de una vez la blanca luna había iluminado el delicioso grupo que formaban sentados sobre los rústicos poyos, enlazadas las manos, fijos de entreambos los dulces ojos cargados de ternura y anhelantes los pechos donde el corazón daba mil saltos, mientras el Amor batiendo sus alas los rodeaba de una tibia y voluptuosa atmósfera de felicidad.

Nada más natural sino que el buen curaca sacase á los chicos de cuitas y echase sobre ambos la coyunda matrimonial; pero sobre que el padre de Chasca era un noble curaca, y tenía además un centenar de ovejas, doce yuntas de bueyes y algunas fanegadas de terrenos cultivados, había el que el bello Calca, era pobre tributario, tan escaso de hacienda como grande de corazón, fuerte para el trabajo y diestro en el tañer de la zampoña y en el disparar peladillas con la honda.

Con todo y alentado por el amor de la expléndida Chasca, cobró bríos el buen Calca y se fué en derechura al curaca para formular en toda regla una demanda matrimonial.

—No eres más que un excelente chico, le dijo éste y mi hija que es la más dulce paloma de estas comarcas, no ha de pertenecer sino á quien se haga digno de merecerla, ya aumentando su hacienda ó ya dándole mayor lustre y valimiento.

—Un año os pido de plazo, al cabo del cual ó habré muerto y seréis libre para disponer de su suerte, ó habré alcanzado la doble condición que exigís á quien haya de ser dueño de tan grande tesoro.

Y desapareció del pueblo, sin que nadie supiera su paradero, suerte y destino.

IV

Pasáronse los meses y la hermosa Chasca no cesaba de regar con sus lágrimas el mismo poyo confidente de sus dichas y en él renovaba todas las noches el juramento de no pertenecer á otro en tanto que viviera el dueño de su alma.

Asediábanla á más ó mejor los pretendientes, y no era el más flojo el hijo del alcalde, mozo letrado que sabía leer, escribir y sacar cuentas, y que prometía ser, andando el tiempo, uno de los más ricos propietarios del pueblo.

Al buen curaca le parecía una ganga el chico y á mi señora la curaquesa, se le iba el alma porque entroncase con la chica; pero había una promesa de por medio y los indios no transigen en este punto.

Por esos mismos tiempos un español llamado José Gutiérrez de Garci-Mendoza, había descubierto las Salinas que se encuentran á algunas leguas más allá de Yocalla y que por ello se llaman al presente Salinas de Garci-Mendoza, y había establecido allí un activo trabajo constituyendo en breve espacio una bien organizada población.

Jefe de los indios de ese trabajo, era nada menos que nuestro Calca á quien por el valimiento que habían sabido granjearle su sagacidad, su constancia en el trabajo y su valor en las ocasiones arriesgadas, habíale alcanzado del corregimiento, su patrón Garci-Mendoza, el bastón de curaca de Salinas.

Así llorando Chasca, acariciando esperanzas la curaquesa y reuniendo dineros Calca, esperaban todos el día

en que espirara el plazo, mientras el hijo del alcalde y el buen curaca, hacían las cosas de modo que el mismo día y sin esperar una hora más se realizara el enlace del alcaldito y la curaquilla.

V

Era una noche de truenos, oscura como un antro, no se distinguía la palma de la mano y llovía á cántaros. De vez en cuando un relámpago rasgaba las tinieblas é iluminaba con fatídica luz la agreste quebrada de Yocalla y el trueno llenaba los aires repercutido por los cerros cuyos peñascos parecían desgajarse con terrible estruendo.

De las colinas inmediatas se precipitaban arrastrando cuanto hallaban al paso, abundosos torrentes que en breves momentos tornaron el río en un verdadero brazo de mar invadeable.

En una de sus orillas hallábase de pié un hombre. A la luz de los relámpagos se veía su semblante demudado por la mas honda desesperación.

Retorcíase el infelíz y en un rapto de suprema angustia: «¡á mi, espíritu de las tinieblas, á mi Satanás, rey del infierno!» esclamó con terrible acento.

Diez mil relámpagos brillaron en este instante, el abismo parecía abrir sus terribles fauces y un trueno mayúsculo estremeció los cielos y la tierra.

El diablo acudía á la demanda y tocando en el hombro á Calca, que no era otro quien lo invocaba: «heme aquí, le dijo, pide; pero debes saber que desde este momento me pertenece tu alma.»

Sacando fuerzas de la flaqueza «quiero, le dijo, que

sobre este río construyas un sólido puente, de manera que antes del canto del gallo en la madrugada, esté concluído; si lo consigues será tuya mi alma; en caso contrario......»

— Se sobreseerá en el asunto, añadió el diablo, que en fuerza de tratar con escribanos y procuradores, les había aprendido su gerga, no perdiendo ocasión ni ripio para ostentar su erudición forense, y sacando un pergamino, estendió el pacto y puso su firma, invitando á poner la suya á Calca. Pero este puso una cruz, por no saber firmar, lo cual, visto por el diablo, produjole un respingo tal que cayó el pergamino al suelo.

Acto continuo se puso Satanás en obra. El mismo cortaba las piedras, las pulimentaba, hacía la argamasa, afianzaba los cimientos y trabajaba con una actividad diabólica.

Ya estaban colocados los cimientos; el aliento de Satanás secaba las junturas de manera que no ofrecían solución de continuidad; ya se levantaba por ambos costados una parte del arco; el diablo redoblaba la tarea, mientras el infeliz Calca, ya en plena conciencia de lo que le esperaba, miraba con terror que la obra llegaba á su término.

Pronto se sintió como movido por un resorte y cayó de rodillas, clamando con todo el fervor de su alma, la ayuda del arcangel San Miguel. Las mas sinceras lágrimas del arrepentimiento inundaron sus mejillas.

En esto, el puente se destacaba ya á la débil penumbra que, disipada la tempestad, aparecía anunciando la proximidad del día; no faltaba sino una pequeña parte del centro y el diablo, sudaba y resudaba trabajando por doscientos. Faltaba sólo una piedra para rematar la obra. Calca escondió la cabeza entre las manos: pero ¡cosa

mas singular! el diablo no podía levantar el enorme sillar que tenía cortado, pues pesaba como el mundo, y era que encima descansaba el glorioso San Miguel, invisible para el espíritu maligno.

Pugnó este por cortar otras y otras y todas pesaban igualmente, de manera que se daba á todos los diablos de despecho. Hizo una nueva tentativa y la levantó al fin y se echó á caminar con ella á cuestas; ya la empujaba á su sitio, cuando se escuchó magestuoso el canto del gallo.

Un terrible estampido resonó entónces, iluminando de amarillo y verde toda la quebrada; un olor de azufre y de betún se esparció por el aire, y los primeros rayos del día, iluminaron el gallardo Puente del Diablo con la susodicha piedra de ménos, exactamente como se encontraba hasta que los hombres corrigieron la obra del demonio.

VI

Era un domingo y las campanas de la iglesia de Yocalla repicaban como si no hubiera más que hacer.

Las indias y los indios vestían de gala, y en toda la callejuela que conducía desde la casa del curaca al templo, había de trecho en trecho arcos de *molle* y ramos de hinojo.

Los tamboriles y las gaitas sonaban en toda la extención del caserío. Grandes columnas de humo denunciaban la presencia de los hornos donde se cocía el pan de la fiesta; todas las muchachas casaderas con la *phanta* de lujo y el *acsu* plegado al talle luciendo exhuberantes contornos, llevaban ofrendas á la casa de los novios.

Verdad es que todavía no he dicho que se trataba de un casório; pero ya lo sabéis y sigamos con la fiesta.

Una gran comitiva presidida por el alcalde y el curaca se puso en marcha, caminito de la iglesia. Entre muchas indiecillas de muy buenas barbas, iba la hermosa Chasca, triste, ojerosa, cabizbaja; y entre un grupo de jóvenes indios iba no mas satisfecho y contento, el hijo del alcalde que sabia leer, escribir y sacar cuentas.

Ya sabemos, amabilísimos lectores, porque iba triste ella, pero no sabemos, porqué él iba triste, y no era sino porque nunca había conseguido una palabra afectuosa, ni una mirada de la que iba á ser su esposa. En realidad no la amaba, porque era muy egoista para abrigar tan noble sentimiento y solo pretendía satisfacer su vanidad pero se le hacía muy cuesta arriba el unirse á una mujer que no hacía en su vida otra cosa que llorar por otro. De manera pues, que iba de mala data y hasta hubiera querido que algun accidente diera al traste con la boda.

Llegó la comitiva á la puerta del templo en donde esperaba el cura revestido como en las ocasiones solemnes; pero cuando ya unía las manos de los novios, abriose la comitiva en dos alas y dió paso á Calca que llegaba sin poder apenas contener el aliento.

Un rayo caído en este instante no produjera mayor efecto. El curaca, enmudeció; mi señora la curaquesa protestó; el alcalde imitó al curaca, su hijo sintió una grandísima alegría y el cura juntando las manos de Calca y de Chasca, les dió la bendición nupcial, en medio del contento de los jóvenes concurrentes que se miraban unos y otras como diciendo: «si vosotros quisierais podíamos seguir su ejemplo.»

Después he sabido de buena tinta que los dos héroes de nuestro cuento, vivieron felices y contentos y que la bella Chasca favoreció á su adorado Calca con dos chiquillos como dos rollitos de manteca.

Entre tanto, lo que hay de positivo y firme es el Puente del Diablo, construcción cuyo orígen nadie conoce, sino es por la conseja que he tenido la honra de contaros y otras aún más inverosimiles aunque poeticamente fantásticas.



ESCUDO DE ARMAS

DE LA

VILLA IMPERIAL DE POTOSI



DADA EN AREQUIPA A 30 DE AGOSTO DE 1575

POR CÉDULA DEL VIRREY

DON FRANCISCO DE TOLEDO

Dice hablando del escudo y blasón potosino, mi inolvidable condiscípulo, el laborioso hijo de la antigua Villa, Dr. Modesto Omiste que:

«A principio de Febrero de 1546, un año después del descubrimiento de Potosí don Juan de Villarroel, determinó trasmitir á Carlos V la noticia de tan maravilloso descubrimiento, acompañando el aviso con un presente de *doce mil marcos de plata* y un memorial en el que, por ciertas divergencias con los capitanes Diego Centeno, Santandia y el maestre de campo Cotamito pedía á S. M. le confirme el título de descubridor del Cerro y fundador de la Villa y señale *el escudo* de armas para ella.

La petición fué benignamente acojida por el rey de España, y despachada en Ulma siendo el escudo: en campo blanco el Rico Cerro, á los lados las dos columnas del *plus ultra* y una corona imperial al timbre, segun cédula de 28 de Enero de 1547, en la que se le dió también el título de *Villa Imperial de Potosí.*

Mantuvo Potosí estas armas, hasta el año 1565, en el que por cédula de Felipe II, dada en el Bosque de Segovia en 10 de Agosto de dicho año, le concedió las armas reales de España en campo de plata, una águila imperial; en medio de ella dos castillos contrapuestos y dos leones; debajo de estos el gran *Cerro de Potosí;* las dos columnas del *plus ultra* á los lados; corona imperial al y timbrepor orla el collar del Toisón.»

El escudo de armas que antecede y que se ve ahora mismo bordado en seda en el salón del Ayuntamiento, es una interpretación del que fué dado por el virrey Don Francisco de Toledo, como lo indica la leyenda.



Recuerdos mineros y rasgos biográficos de un minero benéfico

LA vasta región metalífera en ese suelo riquísimo que los iberos llamaron Alto Perú y los altoperuanos bautizaron con el de Bolivia, solo comprende los departamentos de Potosí y Oruro; pero como en algunos lugares de la Paz, Santa Cruz y Tarija existen regiones auríferas que serán pronto un emporio de riqueza, hay que convenir en que el suelo Boliviano quebrado y montuoso, encierra en cada repliegue un tesoro y en cada surco una fortuna.

Dejando el oro al porvenir y ocupándonos de la plata y del estaño, que fueron lo pasado y son el presente minero de aquella tierra, viene á cuento recordar un caso, de eso que los retóricos llamarían metonimia y que consiste en tomar la propiedad por el dueño ó la empresa por el empresario.

Quien dice, por ejemplo, Chorolque, Esmoraca, Porco,

Huanchaca, Aullagas etc., dice seguramente Pacheco, Ramirez, Arana, Arce, Argandoña, Aillon etc.

Nombrar á Itos es decir Ascarrunz y acordarse de San José, es evocar á D. Severo Fernández Alonso y á los Peny. ¿Quién habla de la producción del estaño sin refljear la simpática figura de D. Felix Avelino Aramayo?

Para mi, Huanchaca y Solá, son inseparables en el recuerdo, como son inseparables el mismo Solá, Adolfo Ballivian, José María Escalier en el concepto de cuanto es, entre otros muchos, hidalgo, culto, y capaz de ser sinceramente estimado. Dejo á un lado á personajes de alta talla política que quiero, respeto y estimo sin citar nombres propios. Que hemos de hacerle! Cada uno tiene sus predilecciones. Tiene sus muertos venerados y sus vivos queridos con diverso grado de cariño y, claro está, por diferentes motivos, sea de personal deferencia, de gratitud sincera ó simplemente de ternura simpática.

De mi solo diré que tengo mi trinidad de penates y mi trinidad de lares: Linares, Frias y Ballivian, (Adolfo padre), Pacheco, Silveti y Carrillo.

En el mundo de los vivos la cita de mis escojidos sería larga y expuesta á imperdonables olvidos é injusticias. Mis amigos figuran en todos los círculos políticos. Quince años de alejamiento del suelo pátrio y de sus tormentas banderizas, han lavado todo color y toda divisa que me señale agrupación determinada. Así sirvo á los colores, á la insignia indivisible boliviana y puedo juzgar con altura de juicio é independencia de afectos, lo mismo á los hombres y tambien á los sucesos que han de ocupar á la historia todavía por escribirse de aquella pátria, no gozada por mi de cerca sino á lampos y mas amada aún cada día por mi desde lejos.

«Ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande!...»

....

Pero dejando aparte y perdonadas que sean esas confidencias y espansiones íntimas, volveremos al tema del capítulo, repitiendo que si las nombradas minas designan á los mineros nombrados, tampoco se puede hablar de las minas de Llallagua sin recordar al minero Dr. Pastor Sainz, y á los beneficios humanitarios que á este distinguido personaje le ha permitido realizar aquel depósito de riqueza. Así como así, no son muchos los que, afortunados en la industria, le precedieran con el ejemplo de sus munificencias y que dieran como Arce protección á la enseñanza de las artes, los oficios y amparo á sus maestros abnegados; como Pacheco que diera generoso asilo á los alienados y los compasibles amentes y Argandoña, principe de la Glorieta, educación y asilo á los niños desvalidos.

Pero abriremos párrafo aparte, pues lo merece el asunto.



Quien escribiera algo pensando en la crítica, acabaría por no tener carácter. El miedo haríalo vacilante y flojo, falto de expontaneidad y á las veces, infecundo.

La crítica es morfina saludable en proporción prudente y justa y es venenosa, mortalmente venenosa, si prevenida y malevolente.

Por cada hombre generoso en el pensar, hay mil hombres estrechos de juicio y cien mil rastreadores de intenciones y propósitos ocultos.

Preocuparse con ellos, es condenarse á la tortura y caer en el desfallecimiento. Solamente la libertad es fecunda cuando significa plenitud de acción dentro de las conveniencias sociales cuyo concepto es universal.

Por ello es harto difícil la biografía. Como no se biografía á los insignificantes, surje á lo mejor la mala sospecha, ó de adulación, si son poderosos, ó de venalidad, si son ricos.

Y, bueno. ¿Los benévolos son los pocos y los malevolentes forman inmensa mayoría? Entonces, yo escribiré para los pocos y prescindiré del resto. La razón al cabo ha de abrirse camino ancho y, así como hay una hada protectora para los audaces, un angel guardian para los niños y un dios condescendiente para los borrachos, así hay un genio tutelar de los sanos intentos y una sanción justiciera para quien sacude preocupaciones pequeñas y sirve á la verdad verdadera, sana y limpia,

Y no es un retrato, ni una etopeya la que intento trazar ahora. Algunas pinceladas enérgicas que harán destacarse una figura física y moralmente simpática; eso, solamente eso emprendo hoy para que alterne el esbozo entre estos cuadros que amorosamente estoy formando.

La figura es la de un viejo amigo mío, D. Pastor Sainz y, para el caso presente, D. Pastor Sainz tiene el defecto de ser rico y la fama merecida de liberal y abierto de mano. Hay quien cree tambien, y es justo, que como hijo de Adan, no sea insensible á la lisonja culta, y no se necesita ni la mitad de todo eso, para que las gentes—si esas son gentes — se echen á rastrear el *cuantum* de la compensación con que el biografiado agazajase á este biógrafo de Brocha Gorda que — será debilidad ó fortaleza — yo quiero tanto como si fuera mi propia y mesmísima persona.



General Dr. D. PASTOR SAINZ

Puede no embargante, que en eso hubiera sus adarmes de razón. Concebida, como lo dije, la idea de este libro y comunicada á D. Pastor, mi amigo, tuvo él la idea de editarlo por su cuenta. Creí pesado el caso y lo alivié aceptando el ofrecimiento solo en una gran parte, la mayor sin duda, como también lo dije honradamente en el prólogo y he aquí que, aceptado el empeño por acción tan hidalga, siento la necesidad de llenarlo adornando éstas páginas, con una de justicia, pero de justicia cumplida á un hombre tan lleno de merecimientos privados, como fecundo en bienes y desinteresado en su vida pública, vida pública consagrada al servicio de su patria y de la humanidad en forma real y verdaderamente práctica.

Decíame un espíritu ecuánime, cuyo juicio y honradez estimo en mucho, en un párrafo de carta: «Si escribiése yo la biografía de don Pastor Sainz, haría una miniatura diciendo: «Es el hombre más bueno que conozco» y todos mis lectores bolivianos encontrarían en la frase su propio pensamiento: En todos los actos de su vida se guía por las inspiraciones del corazón que no siempre responden á los intereses de la propia conveniencia. Va por el mundo sembrando beneficios y cosechando ingratitudes, y sin embargo, no le conozco un sólo acto de desaliento en ese camino. Más que dueño de su fortuna, agregaba, parece el administrador de caudales agenos, pues siendo uno de los mineros más afortunados, dueño de las mejores minas de estaño, su situación económica debiendo ser millonaria, es apenas desahogada».

Ese juicio responde absolutamente al mio. Un gran personaje, justamente una de las eminencias del partido conservador opuesto á aquel en que militaba don Pas-

tor Sainz, me decía de este, en una ocasión en que pasando por el pueblo de Pária, le encontramos en él, con la brigada de artillería que comandaba como jefe y nos colmó de agazajos y atenciones tan sinceras y cariñosas como desinteresadas, pues no seguíamos igual corriente política, ni buscábamos, permítaseme la vulgarísima metáfora, el mismo piloto para dirigir la no muy segura nave del estado.

—«He aquí, me decía, un hombre de excelente corazón. Le conocí jovencito. Trabajaba como un artesano para atender á su propia educación y ayudar á su madre que pasó días estrechos después de no pocas opulencias. Pienso que el buen hijo es el buen ciudadano. El hogar es la mejor escuela para el porvenir de los hombres. Sainz tiene merecimientos propios y es un elemento que deberíamos atraer de nuevo pues siempre estuvo en la buena causa».

Mi estimación por Sainz, creció de todo punto bajo la palabra honrada de aquel hombre. No solamente el que esto escribe que es muy sensible á la sugestión de los talentos, gran parte de los estadistas en tres generaciones, sintieron irresistible el influjo de esa verba persuasiva, siempre justiciera y no pocas veces profética y clarovidente.

En otra ocasión el presidente Pacheco, alma llena de generosidades é hidalguías, incapaz de malevolencias, ni rencores, deciáme de Sainz.

—«Este mi amigo Pastor, deja la carrera militar, como dejó la forense por la peor de todas, la más amarga y á veces la más ilusoria como la de los poetas: por la minería... Pero, en fin, ojalá le sople la suerte, pues la minería es el juego del mayor peligro y azar que se conoce. Merece formar una fortuna. Será una

fortuna útil para el país porque es un hombre abierto, generoso y franco».

Un pariente mío á quien quise mucho; mi compañero de prisión y de penurias con el caballeroso Julio Carrillo en San Bernardo de Chile, un gallardo mozo en sus tiempos verdes y un excelente y cumplido militar en todo tiempo; algo como hermano mío por el afecto íntimo y por cierto fanatismo hacia mí que le hacía considerarme bondadosamente como intelectualidad descollante—chocheces de veterano candoroso—el coronel Adolfo Flores, en fin, me decía de Sainz:

— «Ha sido mi segundo en el mando de un cuerpo de línea. A veces no nos entendíamos en puntos de disciplina; pero le reconozco entre otras condiciones de buena ley, la de ser un excelente amigo de sus amigos. Quien lo sea de él puede contar con Sainz sin reserva alguna»...

En las prostrimerías de 1889 dejé mi banca de diputado nacional en el congreso, partiendo con credenciales de ministro boliviano acreditado ante el emperador don Pedro II del Brasil. Antes de llegar yo á mi destino, el Brasil, cambiaba de régimen gubernativo. Caía la dinastía regia y se alzaba la república federativa. Mis poderes caducaban de hecho, exigiendo su renovación, cosa que pedí desde Chile, y que tardó en realizarse seis meses, esperados en Buenos Aires, desde Diciembre á Mayo. Mientras tanto en Bolivia se prescindía de mi investidura para reconocer por sí, oficiosamente, el gobierno boliviano, al gobierno de la nueva república brasileña, apresurándose con ello á complacer al embajador imperial, convertido sin poderes ¿ni qué poderes había de tener? en plenipotenciario democrático por arte de,... de encantamiento, diremos por no decir palabra más amarga.

Tengo escrita con la vehemencia de los primeros ímpetus la historia de esa legación fracasada por renuncia mía, después de muy cordiales y lisonjeras expectativas abiertas en mi conferencia con el distinguido publicista don Quintino Bocayuba, á la sazón ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno de Río de Janeiro, que vino á Buenos Aires para el arreglo de la cuestión de Misiones. Ese escrito lo publicarán mis hijos, si á su entender conviniese la plena luz en actos míos no juzgados, salvo el caso de obligarme la ajena intemperancia, á romper las reservas que la propia delicadeza y una lealtad inverosimil, superior á toda prueba en política, me habían impuesto, dejando entretanto correr el mundo por su eterno camino de suposiciones ingratitudes y malevolencias.

Lo cierto es que hay mundos que no valen media higa y que es sabio vivir no tomándolos en cuenta para cosa alguna. Comprendo al hombre que desde Londres escribía: «estoy en un desierto».

Nuestras sociedades se han formado su moral de convenciones para aplicarla á los demás, teniendo *in peto* el derecho de infringirla individualmente. Todo el mundo es irreprochable juzgando á los otros, y es, seguro, el menos tolerante, el mayor sinvergüenza de la colectividad...

Pero, en fin, *ogni mal non vien per nuocere*, como dicen los italianos, es decir, no todos los males vienen para dañarnos. El Creador no me hizo ni pusilánime, ni inútil, y cuando el hombre no es un bolonio, surge y florece como el oxiacanto hasta entre las rocas.

Así que desde esta hermosísima ciudad de Buenos Aires que es la patria del hombre útil y, como diría Fray Luis de León: «libre de celo, de odio, de espe-

ranza, de recelo», he seguido los sucesos de mi tierra querida, sí, querida como se quiere el bien no poseído, como se quiere á la madre casi siempre ausente; he seguido á sus hombres, después de arrojar las divisas símbolos y reatos de toda afiliación en grupo, fracción ó mesnada banderiza y he cumplido justicia recorriendo el más simpático de los terrenos, el de la despreocupación absoluta para mirar y juzgar claro.

En tales disposiciones he visto nacer, crecer y morir prestigios. He visto levantarse personalidades, eclipsarse astros que tuvieron largo zenit, renacer apreciables brotes, realizarse renovaciones sustanciales y entrar á Bolivia, en la parte que le cabe, en pósesión de las conquistas del moderno espíritu.

Así he visto también surgir á mi viejo amigo don Pastor Sainz y aumentar su prestigio de bueno á la par que su fama de rico. La optación de nuestro excelente don Goyo Pacheco se cumplía plenamente cuando leía la relación de sus acciones filantrópicas.

Leía en los periódicos los elogios que le tributaban por su caritativo proceder con algunos jóvenes pobres, desvalidos á cuya educación y sustento atendía sin estrépito y con ahínco realmente generoso.

Leía la generosidad con que entregaba gruesas sumas de dinero ayudando en sus penurias al fisco en obras públicas, como la del palacio de gobierno de Sucre.

En la «Revista Escolar» de aquella capital correspondiente á Mayo de 1903 decía, el conocido y estimado educacionista doctor Benjamín Guzmán C. hablando de doctor Sainz:

«Tres planteles de instrucción le deben su progreso: el Instituto del Corazón de María», el Instituto «25

de Mayo» y la «Clase nocturna de Obreros», que llevará su nombre. Tres porciones desvalidas bendecirán su nombre: las niñas pobres, los niños desheredados y la clase obrera».

Y agrega luego: «esta figura que hoy se destaca eminente, tuvo una historia bella y ejemplar por humilde y modesta. Nació pobre y sin más fortuna que el amor de su inteligente madre la señora Narcisa Cossio de Sainz, la *Eglantina* de los más tiernos y ocultos cantos de poesía».

Y esto es verdad; lo recuerdo perfectamente. Siendo yo niño tierno, como diría Meléndez, me recreaba á veces oyendo departir con gracia y con talento á la hermosa Narcisa, parecía la única Narcisa en el mundo, las demás, aunque se llamasen lo mismo, no eran Narcisas, y esta señora causaba muchas no disimuladas envidias entre la aristocrácia de su sexo. Si tenía verdaderas seducciones y encantos!...

He ahí; en eso llevánse la ventaja las feas, las tontas y las inútiles. Nadie las envidia. Pobrecillas de Dios!...

Pero aun agrega la «Revista Escolar»: «Corazón hecho para el bien, halla en las entrañas de la tierra un tesoro inagotable y con él, de sus manos se multiplican los beneficios. Casas de Caridad, Asilos y Colegios, institutos de beneficencia, hospitales, cementerios, han gozado de su óbolo valioso. Las escuelas primarias han merecido su preferente atención y varias han sido beneficiadas con sus dádivas».

Tengo entre mi acopio de elementos históricos, grueso volumen de escritos, folletos y publicaciones que adornan su primera hoja con el retrato de Pastor Sainz, y con su elogiosa biografía. No habría sino escojer

aquí y allá para llenar mi propósito; pero no es mío prohijar obras ajenas, ni ceder al juicio de los otros. Leo, comparo y juzgo: digo lo que creo de conciencia y no me curo mucho del pensar de la malevolencia y de la envidia.

Cuando ensayé en el primer volumen de la «Galería de hombres públicos» la etopeya del doctor J. C. Carrillo, de gratísima memoria, hubo algunos que sonrieron compasivamente aun sin leerme y sin negarme ¡oh, dioses!, talento ni competencia, lo que es raro, rarísimo. Eso ocurre; vivimos del prejuicio, tenemos general tendencia á iconoclastas, no creemos que valga algo quien no nació en Grecia ó Roma si patricio ó heróe, ó en Francia, Alemania, Inglaterra ó Estados Unidos, si intelectual, ó pensador, ó parlamentario ó filántropo millonario. Además, todo lo sabemos; somos universales en ciencia y pretensiones y miramos con desden á los viejos que nos enseñaron el buen camino.

¿Podrá cuidarse uno ó temerá á tales criterios?

No obstante, busqué el juicio de los buenos, no fiándome solo, en el presente caso, del mío propio. Vivo tan lejos de los patrios lares...Un noble corazón que estimo en mucho; me dijo desde la capital de Bolivia, hablándome del personaje en cuestión:

«Hijo ejemplar, algo muy sobresaliente en ese orden; esposo modelo; padre cariñoso, con ternuras no comunes en el mundo egoista, hermano sin igual, sacrificando fortuna, vida y hasta el porvenir de sus mismos hijos en aras de sus afecciones fraternales pagadas al presente con negra y brutal ingratitud, amigo afectuoso y dispuesto siempre á ver un hermano en cualquier hombre, mayormente si es un infeliz; tal es Sainz aunque la pasión ó la mala voluntad quieran oscurecerlo».

Pregunté para confirmar juicios míos, qué rasgos prominentes merecían consignarse de la vida pública de aquel ciudadano tan noble ya en el hogar y en lo privado.

«Tiene, díjome una autoridad irrecusable, tiene una hoja de servicios envidiable. Treinta y cinco años prestados, siempre *ad honorem*, siendo de notar la circunstancia de haber sido designado por voto unánime de sus colegas Presidente electivo del Senado en tres periodos consecutivos, siendo senadores D. Federico Díaz de Medina, D. Demetrio Cahimonia, D. José Armando Méndez, verdaderas eminencias del mundo político boliviano.

«Solicitado por los distintos círculos políticos, ya como prestigio, ya como elemento de éxito, ha sido propuesto como candidato de transacción para la presidencia de la república.

«Como industrial, antes que el incremento de su fortuna, y acaso más bien comprometiéndola, busca una solución al problema social del pauperismo, con la creación de nuevas industrias, con el fomento de las existentes y con la apertura de vías de comunicación.

«Ha adquirido el señor Sainz extensas propiedades de valle, en las inmediaciones de la ciudad de Sucre y ha transportado de Alemania una gran fábrica á vapor para la elaboración de azúcar de caña y alcohol para alumbrado. La fábrica está definitivamente instalada.

«Dadas las condiciones de nuestro país, mediterráneo y falto de caminos, la instalación de una tal fábrica, en plena sierra, es un verdadero triunfo del esfuerzo humano, en su anhelo de hacer bien. Con la nueva industria hace un verdadero beneficio al país.»

He creído conveniente transcribir á la letra los datos recibidos. Han hablado todos. Respondo de la pureza de

las fuentes. Y luego se arraiga en la mente de cualquiera esta reflexión incontestable:

Cuando Sucre capital ilustrada y docta y el departamento entero de Chuquisaca, repetidamente lo elijen y reelijen Senador; cuando el Senado Nacional lo elije y reelije su presidente; cuando los municipios lo han elevado constantemente al primer puesto edilicio; cuando las sociedades literarias, científicas ó industriales ó benéficas lo ponen siempre á su cabeza; cuando se le presenta figurando en varias épocas y ahora mismo entre los señalados para presidir por elección popular el gobierno de la república; cuando se le ve abnegadamente en las filas del ejército leal al lado de eminencias como Frías, ó de hidalgos generales como Campero, arrostrando la prisión y llegando hasta las gradas del patíbulo por defender la libertad; cuando se le aclama benéfico y bondadoso y, finalmente, cuando Gobierno y Senado lo elevan, como ha sucedido recientemente, al alto grado de general de brigada y se le pide acepte, como ha aceptado, el importante cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia cerca del gobierno de Rio de Janeiro, puesto que desempeñará con altura y esplendidéz. Cuando todo eso se puede decir de un hombre, salvo inconcebible mistificación ó general demencia, ese hombre es una notabilidad en su país y al declararlo así, se lleva en buena compañía hombres, instituciones, sociedades, parlamentos, municipios; todo lo más notable que puede ofrecer, en conceptos diversos, la república entera de Bolivia.



De cómo creció Potosí y de cómo llegó á Imperial Villa

«Mujeres y dinero
Quitan el sueño.»

No hay cosa alguna como el interés para realizar prodigios. En Abril de 1545 rompió Villaroel el encanto que hacía intocable y sagrado al cerro y horadó atrevido su seno recogiendo la plata casi en barra. Así mismo: casi en barra!...

Que más se necesitaba para atraer gentes? Cinco meses después, en Septiembre, ya llenaban las bases de ese famoso emporio, una centena de casuchas de barro y paja, de cuanto hubiera de más primitivo y las habitaban no menos de 170 españoles y 3.000 indios: aquellos, bajo la ley de Centeno y estos, bajo la autoridad de Hualcca y todos teniendo por jefe al capitán Villaroel y á su segundo Santardía ó Santandía que de ambas maneras le designan las historias.

Entonces se emprendió la obra de edificación, re-

partiendo terrenos con poco discernimiento, no entendiendo acaso que aquella informe aglomeración de casas sin observar nivel, ni simetría, llegaría en el tiempo á ser una grandísima ciudad, cuya fama se extendería por todo el orbe.

De los valles vecinos acudían los indios ya familiarizados y mansos, llevando en rebaños de llamas, frutos y frutas de la tierra y llamas jóvenes para alimento, alternando esas carnes con las de conejo (ccois) vizcacha y aves de monte y de laguna.

Hablando de este caso, decía don Gerónimo Garavito: «que hubo toda suerte de carnes, menos la principal para regalo de los cristianos, la carne del pecado original.»

Los indios cuidábanse muy mucho de llevar consigo á sus mujeres temiendo despertar la apetitosa codicia de los españoles; pero estos lograron amenguar los odios de aquella raza y tomaron casi todos mujer con palabra, fé y arras de casamiento, escogiendo entre las más gallardas muchachas que ostentaban repletas redondeces y curvas bajo el *acsu* ajustado encima de las caderas, alto en las piernas y flojo en el pecho para el libre zarandeo de los senos.

Un año más tarde, la fundación siguiendo mejor sistema, dió á las casas una orientación conveniente, poniendo las puertas de entrada en dirección contraria al viento y siguiendo la línea de muros para formar callejuelas, las cuales se prodigaban en laberinto, conforme á las ondulaciones del terreno.

«Este año (1546) dicen los Anales publicados por el distinguido y noble boliviano don Vicente Ballivian y Roxas, de grata memoria, se continúo la fundación de la Villa y labor de ricos metales del gran cerro, exten-

diéndose su fama por todo el reino del Perú; y pasaba ya á los de España, comenzando á enriquecer á los hombres, este mónstruo de riqueza, cuerpo de tierra y alma de plata, abriendo su boca para llamar al género humano, siendo sus minas otros tantos ojos para ver sus necesidades; y es tanta su liberalidad que les da el corazón por esos ojos.»

Don Vicente Ballivian y Roxas hizo grande merced á la historia de estos países publicando su precioso tomo intitulado «Colección de documentos relativos á la historia de Bolivia, durante la época colonial». El diario de los sucesos del Cerco de la Paz por los indios en 1781 y los Anales de la Villa Imperial, constituyen en el tomo un monumento bibliográfico importantísimo.

En estos últimos, hace, continuando el párrafo transcrito el buen Mnez y Vela, la siguiente pintoresca descripción del cerro: «Su forma es como la de un pan de azúcar; su altura es como de media legua, cogiendo desde el mismo pueblo donde comienza su falda, hasta su bien formada punta. Por lo más extendido de su falda, tiene de boj poco más de una legua; su color es entre bermejo y pardo, ó rojo oscuro. Antes de descubierto estaba vestido á veces de nubes y siempre de paja y arbolitos, que llaman los indios queñuales, instrumento también para su descubrimiento; pues el indio Gualca cebó el fuego con esta leña y paja».

A la sazón y mientras acudían de todas partes como pequeñas corrientes humanas para engrosar el caudal siempre creciente de aquella fundación, ocurrían por los reinos de Quito y el Perú, sucesos extraordinarios que tuvieron eco funesto en la embrionaria población de Potosí.

El virrey Blasco Nuñez y Vela, perdía la vida bajo

los muros de Quito en la batalla contra los rebeldes secuaces de Pizarro. El alzamiento del conquistador don Francisco, contra el virrey y las atrocidades cometidas por el cruel maestre de Campo Carbajal, llevaron la chispa incendiaria hasta Potosí, en donde se dividieron los españoles en dos bandos, defendiendo al rey el leal Francisco Centeno y á los rebeldes Alonso Márquez.

Allí se descolgó el diluvio de guerras y calamidades. Un aventurero Marcos Gutiérrez, reunió una pequeña mesnada sublevando á los indios de Cantumarca, abundante población aborígena á media legua de Potosí. Cometió robos y despojos del precioso metal sacado de las minas; pero fué encontrado, batido y deshecho por Centeno, y fué la causa y razón para que este prendiera fuego á Cantumarca en donde Gutiérrez habíase fortificado y pasara á cuchillo á los traidores después de despedazar á su jefe.

Esta serie de calamidades no impidió el crecimiento de la villa y al año siguiente de 1547, según el informe del maestre Cotamito había ya construídas y habitadas 2.500 casas y en la población más de 14.000 habitantes, no faltando frailes de diversos hábitos y curas que celebraban el santo sacrificio en una capilla provisional que después se convirtió en el vasto templo de San Cristóbal.

Llegar los frailes á Potosí y fijar en esta población siempre creciente y cada vez más rica su residencia el demonio, todo fué obra simultánea y del momento. Prodigábanse los nichos donde se colocaban cruces benditas resguardando alturas y encrucijadas, pero el maligno espíritu las ultrajaba cometiendo fechorías detrás de aquellos mismos muros para que sea verdad aquello de «detrás de la cruz el diablo».

Y cómo no había de estar el travieso Satanás, allí

en donde la plata manaba casi á raudales, allí en donde llegaban toda suerte de aventureros y toda raza de mozas de rasgo de gancho y de empeño, y variedad de taberneros de candil, jarro de cobre y pellejos del rubio y del tinto y correvediles y celestinas, jugadores y trapisondistas y mercaderes de prendas de gran lujo, y espadachines y moros y judíos y frailes y curas y hechiceros y gitanos de la buena ventura!

Por ello el afán y la comezón de edificar templos á toda prisa. Tres comenzaron casi al mismo tiempo á construirse con las pingües limosnas de los fieles. San Francisco y su convento para los españoles y Santa Bárbara y San Lorenzo para parroquias de indios, situados en opuestos extremos.

Dejando por ahora para otro capítulo, la historia anecdótica de esas fundaciones religiosas, diremos el como se llamó y fué Potosí Villa Imperial y tuvo el escudo que ya conocen los lectores.

En nombre y con poderes del emperador don Carlos V, confirmó el Virrey don Francisco de Toledo, mayordomo de su magestad y capitán general en esos reinos y provincias del Pirú, la capitulación hecha por Rodrigo de Esquivel en nombre y como procurador del asiento de Potosí con el conde de Nieva, virrey antecesor de don Francisco, previa la entrega para servicio de su magestad de la suma de *setenta y nueve mil pesos* de plata ensayada.

He aquí á la letra algunos capítulos de ese documento histórico: «Primeramente que dicho *asiento* de Potosí se faze y nombra la *Villa Imperial de Potosí*, se faze libre de la subyeción que tiene el dicho asiento á la ciudad de la Plata (Chuquisaca) para que sea exenta y se nombra de su magestad y se le da término para que

haya en ella dos alcaldes hordinarios en cada un año que tengan la jurisdicción cevil y criminal de la dicha Villa y un término mero mixto ymperio, los cuales nombre y elija el cabildo y rregimiento de la dicha Villa.— Item que ayga en la dicha Villa seis regidores helegidos por cada un año y no más, los quales á de nombrar el dicho cabildo y rregimiento en cada un año y esto por espacio de treinta y cinco años primeros siguientes contados desde el primero día del mes de Enero del año venidero de mil é quinientos ysesenta y dos, fasta que sean cumplidos y acabados y pasado el dicho tiempo los dichos rregimientos sean á proveer á su magestad... »

El virrey decretó al pié:

« E por mi vista la dicha capitulación mandé dar é dí la presente por la qual en nombre de su magestad y por virtud de los poderes y de las comisiones reales que de su magestad tengo, confirmo la dicha capitulación suso incorporada é mando á todas e cualquier justicias, ansí de la dicha ciudad de la Plata, como á todos los demás destos rreynos y provincias del Pirú que guarden y cumplan la dicha capitulación y asiento segun y como en ella y en el se contiene hasta tanto que su magestad otra cosa no mande ó yo en su rreal nombre otra cosa provea...

«Fecha en los Rreyes (Lima) á diez y seis de febrero de mil é quinientos y setenta años.

Don *Francisco de Toledo*

Por mandato de su Exelencia — *Diego Lopez de Herrera.*

Esta real cédula fué publicada por Melchor de Vitoria en solemnísimo bando, engalanada la Villa con oriflamas y colgaduras y en medio del entusiasmo loco y los bailes e invenciones de los indios, por la voz del

pregonero oficial público, estando presentes el muy magnífico señor don Gerónimo Luis de Cabrera correjidor e justicia mayor de la Villa y el alcalde Azangutí y los regidores Díaz, Muñoz, Ortiz, Verdugo y Gamboa.

«Yo, dice el escribano Vitoria, pregoné la dicha cédula á altas e yntelijibles voces presentes muchas personas y por fin del dicho pregon díse ó mandase pregonar publicamente por que venga á noticia de todos y nynguno pretenda ygnorancia y antes y después de aberse pregonado se tocaron trompetas y atabales y los dichos señores mandaron poner el dicho pregon al pie de la dicha cedula» & &...

Segun vimos en otro capítulo antecedente, el escudo fué otorgado algún tiempo después por mandato de S. M. Don Felipe II....

Ahora para endulzar tanta prosa, si bien muy interesante, muy prosaica al cabo, va enseguida una poética leyenda quechua, que nos demuestra como eran románticos y hasta decadentes los aborígenas de aquellas tierras que gobernaron los Incas.



YURAC QUILLA

LEYENDA INDIA ALTO-PERUANA

D'aroma oriental nube leggiera.

I

Arrancaré del olvido, con la ayuda de Dios, una creencia de los dulces *quechuas*, creencia que les vuelve en justicia, á ellos tenidos como material envoltura de *un' anima vile*, la fantasía poética, la noción de lo impalpable, el don de matizar fugacidades, propio al parecer de almas que alientan vivaces en las anemias y cristalizan ó hacen diáfano el espíritu bajo la tisis.

Yurac Quilla era así: fantasía fugaz, símbolo de la esperanza que llega, toca, se aleja y se hunde en las sombras, reaparece en las márgenes de los ríos, riela en el espejo de los lagos, susurra entre la fronda de los bosques y, como la blanca luna (*Yurac Quilla*) que ama las cumbres y vaga en ellas, crecía, menguaba y pálida

siempre y dulce desaparecía, sin perderse nunca la visión de los ojos y dejando adivinar su presencia tenue en la inmensidad del éter, entre el claro oscuro del cielo y del abismo.

II

En la teogonía de los indios occidentales como en la de sus congéneres del oriente, existía el genio del bien y el genio del mal; tenían como los egipcios su Osiris y su Tifon, como los persas su Ormus y su Arimanes, como los indios su Brahama y su Siva, como los griegos sus genios y sus furias y como el paraíso bíblico su árbol de la ciencia del bien y del mal.

Estos se llamaban en *quechua*: *Pachacamac*, que todo lo crea, todo lo vé y todo lo sabe y *Humphuruna*, genio de las tinieblas que todo lo muda, todo lo seca, todo lo pervierte.

Manco Ccapac era engendro del Sol, suprema sabiduría, como Minerva era nacida de la médula de Júpiter. *Mama Occllo* (madre que abriga) era Céres, diosa de las mieses, de la tierra fecunda, de los llamas esbeltos y pacientes, de las aves en celo, de la lactancia y de los polluelos de los nidos.

Los vasos sagrados mostraban siempre dos caras chatas egipciacas como el griego Jano y muchos brazos como el Briareo gigantesco; los vasos fúnebres siempre como los cíclopes con solo un ojo; los del hogar íntimo, siempre con una figura sola, pero con dos sexos de abultado hermafrodismo.

Rendían culto al eco que devuelve la voz en las quebradas y rueda rebotando en las lomas y repercute en

los bosques y resbala blandamente en las playas. Las selvas tenían genios, como el agua de los torrentes, como las cumbres de las montañas en donde habitaba el *Puna*, que esparce opresión y manda asfixia.

Predominaba la fé en el supremo ser, en la palabra empeñada, en la fidelidad conyugal, en la justicia del Inca. La caridad no era virtud, era hábito, estaba en la naturaleza, estaba en las costumbres; en la cuna como auxílio, en el trabajo como cooperación, en la muerte para evitar la soledad á los sobrevivientes.

Finalmente, no se conocía la esperanza. *Janac Pácha*, como el destino todo lo había previsto; la fortuna estaba repartida por el príncipe, el bienestar lo aseguraba la comuna. No había otro camino que ser bueno ó entregarse á las furias. Al principio de los tiempos, como durante la gracia teológica, hubo algo así como la esperanza, un vislumbre, una de *aroma oriental*, *nube ligera*; pero voló al empireo no encontrando en donde posar la planta entre los hombres. He ahí la leyenda.

III

Como nubecilla diáfana erraba, erraba por las cumbres, la cabellera, como oriflama al viento, los piés de coral rosa desnudos, la pierna en carnes ó velada, según los caprichos del viento que separaba ó unía la túnica vestal rasgada al flanco.

Como nubecilla diáfana erraba, erraba sobre las aguas tersas del lago, sus brazos fuera de la manga en larga punta, su seno en cúpula realzado por el cendal que ciñe el aire y resbala ondulando en la curva de las caderas.

Como nubecilla diáfana pasa y vuelve y juega y se vislumbra entre las llamas rojizas del incendio que consume el rastrojo y prepara el nutrido césped á los rebaños; sus ojos como turquesas de azul límpido en disco de plata, con suavidades de cera y diminutas curvas rojas que entreabre lánguida sonrisa.

BAÑOS TERMALES DE MIRAFLORES EN DONDE APARECIÓ LA PRIMERA VEZ YURAC QUILLA

Yurac Quilla oscila entre las penumbras, juega en el fondo movedizo de las lagunas, surje como el iris en el rocío de las cascadas, se dibuja en el claro de las boscosas frondas, suspira en la música de las flautas, vaga en torno al lecho de los que sueñan, sonrie en la fantasía de los que aman y junta sus manos y llora en mística conjunción con los que sufren. *Yurac Quilla* penetra en los cerebros y los vuelve hacia sí, se posesiona de los sentimientos y los domina; se le presiente en todo y no se le encuentra en nada. *Yurac Quilla* produce hambre y

sed inestinguibles como el espíritu de que proceden, causa voluptuosidades místicas, ansías desconocidas, sueños de placeres sin tacto ni roce, ni aliento ansioso, pero con éxtasis en deliquio largo, largo hasta lo infinito.

Los que llegaban á la locura de amar á *Yurac Quilla*, vagaban, vagaban sin rumbo, de una cumbre á otra, de un llano á otro llano, acariciando delirios, corriendo tras la nubecilla ténue que rozaba con larga cauda el suelo y hacía rodar la pedrisca por la loma al agua de los remansos que se abrían en círculos, círculos, círculos, hasta morir el último en la orilla con murmullo de besos no sentidos.

La flor de los *sipas*, lo granado de los guerreros, lo escogido de los poetas y los músicos, los hermosos de físico y los hermosos de talento y los hermosos de generosidad y de grandeza, habían hallado la muerte lanzados en la sima desde la cima faltando el suelo á los piés en la noturna escursión vertiginosa por entre los picachos y las criptas. ..

IV

Más el inca *Manco* y su esposa *Ocllo* engendros del sol que rige Pachacamac, pidieron después de una hecatombe de gamas y vicuñas vírgenes, que *Yurac Quilla* abandonase la tierra para vivir en el sol que no la consumiría nunca y sería su reluciente marco como en la custodia de los creyentes cristianos y *Yurac Quillá* fué asumida en un día radioso en que la naturaleza había vestido sus galas y el bosque sus esmaltes y las aguas el azul del záfiro y de los cielos y los hombres el ardiente rojo de sus pasiones y las mujeres el suave rosa impreg-

nado del olor de la vida latente y de las ansias amorosas indefinibles.

Los indios perdieron la esperanza; bien que no les haga falta, dada la sobriedad de su vida y la limitación de sus deseos. No conocen la ambición, ni la codicia. Amanse los sexos, cantan la unión de ellos en éxtasis divino; sin peregrinar, ni esperar, toman ellos solos ó lo reciben tomado de sus padres.

La esperanza es *Yurac Quilla* que vive en el sol entre rayos luminosos que queman los ojos de los mortales y oscurecen la visión ó matan cayendo á plomo. La esperanza es nubecilla ténue que rueda de cumbre en cumbre en las noches tristes, desapacibles, frías.

D'aroma oriental nube leggiera.





Pues te llamas Nicolás, vivirás

Dichosos para la leyenda, aquellos tiempos de penumbra, en que combatiendo el espíritu maligno con la gracia divina, poblaban la fantasía de maravillosos portentos y daban á las crónicas populares el pintoresco ropaje de lo sobrenatural, obra de los siervos de Dios ó diabólica labor de Satán que á la sazón andaba suelto.

No se habían inventado la filosofía materialista, ni la diosa razón y así como no había más luz que la del candil y los velones para combatir las sombras de la noche, así en los cuévanos del alma, no lucía otra antorcha que la de la fé, ni más doctrina que la de la iglesia.

Un día surjió la ciencia y explicó los más raros fenómenos de la naturaleza y disipó sombras y ofreció la verdad é iluminó el espíritu y entonces los siervos de Dios, no se movieron más del cielo, y el espíritu maligno dió término á sus travesuras, relegándose al más oscuro rincón del báratro.

Como caudillo que gasta sus prestigios y pierde la popularidad y no recibe el tributo de la admiración á

sus merecimientos, así perdieron Santa Bárbara su poder sobre los rayos y las centellas; San Lorenzo su dominio sobre el fuego y las llamas; San Jorge su talismán contra las alimañas venenosas y, finalmente, San Nicolás su eficaz inflencia para los fáciles y afortunados alumbramientos. Estos han de servir de tema á la presente crónica.

Gobernaba, por su majestad tétrica don Felipe II, los reinos del Perú, el Excelentísimo señor don Fernando de Torres y Portugal, Conde del Villar, VII Virrey en Lima y había tomado posesión de su alta gerarquía en la Villa imperial de Potosí, el General don Alonso de Zuñiga y Figueroa, de la orden de Calatrava, sexto correjidor y hombre de hígado relleno y pelo en pecho.

Había acreditado serlo, poniendo paz en los bandos y parcialidades que se *entrematahan* sin ningún temor de Dios haciendo de la Villa un campo electoral, digo, un campo de Agramante.

Hacia el año 1582 y sobre si ocuparían este barrio ó el otro, hubo horrendas refriegas, entre estremeños y vascongados, muriendo no pocos de entre ambos y además el Alguacil Mayor de la Villa y Diego Aumete, Alcalde ordinario causante de estos disturbios.

El General Marcelino, de célebre memoria á la sazón quinto correjidor, fué rechazado y herido, apaciguándose por entonces la cólera de los bandos, para comenzar poco tiempo después con mayor saña.

Así fué que en las fiestas de Santiago del año siguiente 1583 y en ocasión de jugarse toros y cañas en la plaza mayor de la Villa, un estremeño famoso en el manejo de armas arrojadizas, hirió mortalmente con un venablo, al Capitán Sancho Usátegui, vascongado, por lo cual dice el cronista, dieron aquella noche fuego á las casas y ba-

rrios de los estremeños, buscando al agresor «siendo no pequeño el estrago y causando tal sed de matanza, que se formó ejércitos y se libró la famosa batalla de Cebadillas, donde murió el ya citado General Marcelino, quinto correjidor de Potosí.

Con tales antecedentes, empuñaba el bastón del correjimiento, el don Eulogio Alonso de Zuñiga y Figueroa y no bien saliera de oir el *Te Deum*, que en honor suyo entonó la iglesia potosina, cuando se vió acometido á la vez por los bandos del General don Luis de Yanise y el lincenciado Cristobal de Esclava, que cada cual á su turno, alegaba derechos más legítimos al correjimiento.

Allí fué el desplegar el General Eulogio Alonso, todo su valor y su energía, de forma que cogiéndolos separadamente, dió cuenta de ellos, apaciguó los bandos y estableció la paz y la concordia en la Villa, metiendo en un zapato á los orgullosos señorones acostumbrados á hacer y deshacer conforme á su real gana.

Como era natural en aquellos buenos tiempos en que Dios tenía de la mano á los mortales y se mezclaba en todos sus asuntos, el castigo celeste no se dejó esperar y así como para decidir á Faraón mandó diez plagas, siendo la más gorda el paso del angel esterminador, matando á los primogénitos de los egipcios, allí cayó sobre la Villa imperial un terrible azote que consistió en que no se lograse nacido, varón ó hembra, habiendo más mortandad de niños inocentes, que bajo el poder de Herodes en Judea.

En vano era el salir de las damas potosinas en estado interesante, á los valles vecinos al aproximarse la época del alumbramiento; en vano el sufragar novenarios á San Ramón Nonato y llenar de plata el altar de Santa Ana y fabricar de oro la vara de San José y has-

ta hubo dama que hizo de pura plata piña, el perro de San Roque en contraposición á otra opulenta criolla que hizo de plata fundida el puerco de San Antón.

Nacían los niños ó muertos ó morían á los seis días ó á los quince y los que habían visto la luz fuera del circuito de la villa, dejaban de verla volviendo á ella, á despecho de los más fervientes votos, de modo que en el cementerio era lo más poblado y nutrido el *angelorio.*

Dábanse los galenos de calabazadas, viniendo todos á convenir en que no podía ser sino una de dos cosas, según la opinión de Fray Rafael Portete de la orden de Agustinos, esto es, ó castigo del cielo ú obra del demonio que muchas veces Dios se vale de este intermedio para manifestarse á los mortales.

El mismo ya citado padre, concibió un piadoso proyecto para aplacar la ira celeste y jugar una partida serrana al rey de las tinieblas, el cual proyecto no fué ni más ni menos, que el de fundar un convento de religiosos agustinos en el centro mismo de la ciudad, elevando un templo bajo el patronato del gran doctor de la iglesia y una capilla adyacente bajo la advocación de nuestra madre y señora de Aranzazú, notablemente milagrosa y protectora de niños inocentes.

Bien pronto cayeron las limonas, y las dádivas ricas y las donaciones pingües, lo que no era maravilla en aquel tiempo en que «llegaron á tanta riqueza los moradores de la villa, que el que tenía menos de caudal, era de 300 á 400.000 pesos de 8 reales».

El 8 de Setiembre de 1584, día de la Natividad de la Virgen María, entraron en Potosí los religiosos de nuestro padre San Agustín y comenzaron la obra de la fundación de su convento, teniendo por sitio y cementerio

la plaza de la Ollería, hasta rematar en la entrada de las Siete-vueltas.

Un año y tres meses justos duró la obra monumental, trabajada aunque á toda prisa, sólidamente, empleando no menos de mil trabajadores por día ofrecidos á porfía por los mineros y el 8 de Diciembre, día de la Inmaculada Concepción de María, se estrenó con grandes fiestas y mucho regocijo y contentamiento de la Villa. Oigamos al cronista de aquellos tiempos aunque perdonándole el naturalismo zolesco:

«Por fines de este año, (1584) como pagando el de«seo que la Villa, tuvo de la fundación de su iglesia y «convento, obró N. P. San Nicolás de Tolentino un gran «milagro pues don Francisco Flores y doña Leonor de «Guzmán su esposa, señora de España, gozaban en Po«tosí 2.000 pesos de á 8 reales de renta cada semana. «Tuvieron 6 hijos, más ninguno le vivió, porque aunque «doña Leonor se iba á parir á los valles, volvía á criar«los á Potosí, á que el cruel frío los matase. Sintióse «un año preñada y como no tuviese heredero alguno, «hallábase sumamente aflijida; instáronla se fuese á al«gún valle á parir y criarlo; pero como otras ve«ces lo hubiese hecho y con todo eso no se lograse, «estaba ya desconfiada, por lo que hizo el ánimo de no «salir de Potosí, determinada á parirlo allí y que se «cumpliese la voluntad de Dios; así esperaba por estar «ya cerca la hora de su parto. Un día de los que más «aflijida estaba, entró en su casa el M. R. P. Prior de «San Agustín; y como le preguntase la causa de su «desconsuelo, y le satisfaciese en todo, le dijo el P. «Prior se encomendase á nuestro padre San Nicolás de «Tolentino y esperase en nuestro señor que por su in«terseción pariría felizmente y le viviría para ser su he-

«redero. La aflijida señora le agradeció el consejo y «prometió hacerlo así y dar una rica ofrenda al santo, «y ponerle al que naciera su nombre; así sucedió, por «lo que el día de la natividad del señor parió un niño «muy hermoso; vivió y fué el primero que se logró de «los que en Potosí nacieron. De allí á 8 años se fueron «Francisco de Flores y su esposa á la ciudad de Lima, «donde fué secretario de aquella Real audiencia; y Ni«colás Flores, su hijo, como logrado de milagro, así «también alcanzó el logro de virtud y letras; pues fué «doctor de la Universidad de Lima y Rejidor en aquel «ilustre cabildo. Con este ejemplar, todas las señoras «que estaban preñadas, ofrecieron sus hijos á San Ni«colás y en naciendo les hacían poner el nombre del «glorioso santo. Fué tal el favor que merecieron con «esta dilijencia que todas lograron sus hijos y todos se «llamaban Nicolás en aquellos tiempos».

Cojiendo ahora el hilo de nuestra historia,, volvemos á encontrar al ya nombrado Fray Rafael Portete, el cual á su vida ejemplar de sacerdote, unía un carácter apacible y una índole jovial y comunicativa.

Era jeneralmente el que después de la ceremonia de la pila bautismal, ponía la bendición al niño diciendo; «Pues te llamas Nicolás, vivirás», y vivían los niños y la benéfica virtud de Fray Rafael Portete, que por cariñoso mote llegó á ser conocido popularmente por Fray Rafete, se fué extendiendo, de forma que llegó á ser, no solamente el protector de los nacidos, sino también de los nonatos, los cuales más fácilmente abandonaban el claustro maternal, cuando Fray Rafete invocando el auxilio divino, ponía sobre el dolorido vientre de las próximas, los cordones de su hábito bendito.

¡Pobre Fray Rafete! Durante muchos años no tuvo

punto de reposo, marchando de alcoba en alcoba y de tugurio en tugurio, poniendo, como dice la crónica, los cordones *super ad ventres* que yo no sé si será castizo.

Andando los tiempos la hijenie desbancó á San Nicolás de Tolentino y las matronas dieron (al fin mudables) al olvido los cordones de Fray Rafete, pero entretanto hubo más Nicolases en Potosí que Santiagos en Galicia y Antonios en Lisboa.





Gruta del diablo y quebrada de San Bartolomé

Según la tradición de los aborígenas americanos subditos del Inca, el espíritu maligno, llamado *Umphurruna*, (1) arrojado desde la mansión de la luz á la tierra brumosa, había visto en ella á *Sapállay*, la sola, la única en belleza sobrehumana y en el candor y la ingenuinad atribuidas á la Inocencia, de la cual era símbolo.

Enamorado de ella, la arrebató un día de entre su pueblo que la amaba y para ocultarla á las investigaciones de los hombres, con la fuerza y poder misteriosos de que *Umphurruna* es rey, partió en dos la inmensísima mole granítica de dos leguas en contorno, abriéndola en estrecho paso de curvas irregulares, en donde serpentea un torrente bullicioso, lamiendo á veces la base misma de aquellos murallones portentosos.

La inocencia, pues, entre los indios, había sido arrebatada por el maligno como en el Paraíso. No les faltó ni la serpiente, pues la quebrada lo es de granito, y la

(1) Hombre sombrío.

hoja de parra que cayera está sustituída por la roca que se partió y manó un torrente inestinguible como el pecado original que sigue corriendo hasta la consumación de los siglos.



GRUTA DEL DIABLO Y QUEBRADA DE SAN BARTOLOMÉ

Apenas si se atrevió á profanar esa imponente quiebra con gran comitiva de sacerdotes, ñustas del sol y soldados aguerridos, Maita Ccapac, cuarto Inca del Perú venido desde el Cuzco por ser ese el paso obligado al cerro legendario y fabuloso en cuyo asiento se fundó más de un siglo después la Imperial Villa y hoy republicana ciudad de Potosí.

Gran obra fué para el Inca Maita, abrir sendero entre la peña viva y el torrente. Más tarde Huayna ensanchó aun más ese camino de machos cabríos y luego Huascar y después Atahualpa, colocaron cuatro puentes en el extremo de las más estrechas curvas que exijen pasar de un murallón á otro, ambos rudos, inmensos, amenazantes, por entre los cuales se descubre una faja de cielo azul en la altura inabarcable para la mirada.

Allá refulgen los relámpagos hasta cegar; retumban los truenos con un horrible estruendo y es peligroso el paso durante las tormentas, por que el agua llena la quebrada, sube como en un dique y arrastra como plumas los enormes bloques de granito y los pedrones de colosal dimensión que se ven en el cauce.

Eso no obstante, aunque en tiempo seco, pasó por ese camino estrecho el comandante Mitre, don Bartolomé y llegó á Potosí el 5 de Noviembre de 1848, conduciendo animosamente aquella brigada de artillería, que tan gran papel hizo tres días después en la batalla de Vitichi, mereciendo entonces, el hoy Teniente General de los Ejércitos Argentinos, el título otorgado por el presidente Ballivian de: «Benemérito á la Patria en grado heróico y eminente.»

— —

Pues en el centro de aquella maravillosa grieta que los profanos creen obra de la naturaleza, en uno de sus más ámplios recodos abre su boca negra con picos como dientes, una caverna oscura, misteriosa, objeto durante muchos siglos de las leyendas más curiosas.

Esa es la cueva del diablo, allí arrastró consigo *Umphurruna* á la bella Sapállay, según los indios, que

por tal travesura naturalista lo bautizaron con el nombre de *Cchutillo* ó sea genio que daña y huye.

Fundada ya la Imperial Villa y creciendo á diario la erección de capillas, iglesias, ermitas y toda suerte de precauciones contra el demonio que atormentaba á las gentes ya en forma de aventureros matachines y de jugadores fulleros; ya de buenas mozas y mujerzuelas que levantaban de cascos á aquellos riquísimos mineros, se



INVENCIÓN Y FIESTA DEL CCHUTILLO

pensó seriamente en secuestrar al diablo en su propia morada y para ello se construyó un nicho cerca de la cueva y se empotró en él, la Santa Cruz bendita y llevada en procesión solemne.

Pues el demonio se escurría por debajo de la peana y corría á la Villa para llenarla de guerras, alborotos, raptos y matanzas.

Entonces se convino en invocar el auxilio de los

santos Bartolomé y Lucía y se erigió una especie de altar con barandilla y nichos, colocándose en ellos á esos dos bienaventurados, llevados el primero de la Iglesia parroquial de San Lorenzo y la segunda de la Iglesia parroquial de un pueblo llamado Santa Lucía, á legua y media de la dichosa cueva.

Allí están sus mercedes hasta hoy día, muy orondos y todos los años los visitan el 24 de Agosto, las legiones de indios cabalgados sobre sendos mulos, que ponen al escape, á matarse, para asustar y ahuyentar al travieso *Cchutillo* que ya parece retirado de la vida pública al hogar doméstico, esperando tranquilo sus últimos días.





De la casa real de moneda y asuntos concomitantes [1]

«De tal suerte demudadas
Estades reliquias tiernas,
Que no sé si estais fablando
O si estais del todo muertas»

(Romancero)

Habría de realizar un trabajo histórico anecdótico sobre el secular edificio potosino «La Casa de Moneda» célebre en los fastos coloniales del virreynato, más célebre aun en los de la magna lucha de la independencia y celebérrima en estos, de soberanía popular, estado ateo y matrimonio civil, felices tiempos. Empero, ó me saldría corto para tal grandeza y menguado para un explendor que es fabuloso, ó habría de llenar un grueso infolio que no es para el ciclo que sobrellevamos, ni para tareas como las que hé ó tengo de ordinario, fugaces, ansiosas, colmadoras del

(1) Queda advertido, en los preliminares de este libro, que no se sigue en él un riguroso órden cronológico.

tonel sin fondo que estampado sale con el sol matutino y dura menos que las flores en seco, marchitas ya antes del medio día, barridas luego en la tarde como las hojas de otoño por los de la indiferencia frescos vientos.

Más probarélo, pues, según un letrero puesto sobre pico elevadísimo al borde de un torrente, «es peligroso el saltar á la orilla opuesta; pero nada se pierde en probarlo á no ser la vida.» Demás de esto, se sabe que, con buena voluntad, cualquiera tortuga es liebre y en no resultando el empeño, otro viene que lo prohija y dá carnes y existe casos y no pocos, de enjendros que fueron huevos de una gallina y pollos de otra.



COSTADO DE LA CASA REAL DE MONEDA, TOMADO DE UN MAL DIBUJO ANTIGUO

Puesto, pues, en la arena, debo decir y digo que al término de veinte años de trabajo paciente, comenzado en 1753 y coronado en 1773, levantóse robusta y ancha aquella mole romana que tiene sola más sillería de piedra que muchas catedrales reunidas, llamándose á la sazón *Casa Real de Moneda*, que aun llamárase ogaño, si la democracia no hubiérale arrebatado lo de *Real*, celosa como novia en luna de miel, excediéndose en el amor al gobierno del pueblo por el pueblo, de ese mismo pueblo, que, no embargante, hoy lo paga y purga

todo como antes y aun peor, mucho más que antes de ser soberano.

De aquella casa, pues, que fué del Rey y ahora es de Roque, se ha dicho cosas estupendas, á contar desde el gobernador don Juan del Pino Manrique en su memoria al virrey Marques de Loreto 1787 hasta el poeta epitalámico y jaculatorio Bartolomé Meneses Viera 1791 y el grandilocuente orador republicano doctor don Casimiro Olañeta, especie de Demóstenes *mirabeauniano* que floreció en estos tiempos de popular sufragio, reemplazante del sufragio de las ánimas benditas: año de la república 25 y 3º de la tiranía del rumboso General Belzu, un verdadero Mahdí por su popularidad casi fanática y verdadero Malek-Adel por la belleza varonil del rostro y la gallarda apostura de su morisca, interesante persona.

Don Juan del Pino dijo de la Casa Real de Moneda que era una «maravilla de las Indias», lo que no es mucho decir con relación á las Indias únicamente; pero seguro de que el buen D. Juan no conocía, ni tenía noticia de las otras maravillas, asombro del planeta, como diría Castelar, si para bien de la lengua y riqueza del léxico aun alentara....

No le fué en zaga el loador Meneses Viera que desde Oviedo cantaba lo que no había visto, diciendo:

«Con robles del Paraguaye
T encinas del Tucumane,
Se fizo, según es leye,
La casa Real, un primore
Sirviendo á nuestro Señore
El Reye»

Gustaban antaño los bardos de imprimir sabor de siglos viejos á sus coplas y cuidábase el de Meneses muy

poco de *averiguare* si había encinas en *Tucumane* y si se podía *llevare* hasta Potosí los robles del *Paraguaye.*

El Dr. D. Modesto Omiste de gratísima memoria en Potosí su cuna, que él ilustró con buenas obras y doctas escrituras, dice con acopio de documentos que la *tipa*, el *cedro*, el *soto,* el *nogal*, el *arrayán* y el *algarrobillo*, fueron procedentes de los valles de Mataca y Pilcomayo, río abajo de los parajes llamados Pirguani y Pomabamba, y que las grandes vigas hasta de veinte y cinco varas de tamaño, las tijeras, las planchas, alfajías y maderamen de las techumbres fueron suministradas por D. Matías de Haro y D. Francisco Peñas de los valles de Pilaya y Cinti. Ha salvado Omiste preciosos documentos y datos históricos, del olvido y debémosle los que de crónicas escribimos, la paciente obra de recojerlas y publicarlas todas como homenaje de él y nuestro á la tierra nativa, fecunda en las grandezas que portentosas inmortalizan su nombre en los tiempos y los siglos.

El Dr. Olañeta en la pintoresca exageración de su lenguaje revolucionario, socavando con la fuerza de su palabra el dominio de Belzu en Bolivia, llamó alguna vez la «Bastilla» á la inofensiva Casa Real, sin duda con el deseo de simbolizar el poder arbitrario que se encastilla en muros de granito, pues era de rigor que cuando las huestes alzadas contra el gobierno—lo que ocurría á la continua — merodeasen en las cercanías de Potosí en número superior á la guarnición corriente, se encerrasen en la moneda los caudales, los archivos, los parques, los *gendarmes*, los inválidos del ejército, los jefes sueltos ó con mando y todo el mundo de funcionarios de las listas civiles de Prefecto abajo y hasta los operarios de fundición, de las máquinas, talla-

durías y troqueles, apercibidos para un largo sitio y para la cómoda defensa desde las guardillas y duenderas, bajo parapeto almenado. Quedábanse entonces los hogares sin más que las mujeres en quienes el hábito de tales faenas, había adiestrado lo conveniente para el enviar pertrechos, noticias, vituallas y golosinas frescas á los sitiados y burlar la vigilancia que los sitiadores establecían con destacamentos en las torres de los templos circunstantes, que para ello los tiene Potosí en grande acopio y hermosa construcción arquitectónica. Cada casa que de suyo es fuerte por la piedrade sus sillares, tornábase en fortaleza sin defensores, pero asegurada contra invasiones por la sólida portada con doble fila de adobes á *posteriori.* Los pacíficos, los indiferentes, los temerosos de Dios, emigraban á los valles vecinos prudentemente, dejando en los conventos su tesoro de joyas, vajilla y preciosidades, como que no faltaba merodeos, entradas



á saco y otros excesos peores de concupiscencia, propios de los tiempos en que se tomaba todo á sangre y fuego y los Atilas se multiplicaban, como ahora los microbios sobre la faz de la tierra pecadora, fermentado por eso llamado en el día el *medio ambiente* guerrero y conquistador á la sazón reinante.

Más con todo, ni la robusta y bobalicona Casa Real de Santelices pudo ser nunca lo que el sombrío edificio, tumba de vivientes y ejemplo de terror, destruído por el pueblo de París al iniciarse la estupenda revolución que, mal grado ser regicida, iconoclasta y deicida, alzó en alto la luz de una nueva vida de derechos y libertades, desde inmensos lagos de sangre humana generosa y noble, ni Belzu era, no diremos un Rozas, ni aun siquiera uno de tantos caudillejos que en las provincias argentinas *enchalecaban*, *castraban* y degollaban unitarios como quien degüella, castra y descuartiza reses destinadas al comercio de tasajo y carnes congeladas. Exageraciones pintorescas del doctor Olañeta que cedía también al *medio ambiente* pomposo y magnificante de entonces, como cedió el Dr. D. Juan de la Cruz Benavente, más tarde juzgando otra tiranía, la de Linares, del cual dijo aquel buen señor, que era tal la sangre que había derramado con sus fusilamientos y batallas que con ella podía llenarse una cisterna en donde pudiera balancearse cómodamente el Leviatan de los mares.

Y era Olañeta la inteligencia claro-vidente, poseedor de aquella luz, calor y colorido llamados elocuencia; pero también de cierto aticismo volteriano y zumbón que lo hacía temible en la polémica y capaz de formar de un rasgo, ya un carácter, ya una caricatura inolvidables. *Continuus animi motus*, que diría Ciceron.

Benavente era otra cosa; guapo cuando mozo y grato aun en la madurez, magestuoso en el hacer y en el decir, galano y gongorista, irreprochable en el traje y las maneras y gran cazador de frases hechas para efectos rápidos: «Para climas deficientes, decía hablando del suave, lubrificante y lánguido clima limeño; para climas deficientes vino de resultados.»

Imaginaos cómo en Bolivia se andaba en aquel tiempo á vueltas con la revolución francesa y los tiranos, con los girondinos y la marsellesa, ese himno del Cisne que algunas víctimas de su propia obra cantaron al morir! En una de esas prisiones en masa que decretaba el tirano del día al descubrir cualquiera conjuración, que á veces remedaba muy seriamente el juramento de la Casa de Pelota, conducían al diputado Dr. Evaristo Valle, brillante orador, inteligencia cultivada y clara, verdadero prodigio de afluencia y de facundia, conducíalo un soldado á cuestas porque las barras de pesados grillos le impedían caminar por si sólo, y tanto pudo en él la manía reinante, que á pesar del peligro de la vida, que lo había y serio, quiso darse el placer de una frase para la historia, exclamando: ¡Granadero! Vé á decir al tirano cuanto pesa un diputado liberal independiente!...

Otra vez desde la tribuna el espiritual y muy simpático filósofo y canonista Dr. D. Pedro Zilveti, que lo mismo parafraseaba un salmo del Rey poeta, que recitaba en dulcísima lengua quichúa versos de sabor anacreóntico ó tiernísimas endechas indias, gritaba á la barra del congreso que ahogaba su palabra: ¡Callaos! Calceteras de Robespierre: ¡Callaos!...

* * *

Así fué como en la revolución de Setiembre del año

57 contra el niño bobo, llamado General Córdoba, manso heredero de las odiosidades de Belzú, hecha desde un socavón de mina de Oruro por el intrépido reformador y apóstol Dr. José M.ª Linares, todo se hizo como en el 89 y 93 en Francia. Por poca aprensión no se cambió en Bolívia los nombres de los meses del año, los de las estaciones y los de los días de la semana y por muy poco no se les ocurrió destruir la Bastilla de Santelices. En cambio, todos se volvieron ciudadanos y ciudadanas, desde el ciudadano carnicero hasta la ciudadana nodriza y los ciudadanos índios ó aborígenes á quienes, no obstante la igualdad, libertad, fraternidad y los derechos del hombre consagrados, se les hacía barrer cuarteles, llevar á cuestas cajones de fusiles y realizar obras de acémilas al son de himnos bélicos y discursos sobre la caída de los privilegios y clases acomodadas deprimentes de la dignidad humana. Los comisarios de policía gastaban faja tricolor y los sayones gorrorojo y los *gendarmes* tricornio. Llamaron Robespierre á un señor inteligente, astuto, conspirador y mal humorado siempre, nombrado el Dr. Vicenio, y llamaron Danton á un buen sujeto, sin grandes empujes oratorios, aunque valeroso y viril, el Dr. Donato Vasquez y aun quedó bautizado para siempre con el nombre de ciudadano Marat, un viejo sabihondo, regañon, volteriano, maldiciente y audaz, llamado D. Fernando Valverde. Pero qué más, si hubo muchachas patriotas factoras de escarapelas para estímulo de mancebos linfáticos, las cuales bautizaron, otrosi, al Dr. Valle con el curioso nombre, que les supo á mitología revolucionaria, de *Cisne* de la *Gironda* y obligaron á la juventud de aulas y los claustros á enrolarse en las filas de voluntarios, mientras se entonaba con fruncido entrecejo el *¡allons enfants de la patrie!...* en los sa-

Doctor Don Mariano Baptista

Dos años antes de los sucesos revolucionarios á grandes rasgos referidos en la página anterior, (76) y para influir poderosamente en ellos, surgia de las aulas de la Universidad á la vida pública, una figura juvenil que por la claridad de su juicio, la robustez de su talento, la energía de su carácter y el ardor de su verba insinuante y simpática, hábiale ungido la opinión como á uno de aquellos escogidos para dirigir los espiritus, para imperar en las conciencias, para arrastrar las voluntades, para ser, en fin, uno de los ilustres tribunos que llevan luz á las evoluciones de los pueblos, vigor á las reformas sustanciales de su constitución política, salud á la república enferma de cansancio, de anemia y de desaliento.



Ocurria eso al cabo de un cuarto de siglo pasado entre la tirania de los caudillos militares, las imposiciones de la muchedumbre audaz que compartia el poder con los intrusos y los sacudimientos de la reacción obra de los hombres de pensamiento, de principios y de abnegación patriótica á prueba de persecuciones, destierros y muerte en cadalso implacable.

El doctor Mariano Baptista salió pues, desde los bancos de la Facultad de Derecho hasta las bancas de la Cámara de Diputados en u[illegible] [illegible] como ninguna rara y como ninguna honrosa para un hombre.

Adolescente aún, que no llenaba en sí los requisitos para ser elegido, apareció ante la mesa electoral a [illegible] que exigía la ley, [illegible] de la [illegible] en [illegible] concurso y la juventud loca de [illegible] en [illegible] a ese [illegible] que hacía *leader*, á ese di[illegible] que [illegible] jefe de grupo, á esa palabra que resonó luego él [illegible], [illegible] de entonces durante medio siglo, lo mismo á los hombres de saber y de experiencia, que al pueblo, á ese [illegible] y [illegible] nunca preocupó su mente, ni [illegible] siempre en los nobles estrados de la ley, en las elevadas esferas de la [illegible] intelectual.

Después de esto que es único en su especie, resulta pálido y vulgar [illegible] de Baptista que lo fue todo y todo bueno, perio[illegible], ministro de Estado, de la [illegible] presidente del Senado Nacional, Vicepresidente ser más, y hasta [illegible] de [illegible] que la patria otorga al último de sus servidores [illegible] ya no podía [illegible] en el [illegible].

Esto [illegible] su consagración de grande hombre y forma la sombra necesaria para hacer aún más amplia la luz y más salientes los [illegible] de aquel [illegible] de vida, tan pura como fecunda, tan noble como [illegible] a las pequeñeces y rencores anexos á la naturaleza humana.

Pasados los ardores de la [illegible] liberal el gobierno del gener[illegible] Partido comenzó ya á [illegible] la [illegible], cumpliendo impulsos de sana [illegible]. El [illegible] actual, del doctor Montes, ha ido más lejos en el respeto a [illegible] [illegible] americana. Ha buscado su consejo en arduas cuestiones de estado y su [illegible] en la casi secular contienda de límites con el Perú.

Baptista la ha dado franca, clara, [illegible], robusta y como siempre, concluyente.

No le han abandonado, ni su ardiente fé patriótica, ni su ardiente fé religiosa. Baptista se debe y se da al país sin reserva, y sobrenada entre las más [illegible] corrientes de la opinión pública.

La histórica ciudad de Cochabamba le sirve hoy de hermoso pedestal para su estatua en vida.

lones olientes á refinada aristocracia ó á flamante burguesía...

Algunos exaltados fanáticos, intentaron hacer de la airosa Guadalupe, que era una guapa, limpia y bien contorneada *chola* revolucionaria, una diosa Razón; pero no llegaba tan lejos el olvido de las creencias viejas, ni el contagio francés había pasado de la epidermis, allí en donde no había entrado todavía el desnudo, ni en las artes del dibujo, ni aún en el primer cuadro del Génesis inocente.

De eso surgió la dictadura, de que andando el tiempo hablaremos con lengua anecdótica y veraz, no obstante saber que existe un interesante libro del talentoso potosino Dr. D. Antonio Quijarro, sobre igual tema y pintaremos de relieve tres grandes figuras: Linares, Frías, Baptista, como es de nuestro uso y norma, con juicio leal, volviendo ahora á la Casa de Moneda que resistió el empuje de los bastillistas *sans-culottes*, como resiste impasible los apartes y episodios no del todo importunos, ni inútiles que introduzco en nuestra historia presente.

El correjidor de Potosí y Superintendente de la Moneda, muy austero, temible y sucio D. Ventura Santelices y Venero, fué quien dió comienzo á la obra de la actual casa en el mismo sitio que ocupaba la construída por el propio virrey Don Francisco de Toledo que era obrero señor, como que echó los cimientos de la vieja iglesia Matriz y de las cajas Reales y Banco de Rescates de plata piña en la Villa Imperial.

Empeñóse D. Ventura en ello; pero no se salió con la suya; quedábase corto de talla el edificio y entonces se escojió, por consejo de autoridades —que lo eran en todo, menos en achaques arquitectónicos, aún que en etas

ocasión lo acertasen — la plaza del Baratillo, esto es, del mercado llamado en quichúa *Ccatu*, ó sea montón para venta, pues las *Ccateras* bajo enormes parasoles fijados en el suelo llamados *llantus*, esto es, sombrillas, rodeábanse de su comercio de frutas, legumbres y comestibles de todo linaje y aún de quincalla, tejidos y alfarería, dando á la plaza un aspecto oriental de lo más irisado y pintoresco que cabe.

Ccatu se volvió Gato con el tiempo, como *Virú* se volvió Perú, *Juscu* se volvió Cusco y *Photocsi* se volvió Potosí, y la Nueva Moneda de Santelices (para diferenciarla de la obra de Toledo), ocupó con sus cimientos un paralelogramo de una cuadra de 120 varas de frente y dos de 240 de fondo — en la alegre plaza del Gato, dejando un cuadrado para la plazuela de Aranzazú célebre en las crónicas potosinas, al comienzo de la calle de la Ollería, por donde iban en ronda nocturna, disfrazadas las muchachas plebeyas á beber, bailar y triunfar con amantes y nóvios á *Phuna Cancha* que era imán de mozas, y perdición de mancebos y campo de Satanás, según los curas.

Gastóse en tales cimientos según documentos que me dieron *ad efectum videndi*, la enorme suma de doscientos mil pesos de lo antiguo, equivalente á dos millones de lo moderno. Verdad es que la obra está fabricada para reñir con los siglos de los siglos y sus murallas tienen dos varas de sillería de granito con argamasa tal que borra solución y constituye un portentoso monolito de los cíclopes.

Este don Ventura ó don Buenaventura Santelices y Venero, era un varón rarísimo. Del Pino Manríque dice de él, en su «Descripción de la Villa de Potosí:» «Hombre austero, irreprochable en sus costumbres, tenaz en

lo que concebía, filósofo, si es filosofía el desaliño y el desprecio de si mismo, docto sin presunción y de luces superiores á su tiempo. Gobernó con tanta firmeza y posesión de si mismo que se hizo temible y en Lima espantaban á los muchachos con su nombre».

El regocijado Lope Loperas, que algunos creen que no es otro que don Gerónimo Matorras, Gobernador de Tucumán y autor del «Diario de la expedición hecha en 1774 á los países del Gran Chaco» dice del buen don Santelices y Venero:

«Venero fué del oro, más en bruto,
Al agua y al jabón no dió tributo,
Vistiendo peor que lego franciscano,
Riëndo sus zapatos de lo humano;
Capa y calzón de mantecosas huellas,
Y las calzas con puntos como estrellas...
Más, de callar hagamos sacrificio,
Que fuera de avisados gran locura,
Ser cojidos por mano de Ventura,
Para servir de hogaza al Santo Oficio.

Oscureció Santelices, gran tostador de herejes, al mismo Doctor don Francisco de Nestares Marín, presbítero que agarrotó en Potosí como quien ahoga gatos en serones, á los monederos falsos Ramírez y Rocha, aprendió á Vila, Escobedo y otros cuarenta funcionarios infieles de la Casa de Moneda y metió en vereda á los bandos de la Villa en perpetua batalla, levantando cuatro horcas en los cuatro puntos cardinales, sin perjuicio de comulgar en cada juéves y domingo y macerarse el cuerpo pecador con el cilicio del martirio.

Aquellos eran hombres de temple damasquino que arrancaban de cuajo la yerba cizañosa y arraigaban el

principio de autoridad, antigualla desconocida en estos días en que cualquier zaragatillo dice frescas y húmedas al lucero del alba, llama de tu, codea y soba las barbas al padre Eterno y burla la ley, viviendo y triunfando como en aduar de beduinos, entre el rebaño de camellos llamado orondamente el pueblo soberano.

El padre Martín de Roa, docto en filosofía y humanas letras, ha dicho muchas cosas buenas que corren impresas en bastardilla del año 1670, con forro de pergamino. Pongo por caso en lo presente, la que refiere de Atalarico, el cual prefería escojer nobles que hacerlos «porque los unos, amonestados por los hechos de sus pasados, tienen á los ojos la guía de sus caminos y estos otros no tienen más ejemplo, sino lo que ellos hicieren».

Así también los anglos y los sajones creen que nada es más indiscreto que ensayar pipas nuevas, pudiendo escojer entre las mejor usadas que, por lo mismo, tienen mayor precio, semejándose en esto á las mujeres de Alejandría entre quienes la virginidad era una mengua de que se precavían entregándose á los forasteros en el atrio de sus templos y divinidades propicias.

*
* *

Dirigieron, pues, aquella monumental obra de arquitectura simple y sin orden artístico determinado, atendiendo solamente á su durabilidad, solidez y comodidad para sus fines, don Salvador de Villa y don Antonio Cabello; consta eso en los legajos del archivo de aquella casa, los cuales agregan que el interventor fué don Manuel Priego de Montalvo, contador don Antonio del Assin, fiel don José Garron, proveedor don Vicente Gareca y

sobrestante don Juan Bravo, así como los primeros talladores fueron don José Fernández de Córdoba y don Calixto Moreira.

A gran costo con auxilio de millares de indios de la *mita* (tributo personal de los aborígenas) y construyendo carretas especiales que daban largos rodeos por faldas y eminencias, llevóse el excelente material de ensambladura y artesonado y las rejas de tres varas de alto y sólidas como de fortaleza inexpugnable destinadas á las ventanas, ojivas y duenderas de aquella casa, en donde hay numerosas fuentes y abrevaderos, seis ó más patios con galerías unos, con lavadero para barras y utensilios otros, con cisternas y cañerías y agua propia que no procede de la fuente común, en el caso de un sitio, con galerías altas y ámplios salones de fundición, de talladuría, de troquelado, de laminación y de volantes para la acuñación de la moneda en diversos tipos y en metales distintos.

En el primero y segundo patio están las oficinas principales, Dirección, Tesorería, etc., y en los altos las habitaciones de los empleados de seguridad y vigilancia, teniendo en uno de los corredores la Capilla del Señor, en donde se practicaba el servicio divino en los domingos y fiestas de guardar. Frente á la gran entrada sobre el arco del segundo cuerpo, se destaca una enorme cariátide burlesca y sonriente, tallada hace 44 años por el hábil modelador francés Mr. Moulon.

Es una ciudadela populosa aquella casa que los potosinos amamos como parte de nuestro propio ser unido á los recuerdos más tiernos de la infancia, á las tradiciones más fantásticas de la juventud, á los prestigios más estimados de la historia. A ese edificio están vinculados los nombres de familias patricias, muchas de

largo abolengo y blasones ilustres: los Assin, Linares, Ayala, Bustillos, Lagrava, Usin, Estevez, La Riva, Alba, Sanabria, Ibarguen, Lizarazu, Nogales, Millares, Ibañez, Argandoña, Bracamonte, Revilla, Jaimes, Vargas, Quijarro, Calvimonte, Porcel, Moncayo, Moreira, Gardeazábal, Berríos, Ardiles, Amatller, Ameller, Aramayo, Valdá, Povil, Montoya, Paz, Arismendi, Alcoba, Caso, Nava Morales, Rodríguez, Garron, Baquera, Mendizábal, Céspedes, Caviedes, Caba, Manzano, Forcada, Bonifáz, Chacón, Penailillo, y otros, que me duele no recordar cayendo quizás en falta involuntaria, por que si hay algo patriarcal y sincero y perdurable, aun dados los políticos contrarios bandos existentes, es el afecto fraternal que aun hoy conservamos á la recíproca los vástagos de aquellas familias potosinas, cuyos troncos primitivos duermen el sueño de la eternidad en la Iglesia de San Bernardo, al lado de los curas y vicarios de las parroquias, de grata memoria y de los capellanes de los numerosos conventos y monasterios de la opulenta villa, que aun goza de no eclipsada fama en el universo mundo.



No pocos entre los hombres más prominentes de nuestra historia, nacieron en la Moneda, se bautizaron en la Moneda ó vivieron en la Moneda. Algunos entre la generación moderna, compañeros míos en las aulas escolares, en las excursiones campestres á los pintorescos valles de Mondragon, Cayara, Miraflores ó el Baño de don Diego, coactores en las comedias de aficionados, en los circos caseros que nos hicieron, sin saberlo, grandes gimnastas, y en el cabalgar asnos redomones que nos hizo, sin pensarlo, intrépidcs ginetes, han corrido

días enteros conmigo haciendo ángulos, zetas y recodos á lo largo de esos pasadizos, corredores, patios y callejuelas intrincadas, esquivando el encuentro con los guardas y los ordenanzas, feroces en las apariencias y el ceño, blandos en el fondo, todo corazón para nosotros, todo respeto para nuestros padres.

Si la vida es gozar, indiferente
A la ambición que lucha enardecida,
A la maldad que ignora el inocente,
A la envidia tenaz del fratricida
Y á la saña feroz del maldiciente,
Solo la infancia es vida!

Millares de obreros llamados *quintos* se han sucedido en el trabajo de los talleres, á donde la esposa providente les llevaba, como hasta ahora, el pucherito del oliente desayuno y el cantarillo de la espumosa y rubicunda *chicha*. La costumbre reglamentaria obligaba á estas y aquellos á levantar los brazos y entregarse al registro personal y al de utensilios y cacharros por los guardas al salir, en previsión de raterías del precioso metal tirado en barras, lingotes, recortes y fragmentos de piña. Hubo aun una práctica menos decente (y de la cual no quiero acordarme) para averiguar si los *quintos* ó jornaleros se habían ingurgitado alguno, ó algunos pedazos de plata, lo que era frecuente por aquello de que «en Arca abierta el justo peca.»

Las fiestas populares más vistosas tienen por asiento los alrededores de la Moneda y por apoyo sus muros. Allí se ven las flores primorosas de la Navidad y de la Pascua de Resurección; allí la mistura de los días de Compadres, los primeros melocotones del estío y los *turcos*, *pasta guaguas* y *miski platos* de Todos Santos,

encanto de los niños, y al frente las cocinerías, friterías y merenderos, encanto de los hombres y de las hembras de la clase llana.

Hasta las mulas de las norias, sabidas y recelosas y los mozos que las conducen á gran trote, son allí características y especiales, de modo que la Moneda es una entraña potosina que cuando se paraliza, queda enfermo de muerte el cuerpo entero. No la movais, ni toqueis su legendario asiento ó vereis fieras en vez de hombres, capaces de resucitar las leyendas heróicas de pasados siglos.

Fabulosa es la cantidad de plata y oro acuñado en la Real Casa hasta nuestros días, sin contar infinitas monedas y medallas conmemorativas durante el Rey y aun más, mucho más, durante Roque, porque solamente á rey muerto, rey puesto, mientras á presidente puesto, otro en infusión, sin contar alzamientos que mudan Roques y Roques como paños calientes, siendo de rigor conmemorar tan faustos sucesos regeneradores, con medallas de un busto y aun de dos como aquellas «al talento y al valor» de no lejana memoria. Basta señalar la amonedación desde que comenzó á moverse la pesada maquinaria hasta fines del siglo antepasado.

Llegó ésta á 111.204.307 en marcos de plata, y 2.024.912 en marcos de oro, rindiendo una utilidad de 3 reales y 32 maravedises en cada marco de plata y pesos, 7 reales y 2 maravedies en cada marco de oro, reducido el valor de la plata á la ley de 11 dineros y el del oro á 22 quilates. Don Diego de la Vega, autor de la «Guía de forasteros del Virreynato de Buenos Aires para 1803,» dice que S. M. el Rey, recibió de la Moneda por derechos reales de quintos hasta 1800, la enormísima suma de 151.931.123 pesos de á 8 reales.

Días pasados hube de acudir á la privilegiada memoria del gran historiógrafo, hábil numismático y notable humanista General don Bartolomé Mitre, en demanda de un dato: el del día del ascenso del libertador Bolivar al lejendario cerro de Potosí, y entonces me dió aquel personaje la más grata sorpresa, contenida en uno de los grandes cajones de medallas y monedas de todo el continente, separadas por secciones en escala que ocupan un elegante y grueso mueble moderno y entre éstas, numerosas referentes únicamente á Bolívar y á la conmemoración de sus actos trascendentales en la guerra y la política. Allí ví las fracciones monetarias más antiguas y las modernas de *tostones*, *tomines*, *reales* y aun *cuartillos* potosinos.

No hay parte del mundo civilizado, ni museo histórico numismático que no contenga cien veces el nombre de Potosí y el de su Casa Real de Moneda, una de las más conocidas del orbe y la segunda en América después de la de Méjico, su hermana mayor en muy poco tiempo.

Hay dos memorias gratas de personajes ilustres que se eslabonan con la historia anecdótica de aquella casa célebre, la del General Sebastián Agreda y la del General Narciso Campero. Del primero que era pequeñísimo de estatura, una verdadera miniatura de perfectas proporciones, se decía que tenía más audacia que tamaño y más corazón que cavidad para contenerlo. Era potosino y amaba como á vieja nodriza á la Moneda, contra cuyos muros se estrelló veinte veces en las revoluciones, temerarias generalmente, que acaudillaba con gran prestigio y con poquísima fortuna. No pudiendo rendirla por el asedio, intentó una vez horadarla por un costado sin almenas, y consiguió arrancar algunos

sillares, pero á costa de no pocas vidas. El asalto era imposible por todos lados.

Un alzamiento popular imprevisto ó desdeñado por el Prefecto Campero, obligó á encerrarse á toda la fuerza fiel junto con los funcionarios del gobierno en la Moneda, dejándolo fuera á él, al Prefecto que cayó en manos de los insurrectos. Estos intimaron á Campero la sentencia inescusable de firmar la orden de entrega de la Moneda y su fuerza, so pena de ser fusilado si rehusaba. Rehusó Campero noblemente, recordando la heróica acción de Tarifa, que le valió á Guzmán el dictado de el *Bueno*, y fué sacado al patíbulo y sentado en él. Afortunadamente no se consumó el bárbaro sacrificio.



GENERAL NARCISO CAMPERO

Así eran los hombres y las cosas de antaño, así fué viril el tiempo en que hubo hombres. Agreda y Campero son recuerdos brillantes de aquellas luchas á diario entre el pueblo y los caudillos militares, en que se jugaba la vida .. Ambos hubieron de ser víctimas de la

inconsciente ferocidad de Melgarejo, habiendo ambos servido á la buena causa con Velasco y Linares y algo también á lo impopular de ese mismo que hubo de sacrificarlos despiadadamente *errare humanum est.*

Y debo poner fin y remate á estos de mi cariño pobres párrafos. Otra gallina con más alientos los cobijará, para de ellos sacar hermosos pollos en honra y gloria de Potosí, y de sus tradiciones que por lo grandes y bizarras y ricas y únicas, rayan en fabulosas, y para que esa mole que de los siglos se ríe desde sus duenderas que parecen inmensas bocas sin dientes, tenga su historia popular, sus cuentos y leyendas maravillosas, asombro y estremecimiento del mundo.





LOS TESOROS DE ROCHA [1]

I

El auge de las ricas minas de Potosí, había levantado á la imperial villa á la altura de su mayor apogeo en los primeros tiempos del próspero reinado de don Carlos III de España.

Por entonces, los ingenios cubrían, en la falda del cerro, las dos márgenes de la *ribera* y elevaban por sobre las macizas murallas de granito, los torreones donde giraba la rueda maestra de los batanes que reducían á polvo el metal extraído de las minas.

El ruído de estos inmensos molinos; el canto acompasado y monótono con que los trabajadores acompañaban sus pesadas faenas; el murmullo de las aguas al atravesar la red de canales para precipitarse con estrépito sobre las ruedas de los ingenios, formando un confuso y permanente rumor que se escuchaba desde los barrios próximos, daban á la noble é imperial villa, amen del activo tráfico mantenido de la ciudad al ce-

(1) Esta es la tradición. La historia atribuye al corregidor Marín el agarrotamiento de Rocha y sus cómplices y no designa con el nombre de *Thuru Cancha* el ingenio de aquel riquísimo minero.—(Nota del autor).

rro, un aspecto industrial, inusitado en aquellos tiempos de pajuela y velas de cebo.

Dueño de *Thuru Cancha*, uno de los mejores ingenios de la ribera, era don Francisco Rocha y no era *don* porque naciese de casa hidalga ni porque ese don le fuese otorgado por la soberana voluntad del monarca, sino porque ya en esos tiempos el dinero comenzaba á reemplazar á los pergaminos, purificando la sangre más plebeya, y el don Francisco lo poseía en cantidad suficiente para comprar diez ó doce abuelos de la más pura raza, para formar su abolengo y hacer harto frondoso el árbol genealógico de los Rocha.

Pero por modestia ó filosofía, él se había contentado con su sangre, que, si no era la azul de la nobleza goda, era la roja de los descendientes de Tupac-Catari, y era el *don* un *don* postizo, antepuesto á su nombre por todos los habitantes de la villa que no se resolvían á llamar Francisco á secas, á quien podía cubrir de plata todas las calles y plazas de Potosí.

Más, así como era modesto en sus aspiraciones nobiliarias, era orgulloso hasta dejarlo de sobra con los otros dueños de *dones*, *usías* y demás títulos que constituían las casas solariegas y las noblezas de acuchillado cuartel y de cadena en poste, al mismo tiempo que generoso y humilde con los pobres y con los indios.

Con esto, y con decir que oía misa en todas las iglesias, excepto en la Compañía de Jesús, que frecuentaba poco el trato con los religiosos de las diversas órdenes, sin acercarse jamás á los jesuitas, y con añadir que no daba pascuas, ni aguinaldo á los alcaldes ni al corregidor, ni mandaba novillos el Sábado Santo á los regidores y al vicario, basta para que se comprenda la ojeriza con que sería mirado el don Francisco por la gente

cogotuda, y las bendiciones que recogería de la que por ser pobre y cuitada no llegaba á ser gente.

En ese entonces no había clubs, ni casinos, ni sociedades filarmónicas donde pasar el tiempo, y las casas cerraban las pesadas hojas de sus puertas con llave, cerrojos y *zoquete* al toque de la queda, que sonaba en todas las iglesias á las ocho en punto de la noche.

Eso sí, después de la merienda, se reunían en ciertas casas, alrededor del brasero cargado de lumbre, todos los que conforme á su gerarquía formaban la clase influyente del vecindario, y allí por amor al prójimo, se ocupaban de hacer picadillo de su honra, siempre que tenía la desgracia de no merecer sus simpatías.

Don Francisco era generalmente el asunto más socorrido para las tertulias cuotidianas. Murmurábase de su excesiva prodigalidad para con sus protegidos; de lo inagotable de sus tesoros, cuyo origen no se hallaba en los productos de su ingenio, incapaz de cubrir la centésima parte de sus dispendios; de su vida asaz misteriosa y poco comunicativa, de sus largas ausencias de la villa sin saberse jamás el lugar á donde iba, ni el día en que volvía, y de ciertas tenebrosas consejas que repetía el vulgo acerca de su vida íntima.

¿Donde habían de parar tantas murmuraciones si no es á los oídos del señor Corregidor? que encontrando la ocasión de dar salida á su mala voluntad, mandó á sus sabuesos observarle con el mayor sigilo, estableciendo para el efecto un espionaje muy parecido al que suele emplearse en estos civilizados tiempos á los más ligeros anuncios de tormenta revolucionaria.

Torpes debieron de ser los espiones del corregimiento, cuando después de mucho andar y pasar noches enteras encaramándose en el alar de las chimeneas, solo

supieron que don Francisco vivía en una grande y lujosísima casa, en compañía de una hermosa india á quien parecía amar entrañablemente.

Así quedaran las cosas si el destino no lo dispusiera de otra manera, como lo verá quien quisiere leer esta crónica hasta el fin.

II

Habíase establecido hacía poco tiempo en una suntuosa casa del barrio de los Juandedianos, una familia compuesta de una dama, un caballero, dos mayordomos y los correspondientes galopines y pinches de cocina.

Era la dama alta de cuerpo, rica de formas, airosa en el andar y arrogante en el porte. Sobre la nieve de su rostro, enclavado en el marco de ébano de su profusa cabellera, brillaban dos hermosisimos luceros bajo el delicado arco de sus cejas, y resaltaba el vivo carmín de sus labios de grana, siempre entreabiertos para enseñar una doble fila de las más finas perlas.

De temple toledano y de alma de usurero, había de ser quien no se sintiera blando al contemplar á la hermosa doña Catalina de Meneses que, cual otra Venus Chipriota, parecía llevar consigo el ceñidor de donde pendían todas las seducciones y los hechizos.

Y era el caballero un hombre que frisaba en los cuarenta, de pálido y cejijunto rostro, nariz aguileña, mirar atravesado y actitud recelosa y desconfiada. Por lo cual, así inspiraba repulsión y antipatía, como era atractiva y hechicera doña Catalina.

Lo que eran el uno para el otro nadie lo supo á punto fijo, y las comadres del barrio daban en la flor de

encontrar algo que no era muy honesto en la relación que unía á entreambos.

No debió de ser ello sentencia de Salomón, cuando don Francisco Rocha, con todo su orgullo, los visitaba á menudo, los agasajaba con largueza y había comenzado su decidida protección hácia ellos por darles el suntuoso alojamiento que habitaban.

Los sabuesos del señor corregidor solo supieron descubrir que doña Catalina y don Alonso se decían hermanos; que eran naturales de Sevilla en España; que vivían de las larguezas de don Francisco que pagaba en gruesos salarios al administrador de su ingenio, don Alonso, la decidida y ya muy conocida de todos afición á la susodicha su hermana; que mientras Rocha pasaba los ratos perdidos, que eran todos los posteriores á la merienda hasta el toque de la queda, en compañía de la hermosa sevillana, don Alonso departía en la celda del superior de los jesuitas en el convento de la Compañía, y que la joven india compañera de don Francisco, á quien por su belleza llamaban todos *ccoricusichi* (que alegra el oro) estaba furiosamente celosa y desesperada, acechando la ocasión de descargar los rayos de su venganza.

Crecía en tanto la ola de las murmuraciones; los dispendios de Rocha daban mucho de que ocuparse al señor alcalde, don Diego de Hinestrosa y á sus ministriles, y el delegado del Santo Oficio de Lima miraba con ojos inquisitoriales las casas de Rocha y de la sevillana.

Por diferentes conductos había llegado á los estrados del corregimiento, la especie de que las largas y temporales desapariciones del riquísimo Rocha, tenían por objeto el llevar á efecto el adagio que dice: «el ojo

del amo engorda el caballo», pues era general la creencia de que tuviera grandes socabones subterráneos donde con el auxilio de centenares de esclavos se ocupaba de poco lícitos trabajos, llegando á asegurarse, en confianza, que falsificaba el busto de S. M. don Carlos III, en monedas del valor de un peso fuerte.

Pero muy avisado debió ser el don Francisco cuando no dejaba huella, pues sus émulos examinaban monedas tomadas en diferentes cajas particulares y en las reales y no había diferencia en ley ni peso entre todas y servía más á confundirlos el aumento considerable de moneda en la villa, siendo así que la casa real de moneda tenia cantidad fija de acuñación mensual.

Ni el alcalde ni el agente del Santo Oficio, ni el corregidor, querían, mientras tanto echarse encima la responsabilidad de la prisión sin pruebas, temerosos de la grande influencia que tenía Rocha sobre el pueblo y principalmente entre los pobres (si es que hubo pobres entonces en aquella opulenta Villa) para quienes era un delegado de la providencia.

Pasaron meses y pasaran años sin novedad alguna, á no mediar faldas en el asunto.

La sevillana que, á lo que parece, tenía motivos muy especiales y muy poderosos para servir ciegamente á don Alonso, tenía con éste á la salida de Rocha, largas conferencias en que, según el dicho de la servidumbre que observaba por el ojo de la llave, había mucho de altanero y de desabrido en el tono de don Alonso y mucho de sometimiento y de humildad de parte de doña Catalina, que acababa generalmente por soltar el llanto con que embellecía más aquel divino rostro.

A su turno el don Alonso no parecía ser carta prin-

cipal de este tresillo, cuyas figuras parecían encontrarse en las celdas de la Compañía de Jesús.

Así las cosas y habiendo mordido Rocha el anzuelo de doña Catalina, á quien amaba con más fuerte empeño cada día, sucedió lo que no podía menos de suceder y lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

III

Y cuentan las crónicas potosinas que, así como vió don Francisco, una de tantas noches, sobre la blanca y despejada frente de su espléndida sevillana, una nube de pesar que pugnaba por descender hasta los párpados convertida en lluvia de líquidas perlas, así se sintió acongojado y transido de pena y no hubo punto de intermedio entre el sentirlo y arrojarse á sus plantas para enderezarle estas ú otras parecidas razones:

—No con ocultos pesares, acibareis, doña Catalina, mi tierno efecto, y pues os tengo dadas de él pruebas sin cuento, haced que yo reciba una viendoos dichosa, magüer fuese preciso acabar para ello con todos mis tesoros. ¿Qué os falta? ¿Qué aspiración podría tener vuestra alma que yo no lograra, no siendo imposible, satisfacerla á costa de mi vida?

—No son don Francisco, repuso la sevillana, riquezas, ni tesoros los que el alma enamorada ambiciona, ni con suntuosos alojamientos y espléndido trato se satisfacen los afanes que el amor ocasiona. Un corazón apasionado rechaza la abundancia, si con ella no ha de ir entero el de quien la proporciona, y así como el amor funde dos almas, así es condición precisa de la felicidad confundir en una todas las aspiraciones y secretos, sien-

do más confiados los enamorados cuánto más amantes

--Mucho me temo, y os pido perdón por ello, doña Catalina, que lo que llamais falta de confianza de parte mía, no sea más que una curiosidad de mis secretos, de la vuestra, pues no es fácil deslindar donde acaba la primera y donde principia la segunda, cuando á un hombre le rodean, como á mí, tantos misterios, le asechan



LUGAR EN QUE SE SUPONE OCULTO EL SÓTANO DE LOS TESOROS DE ROCHA

tantos émulos y le persiguen las murmuraciones de los grandes y de los chicos.

—No prosigáis, don Francisco, y apartad de mi alcance el arca de vuestros misterios, que yo prometo encerrar en otra más segura mis penas, mis dudas y mis celos, pues harto fuí alucinada esperando de mi único amor, más que dádivas materiales, confidencias del alma, más que ricos tesoros, el inapreciable de ser la depositaria de su confianza. Tenéis razón, ni yo la merezco, ni os he probado que sabría guardarla, y de hoy en más,

guiaré por la vuestra mi conducta y no seré para vos sino lo que debía ser desde un principio: una mujer avara de su ternura y medida en las manifestaciones de su cariño.

Dijo, y en el sedoso y arqueado encaje de sus pestañas brillaron dos lágrimas y pasó por el hermoso cielo de su rostro una nube que venía á darle nuevo y más irresistible atractivo.

En todo tiempo existieron sirenas, lo mismo en el de Adán que escuchó el primero sus arrullos; que en el de Sanson que escuchó á Dalila y en el de Rocha que se reblandeció como la cera vírgen al contemplar las lágrimas de la hermosa sevillana.

Amaba y quien ama no es cuerdo á medias, sino loco entero. Desgraciado, más le valiera huir de la Sirena!

IV

Y amaneció Dios y era el 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción de la Vírgen María.

La sevillana vestida de saya y rebujada en una mantilla gaditana, adelantóse sola y recelosa, sin dueño ni paje por la calle del baratillo; pasó de largo por los Agustinos, donde solía oír la misa conventual, y se fué, no sin mirar antes, para evitar el espionaje, en todas direcciones, en derechura hacia la casa de las cajas reales, en cuya puerta aguardaba con el embozo hasta las narices y el sombrero hasta las cejas, el buen don Alonso, hermano pegadizo de su hermana.

Franquearon ambos el largo y oscuro zaguan, subieron la escalinata que conducía á las habitaciones del señor Corregidor y tirando del cordón que pendía á la

puerta de la antecámara, aguardaron á que se presentase el ugier para decirle:

—Hacednos la merced de anunciar al señor corregidor de la villa que un emisario del Superior de los jesuitas le trae estas letras y espera sus órdenes.

Estaba el señor don José Miguel de Ibargüen disponiéndose para salir á cumplir con el santo precepto de la misa, cuando le entregó el ugier la carta y le repitió el mensaje de don Alonso.

—Válgame Santiago Apóstol, sinó son el mismísimo demonio los humildes siervos de San Ignacio do Loyola! dijo, y leyó las siguientes líneas:

«J. M. y J.»

«En servicio de S. M., de la moral y de la religión de que, aunque indigno, soy sacerdote, proporciono á Vuesarced con don Alonso, conductor de estas letras, el testigo de vista y presencia que hacía falta para formar causa y apoderarse de la persona de don Francisco Rocha.

Si la tortura no arrancase la comprobación de las acusaciones, me ofrezco en descargo de mis muchas culpas, á servir al Rey y á la justicia, allanando el camino, siempre que Vuesarced tenga á bien confiarme la dirección espiritual del reo.

Dios conserve los preciosos días del señor corregidor.

umilde servidor y capellán de Vuesarced.

Dr. «Ambrosio Senavilla.»

—Hola! exclamó el de Ibargüen despojándose del sombrero y del bastón, y al presentarse el ugier:—que entren á mi despacho, dijo, las personas que esperan; que se

llame inmediatamente y con sigilo al alcalde Hinestrosa y á su escribano y se avise á mi secretario que hay trabajo urgente.

—Ello al cabo había de descubrirse, prosiguió á solas, y el don Francisco tenía que pagarlas todas juntas. Más el pícaro de don Alonso su protegido y encubridor de sus enredos deshonestos ¿cómo habrá pegado migas con el padre Senavilla y cual será el interés de este humilde Superior de Jesuitas que así anda enredado en el lío? Todo se averiguará si no somos lerdos; pero antes señor don José Miguel, ojo, mucho ojo, no pierda Vuesarced soga y cabrito en este enmarañado intríngulis...

En la tarde del mismo día, iba como de costumbre, de su casa á la de la sevillana, el buen don Francisco, asaz preocupado y meditabundo.

—Los hombres enamorados, decía para su embozo, no somos más que unos pobres hombres sin energía ni prudencia. Así no me cueste la falta de la mía el acabar en la horca llevado por la mano de aquella que más amo en el mundo!... *Vade retro!* no vengáis pensamientos tétricos á echar una sombra negra sobre la más hechicera y noble de las mujeres: dejadme gozar de la inmensa dicha de ser amado por tanta y tan peregrina belleza. ¡Pobre *Ccori cusichi*, tan hermosa, tan tierna y tan leal, perdoname si te pospongo; misterios son que el hombre no puede explicar; impulsos que al corazón no le es dado resistir!

Así razonando llegó á la casa y dejó caer tres veces el enorme eslabón; pero no bien había sonado el tercer golpe cuando se abrió la puerta y dos alguaciles situados á los costados asiéronle, empujándolo dentro del zaguan, donde le pusieron mordaza y le amarraron las manos á las espaldas.

Un momento después, con sombrero y capa de alguacil que le cubrían el rostro y entre otros dos de estos bichos, iba don Francisco, seguido del alcalde, camino de la cárcel, mientras por la puerta de escape de la misma casa, salía entre una fuerte escolta la hermosa sevillana, en dirección del beaterio de Copacabana á donde la destinaba el corregidor, más para garantía de su persona, que por ser parte esencial en el juicio.

V

No ha de ser tan poco mirado con sus lectores, el autor de esta crónica, que los deje por más tiempo sin saber los pormenores de la entrevista habida entre el corregidor de la Villa y la hermosa sevillana; pues, así como fué para don Francisco *puñalada de pícaro* la manera como cayeron sobre él Hinestrosa y los suyos, así habrá sido extraña para los que benignamente siguen el curso de esta historia, la repentina prisión de Rocha y el asilo procurado á doña Catalina.

Afortunadamente los archivos potosinos no han sido del todo pasto de sabandijas, y muchos preciosos documentos se conservan con todo su polvo y sus telarañas en los olvidados escaparates de los conventos ó en los estantes de tal cual casa que había logrado hacer escapar el blasón de su fachada en medio de la tempestad republicana que arrasó con pergaminos, títulos y cuarteles nobiliarios.

Así se han conservado las preciosas «Crónicas de Miraval», los «Anales de Potosí» y las «Antigüedades de la Villa Imperial» de Fray Benito Maguiña de la orden de predicadores de San Francisco; y así ha llegado hasta éste, que escribe la verídica relación de sucesos

ocurridos más de cien años antes, bajo el reinado del señor don Carlos III rey de España, más sus Indias.

Consta pues el que doña Catalina interpelada por el corregidor y conminada bajo la religión del juramento á decir verdad en todo lo que supiera y fuera preguntada, comenzó su relación de esta manera.

« No podré decir, señor, en conciencia, la hora en que don Francisco y yo cerrados en una rica litera atravesábamos las calles de la villa; ni me es dado indicar el rumbo que seguíamos, pues lo mismo fué entrar en la silla cuando faltó completamente la luz á mis ojos, y eran tantas y tan abigarradas las vueltas, que se me figura, dábamos en diversas direcciones, que me sentía como acometida por el vértigo del mareo.

Después de un larguísimo espacio de algunas horas, descansó finalmente la silla, don Francisco tocó un silbato, encendió una pequeña bujía que llevaba consigo, abrió la portezuela y me invitó á seguirlo.

Hallábame en la entrada de un gran socabón oscuro y húmedo, no veía persona alguna ni la huella de nuestros conductores, que se evaporaron como el humo. Asida de la capa de don Francisco que tiró hacia adelante, recorrí una larga distancia, hasta que derepente se interceptó el camino de modo que parecía ser el término de la mina. Volvióse don Francisco hacia el lado derecho y aplicando el mango de su puñal en una grieta hizo girar una enorme piedra que ocultaba una nueva entrada; alzóme en sus brazos, pues solo para quien tuviera grande ejercicio, fuera fácil el descenso por las prominencias únicas que servían como de escaleras en el subterráneo.

En el fondo se detuvo, hizo rechinar las cerraduras de una puerta de hierro y la vivísima luz que nos ilu-

minó al pronto acabó por desvanecerme completamente, de suerte que perdí por gran espacio el sentido.

Merced á los cuidados de don Francisco, pronto volvió la fuerza á mi ánimo y lo que ví no es para contado segun es de maravilloso y de increible.



En una estensa bóveda alumbrada por enormes velones de plata, habían apilados hacia un lado y casi hasta tocar el cielo de la bóveda, grandes talegos de plata sellada, mientras en el otro relucían en montones los pesos fuertes arrojados á granel y los lingotes y tejos de oro macizo. En un sótano abierto en uno de los ángulos, se veía el depósito de las barras y de la plata piña en una profundidad de cuatro á cinco varas, lleno hasta más de los dos tercios.

Don Francisco abrió una segunda puerta y otra estancia mejor adornada se presentó á mi vista. Los es-

caparates estaban llenos de utensilios de oro y plata.— Riquísimas vajillas que contenían manjares exquisitos preparados en el día, cubrían la mesa del centro; pero sin que apareciera ánima viviente para servirlos

Apenas pude yo tocarlos, pues que estaba deslumbrada y llena de un pavor misterioso. Bebí para fortalecerme de un licor extraño que me ofreció don Francisco y poco después sentí una completa languidez en el cuerpo y quedé sumida en el más profundo sueño.

Al despertar halléme en mi propio lecho pensando si habría soñado; pero aun conservaba el gusto del licor que bebí en la bóveda y tenía en los dedos los anillos que don Francisco sacó allí de un cofre lleno de joyas para que yo los conservase en memoria de su complacencia y en prenda del mucho cariño que para mí abrigaba.»

Así acabó su relación la sevillana mientras el corregidor y su secretario la escuchaban atónitos y maravillados.

En el entretanto, el alcalde Hinestrosa y sus alguaciles tendían la celada en que cayó don Francisco, de manera que satisfecho de su obra fuese directamente al corregimiento relamiéndose de antemano con los parabienes que le aguardaban por su destreza.

Paréceme señor, dijo á la entrada, que ya tenemos el ovillo entero y que este proceso ha de valernos la celebridad y el contentamiento de su sacra real Majestad, á quien Dios guarde.

Mucho me temo, repuso el corregidor, que hayamos hecho de modo que en vez de hallar el ovillo, perdiésemos el hilo, quedándonos sin soga y sin cabra en la partida; pero ya está hecho y no habrá de decirse que retrocedemos cobardemente.

Por el rey trabajamos y Dios proveerá.

VI

En una lujosa habitación perteneciente á una de las más grandes casas del barrio de San Francisco, hallábase casi de rodillas sobre ricos cojines, una mujer cuyos sollozos se perdían sin eco entre la tupida tapicería que decoraba la estancia.

Sus redondos y torneados brazos adornados de brazaletes de oro, apoyábanse en el lecho y sostenían la hermosa cabeza de su dueña, cuya profusa cabellera caía en abundantes guedejas hasta el suelo.

Por ese rostro moreno, cuyas sonrosadas mejillas hacían resaltar más la intensa mirada de sus hermosos ojos negros, corrían dos hilos de lágrimas, y los sollozos ajitaban violentamente su redondo y elevado seno; velado apenas por una doble gargantilla de grandes perlas.

De pronto alzóse erguida, enjugó su llanto que corría á raudales, pintose en su rostro la señal de una resolu, ción inquebrantable y vistiendo la saya y la mantilla echóse fuera de la casa tomando el camino del beaterio de Copacabana.

Media hora después se hallaban frente á frente la hermosa Ccori cusichi y la bella sevillana.

Lo que pasó entre ambas en un principio no refieren las crónicas, y ello es una lástima, pues debió ser muy interesante plática. Sábese solo que después de un largo espacio uniéronse en un estrecho abrazo y continuaron su conversación de aqueste modo:

«Dudais aun de mis intenciones doña Catalina? Creeis por ventura que fuera llevadera en sigilosa clausura la

vida de esta víctima inmolada á la gratitud de su padre?

«Tal vez sufriera con paciencia mi destino si así no fuera para mí, punto menos que imposible la salvación de don Francisco.

Ayudadme señora á recobrar la libertad que anhelo; que la mitad de esas riquezas os pertenezca, mientras yo corro á poner la otra mitad á los piés del monarca soberano.»

Dijo, y esperó ansiosa la respuesta, no sin hacer grandísimos esfuerzos para ocultar la impaciencia que parecía devorarla.

«Solo una cosa, dijo por fin doña Catalina, me detiene para aceptar vuestras seductoras ofertas; temo la soledad en esos sótanos y me falta el valor para recorrer tan peligroso descenso, si os fiarais también de mi hermano, yo os prometo que daríamos felice cima al proyecto.»

A nadie, perdonad señora, repuso Ccori cusichi, después de vos confiaré ese secreto, aunque para ello fuese preciso pasar bajo la rueda del tormento, y nunca si no es ahora mismo que tengo por seguro el no caer en un lazo, volveré á intentar un proyecto semejante. Aprovechad, señora, antes de que el arrepentimiento me haga retroceder para siempre.»

«Pero yo estoy vijilada y reclusa, y no podré dejar este retiro sin una orden del señor corregidor.»

«Yo me encargo de allanaros la salida siempre que me ofrezcais ayudarme en lo que os diga.»....

No había pasado una hora desde que se verificó lo ya narrado, cuando la comunidad de Copacabana, reunida en la celda de la superiora, resolvía dirijirse al señor Vicario pidiéndole su auxilio para salir de un difícil trance en que se hallaba comprometida, y poco tiempo después el capellán redactaba el siguiente pliego:

«Jesus, María y José.

Las asechanzas del enemigo malo ponen á prueba en todas ocasiones las virtudes de estas indignas hijas de Jesucristo, y les preparan obstáculos para cuyo vencimiento han menester del apoyo de los escojidos del Señor.

Proteja la Vírgen purísima á la infeliz doña Catalina de Meneses que ha abandonado este santo refugio, usando de violencia, amordazando á nuestra hermana portera y poniendo en clausura forzada á las hermanas torneras y sacristana.

Y aunque el pecado es de por sí suficiente para comprometer la eterna salvación de una alma cristiana, confiamos en la misericordia divina que sabrá perdonarlo; pero no así en la justicia humana que exijirá la devolución del depósito que en estos santos claustros hizo.

Las luces del dignísimo señor Vicario nos iluminen en este laberinto preparado por el espíritu maligno.

Dios conserve los preciosos días de Usarced. Amén.

Sor María del Corazón de Jesús.

Superiora del beaterio de Copacabana.»

VII

Como gota de aceite sobre papel de estraza cunden las malas nuevas, máxime si hay deliberado empeño en recatarlas; y así como los barberos, antes y después del rey Mídas, fueron tenidos por embusteros y parlanchines, así á la canalla de los alguaciles no se les pudría secreto en el cuerpo, cuando el venderlo era asunto de gajes, para ayudar al salario con el honrado rendimiento de las *manos libres*.

De este modo y con gran sorpresa del de Hinestrosa, que estaba satisfecho del sigilo y tino desplegados en la captura de don Francisco, no se hablaba, desde el segundo día, de otra cosa, ni había en la villa lugar público ni privado donde ello no fuese materia de conversación

Referíanse muchos pormenores é incidentes, y corría como válida la especie de que el buen Rocha había sido atormentado en dos ocasiones con el torno y con las cuñas, sin que la justicia obtuviese resultado alguno, pues se mantenía obstinado y renitente y contestaba á las preguntas con el silencio más profundo. Decíanse muy en secreto que el físico de la villa había entrado varias veces en las prisiones del Cabildo, llevando redomas y cordiales y que el padre Senavilla pasaba largas horas encerrado con el prisionero. Los que habitaban las cercanías de la cárcel creían oír durante la noche tristísimos alaridos, por lo cual pidieron exorcismos á la parroquia.

Revuelta hallábase la villa, y los indios del cerro y de los ingenios que tenían grandísimo afecto por Rocha, comenzaban á mostrarse rehacios al trabajo, formando grupos en que se tramaban bien poco tranquilizadores proyectos. La gente del pueblo, llena de los favores de don Francisco, rezaba novenas, y estipendiaba misas en sufragio de la salvación de este padre de los pobres.

Finalmente, la excitación era terrible y se denunciaba en todas las formas conocidas, siendo la más expedita la de los pasquines que aparecían fijados en los lugares mas públicos, y tenían locos al corregidor Ibargüen y al alcalde Hinestrosa, pues no llevaban la mano al bolsillo de la chupa sin tropezar con uno.

Un día principalmente hicieron de modo que el alcalde y el corregidor leyeran desde el levantarse del

lecho, y en todos los lugares que recorrían ordinariamente, la siguiente redondilla:

«Puede se haga para el diablo
Una merienda sabrosa,
Con los huesos de Hinestrosa
Y las carnes del de Ibargüen.»

Oigá? dijo este último, pues yo os haré conocer que no soy un bragazas á quien asustan pasquines y amenazas; y dirijiéndose á la puerta de su despacho: Hola! dijo, que se reuna ahora mismo el consejo, que se mande echar pregones declarando rebeldes al rey y azuzadores del desórden, á los que formen corrillos para hablar y murmurar del enjuiciamiento que por *monedero falso* y *hereje* se sigue á don Francisco de Rocha, y que se pene con cien azotes en plaza pública, á quien fuere tomado *in fraganti* delito de pasquinero.

«Pues no hay más que hacerse blando, prosiguió á solas, para que se le venga la canalla encima y lo vuelva cera.»

En la noche de ese mismo día y antes de poner en ejecución el acuerdo del consejo, se resolvió que el padre Senavilla hiciera una nueva tentativa con el preso, aunque no fuera más que para descubrir á los cómplices.

Serían las once poco más ó menos y estaba la noche fría y lluviosa, cuando se abrió silenciosamente la pesada puerta de la cárcel del Cabildo para dar paso á un sacerdote que salía guiado por un corchete con linterna en mano. Caminaron ambos á lo largo de la moneda y al llegar á la puerta del convento de la Compañía de Jesús, dijo el guiado: «Dios os lo pague hermano, que ya no os he menester y podeis regresaros.» Pero apenas se había alejado el guía, salió del hueco de la puerta

una sombra que al notar la sorpresa del sacerdote, se apresuró á decir: nada temais padre Ambrosio, pues soy yo el que hace dos horas os espera impaciente.

«Podíais esperar, ciento, respondió mal humorado el padre, y ya os dije que tal juego era peligroso y os podía costar la cabeza.»

«Dejad eso á mi cuidado, Padre Senavilla, y decidme si estais al fin dispuesto á revelarme las declaraciones que le habeis arrancado á don Francisco.»

Insistís inútilmente y os digo por última vez que nada tengo, ni nada sé, ni en sabiéndolo os lo dijera y basta, que ya toda insistencia es importuna.

No había concluído su razonamiento el padre, cuando sintió el agudo filo de un puñal que le traspasó el pecho. Apenas pudo murmurar un *Dios me valga!* y cayó para no levantarse más.

El asesino se apoderó de todos los papeles que llevaba el padre consigo y corrió hacia un farolillo que ardía al pie de la efigie colocada en el cementerio de la Compañía. Los recorrió y examinó rápidamente, y arrojando juramentos y maldiciones de despecho, se perdió en la oscuridad de las callejuelas del Baratillo.

Cualquiera que le hubiera visto á la débil luz del farol, hubiera conocido á pesar del embozo á don Alonso de Meneses, finjido hermano de la Sevillana.

VIII

Las campanas de todas las iglesias tañían lúgubremente con acompañamiento del esquilón, lo que daba á conocer que el muerto era sacerdote.

Una multitud de gente invadía la capilla lateral de la Compañía, donde en un suntuoso túmulo yacía entre

blandones y cirios, el cadáver del doctor don Ambrosio Senavilla, Superior de los Jesuitas, muerto por la sacrílega mano de los parciales de don Francisco, según la versión generalmente aceptada.

Todas las comunidades religiosas y los párrocos y capellanes de la villa cantaban el oficio de difuntos, mientras en la puerta se escuchaban los lamentos y sollozos de las numerosas hijas de confesión del Padre Ambrosio.

El vulgo repetía admirado y pasaba de boca en boca el milagro operado en el cadáver del santo jesuita, pues lejos de exhalar la hediondez de la putrefacción, parecía rodearle cierto perfume suave y desconocido que causaba en quienes lo sentían una impresión celestial.

Moría en olor de santidad!....

A la misma hora en que esto sucedía, una partida de arcabuceros al mando del Secretario del corregimiento, ponía en fuga á los trabajadores del ingenio de *Thuru Cancha*, amotinados desde la noche anterior y que habían dejado mal trechos á los alguaciles enviados para reducirlos, no sin que la sangre de algunas víctimas hubiese corrido en esa desigual escaramuza.

Las noticias corrieron por toda la villa, las puertas comenzaron á cerrarse á toda prisa; quedóse casi desierta la capilla; y poco después no atravesaba por las calles alma viviente, á no ser las rondas organizadas por el Cabildo, para defensa de los intereses generales.

El señor Corregidor acompañado de los Rejidores y de dos guardias, salió á recorrer la villa, caballero sobre un reluciente jaco, y á la vuelta reunió el Consejo y permaneció en deliberación durante una gran parte de la noche.

Mientras tanto Hinestrosa se volvía loco buscando

á dos personas que parecían tragadas por la tierra, según habían desaparecido sin dejar huella. Había entrado en la casa ocupada antes por don Francisco: todo estaba desierto y abandonado; los muebles, las tapicerías y los adornos no estaban ya en su sitio, las habitaciones tan lujosas de Ccori Cusichi estaban desmanteladas y vacías. Acudió al ingenio de *Thuru Cancha*, la misma soledad y el mismo abandono. Entró en Copacabana, amenazó, rogó, á las recojidas y á la superiora; pero nada pudo obtener que le diera luz ó que le guiara en sus investigaciones.

Doña Catalina y Ccori Cusichi habíanse vuelto humo, y don Alonso que ayudaba al alcalde en sus pesquisas, devanábase los sesos sin poder explicarse tan estraño fenómeno.

El Consejo en tanto había declarado «que la persona de don Francisco era peligrosa al orden y motivo de alzamientos rebeldes, aparte de que pesaban sobre él acusaciones por delitos de *falsa amonedación é indiferencia religiosa*; pero que dejaba al prudente juicio del Correjidor el estimar si era conveniente en el estado de exaltación en que se hallaban los ánimos, el hacer uso de un escarmiento riguroso».

Cuando el de Ibargüen leyó lo que antecede, cuentan las crónicas que dijo: «no merendará el diablo con la carne y los huesos del correjidor y del alcalde; pero tengo para mí que no se quejará del cambio».

Al día siguiente juéves 11 de Mayo de 1770, balanceábase en una horca levantada en las puertas de *Thuru Cancha* y resguardado por doble escolta de arcabuceros, el cuerpo de un ajusticiado.

Los transeuntes reconocían estremecidos en este desgraciado, al opulento y generoso don Francisco Rocha.

EPILOGO

Había por los años de 1780, es decir, diez años después de los acontecimientos que van relatados, un indio llamado Guanca, mayordomo del ingenio de Occopampa y muy conocido en la villa imperial por sus rasgos generosos y por su carácter servicial y honrado.

El dueño del ingenio, don Fernando Balcazar, tenía en él gran confianza y le dejaba enteramente la dirección de sus intereses, sin que jamás tuviese motivo de queja, sino antes bien frecuentes adelantos y beneficios que no solamente demostraban la acrisolada honradez de Guanca, más también un celo y asiduidad muy poco comunes.

Pero Guanca era espléndido en su porte; su mujer vestía *phanta* de terciopelo y *acsu* de lama de oro, y los tacones de sus *hojotas*, los *topos* de la *liclla* y los cascabeles de las mangas eran de plata. No había indio en los ingenios y rastras vecinas que no fuera su compadre, recibiendo por ello regalos de verdadero cacique; ni se pasaba fiesta en las parroquias sin que Guanca fuera por lo menos el Vice-alférez; por lo cual, (y sin que se presentara el proyecto y se aprobara por las cámaras, como ahora se estila) le llamaron unánimemente *Ccolque Guanca*, es decir, Guanca de plata, llegando á constituir hoy ese mote un verdadero apellido.

Nadie sabía de donde provenía la fortuna de este indio que así gastaba, teniendo apenas un miserable salario; pero entonces ya empezaba á popularizarse la costumbre de halagar al que tiene sin preguntar el

cómo lo adquiere y sin meterse en honduras cuando en la superficie está la boya.

Por su parte el don Fernando se hallaba muy contento con su moyordomo y tenía en él cada vez mayor confianza.

Andando el tiempo cayó enferma y entregó el alma á Dios, la esposa de Guanca, y éste que por lo visto era un ejemplar á la rústica de los amantes de Teruel, no pudo soportar el peso de tan dolorosa calamidad y se encontró en breve en camino de juntarse con su cara prenda.

Había rehusado todos los auxilios que se le ofrecían y encontrándose ya próximo á la tumba, llamó á su patrón, y después de muchos encarecimientos le hizo la relación siguiente:

«Al volver una mañana del pueblo de Cantumarca, me sorprendió una tormenta en la falda del cerro hacia el lado de la Eslabonería y me obligó á refugiarme en un hueco formado por las grietas. Entre los distintos colores que presentaban las vetas del cerro, me llamó la atención el de una piedra sobresaliente de forma estraña que no parecía naturalmente colocada en ese sitio. Llevaba conmigo un pico y comencé á escarbar al rededor de la piedra, redoblando mi empeño al ver la facilidad con que cedía la tierra medio húmeda que llenaba los huecos.

Finalmente, señor, para abreviar os diré que dejando por esa vez la obra y volviendo con mejores utensilios, logré sacar la piedra de quicio, descubrí un socavón, me aventuré por el, descendí al fondo de un sótano y con inauditos esfuerzos forcé una puerta de hierro y hallé una bóveda.

A la luz de la *mecha* de sebo que llevaba mi esposa,

descubrimos con asombro las inmensas riquezas que allí había encerradas».

E hizo la misma relación que queda consignada en la declaración de doña Catalina.

En seguida continuó de esta manera:

«Pocos días después logramos forzar la segunda puerta y quedamos yertos al presenciar este horrible cuadro.

Pendía del techo el esqueleto de una mujer, cuyos abundantes cabellos caían por delante hasta las rodillas. Conservaba aun los restos de una saya de raso y adheridos al cuello collares de diamantes y de perlas. Al frente y asentado sobre dos cojinetes, se hallaba el esqueleto de otra mujer cuyos vestidos parecían de rica lama de oro».

La relación de Guanca, quedó interrumpida; una fuerte tos que pareció desgarrarle el pecho, le hizo arrojar torrentes de sangre y espiró sin determinar el lugar ni dar señal ni derrotero alguno; pero la tradición señala el sitio de la Eslabonería, como aquel donde se encuentra la boca del socavón de Rocha, que aun se cree guarda los esqueletos de la Sevillana y Ccori-Cusichi.

Desde principios del presente siglo se han organizado muchas sociedades con fuertes capitales para buscar los tesoros de Rocha; pero hasta ahora quedan sepultados en el misterio más profundo.

Dícese que los jesuitas lograron en 1770, acercarse al sitio, con la ayuda de algunas lijeras noticias trasmitidas por Balcazar á sus hijos; podrá ser cierto, pero lo positivo es que Rocha sufrió horca y tormento sin revelar su secreto perfectamente guardado hasta nuestros días.

Solo una india con una alma como la de la hermosa Ccori-Cusichi, podía vengarse como se vengó ahorcando á la *Sevillana* y dejándose morir de inanición por no abandonar á su rival aborrecida.

Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre

PRIMER PRESIDENTE DE BOLIVIA

La biografía de esta eminencia americana ha llenado grandes volúmenes, cuyo resúmen no puede hacerse con más brillo que el que ofrece



el siguiente, tomado en el Diccionario Enciclopédico de los señores Zerolo, Toro y Gomez é Izaza.

Sucre, uno de los héroes de la independencia americana. Nació el 3 de Febrero del 795 en Cumaná (Venezuela), y murió vilmente asesinado el 4 de Junio de 1829 en la montaña de Berruecos, departamento de Cauca, en Colombia, al regresar de Bogotá á Quito.

Se ha dicho de él, calificando su cooperación en la obra de Bolivar, que fué en ella el talento sereno, organizador, virtuoso, que preparaba

el camino, allanaba los obstáculos y apartaba los peligros para el logro de las glorias y de las victorias.

Venció en Pichincha y en Ayacucho (8 de Diciembre de 1824), donde quedó destrozado el ejército realista, y fueron prisioneros el virrey Laserna con el teniente general Canterac, los mariscales de campo Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos; 10 brigadieres, 68 tenientes coroneles, 484 comandantes y oficiales y más de 2.000 soldados; y como premio de tan gloriosa victoria se le dió el título de «Gran mariscal de Ayacucho.»

Emancipó el Alto Perú y fué elegido presidente vitalicio de la República de Bolivia; la organizó en poco tiempo dándole una constitución autoritaria, necesaria para poner coto al desorden engendrado por la guerra y renunció el cargo en 1828.

Su vida fué ejemplarísima, y se le considera un modelo como militar, como ciudadano y como hombre. Fué una de las figuras más puras y más nobles de la independencia americana y su memoria es por todos amada y respetada.»



Vascongados, andaluces y estremeños

I.

Había en la plaza del Regocijo, en la imperial y ya opulenta villa de Potosí, en el año de gracia de 1.600, una casa famosa, no ciertamente porque de escojido material fuese construida, ni porque en su contrucción hubiese obra de arte, ni en fin, porque en su fachada hubiese escudo, ni en su puerta postes, ni en el zaguan nicho con sagrada imágen, ni en el patio pozo con brocal y cadena, sinó porque en ella habitaba el portugués Antonio Rodriguez Correa y con él los siete pecados capitales y todos los enemigos del cuerpo y del alma.

Era el buen Antonio, menguado de estatura, aunque robusto, cargado de espaldas, fuerte y membrudo. Sus ojillos vivos y maliciosos, brillaban entre un bosque de cabellos, cejas y barbas que apénas dejaban en descubierto una nariz respingona y unos pómulos salientes.

Dieron las malas lenguas en atribuirle muchos ofi-

cios *non sanctos*, siendo uno de 'ellos el de Mercurio surcidor de voluntades y amparador de acuitados galanes y tiranizadas damas; pero su trato ostensible y con el cual decia él, ganaba honradamente la vida, era el de taberna, en donde como buen judio, juraba no bautizar jamás el vino de sus parroquianos.

La Santa Hermandad instituida en la villa por el ilustre cabildo en 1570, no miraba con buen ojo la taberna de tío Anton, la cual sustentaba en los altos, bajo mezquino aspecto exterior, estancias ricamente decoradas y dispuestas para digno asilo del amor y de sus sacrificios.

Pero, el dón bellaco, se habia granjeado buenos padrinos entre los ricos hombres y señoritos titulados de la villa. Los mismos reverendos de San Agustin y los temibles Domínicos, dispensaban cierta piadosa proteccion al tabernero, en gracia de las azumbres del bueno de Peralta y Yépes, que les enviaba en agasajo, sin que les faltase al Prior y Superior, su buena pinta de Málaga añejo, el cual le procuraba muy dulce sueño durante la siesta.

Por aquellos mismos tiempos, año más, año menos, habia llegado á la villa Martin Ustaris, mozo garrido, licenciado de los tercios reales y como dice Lafuente:

«Siempre sin una amarilla
Como siempre tambien sin una blanca.»

En cambio, llevando á la grupa una real moza tan pobre como él y mas que él gallarda.

No hay para qué decir si Anton el portugués les daría protección y amparo. Eran muy buenas dos piezas para su comercio, pues que Ustaris, asi rasgueaba unos boleros en la guitarra que hacian bailar los bancos y cantaba unas seguidillas que hacian asomar á las rejas á

las muchachas de la vecindad, como manejaba las cartas y disponía con mucha gracia un *mamarán* un *entres* y un á *monte corrido.*

No era ménos habilidosa lo mozuela, pues amen de tener unos ojos hermosos y parlanchines y una boquita de flor de granado, guardadora de perlas, y talle airoso y mórbidos contornos, era mas lista que un monaguillo, mas salada que un arenque y coqueta tan temible, como toda la que aduna discrecion y donaire.

En la fecha á que se refiere nuestra historia, Pepinilla, que tal era el único nombre con que era conocida, habíase quedado sola y libre en los dominios del judío Anton, pues su compañero de aventuras, Martin, habia sido enviado, mas por fuerza que de gana como antiguo servidor del rey, al comando de los cien hombres de refuerzo que la Villa Imperial estaba obligada á mandar como resguardo en los presidios de Chile.

Por de contado Pepinilla ya no era la de la saya y mantilla de esparto. Este ajuar que habia reemplazado á los raidos y abigarrados trajes de gitanilla con que recorria tocando las castañuelas en Valencia, fué á su turno sustituido por el faldellin de brocado, el jubon de raso acuchillado de terciopelo,, las medias de grana y el zapatito de raso sembrado de lentejuelas. Habia medrado en dinero y hermosura y así tenia galanes de todas edades y condiciones, como músicas nocturnas y presentes y comilonas.

Las malas lenguas dábanle gran acopio de dineros y no poca variedad de amantes, siéndole todos de la clase más rica y poderosa, que nunca fué el faisán comida de pobres; pero dábasele por el favorecido de su corazon, si es que lo tuvo nunca, al vascongado Martin de Igarzabal, que sin duda se abrió camino, así por lla-

marse Martin como Ustaris, cuanto por ser tan sin alma y tan sin dineros como el otro.

Así las cosas, entró á gobernar la Villa Imperial el Jeneral don Alvaro Patiño, como correjidor de Potosí y con este muy plausible motivo preparó la villa grandes fiestas, así en muestra del fausto potosino, como en señal de acatamiento á las recomendaciones de S. M. el rey Felipe III.

II.

Y era el caso que entre los señores copetudos que formaban la aristocracia potosina, contábase al orgulloso don Nuño Enríquez, sombrio y hosco personaje desde que lo había dejado solo en el mundo, la hermosa doña Blanca Menéses, su esposa.

El buen don Nuño, vivía en su alojamiento suntuoso, enteramente consagrado al cuidado de su hijo único Nicolás Enriquez, conforme á las costumbres de aquel tiempo.

Y consistia aquel cuidado en dejarle crecer á sus anchas, haciendo su soberana voluntad, entre la servidumbre cuyos hábitos, propensiones, vicios y defectos adquiria maravillosamente, haciendo sus primeros ensayos en cartas y amores, entre palafreneros y fregonas.

Derrochador, pendenciero, dado á las galantes aventuras á que se entregaba á hurtadillas, con cierto apoyo de su padre que encontraba virtud y hallaba gracia en cuantos malos pasos y zarzales se enredaba su hijo, era el mancebito á las diez y ocho años, una verdadera alhaja.

Claro está que habia de ser asiduo rondador de la Pe-

pinilla, y bien que ésta no escusase nunca el recibir sus dádivas y escuchar sus músicas, no por eso era con él condescendiente y blanda, poniéndole á raya con mucho donaire, siempre que el don Nicolasito intentaba cojer diezmo ó cosechar de sus siembras.

La resistencia aviva el apetito y mas en gente no acostumbrada á las contrariedades.

Picado se hallaba el orgullo del mancebito y tanto que esperaba solo una ocasion propicia, para tomar lo que él llamaba su desquite.

Celebrábanse en esto las fiestas que trajimos á la memoria en el capítulo precedente y en la plaza del Regocijo, sobre tablados cubiertos de ricos tapices y cortinajes y blasones, hallábanse las damas, magníficamente ataviadas y brillantes de pedrería, perlas y tejidos de oro.

Los balcones, ojivas y tragaluces, hallábanse cuajados de gente y colgados de damasco y lama de oro y plata. Solo uno permanecía desnudo y silencioso: el de la taberna del tio Anton, morada de la Pepinilla, sujeta á reclusion forzoza en su propio domicilio, por órden del Correjimiento y en razon de ser causa, orijen y motivo de una reyerta, habida la noche precedente bajo sus balcones y en que todos veian la maliciosa intervencion del mancebito Enriquez, gran apaleador en pandilla de los alguaciles del cabildo y de los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Eran las tres de la tarde del martes 20 de junio de de 1.600. Los mas gallardos criollos, con estacas doradas en la mano y sobre ricos potros, lujosamente enjaezados, rivalizaban en el juego de la sortija, con los españoles que en grupo aparte, se mostraban, no menos ostentosos en jaeces y paramentos. El juego hallábase

en su momento mas interesante y entre los jueces del campo, se veía al orgulloso viejo don Nuño Enriquez, rodeado de sus pajes y lacayos y galoneada servidumbre.

De pronto oyóse un ruido estraño hácia el lado de la taberna del tío Anton y cuando todos volvieron los ojos, un grito de horror se oyó en la plaza y era que el vascongado Igarzabal asomaba á la balaustrada del balcon de la Pepinilla, llevando asido y alzado en alto por el cuello y el fundillo, al mancebito Enriquez y sacando el cuerpo fuera del antepecho, lo arrojaba á la plaza lo mismo que si fuese un fardo.

III.

Preparado habia el don Nicolasito todos los sucesos con infernal astucia. La riña de la noche anterior en que dejara adrede maltrechos á los ministriles. El soborno de las doncellas que asistian á la Pepinilla. La compra á buen precio del llavin correspondiente á la alcoba de aquella. El brebaje destinado á entregarla sin fuerzas á sus amorosos arrebatos.

Pero contaba sin la huéspeda, porque el robusto vascongado que no acertaba á separse mucho tiempo de la que amaba muy deveras, había concebido algunas sospechas y se mantenía en guardia puestos los codos sobre una mesa en la taberna del tio Antón, apoyada la cabeza entre las manos y el oido atento á los menores ruidos.

Así fué como á poco sintió rumor de pasos en el piso alto; luego creyó sentir un grito ahogado y luego los esfuerzos de una lucha.

Saltó de su asiento, subió en dos trancos la escale-

ra y halló cerradas todas las puertas que comunicaban al pasillo. Aquel no era un gran contratiempo para un mozo de sus prendas. Al punto introdujo la punta de su puñal en la cerradura y á poco esfuerzo saltó la chapa. Arrimó el hombro á la segunda puerta á que habíanle echado el cerrojo por dentro y en breve se venció el arco, crujió y estalló.

En el fondo de la alcoba sostenía la Pepinilla desesperada lucha, venciendo en fuerza de voluntad los efectos del narcótico y puesto en la boca el nudo de un pañuelo amarrado en forma de mordaza.

El mancebito era fuerte y estaba ayudado por el demonio de sus pasiones excitadas que lo tornaban ciego y lo obligaban á mezclar amenazas y golpes á la violencia.

De pronto se sintió cojido con mano de hierro por el pescuezo y el fundillo, levantado en alto como una pluma, llevado hasta el balcon y arrojado con violencia sobre la multitud que llenaba la plaza.

IV.

Y cuentan las crónicas que en la misma hora y punto en que el viejo don Nuño vió á su hijo volando por los aires, dando una gran voz, trémulo y convulso dijo: —«A mi los de Enriquez! y válgame Dios y su celestial corte!» Y corrió hácia la taberna seguido de los suyos, mientras las fiestas se interrumpían y la espectación embargaba los ánimos.

Antes que el viejo habian subido dos criados, ansiosos de mostrar adhesión que pagaron con la vida porque el membrudo Igarzabal, habíales tendido uno á uno con el resto de su puñal mellado; pero á la vista del

viejo, flaqueó su valor y corrió á encerrarse en la alcoba á donde penetró el ciego de venganza don Nuño, forzando los cristales de la ventana. El vascongado poseído por el terror que le daba la conciencia de su falta, buscó asilo en el fondo de la cama con cuyas ropas hizo una cota; pero el terrible don Nuño cayó sobre él y no sació la sed de su encono, sino despues de hundir y sacar diez veces tinto en sangre el puñal que blandía en la mano, despues de lo cual y estando ya su contrario exámine, lo hizo cojer por sus lacayos y arrojar por el mismo camino por donde cayera el hijo.

Ahora oigamos á Mnez y Vela (anales de la Villa imperial de Potosí) que dice á la letra:

«Alborotóse la plaza; acudieron los criados y ministros del Correjidor y tambien los amigos de Enriquez, que eran andaluces y estremeños. Los vascongados clamaban: «Muera el malhechor!» Entraron unos y otros y se trabó una cruel batalla, en la cual mataron á don Manuel Patiño, hermano del Correjidor y dos criados suyos: mataron á Sancho Ocoz y otros tres vascongados; hicieron sangrienta resistencia, cuando vino el Correjidor. De los andaluces y criollos, murieron algunos y hubo mas de treinta heridos.» (Archivo boliviano por don Vicente de Ballivian y Roxas página 324.)

La noche envolvió en su oscuro manto aquella escena de horror y de matanza y la sangre coagulada manchaba las estancias y escaleras, no sin que hubiese algunos charcos en la taberna.

El pueblo indignado pedía el castigo de la Pepinilla y del tio Anton, pero cuando acudieron con hachas y linternas, nada encontraron sino los cadáveres, aunque rejistraron el último rincón de aquella funesta morada.

V.

Corrió el tiempo que pone bálsamo en las heridas, cicatriza las llagas del encono y hace crecer el musgo sobre las tumbas.

La taberna del tio Anton, que había sido cerrada y sellada por el Alcalde, ofrecía el aspecto de una ruina, asilo de duendes y espíritus malignos. Las casas vecinas solo eran ocupadas por gentes de pelo en pecho y de aventura abierta y no pasaban los transeuntes despues del toque de ánimas, sin santiguarse piadosamente.

Pero, te veo lector ansioso por saber en donde pararon la Pepinilla y el tio Anton que no parece sino que se los había tragado la tierra. Pues te lo diré yo, humilde, aunque veráz cronista de aquella grandiosa tierra de mis complacencias, donde ví la luz, donde reposan los restos de mis venerandos padres y donde acaso reposarán los mios, si Dios fuese servido de darme sepultura donde me dió cuna.

Y cuenta don Antonio de Acosta, portugués de nacimiento, en su crónica de Potosí, mal traducida por don Juan Pasquier, (tomo II, página 107), de cómo habiendo sido enviado el sacerdote criollo don José Huanca, á la villa y corte de Madrid, en demanda de arreglos para la iglesia potosina, fué agasajado y tratado á cuerpo de monarca, durante su estancia en la corte del señor rey don Felipe III, por la opulenta y hermosísima condesa de Campo Anzures que se parecía á la conocida Pepinilla, como una gota á otra, ambas de agua; pero que, por las reservas de su carácter sacerdotal y por el refran que dice: «quien se mete en plei-

tos ajenos, pierde los propios» no se tomó el trabajo de profundizar la semejanza ni de estudiar el porqué siendo él estraño para la señora condesa, fuese tan liberalmente obsequiado por ella.

En cuanto al tio Anton que á todas sus gracias unía la de ser judío, sé de buena tinta que cayó en manos de la Inquisición en Lima y añadiré citando nuevamente á Mnez Vela, lo que á la letra dice en la página 324 de sus anales: «El año 1604, se dió la sentencia de su causa. Allí se convirtió, salió desterrado á España; y estando en Sevilla, tomó primero el hábito de Santo Domingo, dejólo, porque le dijeron no lo merecía, pues era judío, y con toda humildad se fué al convento de Descalzos de Nuestra Señora de la Merced, de mi señora santa Ana de la villa de Osuna, donde fué gran siervo de Dios y se llamó Fray Antonio de San Pedro.»





Sobre templos, fiestas y costumbres populares

I

Al través de los siglos se ha mantenido en Potosí con religioso respeto el nombre del R. P. Fr. Juan Burruaga, vizcaino de origen, santo varón ejemplo de virtudes y de heróica fe, según reza la «memoria escrita por un siervo de Dios», que aún conservo inédita.

Y débese tal lealdad de homenaje, á que este excelente religioso emprendió en 1707, la reconstrucción del templo y convento de San Francisco, levantados un tanto cuanto rústicamente en 1547, hasta dejarlos en las condiciones de arte y solidéz de que disfrutan en nuestros días.

Y todo obra de milagros, obra exclusiva de Dios que entonces abundaba, justamente porque no existían los recursos de la industria actual que realiza prodigios; ni las sociedades anónimas que reunen dineros y barajan millones.

El buen padre tenía poquísimos maravedises cuando

de monjas, La Misericordia, Santa Monica y su convento de Remedios Agustinas, Jerusalen, San Roque de Vilacirca, Las Recojidas, San Roque del *ttio* (arena) y Belén y su convento y San Juan de Dios y el suyo, con padres auxiliadores de enfermos y moribundos.

Hubo entre estos padres, hombres verdaderamente científicos y sabios médicos, como Fray Zenón de Sanabria, de grata memoria.

La más notable de todas estas construcciones, es la de la iglesia Matriz. «Los cimientos de la antigua se abrieron, dice Dalence, el mismo día que los de la primera casa de Moneda y de las Casas Reales, en el mes de Diciembre de 1572, habiendo colocado la primera piedra el Excmo. señor don Francisco de Toledo 5.o Virrey del Perú».

Después fué reedificada por los años de 1806, según las indicaciones del fabriquero don Pedro Arrieta y estrenada por el arzobispo Benito Moxó.

No bastando las reparaciones hechas se llamó desde Moquegua al notable arquitecto Manuel Sanauja. El mismo Benito Arzobispo puso la primera piedra de la completa reconstrucción que terminó en 1836.

Es sólida, esbelta y bella y sin duda alguna, una de las más hermosas del continente Sud Americano.

II

FIESTAS Y COSTUMBRES POPULARES

Sin pecar contra la verdad puede asegurarse que no ha habido en el orbe católico, ni habrá entre los paganos un pueblo más dado á fiestas, diversiones, espectáculos y meriendas, como la Imperial Villa de Potosí.

Se trabajaba fuerte y se recogía gordo y como quien no fuese rico, y desahogado y rumboso, tenía buen pasar y siempre buenos duros con el busto de S. M. reinante en la escarcela ó la bolsa, resultaba que en Potosí, ni la infima clase popular carecía de medios de modo que pudiese llamarse pobre ó desvalida.



Los obreros y peones del cerro, llamados *cacchas*, *barreteros*, *apíris*, *canchamineros*, etc., etc., gastaban vistosos trajes de pana y hojota doble ó zapatos herrados y *poncho balandran* tejido en colores vivos y chaleco de grana y montera tachonada de lentejuelas y *chuspa* tejida en trama de seda para la coca y siempre algunas pesetas columnarias en la punta del lienzo para cualquier lance ó compromiso que pudiese ocurrir de manos á boca.

Las indias del cerro gastaban jubón de pana ó pa-

ñete con alamares y fleco de botones, basquiñas de veludillo de colores vivos, ajustadas en pliegues á la cintura, pierna desnuda, *hojotas* ó sandalias con alto tacón de filigrana de plata, *lliclla* á fajas egipcias prendida al hombro con *topos* ó alfileres en forma de cucharas de plata, *reboso* á guisa de chal con orla y ribete de cintas de raso y vistosa montera con lentejuelas.

Las de los caseríos sustituían la basquiña con el *acsu* que ajusta por un costado la *almilla* ó túnica de bayeta y realza y redondea el seno y las caderas siempre firmes de aquellos cuerpos mórbidos.

Una legión de estas mujeres serpenteaba á diario por los senderos marcados por el uso en las faldas del cerro, llevando olientes pucheritos con el *chupe* sabroso y el cantarillo de chicha hasta las boca minas, en donde bregaban el esposo, el hermano, los amigos, los forasteros que no tenían mujer, y se asociaban al almuerzo de los felices, tomado con placer y apetito, así por lo gustoso de suyo, como por el cariño incapaz de la fatiga que lo llevaba hasta las alturas.

La bajada de los mineros en la noche del sábado se distinguía por un reguero de luz de los hachones con que alumbraban su paso entre asperezas y quebradas, corriendo .como cabras salvajes ansiosos del hogar y saboreando de antemano las delicias del domingo.

El carnaval era su gran fiesta. Unidos los *cacchas* con los *mortiris* y labradores de los ingenios que someten y benefician el metal y con los *quintos* de la Moneda que lo amalgaman, laminan y sellan convirtiéndolo en moneda, vestían bailarines con lujo y los paseaban al son de arpas entre gran concurrencia por la ciudad derramando lluvia de confites, mientras los

grupos reunidos en torno de banderas abigarradas, bebían, cantaban, alborotaban, reían y se entregaban al placer de las comidas de incitantes potajes exigentes del refrigerio de la chicha á cántaros.

Los mestizos entre tanto se reunían en pandillas, muchas veces llevando los varones en los hombros á guisa de capote las plegadas basquiñas de las hembras y estas el sombrero de aquellos. La orquesta de cuerda y viento con el indispensable bombo, al medio del grupo, y presidiéndolo un hombre cargado en las espaldas de un gran condor con las alas abiertas, que perseguía á los muchachos á aletazos y arrollaba á las muchachas con toda suerte de ridiculeces.

Así recorrían las calles de la ciudad en amplia libertad y al llegar á cada esquina, gritaba el bastonero:

«Armese la rueda—con formalidad—no diga la gente que todo es moral».

Entonces cantaba el caudillo coplas alusivas á las autoridades, sátiras á los jueces y alcaldes y poderosos y el grupo cojido en rueda y danzando en derredor del Condor, repetía las coplas en coro con gran contentamiento de todos, palmoteos nutridos y algazara general.

Si á la sazon pasaba cerca algun señoron encopetado ó algun mancebo de la clase distinguida, allí lo secuestraban con gran alboroto, lo embadurnaban con harina de diversos colores, lo ahitaban de aguardiente y de mistelas y lo obligaban á bailar con cuantas muchachas lo pretendiesen repitiendo ellas entre palmadas y risas: barato! barato!

Y muy á gusto de todos, porque el Carnaval establecía de hecho una igualdad democrática no sospechadada siquiera en esos tiempos y practicada sin corta-

pizas en esos alegres días benévola y sabiamente tolerados por la autoridad del rey y de la iglesia.

Es de advertir que desde mediados del siglo 17 se habian introducido las corridas de toros que se jugaban en la tarde durante los tres dias de Carnaval, ocupando la plaza del Regocijo, los tablados y anfiteatros construidos y adornados con lujo.

Los toros eran regalados por los mineros ó azogueros ricos, las tarjas y patacones de plata maciza ó filigranadas por los patrones de ingenios, y las enjalmas de raso, de tisú ó de brocato por las altas damas de la nobleza.

Todos los días en ciertos intermedios de toro á toro, se corria á la sortija con barillas doradas y premio de rosas y listones puestos al brazo de los vencedores por las bellas manos de las niñas de buena casta y mejor estampa.

Otra de las fiestas populares notables, era la de Santiago descrita en la crónica «El alferazgo de Santiago Apostol».

Luego el Corpus Cristi, en donde se construían altares en las esquinas con dos y tres cuerpos y planos cubiertos de telas vistosas, imitando pabellones, templetes, altas terrazas, todo cubierto de cornucopias, jarrones, cuadros preciosos é imágenes cuajadas de joyas y arcos tachonados de utensillos de plata labrada y pebeteros de oro y alfombras valiosas de Esmirna.

En cada altar que tardaba en levantarse hasta ocho días, se festejaba la víspera con gran iluminación de faroles, quinqués, candelabros cirios y hachones y agasajando á los visitantes con ponches, *chambergos*, *quebradientes* y otros dulces criollos y confituras delicadas que se hacían allí mismo en braceros, mientras las músicas tocaban alegres pasacalles.

Algún Papa concedió á Potosí la merced de conducir el Santísimo Sacramento en procesión, dentro de un sitial ó trono de plata, llevado en hombros por ocho sácerdotes entre incensarios que despedían nubes de incienso y órdenes religiosas de todos los colores, seguido del gobernador intendente y del alcalde, los síndicos y los ricos hombres y los alabarderos con variedad de invenciones al son de solemnes músicas y cánticos, por entre cortinajes que tapizaban paredes y ventanas mientras las campanas de los 33 templos se rompían repicando y los obuces criollos tronaban sin tregua ni descanso.

El pueblo se embobaba ese día chupando cañas dulces, desgranando maníes y comiendo ricas pastas llamadas *taguataguas*, con remojo de alojas, chicha y aguardiente.

Otra fiesta notable era la de San Bartolomé, indicada ya en la «Caverna del Diablo», como lo era la fiesta de todos los Santos, en donde se vendían muñecos de fábrica criolla, representando turcos, reyes, moros, clérigos y niños de pasta con el fin de vestirlos y enviar á los conocidos nombrándolos padrinos y dando lugar á reuniones y bailes y á regalos ostentosos de los compadres.

Era el día de los panales de azúcar con que se endulzaba la chicha y de los *misqui platos*, manjar delicioso fabricado con miel, harina y duraznos secos.

Al día siguiente, el de los Fieles Difuntos, se llenaban los templos de túmulos en todas sus naves; adornados con cruces y candelabros según la fortuna de los dolientes que rodeaban el catafalco y depositaban en él ofrendas de viandas, dulces, frutas y utensilios domésticos. Los curas y capellanes no se daban punto de

reposo diciendo responsos rezados, cantados, coreados recibiendo estipendios que formaban su agosto.

Luego de cada túmulo, resultaba una gran comida en la casa correspondiente y con eso quedaba cancelada toda obligación ostensible con los muertos.



Dos fiestas eran las más dignas de atención: la de Mercedes y la del Rosario.

La primera era propia de los blancos y la segunda de los indios. Alhajábase el templo de las Mercedes con magníficos ropajes de terciopelo galoneado de oro, se cubría de flores y de luces y se rezaba el novenario á gran orquesta en la mañana y en la noche.

En él se refería el como Jesús de la Columna cuya efigie ocupaba altar de preferencia, tenía levantada la mano y extendido un dedo, actitud en que quedó después de haber dicho un día á un sacerdote que negaba la absolución á un penitente: «Absuelve á ese pecador, pues no te costó como á mí».

La particularidad de ambas fiestas era la riqueza y primor de los escapularios confeccionados por las monjas, para obsequio de altos personajes que concurrían á la procesión ostentándolo sobre el pecho.

La procesión de Mercedes iba acompañada por grandes faroles colocados sobre altos méstiles, faroles con muchas luces, adornados de flores de artificio, ángeles, inscripciones y *Ave Marías* de precioso metal. Era una honra para los artesanos llevar con banda de terciopelo carmesí en que fijaban el asta, esos colosales faroles durante el trayecto de la procesión que era enorme.

Al paso de la Virgen circuida de un arco de plata, caían lluvias de flores de los balcones repletos de hermosas damas.

La fiesta del Rosario era curiosísima. Desde la víspera recorrían la ciudad los *bailes é invenciones* más grotescas y originales, al son de su música especial y de sus estandartes abigarrados con grifos y dragones.



IMAGEN DE N. S. DE LAS MERCEDES, DENTRO DE UN CÍRCULO DE PLATA MACIZA

Formaban en fila delante de la procesión los grupos de turcos con lujosos turbantes, lo moros, los caballeros de punta en blanco, los heraldos con dalmáticas y trompetas, los reyes de armas con blasones, el Inca y su séquito de curacas, caciques, ñustas y sacerdotizas del Sol, D. Juan de Austria y el Manco de Lepanto, los *chunchos*, salvajes con plumas, los *ccalas*, indios con lujosas túnicas y penacho de vistosas plumas,

los *morenos*, negros vestidos con colorines bailando al son del bombo y las carracas, los *ayarachis* con enormes plumeros, cajas y sampoñas y la mar de comparsas con caramillos, con harpas, con tamboras, con orquestas, danzando, realizando excentricidades y hasta indecencias, en medio de un gentío inmenso que sembraba de huesos, cáscaras y resíduos de lo que devoraba andando, bailando y dirigíendo profundas zalemas á la Virgen.

Otra no menos original costumbre, era la de *Chuquisaquilla*,celebrada en la pascua de Pentecostes.

En una lomada sinuosa próxima á la ciudad se establecían puestos de venta de toda suerte de golosinas y frutas y fiambres que no se compraban con dinero sino con pequeños remedos de piñas de plata hechas con yeso. La romería, pasada la función religiosa, ofrecía juegos diversos: la rueda de la fortuna, las *cascaritas* la *palama* y los discos.

Pero lo curioso del caso consistía en que grupos de gente con un fingido sacerdote cada uno, recorrían el campo y se apoderaban de las muchachas jóvenes, obligándolas á elegir ó aceptar marido, realizándose la ceremonia de la unión allí mismo, entre el aplauso general, todo de mentirijillas, pero á gusto al parecer de la muchachas y los muchachos, salvo las que por darlas de inocentes se echaban á llorar hasta desahogarse.

En los dos últimos jueves anteriores al Carnaval y que se llamaban jueves de *compadres* y de *comadres*, el pueblo visitaba á sus protectores, patrones y autoridades, cubriendo de flores los pisos, los corredores y pasillos y coronando á sus elegidos con olorosas guirnaldas.

Correspondía también á este género de fiestas el

Taripaco costumbres de los días anteriores y posteriores de Natividad hasta el año nuevo en que pasaba la vara de alcalde con puño de plata, de unas manos á otras entre los indígenas.

Los compadres indios, llevaban á sus compadres blancos á son de música, un novillo joven con los pitones dorados y lleno el cuerpo de patacones, algunos corderos con cintas, no pocos mazos de *choclos*, y gallinas y tal cual marranito gruñón y encintado.

Era de rigor que el agazajado hiciera correr la chicha y los licores y devolviese en agasajos el *taripaco* del compadre que siempre era muy valioso.

Otros hacían el *taripaco* á las iglesias, introduciendo largas filas de bujias y cirios de cera y de sebo de forma, tamaño, adorno y color diversos, colocadas como en parihuelas sobre los hombros de dos indios que ocupaban varias cuadras, presididos de músicas y al son de petardos y bombas criollas.

El cura revestido los recibía en la puerta del templo, imponía en la cabeza del principal y su familia el manípulo, los regaba de agua bendita murmurando algo en latin y las campanas se alegraban diciendo á voces: —ya tenemos cera—ya tenemos cera—para todo el año —para todo el año—que bueno— que rico—que viva el borrico».

A esto se llamaba: «Una entrada de ceras». El que la hacía aseguraba su parte en el Paraíso.

En resumen, las fiestas eran numerosísimas, religiosas y profanas. Entre estas se nombraba á *Phuna Cancha*, fiesta nocturna consagrada á Baco y á Venus indígenas. Las criadas y doncellas de labor se escapaban atraídas por el imán de lo misterioso y lo desconocido, por el incentivo del peligro á que las inducía el demonio des-

plegando á su vista todo un panorama de concupiscencia.

Allí iban cuantas muchachas lograban tomar la puerta y se perdían generalmente en sus orgías las preciosas flores que hicieron decir á un poeta.

«Es de vidrio la mujer
y conviene averiguar,
si se puede ó no poner
en peligro de romper
lo que no se ha de soldar.»

Pero en Potosí andaban sueltos, lo mismo los santos y bien aventurados que los *cchutillos* y los diablos.





GRANDEZAS DE POTOSI

DUELO EN CAMPO ABIERTO

> Tiempos de hazañas cantadas
> De galanes y doncellas,
> En que el bien de merecellas
> Se ganaba á cuchilladas;
> En que gran mengua era el miedo
> Y el mal hablar fué gran mengua,
> Y en que deudas de la lengua
> Cobraban las de Toledo.

I

A la sazón se llamó á bien vivir en su otoño don Pero Pérez Vadillo. Abandonado le habían á una, de la cabeza los sus cabellicos blondos; del pecho las tempestades; de la voluntad el temple; de los miembros la fuerza y del alma el valor, la enerjía y la pujanza.

Nadie conociera en tal ruina al Capitán de los aguerridos tercios castellanos, audaz, camorrista y gran factor de levas para guarnición de los presidios de Chile. Ganó fortuna y perdió bríos. Pecadillos que purgar y punzadas de conciencia lo tornaron religioso y pío. No trataba sinó á gente de cogulla y hopalanda, ni departía sinó en las celdas conventuales, ni comentaba más que los salmos, ni pasaba las horas muertas si no fuese alternando el trisagio de los Domínicos con el rosario de los Agustinos y los ejercicios de la tercera orden.

Su casa fuera la de Orates, á no haberle heredado en vida todo su temple y sus bríos dos hijas suyas Martina y Clara, bellas si las hay, varoniles como Minerva, castas como Diana y celosas más que Juno, las cuales Martina y Clara cuidaban y manejaban la hacienda, mimaban al buen Pero Perez, mudábanle de limpio, acepillaban la ropilla, rizaban la pluma de su chambergo, bruñían la hevilla de los greguezcos, cojían los puntos de sus calzas y poniéndole la capa en los hombros y el rosario en las manos, acompañábanle hasta la puerta encargando diera la vuelta antes de que el aire de constipados se desencadenase con el caer de la tarde.

Clara y Martina no tuvieron madre, es decir, si la tuvieron, pero al darlas á la luz de la vida, la perdió ella, no pudiendo resistir á tanta obra junta, de suerte y manera que tomando todo el jugo á su madre hermosa y toda la enerjía al Capitán Pero Pérez, eran las dos muchachas un verdadero prodigio de fuerza y gentileza.

Brillaba entonces toda la grandeza de la Villa imperial. Iban á España los tesoros y venian las ejecutorias y los títulos. Cruzaban el charco hidalgos con humos y sin lumbre, nobles tronados, caballeros de aventuras que salvado habían el porte y las maneras distinguidas en el naufragío de sus fortunas y trasportado á la villa costumbres de porte y hábitos de holganza, creando en ella una grandeza fecunda en aventuras las más raras y dignas de inverosimiles leyendas.

El lujo oriental con sus damascos crugientes, su tizú opulento, sus divanes mullidos, sus perfumes sensuales, sus celosías misteriosas, sus músicas suaves y sus literas doradas, había fijado allí su asiento. Las fiestas religiosas y las fiestas galantes y caballerescas, se habían repartido el año entero. La discreción era tan

obligatoria, como el recato para sus damas, las cuales, si reinas por el dominio, fueron esclavas por la honra, sin que por ello la humanidad fuera menos flaca y el pecado menos gordo, precisamente porque á mayor peligro mayor incentivo y porque el misterio seduce y lo desconocido fascina.

Durante la noche misteriosos asilos, templos destinados al placer muelle, á las angustias del azar, á las concupicencias todas, se abrían con explendor, lucientes, embriagadores por las resinas humeantes, arrobadores por las músicas sin estruendo, en donde reinaban las cortesanas más garridas y donairosas, chispeaban los vinos generosos y se cubrían de oro los tapetes de color de púrpura y de color de musgo.

Allí los lances y las disputas, los celos y la codicia que no permitían ociosidad á los aceros y ese era el mayor incentivo entre pendencieros, que el serlo era de rigor en la imperial Villa, de suerte que nunca pensaba si saldría con vida quien entraba á ellos ileso y el correjimiento encontraba en las callejas vecinas, noche á noche, sangre sin víctimas, indicios sin cuerpo de delito, hechos sin testigos de vista, porque la justicia ignoraba adrede ó cegaba de oficio y se cuidaba muy mucho de tocar al vicio encarnado en infanzones, títulos y gentes de encomienda ó de doblones.

II

Son mozas, vinos y náipes
El mundo, demonio y carne.

Damasco de seda cubre una mesa cuajada de bujías, de vajilla de plata y manjares apetitosos. Pebeteros de filigrana de oro perfuman desde las talladas

rinconeras; la lumbre lame saliendo en lenguas rojas las rejillas del brasero cubierto á guisa de ánfora; tapiza el suelo oriental alfombra y lienzos con recama y borlas de oro, paredes y techumbres.

Alonzo de la Viezca, hidalgo aragonés apuesto y gentil, y más que gentil y apuesto, quisquilloso y vano, refiere en corro como de uso y norma sus aventuras galantes; enumera sus víctimas de amor. Esta se rindió desde luego, esotra resistió tantos días; la de allí se vendió cara, la de acullá, en fin... solo las de Pero Pérez hidalguillo de una mano á otra, necesitaron asedio, escaramuza, idas, venidas, antes del asalto.

—Y como hubo de ser, argúyenle los oyentes, si á más de altivas y hermosas, son la flor y nata de la honradez criolla?

Pues, siéndolo, ruje el de Viezca, y fiando por ello mi palabra y mi acero y Nuño mi hermano que emparejó conmigo en la jornada.—Así es la verdad, asienta el aludido, estirando de mala gana los zancazos hacia la lumbre.—Mentís como villanos! truena una voz entre el corro, y lucen las tizonas y chocan las hojas y se oyen juramentos y jadeos é injurias, y en fin; un Dios me ampare! que pone á todos en fuga y á los ministriles de la ronda en el trance de recojer un cadáver cruzado por dos hojas enterradas hasta el puño.

III

Cubre á los muertos la tierra
Y de color de esperanza
Brota en las tumbas la yerba.

Y pasó la noche, encubridora de amoríos naturales y auxiliar de legítimos, cómplice de ladrones, escojida de asesinos, ansiada de tahures, temida de enfermos des-

velados. Noche siniestra en que el aire helado se cuela por las rendijas y se queja y gime con ecos de tumba y en el cielo oscuro corren, corren los nubarrones y semejan la bóveda rodando en solemne silencio hacia el abismo.

El amanecer de un día de Mayo en la imperial Villa es propio suyo; el sol asoma reberverante por el fantástico cerro cerca de la cumbre y baña de flanco las techumbres, los ajimezes, los campanarios, las cúpulas. Brillan á una los mil colores de desmontes mineros que matizan aquella mole cónica cuyas anchas bases abarcan la extensión entera del pueblo, y su cima se destaca gallarda y atrevida en un cielo azul diáfano que cubre la ciudad tendida á sus faldas como inmensa urna de turquesas limitada por el horizonte. La escarcha del pavimento espejea á los rayos solares y cruje bajo las plantas; las fuentes, los pilones, los abrevaderos muestran cenefas y flecos y estalactitas y prismas cristalinos. La imperial Villa reposa arrebujada entre colchados de damasco y velludillos de Castilla, y despierta del dulce sueño de la madrugada al tañer de las campanas conventuales que vibran agudísimas, templadas por el helado cierzo cobijado entre sus cóncavos.

Allá, á lo lejos suena el caramillo y la tambora de los *Danzantes,* parodia de caballeros armados á la antigua uzanza que velan la Santa Cruz durante el mes entero, trasladando el altar de un barrio á otro á solares ámplios que cobijan abigarrada muchedumbre ahita de frituras y aguardiente. Las cocinerias y figones alivian de ceniza las hornillas y avivan la lumbre amortecida, mientras en las cercanías del mercado y á lo largo de la muralla inmensa y macisa á manera de feudal castillo de la casa real de Moneda, se establecen puestos de venta de pastas

blandas y dulces de frutas ó de leche, ocas y batatas conjeladas en la madrugada, llamadas *thayas*, especialidad que con la espuma de la leche escarchada, son el regalo y gusto de los hijos de la Villa de Carlos V.

Huyen las brumas, se espereza la servidumbre en los hogares, se abren crujiendo los postigos de las enormes portadas y comienza el ir y venir y saludarse entre sí de las mozas que murmuran y de los mancebos que forman corro á los noticieros de desaguizados, pendencias cuchilladas y malas muertes habidas al amparo de las sombras, merced á la inopia de los alcaldes y justicias.

IV

Sobre un charco de sangre no bien seco, habían puesto manos piadosas esa mañana dos mitades de caña atadas en cruz, y los viandantes se apartaban respetuosamente, murmurando una plegaria. Decíase en los corrillos, que de resultas de un lance ocurrido en aquel sitio yacía muerto y había sido hallado por la ronda con dos heridas de mano de villano al parecer el buen don Sáncho Gardeazabal, castellano é hidalgo sin deudos en la Villa y tan bravo y generoso como pobre y sin valimientos, por lo cual, seguro, no se moverían los golillas en la averiguación del fecho y persecución de los fautores, reduciéndose todo á velar con honra el cadáver y á enterrarlo con pompa como á quien era y merecía. Tal cual lengua atrevida nombraba con misterio á los Alonso y Nuño de la Viezca, hidalgotes de mucho haber y gran privanza ante el Exmo. Señor don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Mon-

Claros, undécimo Virrey del Perú, por lo cual

guardábales fuero y consideraciones de alto precio el correjidor de la Villa, General don Pedro de Lodeña décimo de los de Potosí, no sin que á la continua se levantaran murmuraciones clamando contra predilección tan poco honesta.

Decíase, item más, que el buen Pero Pérez por agravios secretos recibidos de aquellos mancebos deslenguados, había desempolvado su tizona de los buenos tiempos y pedido á ellos desagravio honroso, oído lo que mandaron á su lacayos le dieran una corrida de varas como respuesta única. Y decíase, finalmente, que á contar de entonces, habían desaparecido de la villa, Pero Pérez y sus dos hermosísimas hijas, sin dejar rastro por donde se pudiera averiguar su paradero ó asiento.

V

Aunque el malo por sus artes
Quede impune, no se halague,
Si Dios está en todas partes
Dónde irá que no la pague?

Empero el correjidor Lodeña, no era eterno, si más bien frágil mortal como se vió por su fallecimiento repentino, mano de Dios en forma de pulmonía tan aguda que no le alcanzó la extremaunción y, aún más potente, por el nunca disimulado contento con que acogió la noticia de su muerte el vecindario villano, exceptuando los de Viezca que no andaban muy en paz con su conciencia, ni realengos en sus deudas de la honra. Undécimo en número entre los correjidores, entró á gobernar Potosí por los años de 1607 el General don Pedro de Córdoba y Mejía del orden de Calatrava, sucesor muy bien venido y mejor estimado, más en contrario modo á su antecesor y ganoso de haber renom-

bre de justiciero, no menos que de hidalgo varón, amigo de fiestas ostentosas, de galas y saraos, ansí para recreo y esparcimiento de nobles y poderosos pendencieros; cuanto para ganancia de artesanos, mercaderes y muchedumbre que se beneficiaba recojiendo la copiosa sangría que por ende caía en hilos de plata y doblones de á ocho desde lo alto de los palacios y solares blasonados.

No cortar el vuelo sino dar más bien alas á la vanidad de los ricos criollos, no entrabar sus placeres bizantinos ni poner coto á su afán de lucir y sobreponerse los unos á los otros, en contra punto con las naciones de vazcuences, andaluces y castellanos, fué la muy sesuda traza del nuevo correjidor que tenía por máxima: «limpiando de pedruscos la corriente, no hay miedo de que salte, ni suene, ni reviente.»

Así, rezan las crónicas, que amortiguaba rencores dando ocasión á torneos y juegos de cañas y de sortija, á comedias y autos donde echaban el todo y el resto los caballeros, lucían sus galas, su hermosura y su discreción las damas honestas y su lujo y donaire, las comediantas, las juglarezas y las fadas mágicas, adorno de orientales estancias é imán de misteriosos cultos que ha visto el juicioso lector en capítulos precedentes.

Gobernando él, dice el honrado y fidedigno cronista D. Bartolomé Mnez y Vela «hicieron los mancebos potosinos aquellas memorables fiestas de cañas, sortijas, máscaras y otros festines que refieren los autores y yo referiré en mi Historia con toda particularidad, pues es muy digno de especificar la suma grandeza con que celebraron tan ricas fiestas; y fué el motivo de tanta magnitud el haber notádoles los vascongados á estos caballeros criollos la corta destreza en gobernar un caballo

en los regocijos y que no sabían discurrir ni acomodar galanas invenciones. Indignáronse honradamente los criollos con sus émulos y dispusieron celebrar estas generales fiestas; hubo seis días de comedias, ocho de toros, tres de saraos, dos de torneos y otros juegos, seis de máscaras con variedad de representaciones en que los famosos potosinos salieron en ellas con exhorbitantes gastos y lucimiento que admiraron las galas, joyas y pedrería con que cubrieron sus personas y también sus caballos.

«Eligieron por mantenedor del juego de sortija á D. Francisco de Arsaus Dafifer y Solego, del orden de Calatrava, natural de Potosí, de edad de veinte años, hijo de D. Fernando de Arsaus descendiente del Duque de Alba. Entró con toda su cuadrilla que se componía de cuarenta bizarros y relumbrantes de joyas, mancebos potosinos y venía en un poderoso caballo morisco de pintada estampa, armado de finas armas y sobre ellas un precioso vestido bordado de damasco azul, sembrado de muchos diamantes, esmeraldas y rubíes; en su cabeza un fino casco y en él muchas plumas verdes, azules y encarnadas que salían de unos troncos de oro fino y en su brazo el escudo donde estaban pintadas sus armas sembradas en ellas muchas piedras preciosas; estaba también un lucero de diamantes con los rayos que llegaban á sus armas y abajo esta letra: *Desde el Alba vine aquí*. El hábito de su profesión estaba hecho de muy ricos rubíes; la silla era de filigrana de oro ansí como los estribos; las crines del caballo y la cola enlazadas con perlas y vístosas cintas. Los cuarentas mancebos venían vestidos con coletos de ricos antes bordados de oro y aljofar, sombreros con cintillos de diamantes y plumas de variados colores, jaeces bordadas de oro y perlas» ect., etc. y punto

á la copia para no alargar más esta historia con episodios, aunque supieran completarla y engalanarla.

VI

«Se tu non fossi un Angiolo di Dio,
Ma uno spirto d'Inferno,
Con te v'andria in eterno
Al ciel direbbe addio. . . .
Se tu non fossi un Angiolo di Dio».

En esos mismos regocijados tiempos se había hecho proverbial en la villa el *Minué de la Condesa.* Al blando son de la música compüesta por Gutierre de Gumiel, el apuesto príncipe de la melodía, creador de inmortales gavotas en honra de ella, que fué vida de su vida, danzaban ocho parejas entrevero de belleza, gracia gallardía y riqueza en medio de otras muchas que suspensas formaban marco viviente del incomparable cuadro. Más, como el lucero que roba las miradas aunque el cielo se encuentre cubierto de estrellas, la condesa de Tudela del Río atraía la atención de especial manera con el amor de los mancebos, sin el rencor de las doncellas, pues así el merecimiento impera sobre las emulaciones cuando es de buena ley y lo cobija una no finjida modestia. Llevada de la mano por gentil caballero ninguna en su paso cadencioso y lánguido derramaba más noble gracia tocando apenas los piés de ninfa calzados de seda y realce con alto contorno rojo, el blando tapiz de la India mullido como el musgo. Ninguna inclinaba en las venias ritmicas de las danzas con mayor donaire su talle de ninfa y su cabeza de rizos aúreos presos entre cintillos de diamantes, entornados los grandes ojos oscuros, entreabierta la boca como flor de granada cuajada de perlas y todo en rostro de sua-

ves líneas, pálido blanco como el lirio de los valles y fresco como la flor del espino silvestre; y, finalmente, ninguna emanaba como ella al mismo tiempo de ese conjunto de perfección y limpieza, efluvios de emperatriz augusta y vagos perfumes místicos y languideces de sultana que formaban embriagadores ambientes en torno suyo...

Gemían amores los violoncellos de Gumiel; las dulces flautas, las violas tiernas, el templado timbal poblaban de aquellas notas celestiales que dán al aulico minué sabor de danza de semi-dioses, el ámbito saturado de pebetes orientales. Formaban rompientes diversas en la réjia estancia los jardines de artificio y los grandes búcaros de la China con rarísimas plantas en forma de abanicos, de guirnaldas ó de plumeros multicolores, entre cornucopias de cristal con marco de plata cincelada y coronadas de geniecillos los cuales juntaban en la techumbre jirones de tul estrellado de recamo en cielo turqui de raso damasquino.

Disputábanse el favor de la Condesa con mayor empeño que otros, pues ninguno pudo llamarse ileso de amor por ella, nada menos que el Visitador Eclesiástico de Indias, hidalgo linajudo, injerto de abate y de soldado por el vestir y por el talante, teólogo y compositor de farsas teatrales y loas á la Virjen y anacreónticas á las damas; cumplido, en fin, como galán y como bravo; el Alcalde Mayor de la Villa Don Antonio de la Rua, Doctor *in utroque*, tenido en opinión de sabio y justiciero y aunque maduro si los hay, tierno y blando á los ojos de aquella real señora; el más rico minero y azoguero como se decía á la sazón de los de Potosí Don Paulo Ponce de León, hombre de gran predicamento por sus liberalidades con el Rey y la Corte, sus osten-

tosas fiestas y su largueza con los menesterosos y los pobres, si hubo nunca pobres en el asiento de la plata y por fin, el mismísimo Don Pedro de Córdoba y de Mejía que no por ser correjidor había de ser más fuerte que los otros en estos achaques y por ende más resistente al imán de aquella condesita que no de Tudela del Río, había de llamarse sino del coro de los Querubines, para cumplir justicia á su bondad y su hermosura.

Más si á ninguno daba prendas, á ninguno daba que lamentar desdenes, pues ajena á las liviandades del amor propio resbaladizo, se abroquelaba firme en su recato y repartía por igual los dones de su afabilidad y cortesanía, de suerte que por esto y por aquello gozaba de influjo sin límites entre el poder, la justicia y la fortuna y era el empeño más socorrido para los maltrechos y los acuitados que buscaban amparo en ella ó sagrado en sus solares.

VII

Muy á pechos y con prudente sigilo había tomado, pués, persona de tan altas partes la causa de Pero Pérez y de sus discretas y valerosas hijas y llevado á la corte de España por ellas mismas y con abundoso acopio de recomendaciones, el memorial de queja y demanda de justicia del rey D. Felipe III ó más propiamente del Duque de Lerma su favorito entónces. Empero las pruebas no existían ya, ni los testigos, ni era dado reabrir sumaria, ni volver sobre cosa juzgada removiendo odios mal apagados y recelos de jueces y resistencia de familias pudientes y bien emparentadas en la corte, sin contar el riesgo de echar lodo sobre la memoria del nunca bien ponderado D. Pedro de Lodeña, deu-

do de los duques de Uceda, de forma y manera que necesitábase echar empeño y lastre para alcanzar un medio extralegal de castigo, purificación de afrenta y devolución de honra, y el empeño fué echado por la condesa con la enormísima ayuda de sus caballeros de sarao y minué que se miraban todos en el espejo de sus ojos y consentido hubieran en dar los suyos y su sangre entera para servirla.

VIII

»Si marchitó la fatiga
De tu hermosura las galas,
Es que Venus te castiga
De haber imitado á Palas.»

¿Qué acaecimiento había sobrevenido que así en la Villa hormigueaba la gente en calles y plazuelas y no se daban punto de reposo cocineras, marmitones y ganapanes en las hosterías, los mesones y las posadas llenas de forasteros hasta el pajar, los graneros y el corbetizo?

¿Porqué se levantaban á toda prisa tablados, galerías y anfiteatros en la estensísima entónces plaza del Regocijo? Y, finalmente, por qué había llegado á Potosí el Presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca, con algunos oidores y no pocos nobles y togados con equipajes de gala y arreos de gran fiesta?

Lo declaraba todo en sus cabales un cartel encabezado con letras gordas por esta saludable advertencia: «Pena de ocho días de reclusión si hidalgo y de cien azotes si villano, á quién despegase, borrase ó rompiese este edicto que yo D. Guillen Abasto, Notario y fiel de fechos, publiqué en cinco plazuelas á són de cajas y clarines y fijo ahora aquí por orden del Exmo. Señor Correjidor de esta Villa».

El edicto rezaba cómo el Señor Rey D. Felipe tercero de su nombre queriendo hacer merced y justicia, restablecía por esta única ocasión en honra de la imperial y fidelísima Villa de Potosí, el abolido recurso de final sentencia en *Juicio de Dios*, así por dar amparo á las acorridas hijas del leal capitán de los reales tercios D. Pero Pérez Vadillo que padecieron agravio en su honra y nombre de honestas doncellas, cuanto para dar á los fijodalgos D. Alonso y D. Nuño de la Viezca motivo y palenque para limpiar la suya de sombras y nubes con que la empañaba la sorda y popular murmuración contra ellos. Para todo lo cual señalaba el Exmo. Señor Correjidor, el octavo día después de publicado el edicto para que con toda pompa y solemnidad se preparase y llevase á cabo la justa en que los citados hidalgos Alonso y Nuño de la Viezca serían los mantenedores y combatirían uno á uno ó ambos á dos con cuantos se presentaren armados caballeros aceptando el acto, hasta que Dios fuese servido de darles victoria ó se viesen ellos en trance y punto de confesarse vencidos y ofrecer desagravio como cumple hacerlo á leales caballeros é hidalgos bien nacidos.

IX

Y sucediéndose los días y las noches entre crepúsculos, llegó por fin el octavo deseado, en el cual veríase la resurrección de prácticas de otros siglos y edades. Iba al cabo á pronunciarse el *Juicio de Dios* en duelo singular en asunto que por ser ya fábula del pueblo tendría acaso remate de feudal leyenda.

La plaza del Regocijo despejada entónces de lo que ogaño ocupan mercado y abasto hasta Munay Pata, es-

taba cercada de empalizada circular formando palenque cubierto de finísima arena sobre endurecido pavimento; las graderías construídas para el pueblo hallábanse al poniente adornadas con cenefas de vivos colores y oriflamas en elevados mástiles, los gremios de mineros y artesanos ocupaban los asientos superiores engalanados con vistosos trajes de fiesta y los indios del cerro y de las labranzas con sus jubones de pana, la irizada *chuspa*, el poncho tejido y la montera con lentejuelas doradas, así como las indias con sus túnicas de velludillo, *ojotas* plateadas y piernas relucientes de limpieza, ocupaban el tendido y las trincheras en donde se habían acopiado viandas, bebidas y licores. Al oriente se levantaban las galerías de la nobleza y de la fortuna magníficamente engalanadas con fachadas de ingeniosa invención y colgaduras de damasco y terciopelo guarnecidas de oro y aún recamadas de piedras preciosas pa ra indicar blasones y armas. En una más elevada y más ámplia en forma de tienda cuadrangular techada con raso rojo y plata, rematada afuera por una gran corona imperial de oro, colgaba desde la testera el terliz real con las columnas de Hércules y los leones y los castillos del escudo sembrados de esmeraldas, topacios y diamantes y encima de la gran mesa cubierta en su extensión hasta el suelo, ricos cojines de terciopelo galoneados de oro con ámplias borlas en las puntas, para las mazas de plata cincelada rescostadas con autoridad encima. En esta habían de colocarse el Correjidor, el Presidente de Real Audiencia, los oidores y dignidades del clero y los alcaldes y altos empleados de la casa real de Moneda. En los costados opuestos sur y norte, alzábanse á ras del suelo, en forma de truncados conos, dos pabellones lujosos coronados por caprichosos estandar-

tes y seguidos de reducidas caballerizas para dos ó más corceles de batalla. Delante del primero estaba fija en el suelo una lanza con banderola amarilla y azur como el campo del escudo que estaba en la fachada de la tienda, con el águila destrozando con pies y garras una serpiente, que eran en cielo de gules, las armas de los de Viezca. El segundo permanecía cerrado por una cortina en que se veían solamente bordadas sobre plata, una balanza y una espada bajo los rayos del ojo de la Providencia, mote en torno: *El Dios de justicia proteje la inocencia.*

El día 29 de Junio que era el de los santos apóstoles Pedro y Pablo, después de la misa mayor de la una y de la plática sentidísima sobre el caso del día del siervo de Dios Fray José de Manzanedo, cuajóse la plaza de gente dejando libre el ancho estadío y los anfiteatros del pueblo pintoresco por los colores de los trajes y de los vistosos mantos; las galerías se llenaron de damas que semejaban racimos de escojidos encantos engarzados en piedras preciosas, y vestidos de tizú y brocato, y, en fin, ocuparon en la tienda anchos sillones, Correjidor, oidores, nobles y dignatarios con gran uniforme y hábitos y encomiendas de diferentes órdenes. En una tribuna especial en forma de cátedra, sentábanse el Juez del campo y Presidente de la Justa, D. Alvaro de Olmar y Alcete, Marqués de Casariego y deudo de los Condes de Lemus, gran perito en achaques de torneos y de juegos de cañas y conocedor de las leyes y reglas de la antigua caballería, y como asesores suyos á mayor abundamiento, dos aguerridos capitanes de los tercios de Flandes, y guardando sus flancos y respaldo, crecido número de alguaciles á caballo y á pié, prontos á su mandato.

En esta disposición y dada la señal con estruendo de obuces, abriéronse de par en par las portadas, sonaron los clarines y las músicas y por el lado de la Moneda entró en la plaza una gran cabalgata de apuestos mancebos criollos y castellanos lujosamente ataviados, yendo á su frente D. Alonso y D. Nuño de la Viezca, á los cuales seguíanlos sus escuderos llevando del



POTOSÍ EN 1686

diestro los caballos de batalla con penachos de plumas, pretal y gualdrapa de terciopelo bordado de oro, silla y estriberas de plata y en la siniestra mano escudo y lanza de repuesto para sus señores. Dos veces recorrieron el palenque en torno saludando al Correjidor y su corte, al Juez de campo y rendidamente á las damas y aun al pueblo que bueno y generoso siempre en donde hubo sana tradición de costumbres y santo temor de Dios, henchíase de satisfacción con todo cuanto era ó significaba

valor y nobleza de sentimientos y estallaba en vitores y aplausos con la intención más recta. Hecho lo cual saludáronse á la vez caballeros y comitiva, se alejó ésta á buen paso por la salida abierta y entraron aquellos en el pabellón destinado á los mantenedores señalado con las armas y la pica fijada en tierra, ostentando los colores de la casa de Viezca.

Resonaron de nuevo los clarines y apareció un heraldo á caballo con riquísima cota, sobre vesta dalmática y riquísimos jaeces, seguido de lacayos con librea oro y azul, el cual, heraldo á son de trompeta y en cuatro distintos puntos señalándose por los cardinales, lanzó el siguiente reto, dejando en el último tirados los guantes:

«A pié ó á caballo, con espada ó con lanza, nos los hijo dalgos de la casa y solar de Viezca, D. Alonso y D. Nuño, citamos y retamos á singular ó conjunta batalla, á cuantos intentasen dudar de nuestra honra, procederes y buena fama ó tomar quisieren la defensa y patrocinio de las presuntas agraviadas damas cuyos nombres se omiten por respeto y en homenaje al juicio de Dios que ha de presenciar el trance desde su trono excelso. Por segunda, tercera y cuarta vez, se os reta, caballeros, con ó sin la faz cubierta, con ó sin la visera calada y sin obligación ninguna de declarar nombres, ni ostentar leyendas en los escudos, en señal de lo cual se os arroja el guante por mis manos, pública y solemnemente á la faz del mundo.»

Desaparecieron heraldo y escuderos, reinó el silencio más completo y se avivó el ansia en los pechos. ¿Faltarían defensores á la inocencia? Tanto miedo causaban los alardes y apercibimiento de los mantenedores? ¿Sería verdad que Dios no acude siempre á los cui-

tados? Mas, he aquí que se corren de golpe las cortinas del pabellón silencioso y aparecen montados sobre poderosos corceles de Normandia dos caballeros armados de punta en blanco, con yelmo, escudo y cotas blancas, penacho de plumas de igual color y llevando por divisa en los broqueles, la espada y balanza de la justicia bajo los rayos del ojo de la Providencia. Solo las bandas cruzadas sobre el pecho los distinguen, siendo verde la del uno y roja la del otro. A paso mesurado atravesaron el palenque si bien guiando gallarda y maestramente sus nobles brutos y llegados á la tienda contraria, dieron vuelta hacia el suelo sus lanzones y con el regatón ferrado primero y con la punta después, golpearon con tal fuerza los escudos de los Viezca que resonaron los golpes en toda la plaza, alejándose después de recojer cada cual un guante para situarse en el estremo del palenque.

A poco de ocurrido el caso, salieron de su tienda los mantenedores armados de todas armas sobre fuertes cabalgaduras, cota escudo y peto negros con su ya dicha divisa y mote con cimera de plumas amarillas y azules, llevando para distinguirse banda amarilla el uno y azul el otro. Avanzaron todos cuatro hasta mitad del estadio en donde rindieron las lanzas como caballeresco saludo y luego tomando distancia y eligiendo cada uno á su contrario de modo que el de la banda verde enfrentase con el de la azul y el de la amarilla con el de la roja. A la primera señal de los clarines, abajáronse las lanzas; á la segunda partieron los cuatro combatientes al escape y chocaron entre sí con grande estruendo, más sin resultado. Crujieron las lanzas é inclináronse los caballos casi hasta tocar con las ancas el suelo, más no perdieron los ginetes ni silla, ni estribos, co-

rriendo luego á tomar distancia para retornar con mayor furia; el choque fué entonces horrendo y echó fuera de la silla al caballero azul rodando al mismo tiempo con su caballo por el suelo el caballero rojo. Acudieron los escuderos en su auxilio, pues no le permitían alzarse solos el peso de su armadura, pero arrojando los otros dos los restos de lanzas destrozadas y echando pié á tierra, llevaron todos cuatro manos á las espadas y se entabló la batalla terrible, desesperada, á pié sobre la arena, que en breve rato quedó sembrada de plumas tronchadas, fragmentos de broqueles y armaduras, teniendo en suspenso, á los espectadores y con ansias de muerte á la Condesa y sus caballeros que seguían con ojos espantados las divisas verde y roja en medio del entrevero, con el alma en Dios y la plegaria en los labios. En tanto los golpes redoblaban y las espadas caían ya como masas cojidas á dos manos sobre los yelmos; se escuchaba el jadear de los combatientes que se ahogaban bajo la armazón de acero hasta que los de verde y rojo vacilando primero y flaqueando visiblemente casi á la vez, cayeron sin sentido sobre la arena, seguidos del lamento universal.

Rápidos acudieron los alguaciles á la voz poderosa del Juez, para poner término á la lucha, pues el *Juicio de Dios* estaba pronunciado y los escuderos debían conducir á sus rendidos señores á su aposentamiento. Mas, en medio del pasmo general y al alzarse la visera de los exánimes caballeros, para darles aire y hacerles aspirar sales y reactivos, vióseles el rostro bellísimo y la varonil aunque hechicera expresión de las doncellas de Pero Pérez, aún más hermosas por su palidez y por las sombras que producían en ella, las largas pestañas de sus párpados entornados. Acorriéronlas á una las prin-

cipales damas, y el Correjidor y el Presidente de la Real Audiencia y allí en la solemnidad del momento, puestos de rodillas ante ellas los vencedores alentando apenas, dijeron con estremos de dolor no disimulado sino real y efectivo estas ó parecidas razones: «No permita Dios que caiga sobre nosotros la horrible desgracia de haber dado muerte inmerecída á la flor de la hermosura y al espejo de la honradez y si más bien nos de ocasión y manera de borrar agravios y limpiar la fama de estas purísimas doncellas dándoles con el corazón y el alma, mano, fortuna y nombre, aunque el suyo fuese ya honrado por el hidalgo capitán su padre en defensa de su Dios contra infieles y de su rey contra rebeldes.» Lo que oído por todos, causó inesperado regocijo y contentamiento, más cuando los padres de San Juan de Dios, que halláronse presentes como en todos los casos de muertes y heridas, por lo cual y sus estudios y práctica fuesen tenidos en alta opinión de físicos eximios, declararon que solo era fatiga y desmayo y aseguraron con oportunos cordiales el pronto restablecimiento de las maltrechas y valerosísimas doncellas.

Una brillantísima comitiva entraba, pocos días después, en el templo de San Lorenzo, adornado con lujosas colgaduras, ángeles y flores de variados esmaltes, cargando los altares las margaritas de Esquiri, los claveles de Huarmi Molino y las azucenas y mosquetas de Cayara, y tapizando el suelo las misturas olorosas entre el musgo de las alfombras tejidas en el Cuzco. El órgano resonaba magestuoso, abiertos todos sus registros hasta el trémolo bajo que hacía temblar las vidrieras; el in-

cienso se elevaba en espirales blancas y diáfanas hacia el cielo, mientras por las ventanas de la media naranja, entraba un rayo de sol aprismado por los vidrios de colores, y caía sobre el juvenil y amabilísimo grupo que formaban Clara y Alonso, Martina y Nuño, apadrinados por la Condesa de Tudela del Rio, la Marquesa de la Riega, el general Corejidor de la Villa y el Presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca.

Y cuentan las crónicas que, así fué el echarles las bendiciones el Vicario y Provisor de la imperial villa, como el echarse á vuelo las campanas y el sonar de los obuces, los petardos y los vota fuegos y la alegría del pueblo siempre honradamente unido á sus señores en los días de prueba. Añádese además que en esa velada, el minué de la Condesa fué como nunca divino, pues se excedió Gutierre de Gumiel en la «Gavota de la boda», los mayordomos en el adorno de las estancias, las costureras en la hechura de los trajes, los judíos en el arreglo de las joyas y los reposteros en el de los dulces, pastas y mistelas de ambar, vainilla y néctar de siete leches.

Ansí el *Juicio de Dios* no se patentizó entonces con el triunfo de la destreza ó de la fuerza, sino con el de la equidad por el arrepentimiento, pues más hace el tocado de la gracia, que el fuerte y el temido, como en verdad para los tiempos postreros lo acredita el cronicón que mediante nuestro afán de exhumar reliquias de antaño, llegamos á la sazón á presentar con indocta pluma á los pacientes y bondadosos lectores de estos viejos recuerdos potosinos.



CUENTOS DE LA ALDEA

ENTRE MESTIZOS

ESTE era el pueblo del cual podía perfectamente decirse que apenas tenía un Perico para cada tres Juanes. En cambio, cabíale como hecha adrede la coplilla que remata: José llamábase el hombre y Josefa la mujer,» porque el buen San José, único mortal que casado y con hijo, no fué nunca, ni marido, ni padre, era el patrono de la parroquia y tenía más devotos que tunas daban los apiñados cercos, lindero de los huertos y de los terrenos de labranza de cada vecino.

Había, pues, en el pueblo tres Juanes y un Perico. Del Perico nada dice la historia. Acaso ni llegaría siquiera á persona decente. Pero de los Juanes, ya es otra cosa. Desde luego, el solamente distinguirlos era obra de ingenio entre gentes que no brillaron nunca por el idem.

Los tres Juanes eran labradores y labraban los mesmos terruños, bajo el ojo del mesmo mayordomo que servía al mesmísimo patrón. Y los tres no tenían padre, á lo menos, conocido en el pueblo, y como eran buenos como la leche de burra, tampoco tenían alias, y es claro, el distínguirlos.... ya se ve ... creo que me explico.

Bueno pues, al mayor ó digamos, al que lo parecía



VECINOS DEL PUEBLO DE ESQUIRÍ

segun las apariencias, le llamaban Juanetón; al que parecía seguirle en años, Juanico, y al último que no peinaba barbas, Juanete.

Los dos primeros hicieron algo más que Perico porque llegaron en la historia á personas decentes, alcanzando el uno á concejal en el ayuntamiento y el otro á cabo de la milicia. Juanete ¡oh! Juanete era la

alhaja del pueblo! Ya lo creo que Juanete.... pero vamos al cuento.

El buen cura había dicho dando á Juanete golpecitos en las mejillas: Este chico es muy bruto para las faenas. No llegará nunca á regir el yugo, ni á echar un almácigo, ni á sacar una hornada. *Nequaquam!* A este será necesario dedicarlo á la iglesia y.... lo hizo como lo dijo.

Andaba, pues, Juanete del coro al campanario y del atrio á la sacristía, meneando la escoba y metiendo el plumero por las narices á los santos, eso sí, inclinándose rodilla en tierra hacia el sagrario, cuantas veces, aunque fuesen ciento, pasase de un lado á otro del templo, agitado, agitadísimo como si fuera de oficio ó como si padeciera de hormiguillo en salva sea la parte que nunca visita el sol, á lo menos voluntariamente.

Con todo eso, el demonio de las hembras! le gustaban los ojos tiernos de las muchachas y el zangolotéo de las sus opulencias, y se le iban los suyos, sin quererlo él, para estarse mira que mira como un bobo el vaivén que en las caderas imprimía el cántaro lleno al apoyarlo en ellas, como de costumbre, las mozas, volviendo con el agua fresca recogida en la vertiente de los cerros.

En cierta ocasión Pepa, fresca y donosa, una de las innumerables en aquel lugar de Pepas, que la apellidaban la *dificultosa*, á causa sin duda de las malas pulgas que gastaba con los galanes ó de las bofetadas de cuello vuelto aplicadas en compensación de tentativas ó tentaduras en las circunferencias, á que aludía el maestro de escuela cuando decía, dejando con tanta boca abierta á los paletos, que Pepa era una completa esfera almílar con su eje, con sus polos, con su meridiano, con sus paralelos y con sus círculos polares....

Digo pues, que en cierta ocasión Pepa había tenido el antojo de pasar el río fuera del saltadero y alzar por tanto las faldas, estando Juanete en la orilla opuesta. Llegada á ella había dado al mozo embebecido, un papirotazo en la nariz, añadiendo de paso: «Oye tú, tío morral que parece que me comes con los ojos ¿por qué no haces alguna cosa mejor para gustarme? Pues pa decir verdad, no soy tan *dificultosa* como lo cantan por ahí, los mesmos que yo confirmo mejor que el muy deslustrado señor arzobispo!!....

Y mientras Juanete se quedaba tieso como un pelele y morado como un tomate, ella soltando el trapo, se marchaba canturreando con voz de arrullo:

Entre los pajarillos
Yo soy la alondra,
Que para sus amores
Busca la sombra,
Porque es lo cierto,
Que aquel que dijo amores
Dijo secreto, o, o, o, o!

Juanete había vuelto en sí como de un sueño, después de apretar el corazón que le bailaba y restregarse los ojos deslumbrados. Había sufrido como se dice en moderno, el proceso de una evolución psicológica y tomando la faz el sello de la firmeza, bueno! bueno!! bueno!!! había exclamado. Seremos gente! ya lo creo que lo seremos! Y haciendo lo que Pepa, fuese canturreando á su vez:

Yo seré el pajarillo
De aquella alondra;
Para vivir juntitos
Bajo la sombra;
Por que estoy cierto
De que se va conmigo
Lo del secreto, o, o, o, o!

Y se fué derecho al párroco y le dijo: Mire su merced, señor cura, que yo quiero ser persona decente y estudiar y saber y subir lo más alto posible, pues su merced lo dice de contínuo: *labor omnia vincit*, y no es por decir, pero quiero labor y quiero vencer y venceré de fijo si su merced me ayuda.

Y estudiaba con fe, estudiaba, estudiaba y revolvía la librería de la casa parroquial y la del dómine que no era floja y la del ayuntamiento y supo del digesto, de las pragmáticas, de los derechos, de lo tocante á tributos, pechos, arenceles, rentas y.... sube que te sube, hoy pasante, mañana jefe y al otro director, llegó por fin, á persona decente pasando de Juanete á Juan y luego á D. Juan por una promoción y un fallecimiento: llegó á secretario perpétuo del ayuntamiento, por promoción del ocupante y á notario único del pueblo de Esquiri, su ejido y sus contornos, por fallecimiento del titular.

Todo el pueblo acudió de gala á su solemne investidura, menos Pepa ¿Qué hacía Pepa? Pues, andarse tan fresca, pradera abajo con el cántaro en las caderas.

Vuelto á su casa Juan, ni aún siquiera pensó en cerrar la puerta para ponerse de codos sobre la mesa y llorar amargamente su decepción y su profundo desengaño.

—Ah! decía en alta voz, y haber luchado para nada y ella, la ingrata, ni aún siquiera entre los indiferentes del pueblo. Ah! yo no quiero vivir! Sin ella sería insoportable la vida!....

—Y qué haces mi Juan? dijo una voz fresca, cariñosa, argentina. Lloras de gusto, verdad? Pues, yo también lloro, no ves? Y lloro porque el señor cura me dijo ahora, que mañana nos casará con gran solemnidad y

ya tengo lista y bordada de mis manos la camisa que llevarás en la ceremonia y está nuestro cuartito que da gloria mirarlo de relimpio y fragancioso á dicha y....

—Pepa!—Juan!!

Ahogados por los sollozos se unieron aquellos dos corazones sencillos con un abrazo de amor profundo, á tiempo que las campanas de la iglesia se rompían repicando con sus lenguas de fierro:

Tan, tan, tan, esto sí que es rico,
Tan, tan, tan, esto es superior;
Se funden dos almas, dos almas, dos almas,
Dos almas se funden, se funden de amor!...





EL GOBIERNO PROPIO DE LA VILLA

La hermosa ciudad de la Plata, llamada también Chuquisaca y después Sucre en homenaje al vencendor de Ayacucho y presidente de Bolivia Gral. Antonio José de Sucre, había llegado á ejercer verdadero predominio sobre la Villa á despecho de los naturales potosinos que protestaban continuamente y á pesar de que la Real Audiencia de los Reyes del Perú había obligado á Potosí á obedecer á los Correjidores de aquella metrópoli.

Para mejor asegurar ese predominio había ido expresamente á la Villa el general Hinojosa con tres regidores á formar cabildo.

Y no bastandole lo hecho, nombró Tesorero, Oficial real y arregló el Regimiento de Potosí por el correjidor y regidores de Chuquisaca, uniendo para atemperar, con los venidos, otros seis regidores elegidos entre los vecinos de la Villa.

Esa sujeción no era del agrado de los potosinos y sobrevino una serie de dificultades que en la «Sinopsis Histórica» de Omiste encuentro relatada como sigue:

«Así se mantuvieron por el espacio de 16 años, hasta que en 1563 se determinaron los Regidores de Potosí á desarraigar aquella ocasión de disgusto.

Sucedió ,pues, que para la elección de Alcaldes ordinarios en este año, vino de Chuquisaca don Juan Lucero Cigales, Regidor de aquel Ayuntamiento y decano del de Potosí, trayendo dos Regidores que debían ser electos



IGLESIA CATEDRAL DE CHUQUISACA

para esta villa, cuando los vecinos de ella ya se fijaron en otros, lo que dió origen á graves discusiones en el acto de la elección, hasta que los seis Regidores de Potosí sacaron sus espadas y acometieron á don Juan Lucero, derribándole muerto de dos estocadas.

Anularon la elección de los candidatos de Lucero y proclamaron los suyos.

Llevado el asunto á la Real Audiencia, se siguió un

pleito entre ambos Cabildos. El de esta Villa determinó desunirse y desechar de sí aquella opresión, y el de Chuquisaca insistió en mantener su predominio, hasta que los Regidores de esta Imperial Villa, ofrecieron á los de Chuquisaca una porcion considerable de Plata para que desistiesen de sus pretensiones y quedasen separados.

No fué necesario pasar de la propuesta al ruego, pues al punto avino en ello el Cabildo de La Plata y recibió treinta mil pesos fuertes y con este dinero edificaron sus casas cousistoriales.

Potosí trató de reorganizar su Cabildo, y para ilustrarlo, engrandecerlo y perpetuarlo, acudió á Felipe II informándolo de todo lo ocurrido, quien confirmó la nueva formación de su Cabildo y le concedió las mismas preeminencias de que goza el de la ciudad de Sevilla, por cédula de 10 de Agosto 1565, en la que también le señaló su escudo de armas.

Dada la cédula, y aunque en ella se dice hayan de ser 24 *veinticuatros*, se hizo costumbre que no pasasen de doce.

Además de los dichos veinticuatros entraban en el Cabildo el que preside con el oficio de Correjidor y Justicia Mayor y título de General, los dos Alcaldes de la Santa Hermandad, el Alguacil Mayor, Alferez Real, un Alcalde Provincial, un Procurador General, un depositario General, un Fiel Ejecutor, el Tesorero de la casa de Moneda, el contador de entre partes y el escribano de residencia.

Por todo eran 26 Ministros de los que se componía el Ilustre Cabildo. Entre los dicho Veinticuatro se repartían anualmente, por turno, varios oficios y administraciones para el buen gobierno de la ciudad, con varias cantidades de renta que percibían.

Exmo. Señor Ismael Montes

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA

Fué elevado al poder por una mayoria de votos superior á cuantas ofreciera la historia electoral de su país hasta entonces.



Precisamente su carrera pública rápida y brillante, no dió tiempo ni espacio para las resistencias que provocan los viejos *leaders*. No siendo de los discutidos que malgasta la prensa periódica, era en cambio de los que van marcando sus pasos con la conquista de nuevos prestigios en escala ascendente.

Su triunfo electoral fué tranquilo y completo. No dejó hondos sur-

cos de amarga separación entre los partidos contendientes y subió al poder lisonjeado por la más favorable espectativa nacional.

En el jóven Montes que seguia con provecho los cursos universitarios se marcaba ya el caracter y se veía al hombre destinado á surgir en la no común linea de los hombres públicos.

Abrióse fácilmente crédito como abogado. Se hizo aún más que luciente periodista, escritor severo y justiciero, logrando dar en la prensa notas personales de alta previsión, de llana independencia y serenidad de juicio en medio del torbellino de pasiones que la politica desata entre los pueblos.

La revolución liberal lo llevó al ejército y fué luego Coronel y Jefe del Estado Mayor General de las fuerzas que con el general Pando vencieron y derrocaron al Presidente Doctor Severo Fernandez Alonso.

Pando en el poder, fué Montes Ministro de la Guerra en su gobierno. Ministro inteligente, laborioso, consciente de su deber y de la necesidad de reorganizar la fuerza armada conforme á la ciencia y á los progresos conquistados por ella en el mundo.

Animoso y audaz marchó en su alto puesto á la cabeza de una división del ejército á la campaña del Acre, en las desoladas y mortiferas regiones colindantes con el Brasil, campaña en que valerosa y abnegadamente estaban ya empeñados el Delegado Nacional Dr. Andrés S. Muñoz y el Vice presidente de la República Dr. Lucio Perez Velasco, de noble y muy simpática memoria.

El triunfo fué en esa ocasión propicio, y el Acre entró de nuevo en el legitimo dominio de Bolivia.

En una segunda expedición á aquel territorio que realizó con igual ardor el ministro Montes al lado del Presidente Pando, acabó de conquistar, por la sobriedad de sus costumbres, por la extricta conservación de la disciplina, por la ecuanimidad de su carácter y su incansable celo en el servicio del país, no solamente el aprecio de sus subordinados y de su propio jefe, sino la voluntad de sus compatriotas que vieron desde luego crecer al personage hasta las proporciones del caudillo politico.

He aqui una historia breve y sin sombras. Una historia simpática.

Gobierna el Dr. Montes con muy plausible tino. La honradez administrativa irreprochable, la fructuosa laboriosidad, la tolerancia politica, la libertad en acción plena, el empeño en mantener la unidad del país y la armonia entre sus regiones, la distribución de los beneficios del Estado entre todos los pueblos, y de los altos puestos de la administración entre todos los hombres de merecimiento sea cual fuere su divisa de partido, y más que eso, el patriótico propósito que ya es en él un decisivo empeño de abrir una era de progreso material y moral en el país por la implantación de lineas férreas y de otras empresas, hasta hoy no sospechadas siquiera, hacen del gobierno del Dr. Montes uno de los más notables en Bolivia, uno de los más fecundos en el porvenir y uno de los más dignos de apoyo y de alabanza sinceramente patriótica, de parte de los hombres que en el mundo se llaman de buena voluntad.



EL ALFERAZGO DE SANTIAGO APOSTOL

I.

CORRÍA el año de gracia de 1605, vigésimo del reynado de S. M. don Carlos II, el *hechizado*, y gobernaba por el rey la villa imperial de Potosí, el General Fernando de Torres Mesia conde Belayos Correjidor y Comisario de minas de la villa.

Por entónces, la fama de las fabulosas riquezas de Porco empezaba á eclipsarse, no porque ellas fuesen en decadencia sino porqne las faldas del cerro de Potosí brotaban (según la expresión del cronista Miraval) la plata á raudales, y á tan poca costa, que se menospreciaban los metales cuyo mayor producto fincara la fortuna de los mineros de Porco.

De todas partes afluía á la imperial villa una muchedumbre de personas, atraida por la fama de las ricas minas, y muchos nobles y grandes de España no temían atravesar los mares, en frágiles barcos, expuestos á las tempestades y las borrascas, cuando aun no eran bastante

acertados los derroteros, y cuando era preciso hacer testamento y poner el alma en gracia de Dios.

Grandes y suntuosos palacios se levantaban ya, aunque no en número y con la magnificencia desplegadas en tiempo del señor Rey don Fernando VI, y más aun en el de su augusto hermano don Carlos III, de gloriosa memoria; y muchos ricos mineros habían comprado títulos de nobleza y encomiendas de diversas órdenes, á precio de millares de marcos de plata, enviados en humilde presente á la corona, ó en manda de sufragios al Padre Fray Froylan Diez, confesor privado de S. M., ó finalmente, al altísimo Rocaberti, inquisidor general, para mayor honra de Dios, lustre de la religión y exterminio de la herética pravedad.

De esta manera, la villa imperial de Potosí comenzó á poblarse de ricos hombres y de hidalgos de casa solariega que así destinaban sus pingües rendimientos á la fabricación de templos suntuosos, bajo la advocación del santo de su nombre, como gozaban del placer de colocar en el frontispicio de sus palacios de piedra berroqueña, los cuarteles de su blasón, donde jugaban grifos, zorras y cernícalos.

Las fachadas de estas grandes casas, construídas para desafiar al tiempo, remataban generalmente en un cornizamento llano coronado por una veleta, y en cuyo arquítrebe, sustentado por pesadas y macizas columnas, se leían en altos relieves, formados en la piedra, inscripciones en lengua latina, como esta que aun se conserva en la casa de Montes: *Quæ Deus inmittit non vincuit frigore vestem.*

A la vuelta de cada esquina de las torcidas calles abiertas en la suave pendiente del cerro, había un nicho destinado á la Virgen ó al santo de la devoción de

los vecinos, que cuidaban de mantener durante la noche la luz de los faroles colocados á cada lado; único alumbrado de esos tiempos, en que al toque de ánimas quedaban solitarias las calles y se cerraban con doble llave, cerrojo, y mazo aquellas dobles y pesadas puertas de roble, erizadas de enormes clavos, dispuestos de modo que pudiera leerse por fuera, *Jesús, María y José.*

En la época á que se refiere la presente crónica, ya la villa imperial contaba con una población de ochenta mil almas, y por sobre sus casas, de techumbre acanalada por tejados de color rojo, se elevaban las cúpulas y los campanarios de veinte y dos templos.

Tenía entre otras regalías de que le habían hecho merced los monarcas de España, la de poseer un Ayuntamiento propio; la de ser gobernada por un corregidor que se entendía directamente con la corona, si bien dependiente en asuntos de justicia criminal, del Santo Tribunal de la inquisición de Lima, y finalmente, la de tener por patrono á Santiago Apóstol, y de pasear todos los años en este día el estandarte real, llevado por el alférez, título de gran valía que solo llegaba á tal cual ennoblecido magnate por virtud de una lluvia de plata que acrecentaba las arcas reales.

II

Habían corrido ya los primeros días del mes de Julio, y se venía á largo andar el del Santo Patrono.

El frío en la imperial villa levantada á más de once mil pies sobre el nivel del mar, había congelado las lagunas, grandísimos estanques constuídos pra proveer á

las necesidades de la minería, las fuentes públicas y todos los depósitos de agua, desatándose en la población una peste de catarrales y pulmonías, que daba mucho que hacer á físicos y barchilones.

El señor don Pedro Anselmo de la Rueda, alférez real, había contraído al salir un jueves del trisagio de los padres de la Compañía de Jesús, una pulmonía aguda que lo llevó á mejor vida en la temprana edad de 85 años.

Fuertemente preocupada hallábase la villa acerca de quien sería el que pasease en procesión triunfal el estandarte de S. M., y ya se habían celebrado dos asambleas en el general de los Agustinos, con asistencia del cabildo y de las comunidades religiosas, sin llegar á resultados felices.

El alferazgo no era título hereditario, y nadie podía alegar sobre él, legítimos derechos.

Movióse con este motivo el avispero de las pretensiones, y cada noble, cada rico, cada flamante título, aspiraba á la honra insigne de pasear el real estandarte y colocarlo entre almohadones de rico terciopelo, y con la custodia de dos mazeros en los balcones de su propia casa.

Cada uno tenía sus parciales y paniaguados; quien derramando á manos llenas el dinero; quien haciendo valer sus merecimientos ante el real consejo; quien poniendo en juego su prestigio y el de sus parientes, de suerte que apenas había en Potosí alma viviente que no estuviese alta y profundamente preocupada con el importante asunto del alferazgo.

Era cuestión de honra, y ya se sabe lo que eso significaba en aquellos tiempos en que por un pescado (dicen los anales) fueron ofreciendo en puja los mayordo-

mos de dos mineros rivales, don Pedro de la Rua y don Matias de Peñaelillo; hasta dos mil marcos de plata, habiendo quedado el último con la gloria del triunfo, no sin que le costase al primero quince días de cama con la fiebre que le acometió al despedir al mayordomo que tan mal parado había dejado el lustre de su casa.

No había para que pensar en que se dejase el paseo para cuando S. M. el Rey fuese servido de hacer merced del alferazgo á quien, en su sabiduría, encontrase digno de tal honra, pues bastó que el Señor Corregidor lo hubiese indicado en una sola ocasión, para que se levantasen todos en ademán hóstil, tronase el cabildo, protestaran las órdenes religiosas, se amotinase el pueblo y aparecieran en las esquinas grandes pasquines amenazantes al buen Conde de Belayos en términos tales, que fuese preciso que el correjimiento mandase echar pregones anunciando que la fiesta tendrá efecto cómo y cuando lo era de costumbre, á fin de que se calmase el pueblo y la quisquilla de los ricos.

Dos eran, no embargante, los candidatos que se dividian las simpatias: el regidor Baltasar de Ordoñez y el alcalde don Santiago de Villaroel, senor de Carma y Cebadillas. Ambos tenían gran valimiento en el Cabildo y el pueblo y más derramaban dinero los parciales de don Baltasar, cuanto más llenaban de pingües obsequios á los padres de la Compañía de Jesús y á los de San Agustín y San Bernardo, los de don Santiago. Este ofrecía fundar un santuario bajo la advocación de la Virgen del Rosario; aquel mandar fabricar de plata maciza el retablo de la iglesia de San Cristóbal. De suerte que suspendida la asamblea entre dos potencias igualmente poderosas y no queriendo atraerse la enemistad de ninguna, dejaba trascurrir los días, no sin aprovechar las

donaciones, cada vez más ricas y abundantes, que prodigaba la inocente vanidad de estos magnates.

Crecía entretanto la agitación y hasta habíase ya presentado el caso de que el día 16 de Julio, en la romería de San Juan, se fueran á las manos los parciales de ambos aspirantes, de manera que quedó ahogada esa fiesta con la abundancia de la sangre vertida.

Finalmente, un domingo, cinco días antes del consagrado al apóstol, el Cabildo y todos los que habían voto en el consejo, oyeron misa, cantaron con cirios encendidos el *Veni creatur spiritus*, y se reunieron en asamblea para dar fin á tan complicada cuestión.

No hubieran salido del durísimo trance, si el ingenioso licenciado Jimeno Fernández, no hubiera propuesto una traza feliz para no dejar agraviado á ninguno.

El rey don Felipe II había hecho merced al Cabildo de la imperial villa, de uno de los estandartes que salieron vencedores contra el turco en Lepanto. Esa reliquia se conservaba en el altar mayor de la Compañía de Jesús cubierta con una funda de damasco, y solo se lucía en las ocasiones de gran solemnidad.

«Que en vez de una procesión, dijo el licenciado, salgan dos por distinto rumbo, llevando una el estandarte real y la otra el de don Juan de Austria, (que así se le llamaba generalmente) y que echados los nombres de los ilustres candidatos en una ánfora, decida la suerte á quien ha de tocar el primero, y á quien la honra de llevar el segundo».

Así quedó determinado y se hizo con gran contentamiento de todos y provecho del licenciado que quedó aviado para mucho tiempo con los regalos que le llovieron á porfía.

III

Las campanas echadas á vuelo en las 22 iglesias de la villa, saludaban la aurora del 25 de Julio, día del Santo Patrón; protector y defensor de la imperial Potosí.

El sol, subiendo perezosamente por la pendiente posterior del cerro, asomaba su luciente cabellera por la cima, dorando con sus rayos las crestas de los montes vecinos, y despejando con la ayuda del céfiro matinal, las brumas de la noche que, al cruzar despavoridas, esparcían un friecillo capaz de partir las piedras.

La mañana era una de las más frescas del invierno, y del lado del *Tahuacco Nuño* (pecho de virgen) constantemente coronado de nieve, soplaba un airecito probable pariente del que cortó el precioso hilo de la vida del buen alférez real. No embargante, las calles estaban repletas de gente, y todas las sendas que de los socabones del cerro conducían á la población, se distinguian desde la distancia por la compacta linea de obreros que bajaban á la fiesta.

Por todos los caminos abiertos á los cuatro vientos de la villa, acudían presurosos los habitantes de las poblaciones circunvecinas, bien como los rios que por distinto rumbo corren y depositan sus aguas en el seno de la mar, después de dar vida á muchísimos valles, como quien busca el reposo al cabo de una existencia agitada y borrascosa.

Los campesinos llevaban sus acémilas cargadas de flores, de ramas de árboles, de molle y de hinojo. En las calles de San Lorenzo, el Baratillo y Munuypata, íbanse ocupando los puestos de venta de toda suerte de golosinas, mistura, háces de tacón, varillas de pebete,

panecillos de San Nicolás, zahumerio de las madres Mónicas, dijes y juguetes, láminas, santos, novenas, ordinarios para la misa, medallas de la Virgen, placas de Santiago y versos de Lope y de Quevedo.

Los gremios de artesanos, los tahoneros, los azogueros matriculados y dueños de rastras, se afanaban por sobresalir en en el cumplimiento de la obligación que les era anexa, la cual consistía en levantar arcos, portadas y doseles á lo largo del camino que había de recorrer el estandarte real.

Con mil caprichosas formas, vestidos dedamasco ó de terciopelo, se levantaban los arcos de dos ó tres compartimentos, cuajados de láminas de plata, de cornucopias y cuadros con marco de oro, de cortinajes galoneados y de oriflamas de tisú y de raso.

De todos los balcones y ventanas pendían ricas colgaduras de seda, flecadas de plata ó de terciopelo y brocado; muchas de ellas recamada de oro y piedras preciosas, pues el lujo de ese entonces imponía la obligación de rivalizar ostentando inmensos valores empleados en cortinajes y tapicerías,

Las paredes en todo el trayecto designado para el triunfal paseo se tapizaban caprichosamente, «sucediendo (según cuenta el citado Miraval) que las láminas y los cuadros de plata las cubrían á trechos colocados casi unos sobre otros como las escamas de los pejes.»

Los lacayos y sirvientes de casas solariegas, recorrían la villa vestidos de gala, llevando grandes azafates con coronas y ramilletes y limones claveteados.

De los ingenios de la Rivera, de las rastras y lavaderos se levantaba un murmullo uniforme, producido por los trabajadores reunidos al rededor de banderas especiales de indígenas llenas de geroglíficos y remiendos de co-

lores distintos, y el ruído del tamboril y de las zampoñas llegaba hasta los centros, mezclado al rumor de los preparativos que agitaban al vecindario rico.

Todo vestía de gala en la imperial villa, lo mismo en los palacios de los rico-hombres, como en la humilde habitación de los indios, los cuales vestidos de calzón de pana, justillo de lana de colores tegida en el país, montera de grana burda, recamada de lentejuelas, *chuspa* de pellejo de chinchilla, y faja de trenzado, acudían desde muy temprano, sin sentir las incomodidades del frío, á buscar un lugar donde situarse ellos y sus compañeras, que ansiosas de lucir en la fiesta, calzaban la *ojota* de tacon más alto, chapeado de plata, el *acsu* de más pintorescos colores, la *lliclla* mejor tejida y los *topos* de plata.

Entretanto las casas de los que se habían disputado el alferazgo, rivalizaban por sus adornos y por la magnificencia desplegada en sus balcones, donde los respectivos estandartes habían de ser colocados á la expectación pública después de la procesión del día. En ambas pendían del balcón central largas colgaduras de terciopelo carmesí, flecadas de oro, recamadas de estrellas de plata, teniendo en el centro, con realce de oro, plata y piedras preciosas, el escudo de la Imperial Villa. Una mesa cubierta de riquísimo terliz y con almohadones galoneados con grandes borlas, donde debía colocarse las masas del Ayuntamiento y el fondo del balcón tapizado de raso azul sembrado con estrellas de plata.

Los corredores, los patios, las antecámaras, todo estaba repleto de gentes que iban y venían cargadas de frutas, viandas, mistelas, alojas, á la vez que en los patios interiores y en las cuadras, los palafreneros enjaezaban las ricas cabalgaduras y bruñían los cascos y

limpiaban y sacudían la hermosa crín de los corceles, de raza morisca, llevados á grande costa al través de los mares.

IV

La campana mayor de la Compañía había tañido tres veces, y á sus ecos se echaban á vuelo todas las demás, anunciando que eran las tres de la tarde, hora en que debía principiar la procesión del alferazgo real. La muchedumbre apiñada en las boca-calles, en los soportales, en los techos y las bóvedas de los templos, se agitó sordamente, acomodándose cada cual del mejor modo para no perder el más pequeño incidente. Los balcones y ventanas estaban cubiertos de bellas damas, que habían vaciado sobre sí todos sus cofres de joyas y todos sus frascos de esencias.

Al mismo tiempo, de la casa del Regidor don Baltasar de Ordoñez, que tuvo en suerte llevar el estandarte real, y de la casa del alcalde don Santiago de Villaroel, que llevó el de don Juan de Austria, comenzó el desfile de la procesión, tomando caminos distintos.

En ambos abrían la marcha dos pertiqueros vestidos con talar y largos bastones chapeados de plata; seguíanles reyes de armas, maceros, azogueros matriculados, visores y asesores, órdenes religiosas, rico- hombres, títulos y el Cabildo, todos vestidos de gran gala.

Sobre sendos briosos corceles *blancos*, (era de rigor) ricamente enjaezados iban respectivamente don Baltasar y don Santiago, llevando el estandarte, tenían los estribos dos de los más notables vecinos de la villa, y llevaban las cintas del estandarte cuatro de los seño-

res de casa solariega, tocándoles á los dos cabildantes más caracterizados, el llevar las riendas, grande honor que se disputaban los más empingorotados magnates de aquel tiempo.

Detrás marchaban las músicas, los *bailes é invenciones*, entre las cuales eran notables las ya otra vez dichas de los turcos vestidos de ricas telas y turbantes de lama de oro y plata, con rombos de perlas, broches de diamantes y media-lunas de carbunclos y topacios; las de los incas, vestidos de plumas con brazaletes de oro, sin que faltaran los indispensables Pizarro, Francisco de Carvajal, Boabdil y don Juan de Austria.

Cerraban la marcha los *cacchas y apiris* (trabajadores del cerro y de los injenios) vestidos de colorines y llevando á son de tamboril y zampoñas sus banderas cuajadas de geroglíficos.

El Suelo que pisaba la procesión estaba ligeramente tapizado de delicadas ramas, de coronas, de mistura, ó de flores arrojadas desde los balcones y en las ventanas, ardían así mismo en pebeteros de filigrana, ricos perfumes.

Habían recorrido gran parte de la población las dos comitivas con aquel tardo y solemne paso de las grandes ceremonias. El sol estaba ya á punto de ocultar su dorado disco entre las cortinas del occidente, y la noche se venía á más andar extendiendo su manto de oscuras sombras por el cielo.

La comitiva del Rejidor seguía la calle de la Ollería, iba á desembocar en la plazuela de Aranzazú, mientras la del Alcalde, desembocaba á la misma plazuela por la calle de San Agustín. El encuentro era inevitable, y el paso debía ser disputado. No obstante detuviéronse las dos parcialidades y delegaron de una par-

te al prior de los Agustinos, y de la otra al señor licenciado y vicario de la villa.

Ardía entre tanto la impaciencia en los dos bandos y comenzó el tiroteo de los insultos y de los ramilletes arrojados de una parte á otra. Uno de estos acertó á caer sobre el estandarte real, y no fué preciso añadir más combustible á la hoguera.

—Por Ordoñez!—Gritaron los unos.

—Por Villaroel!—Respondieron los otros.

Y se precipitaron con una ira de demonios, armándose un combate cuerpo á cuerpo, en que jugaban espadas, mazas, lanzas, arcabuces, pistoletes, sin quedar en pié ni los bastones de los pertiqueros, ni las varas de los alcaldes, ni los espadines de los concejales del cabildo.

Corrió la sangre á torrentes, y solo la lobregues de la noche puso término á la contienda, en la que quedaron muertos los dos rivales, don Baltasar y don Santiago, y también sus mediadores ó heraldos.

«Al siguiente día á pesar de la nieve que durante la noche había caido en gruesos copos, las manchas y charcos de sangre enrojecían todavía la plaza de Aranzazú, y los hermanos Juandedianos recojían heridos y repartían socorros entre las viudas y huérfanos de los indios pobres.

No menos de 57 fueron las víctimas de ese desgraciado suceso, y el Gral· Conde de Balayos, correjidor de la villa, mandó echar pregones, ofreciendo diez mil marcos de plata á quien entregase muertos ó vivos á los que habían lanzado los primeros gritos de *Ordoñez y Villaroel*, sin perjuicio de aparejarse el respectivo sumario para desagravio de la justicia y conocimiento de S. M. el Rey.

V

Un año había trascurrido próximamente, cuando llegó á la imperial villa, en medio de gran acompañamiento, el señor don Iñigo Rodriguez de Tapia, nombrado correjidor de la villa de Potosí, Comisario de minas y Delegado de S. M. para los trabajos del real socabon puesto de pocos días que dejó vacante su muerte inesperada.

La debilidad del Gral. Conde era castigada por el rey con la privación de su destino, y con la orden de trasladarse á la Corte para entablar ante el tribunal de las Indias su vindicación y rehabilitación.

«Item más, decía la real orden, mandamos y ordenamos, que los hijos y los parientes más cercanos de los Ordoñez y Villaroel queden privados del uso del Don y de ceñir espadín durante dos años, debiendo las dos susodichas familias entregar cada una 20 mil ducados para daños y perjuicios, pudiendo aplicarse ellos á obras pías en el caso de no haber perjuicios directos que resarcir.»

Don Carlos II el flojo, debió quedarse exánime al dar semejante muestra de enerjía.





LAS MONUMENTALES LAGUNAS

Y LA

RIVERA FECUNDA

Decíase «obra de romanos» para significar algo portentoso, en que el esfuerzo humano venciese al tiempo, obligando á la destructora acción de este, á respetar la potente obra de aquel, en la sucesión de muchos siglos.

Y no fué de romanos la obra de las murallas de Babilonia, tenidas por una de las ocho maravillas del mundo, ni fué obra de romanos la construcción de los diques monstruos en donde se encierran las lagunas artificiales de la Villa Imperial.

Ogaño cualquier Piscowichst ó Von Pulack, es decir, cualquier ingeniero slavo, teutón ó anglo-americano, construyen represas que aprisionan la mar, con sus furores, ú horadan las montañas más rudas, ó meten en canal estrecho al más insurgente río, acostumbrado á salir de

hacer un alzamiento. Conviene para esto usar de prudencia: tened espías secretos; y conforme vinieren, lleven en la cabeza; demás de esto, si las Justicias, como son corregidor, alcaldes ordinarios y audencia de Chuquisaca, os quisieren apremiar, ó castigar, no paséis por ello, sino es que pasen ellos por los filos de vuestras espadas. Sí, por orden del Virrey viniera gente de guerra, haceos fuertes en este Potosí, y no rindais vuestras armas; demás de esto, ya veís que los vizcainos tienen usurpada la plata del cerro, y los más de ellos son azogueros y ricos mercaderes, que á costa de indios peruanos lo han adquirido. Quitadles las piñas, joyas y haciendas, y repártase todo entre los que ayudaren á la expulsión. Yo quisiera daros muchos otros consejos que son necesarios y convenientes para este caso, pero la conciencia de la muerte del Rector, que no entendí sucediese, me apura á salir de prisa.

Allá voy á España; 80.000 pesos de á 8 reales llevo para el camino. Pasaré á Roma, que me absuelva su Santidad. Vosotros cumplid lo que os he ordenado; no haya cobardía, ni menos caridad; reinen la soberbia, el valor y la crueldad. Y con esto adios amigos míos. Abrazádme, que no nos hemos de ver más».



Así se originó la guerra de los *Vicuñas*. Hubo *juntas* de andaluces, estremeños y criollos, contra las juntas de vascongados que eran los más poderosos. En una de esas *juntas* adoptaron como distintivo todos los combatientes el sombrero amarillo fabricado con lana de vicuña, lo que les dió el nombre de *Vicuñas* con que los designa la historia.

A principios del año 1622, reunióse una nueva *junta* que decretó la destrucción de los Vascongados, «acudieron los presentes con 64 mil pesos de á 8 reales, para comprar todo género de armas». Nombraron doce capitanes para 200 soldados que tenían alistados, y comenzó la guerra por la muerte del capitán de los tercios reales don Juan de Urbieta, general de los Vascongados que luchó heroícamente contra Reinoso, López y cuatro mestizos, cayendo al fin para ser hecho pedazos.

«El capitán don Francisco Oyanume y el 24 Berasteguí, habiendo escojido 500 soldados, pólvora, balas y demás armas, dijeron al Corregidor don Francisco Sarmiento, que como Capitán General tomase aquellos 500 hombres y destruyese á los Vicuñas; pero aún siendo estos en menor número no se atrevió á ponerlo en efecto».

El buen Sarmiento quiso mostrarse severo cuando le enrostraron su debilidad amenazándo acudir al Virrey, y entonces tomando algunas gentes de armas, fuese á la casa del caudillo Oyanume, cuyo nombre aún suena en la moderna Potosí, como ejemplo de tesón y empecinamiento. Hizo forzar las puertas después de culparle como cabecilla de los insurgentes, porque Oyanume se negó á abrirlas y estrajo de los almaces 500 arcabuces, 100 lanzas, banderas, cajas de guerra, arreos, etc.

Con todo, la casa de Oyanume era aún una fortaleza y tanto, que resistió ocho veces el asalto de los Vicuñas, defendida con un ardor realmente feroz por él mismo y los vascongados, hasta que cayó trabándose todavía en los patios una lucha que dejó muchos muertos y heridos contándose por ambas partes hasta 215. Entraron á saco los Vicuñas y cargaron con joyas y preciosidades llevándose además ocho mil marcos de plata en piñas.

Hubo no obstante una temporal suspensión de hostilidades, mientras se celebraban, á la vez, los reales don Felipe IV, ó sea su elevación al trono y la sonada fiesta de la Concepción de nuestra Señora, y en ambas, Vicuñas, vascongados, criollos y autoridades rivalizaron en lujo y ostentación de invenciones y bailes. Calcula el padre Medina en cinco millones de pesos de á 8 el gasto de los festejos que duró 22 días.

Haciendo el resumen de este funesto año de guerras dicen los Anales; «Las muertes sin contar las de los mestizos, negros, mulatos, indios, pasan de mil; los heridos 629; las pendencias 563; los robos de las casas de vecinos 127 y otras lástimas y atrocidades».

Continuaron luego en 1623 con mayor fuerza las matanzas. Los Vicuñas se habían hecho forajidos que imponían espanto por su audacia y sus crueldades.

No le bastaron al nuevo correjidor Gral. don Felipe Manrique, catorceno de los de su rango, llevar consigo á Potosí 800 hombres de guardia, además de los 130 vascongados que lograron salvar de la matanza en el asalto á Oyanume. No impuso miedo ni el haber colgado de la horca á medía docena de Vicuñas principales con su jefe Andrés Sarco, llamado el *Pastor*, natural de Andalucía.

Pero tan buenos comienzos habían de oscurecerse por la codicia de su excelencia. Se echó á embargar bienes y perseguir á los ricos, apoyado por los vascongados. Se hizo negociante en víveres que los secuestraba y vendía á muy alto precio, especialmente la coca, artículo indispensable para el indio y el minero, y aún que había logrado echar de la villa á los Vicuñas que establecieron su campamento en Ulti, población de las cercanías, empezó á sufrir las hostilidades del propio pue-

blo que se entendió secretamente con los Vicuñas y favorecía sus contínuos asaltos á la Villa poniendo en perpétua vela y vigilancia al codicioso correjidor.

Alentados los Vicuñas que tenían grandes amigos en el pueblo en razón de su liberalidad y de la protección que daban á los desvalidos, eligieron para general suyo á don Francisco del Castillo, «el mozo más rico y más labioso que en aquellos tiempos produjo Potosí».

Castillo escuchando los clamores del pueblo que le pedían los librase del correjidor y de sus exacciones mayores cada día, reunió á sus capitanes en Ulti, sacó en suerte á 12 hombres aguerridos y les ordenó entrar en Potosí y matar á don Felipe Manrique.

A las ocho de la noche del 6 de Setiembre, entró el mismo Castillo con once individuos dejando su gente en los suburbios con orden de acudir en el momento en que oyesen el sonido de la trompa. El Correjidor jugaba á los naipes cuando cayeron sobre su guardia los Vicuñas. Se refugió en su alcoba y allí fué victimado en medio de los suyos, de los cuales sucumbieron no pocos. Los Vicuñas prendieron fuego á la casa después de pasarla á saco.



La real audiencia de Chuquisaca acordó enviar á Potosí al oidor don Muñoes de Cuellar el cual entró disfrazado durante la noche, se rodeó en las Cajas Reales de gran escolta, encerró en ellas á 200 vascongados para el cuidado de los tesoros de la corona, así como para la custodia de 24 millones de pesos, de los moradores de Potosí que allí los depositaron para mayor seguridad.

[illegible] el agua que
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] sus elegantes
[illegible]
[illegible] orquesta
[illegible] todas partes
[illegible] públicos.
[illegible] también sena-
[illegible] universal y la ilu-
[illegible] los juegos de
[illegible] de la calle á
[illegible] formaban verdadera
[illegible] lucía su vestido
[illegible] de lluvia de oro. No
[illegible] las gentes
[illegible] unos á otros y con
[illegible] vestidos
[illegible]
[illegible] aún en las más humil-
[illegible] del comedor ó la mesita
[illegible] cuajada de frutas, sandía bro-
[illegible] jugosas uvas de
[illegible] confites,
[illegible] lup-
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

jar uno y voló luego á Chuquisaca y puso durante la noche las 50 cabezas en los portales del Cabildo y volvió tranquilamente á sus posiciones de Ulti.

Finalmente, lo que no pudo la fuerza, ni el poder contra la astucia é increible audacia de los, Vicuñas púdolo la religión en ocasión terrible para la Villa pues los Vicuñas dueños del campo intentaron destruirla, en respuesta á la real cédula de Felipe IV enviada á su Virrey en Lima, marqués de Guadalcazar y cuyo contenido era: «que capitanes y copia de soldados destruyesen á sangre y fuego á todos los que se nombrasen Vicuñas, destruyendo y arruinando sus casas y fortalezas.

A punto estuvo que los Vicuñas fuesen los primeros en levantarse contra el poder de España y declarar la independencia de estas regiones de Indias.

En momentos en que todo el ejército del Gral. Castillo tomaba posiciones para resistir ó destruir la Villa, salió de noche á su encuentro la comunidad de la Merced y su respetable prior á la cabeza, acompañado por numerosa porción de mujeres y niños y llevando el Sacramento del Altar en descubierto.

Cayeron aquellas fieras de rodillas y oyendo humildemente la plática cariñosa del Prior y el llanto de las mujeres y los niños, convinieron en capitular con el rey, en cesar en las guerras y persecuciones á los vascongados, en tomar mujer recíprocamente cada uno en los bandos opuestos y trabajar todos unidos por el engrandecimiento de la Villa.

El factor don Bartolomé Astete, correjidor interino, contribuyó luego con sagacidad y tino á pacificar el pueblo. Pero lo que especialmente aseguró la completa

tranquilidad, fué el abandono voluntario que hicieron los vascongados, no queriendo dar á sus hijas en matrimonio á los Vicuñas.

Así terminaron aquellas inauditas hazañas que dieron tanta fama de rica, belicosa y fuerte á la Villa Imperial de Potosí (*).

(*) Los acontecimientos relatados rápidamente en este capítulo, son rigurosamente históricos. Arzanz, Acosta, Dueñas, Maguiña y Mata Vela.





RENCOR DE RENCORES

Aún quedaba fresca la memoria y los comentarios de la sin igual fiesta que el opulento criollo potosino don Agustín de Solórzano, había celebrado con ocasión de las bodas de su hermosísima hija doña Esperanza, con don Juan de Toledo, no menos rico y uno de los más apuestos mancebos de la Villa.

Aún se recordaban la magnífica pila de plata que tenía mil cuatrocientos cincuenta y tres marcos, plantada en el patio para surtir, durante el día entero, de riquísimo vino á los concurrentes.

Aún se maravillaban las damas y galanes con la suntuosidad de los agasajos, la riqueza de los paramentos y la embriagadora atmósfera, henchida de perfumes y armonias que pebeteros y orquesta prodigaban sin punto de reposo.

Aún se envidiaba la recíproca felicidad de los cónyuges, que parecian hechos á propósito el uno para el otro, completando la débil hermosura femenina, la varonil

Para los Godos, los Logombardos, los Francos Salíos, la mejor montería era la caza del oso y de los jabalíes. Hacían de ella un ejercicio de fuerza y ensayaban las escaramuzas, sorpresas y asechanzas de la guerra. Entre los bárbaros la caza era permitida y libre y lo fué igualmente entre los romanos, hasta que poco á poco fué convirtiéndose en privilegio de príncipes, con severísimas penas para los furtivos y cazadores en vedado.

Dice el historiador italiano, que un obispo de Ansene hizó crucificar á un infeliz que había hecho huir á un pájaro de caza, y Bernabé Visconti obligó á comerse una liebre cruda con piel y huesos, al que la había matado.

«El rico que sin necesidad mataba animales, dictó sangrientas leyes contra el pobre que les daba muerte para saciar el hambre!»

Carlo Magno estuvo á punto de sucumbir en una cacería de búfalos con que quiso agasajar á los embajadores de Persia.

El cristianismo fué siempre, á pesar de obispos y aun papas cazadores, opuesto á esos espectáculos en que hay efusión de sangre, debilitamiento de la sensibilidad, costumbre con la imagen del dolor y con la vista de la muerte violenta.

«Nemrod fué cazador fuerte á los ojos del Señor, que lo reprobó, dice la Sagrada Escritura, y este ejercicio divinizado en la teología pagana, es una ocupación proscrita por Moisés».

El tercer concilio de Trento (1179) prohibió este ejercicio á los obispos, cuando menos durante las visitas á las diócesis.

Sin embargo, San Huberto fué entre los católicos y creyentes el que reemplazó á la Diana de los paganos como patrón de la caza.

espadón y linterna, era constante y como pasado en autoridad de cosa juzgada, el que el diablo anduviese suelto y jugando muy serranas partidas á los hijos de la Imperial y muy realista Villa de Potosí.

Así fué que entrando el don Martín en la casa solariega de los Toledo Solórzano y no cerrando con llave de cruz la puerta que la hospitalidad abriera, entróse detrás el enemigo de toda felicidad y reposo, el jefe de la eterna oposición que fermenta en los infiernos, alimentada por la ambición y la codicia, la envidia y todas las pasiones del caído.

Soplaba el maligno á los oídos de la gentil doña Esperanza, los consejos más diabólicos y las ideas, meditaciones y sueños menos conformes con la ley de lealtad conyugal, bebiendo ésta en la copa de oro de la lisonja, las dulces, rimadas frases que componía el don Martín en su alabanza.

Por doble obra arrojaba á los ojos codiciosos de este galán, los seductores encantos, los voluptuosos contornos, las maravillas, en fin, de que era conjunto hechicero la que al pie del altar fué de Toledo.

La ocasión, en 1625, era ya como al presente, calva y resbaladiza, y aunque no se habían inventado las neuralgias, ni los nervios, el corazón solía rebelarse ya al deber, proclamando el dominio del sentimiento, bajo el influjo de ese enemigo, autor de tantas flaquezas, que se llama la carne.

¿En dónde habían de parar tantas pláticas y discursos donairosos, tantas, endechas, madrigales, sonetos y acrósticos, henchidos de hipérboles lisonjeras, y en dónde la natural inclinación de la mujer á escuchar á la serpiente y gustar del fruto vedado, aún á riesgo de perder el paraíso?

la clásica escopeta. Salen vestidos con polainas, americana ajustada, gorra de dos viseras, morral en bandolera, la escopeta en la mano y la pipa en la boca, y allí caen palomas, perdices, patos, batitúes y todo lo que se halle bajo su punteria.

No constituye un ejercicio popular, ni incorporado en las costumbres oriundas, ni exóticas.

¡Qué lástima de aquellas cacerías régias, en que corrían reinas, damas, hidalgos, llenando el bosque de sonidos, gritos, ladridos, risas, exclamaciones y vocerío jadeante! ¡Lástima de intrigas amorosas á la sombra de los árboles entre un ojeo y otro y entre el cerco y la batida! ¡Lástima de desmayos de ninfa en brazos de apuesto halconero!.... Lástima, en fin, que el Potosí, noble, regio, galante, olvidara sus cabalgatas y ejercicios ecuestres y cinegéticos.



Llamó al de Toledo, le hizo prometer que le otorgaría su perdón cualquiera que fuese su culpa, pues no moriría en paz, ni en gracia de Dios si no le cerraba piadosamente los ojos su propio esposo ofendido, y entre lágrimas y sollozos confesó todas sus culpas, añadiendo que le instaba á esa absolución para evitar que sobre el honor, entonces tan caro y celoso, se levantara ni aún la sombra del confesionario.

Más hermosa que nunca y como pálido lirio en lecho de rosas y jazmines, hallábase yerta é inanimada la que fué sin par Esperanza entre los vivos. Parecía que sonrisa de inefable satisfacción aún desplegara sus labios entreabiertos y que la bendición de Cristo á la pecadora arrepentida, rodeara con aureola de luz aquella espléndida cabeza.

A la desesperación silenciosa y árida, sucedió el benéfico llanto. Llanto que secó el ardor de una resolución violenta, cuya firmeza se reflejaba en la frente y en los ojos de aquel hombre que encerró su secreto en el fondo de su alma y cubrió su rostro con la máscara del más perfecto disimulo.

Mantuvo en su casa y con las muestras de antigua cordialidad al ignorante de todo, don Martín Salazar, cuyo dolor calmó la idea de haberse cubierto con el misterio de la tumba su delito.

Pasados los primeros días del riguroso duelo, partía don Juan de Toledo llevando en el semblante y en el traje las muestras del luto de su Esperanza y acompañado de una numerosísima comitiva hácia los reinos de España, dejando hecho su testamento y el arreglo de su fortuna.

No había concluído aún la semana desde la partida de don Juan, cuando la Impérial Villa despertó un día conmovida por un horrendo suceso.

Grupos de gente rodeaban el cadáver de un caballero, cuyas trazas denunciaban alta distinción y porte.

Su rostro cubierto de sangre, su cuerpo literalmente acribillado á puñaladas, excitaban la curiosidad y la compasión de los circunstantes. Hechos los reconocimientos y comprobada la identidad, se vino á conocer que la víctima encontrada en el atrio de la iglesia de Santiago era en persona don Martín de Salazar, poeta y romancero de la secretaría del virey de Lima, huésped muy agasajado y sinceramente llorado por el que presidió la pompa fúnebre, D. Agustín de Solórzano.

Tiempo más, tiempo menos, un año después de estos sucesos, apareció en Potosí un respetable ermitaño. El tosco sayal que cubría su cuerpo y las sandalias que no cubrían sus piés desnudos, demostraban el rigor de la penitencia. Su rostro, del que apénas se veían los ojos, apagados siempre, y vivos y ardientes al fijarse en la calavera humana que llevaba constantemente en la mano derecha, estaba casi oculto por el bosque de cabellos que desgreñados caían sobre los hombros y por la luenga y espesa barba que le llegaba á la cintura

Siempre silencioso, atravesaba como una sombra las calles de la Villa, sin apartar la vista del despojo humano que llevaba consígo. El pueblo y hasta los señores y magnates se destocaban respetuosamente á su paso. Las mujeres se conceptuaban dichosas cuando tocaban ellas y hacían tocar á sus hijos, el burdo sayal del ermitaño.

Nadie preguntó nunca quién era, de dónde llegara y qué fin se propusiera al mostrar tanto ascetismo en

poblado. La fe no examina, cree ciegamente, y la fe hacía ver hasta la auréola de los bienaventurados al rededor de aquella cabeza inculta.

La creencia popular atribuía al santo todos los buenos sucesos que se realizaban en la Villa y el alejamiento del demonio que durante mucho tiempo había sentado allí sus reales, ocasionando maravillosos sucesos, no siendo suficiente los exorcismos y preces de la iglesia.

Ahora oigamos al cronista don Bartolomé Mñez y Vela, que en los Anales de la Villa Imperial de Potosí, de donde él era hijo muy estimado, cuenta al pie de la letra y dice:

«Este año murió en Potosí aquel tan acreditado ermitaño, el cual anduvo 20 años por sus calles, con un saco, barba crecida y una calavera en la mano. Tenido de todos por hombre bueno y penitente, miraba á veces de hito en hito la calavera; y todos juzgaban que contemplaba en ella la muerte. Murió con todos los sacramentos; y después de su muerte, hallaron un papel dentro de aquella calavera, donde él, de su mano, había escrito estas razones:

«Yo, don Juan de Toledo, natural de esta Villa de Potosí, hago saber á todos los que me han conocido en ella y á todos los que de noticia quisieran en adelante conocerme, como yo he sido aquel hombre, á quien por andar con traje de ermitaño, me tenían todos por bueno no siendo así; pues soy el más malo de cuantos ha habido en el mundo; porque habéis de saber que el traje que traía, no era por virtud, sinó por muy dañada malicia, y para que que todos lo sepais, digo: que aho-

ra poco menos de veinte años, que por ciertos agravios que me hizo don Martín de Salazar, de los reinos de España, y en tales agravios menoscabó la honra que Dios me dió; por esto le quité la vida con infinitas puñaladas que le dí y después que le enterraron tuve modo para entrar de noche en la iglesia, abrir su sepultura, sacar su cuerpo y con el púñal le abrí el pecho; saquéle el corazón; comímele á bocados, y después de esto, le corté la cabeza; quitéle la piel; y habiéndole vuelto á enterrar, me llevé su calavera; vestíme un saco como todos me habéis visto; y tomando la calavera en mis manos, con ella he andado veinte años, sin apartarla de mi presencia, ni en la mesa, ni en la cama, teniéndome todos por penitente, engañándolos yo, cuando aplicaba mis ojos á la calavera, que juzgarían ponía mi contemplación en la muerte, siendo todo lo contrario; pues, así como los hombres se vuelven bestias por el pecado, así me había vuelto la más terrible, volviéndome un cruel y un fiero cocodrilo; y como esta bestia gime y llora con la calavera de algun infeliz hombre que se ha comido; no por haberlo muerto, sino porque se le acabó aquel mantenimiento; así yo, más fiero que las fieras, miraba la calavera de mi enemigo á quien quité la vida; y me pesaba infinito de verle muerto, que si mil veces resuscitara, otras tantas se la volviera á quitar; y con este cruel rencor he estado veinte años, sin que haya podido dejar mi venganza y apiadarme de mi mismo hasta este punto, que es el último de mi vida, en el cual me arrepiento de lo hecho, y pido á Dios muy deveras que me perdone, y ruego á todos que lo pidan así á aquel divino Señor que perdonó á los que le crucificaron».

Ahora bien, en 1850, siendo muy niño el que esta referencia consigna, llevado por la mano de su padrino D. Melchor Daza, miembro del primer congreso constituyente de Bolivia y archivo viviente de crónicas potosinas, vió por sus propios ojos, en una de las capillas laterales, abiertas en la nave de la iglesia de San Lorenzo, capillas de emsambladura con columnas salomónicas doradas, y verja enrejillada de madera á torno, del orden gótico antiguo, vió al pie del altar y cubierta por la mano del tiempo, sobre un cuadro de estuco renegrido, esta inscripción, bajo una cruz de doble brazo:

Rencor de rencores y oyó de labios de su viejo conductor y en términos capaces de gravarse en la memoria de un niño tierno, la horrenda historia que queda escrita para conocimiento de las edades.





AVES NOCTURNAS

Era doña Teresa de Jesús Hernando, una viuda que tenía muchos superlativos: era *riquísima*, tal vez la más rica de la opulenta Villa Imperial de Potosí, en los prósperos tiempos de nuestro señor el rey hechizado, segundo entre los Carlos. Era «nobilísima» porque sus abuelos iban hasta Gonzalo, llamado el gran Capitán, por el lado paterno, y por la línea de las hembras hasta Hernando, hermano de Francisco, conquistadores del Perú, y sus maravillas. Era «orgullosísima» y en alto grado vanidosa, y, finalmente, y es lo peor, era feísima, con lo que se completan todas las exageraciones y cualidades contradictorias.

Si el rostro es feo y el alma hermosa, si el frasco es barro y la esencia ámbar, si la envoltura es tosca y lo envuelto noble, entónces el fondo salta á la cara, el alma se refleja á los ojos, el entendimiento brilla en la frente y la bondad se denuncia en la sonrisa de los labios. Pero raramente adunan talento y riqueza, entendimiento y fortuna, fealdad y nobleza. Parece que el genio exigiera

que lo punzasen las necesidades. «El hambre inspira» decían los convidados de Lúculo, procurando embotar sus facultades intelectuales para evitar la conciencia.

Fea y buena, *rara avis*, fea con talento más comunmente: fea y envidiosa la regla general.

Mi señora doña Teresa de Jesús Hernando, pese á sus pergaminos y sus talegos, no era de esas feas que producen pasiones como Ana Bolena, ni de las otras que deslumbran como Mme. Stael, ni de las que dominan como Isabel de Inglaterra. Era de las feas que chocan á la vista, que producen malestar, que elevan el celibato, que afianzan la castidad y que traen á la memoria todas las creaciones maléficas, los malos sinos, los augurios tristes, y las corazonadas tétricas y luctuosas. Porque era fea y envidiosa, hasta el punto de ser enemiga mortal de las hermosas, perseguidora viperina de las simpáticas y sombra fatídica de las frescas, lozanas y donairosas.

Habíase casado esta señora con uno de esos calaveras tronados de alta alcurnia, que llegaban á la Villa sin más que sus ejecutorias en el bolsillo y tapando con el hábito de Santiago o de Calatrava, su hambre y sus vicios, y que en cambio de buenos marcos de plata apechugaban sin escrúpulo con los siete pecados capitales y las mismas hermanas Harpías.

Más, como doña Teresa de Jesús era peor que todo eso, el valiente marido sucumbió á los seis años de infierno, dejando dos vástagos que eran una verdadera maravilla de Dios. Feos como su madre y sin conciencia como su padre, pues si á éste le dió infierno en vida la otra, á ésta le daban tormentos perpetuos esos dos productos de aquel maridamiento dichoso y codiciable. Pero eran riquísimos, inmensamente ricos, y, lo

mismo en tiempo del rey hechizado, que en el del rey que rabió, y en estos tiempos de poderosísimos zoquetes, el dinero lo cubre todo, lo facilita todo y lo abre todo, digo, estando cerrado y urgiendo la necesidad de abrirlo.

Mis dos Picios traían revuelta la Villa con sus aventuras escandalosas y aunque el general don Pedro Luis Enriquez, conde de Canillas Torneros, vigésimo tercero de los corregidores de Potosí, era hombre de hígados irritables, no había sanción para ellos, que compraban la justicia desde los corchetes hasta el alcalde mayor y los tenían sujetos á unos por el interes y á los otros por el miedo. Decíase además la doña Teresa, sobrina en segundas, nada menos que del ilustrísimo y excelentísimo señor don Melchor de Liñan y Cisneros, arzobispo de Lima, que antes lo fué de los Charcas, y á la sazón 24º de los virreyes del Perú, de suerte que era la doña Teresa, una nave boyante asegurada con cuatro áncoras.

No quedaba garito por recorrer, ni moza garrida por robar, ni paliza por aplicar, ni botillería por consumir, por aquellos Esopos, que eran á la vez manirrotos audaces y desalmados, teniendo siempre resguardo de jayanes y perdonavidas. En todo tiempo las mariposas han acudido á la llama y las moscas á la miel. Llama y ardiente miel y muy dulce, era entonces la Villa con sus ochenta mil habitantes, sus numerosos templos, sus palacios y sus revueltas, estrechas, innumerables callejuelas, y su ribera, con paradas de ingenios que semejaban castillos feudales, productos de la plata en pesadas y muy apretadas piñas. Allí reuníanse cortesanas y comediantas, gitanas y moriscas, hermosuras de todos los reinos de España, sin que faltasen criollas de moreno,

aterciopelado rostro, ojos y boca de fuego y formas de Venus y Galatea.

Las mascaradas y las danzas eran plato cuotidiano. Moradas regiamente adornadas y radiantes de luces, abrían sus puertas durante la noche, y los truhanes de coturno, los galanes de aventura, los tahures millonarios envueltos en ámplias capas, con el sombrero hasta los ojos y brillantes por dentro, de oro y pedrería, iban á estirar sus miembros ateridos, al calor de los ricos braseros en cuyo fuego se quemaban odoríferas pastas y perfumes fabricados para los antiguos harenes de Córdova y Granada. En la calle de San Pedro, debajo de una imagen de la Dolorosa, colocada en nicho empotrado en la pared, se abría un callejón tortuoso, polvoriento en los costados, cenagoso en el centro, destinado á salidas ocultas y puertas de escape de las casas de poste y cadena de ambos lados. En el fondo de este callejón y casi oculta por las salientes y curvas de la pared, había una puertecita estrecha, baja y forrada en cuero, como lo eran las de la menguada choza de los indios de mita. Esa puertecita daba á un patio irregular, oscuro, y en el ángulo más lejano, otra puerta daba paso á una galería y ésta á una escalera que terminaba en una antesala, medianamente arreglada, después de la cual se hallaban las babitaciones y estancias en que el lujo, el arte y la suntuosidad orientales, habían agotado sus tesoros más preciados.

Esa morada que pedía dioses, era el lugar de cita de los vicios. Allí se levantaba el altar á las orgías, al juego; al culto de los placeres sensuales. Allí se compraba la fiebre y se vendía la conciencia; allí se buscaba el placer y se perdía la vida; allí el oro producía paraisos terrenales con ángeles llenos de promesas y sin espada

de fuego. Una docena de mujeres hermosas de todos tipos y de diversos trajes pintorescos, eran las sacerdotisas, de ese culto. Dos sobresalían entre ellas; eran dos criollas á cual más linda, á cual más llena de gracias y atractivos, á cual más rara y lujosa en el vestir, á cual más difícil de contentar y más pródiga en desdeñar. Eran inseparables; eran una alma en dos cuerpos, un demonio en dos poseídas. Nunca se las vió de día en parte alguna; nadie conocía su procedencia; pero eran el astro de las tinieblas y sólo brillaban después de puesto el sol. Se las conocía únicamente por las *Aves nocturnas*.

Inútil es decir que nuestros Picios eran los asíduos concurrentes á esos cultos nocturnos y que tanto como eran odiados, les rendían tributo de bajeza y homenaje de terror todos los demás, con excepción de las *Aves nocturnas* que los miraban con el más soberano desprecio. Promesas y amenazas todo era inútil. Regalos régios enviados, regalos régios devueltos; humillaciones por carcajadas; caricias alcanzadas por la fuerza, á precio de soberbios bofetones. Venía el caso de los recursos desesperados. Los raptos, los bebedizos, los narcóticos. En la misma ya citada casa, había como en toda estancia dudosa, pasadizos abiertos en el grueso de los muros para escapatorias; cuevas, sótanos y galerías subterráneas. El verdugo y la hoguera, tan activos y celosos entonces, exigían tales precauciones. En nombre del rey y del santo oficio, no quedaba puerta cerrada, ni reja entornada, y no siempre el dinero, que era el aceite en esos tiempos, bastaba á adormecer los instintos del despotismo.

Entre los sótanos más ocultos había una sala destinada á depósito de robos vivientes, de doncellas arrebatadas al hogar honrado. Su maciza y ferrada puerta no

se abría sino por fuera y se cerraba solamente de golpe. El alcaide de esta prisión oculta era una especie de racimo de horca escapado de galeras, feroz y ambicioso. Ayudábalo en sus faenas una moza bien plantada, doncella de oficio y escanciadora en los festines de aquel palacio encantado. El oro había corrido á raudales por las manos de esa pareja abominable y el bebedizo había caído gota á gota en la dorada copa de las encantadoras y descuidadas *Aves nocturnas.*

Un invencible sueño había cerrado sus párpados, y en el sopor se imaginaban llevadas al través de largos, húmedos y fríos pasadizos, depositadas sobre bancos mullidos por almohadones, mientras los repugnantes rostros de los dos sátiros sonreían con la expresión de Satán y sus horribles bocas tocaban sus delicados labios.....

Cuán dolorosas debieron ser las realidades de ese sueño! Al despertar, se miraron entre sí y se comprendieron. La venganza en la muerte, y la muerte en la venganza; esa fué su resolución heróica y antes de que sus raptores pudieran impedirlo, saltaron sobre el guardián, que en ese momento mantenía con una mano la puerta abierta, y con la otra una linterna para alumbrar á los cuatro personajes de esta historia y arrastrándolo hacia adentro, empujaron la puerta, que se entornó, ajustó y cerró, pesada y muda como la loza del sepulcro....

Veamos ahora los Anales de Potosí, que dicen á la letra:

«1679. Este año, abriendo unos cimientos en una de las casas de los barrios de San Pedro, toparon con un salón debajo de tierra, donde hallaron dos cuerpos ó esqueletos de mujer; y por los chapines bordados de oro y aljófar se descubrió serían señoras principales. Halláronse muchos otros huesos deshechos, una cadena de oro y unos

hilos de perlas con más siete, boquinganas de diamantes, que, el que los halló, ocultó este suceso y quedó muy aprovechado, aunque hizo pasar los huesos á lugar sagrado».

Mi señora doña Teresa hizo demoler medio Potosí, buscando á sus dos vástagos: logró meter en la cárcel del santo oficio á las sacerdotisas del altar de San Pedro, más por odio á su belleza que por instinto de su indirecta culpabilidad y reventó de ira, al caer enferma y saber que á su muerte, sus riquezas pasarían todas á la caja de nuestro señor y amo el nuevo rey don Felipe V. nieto del rey de Francia é hijo del serenísimo delfín que Dios guarde....

En las niñeces del que escribe estas crónicas de su tierra querida, aún se refería la historia y se señalaba la callejuela de las *Aves nocturnas*.



Doctor Don Claudio Pinilla

ACTUALMENTE CANCILLER EN EL GOBIERNO DEL DOCTOR MONTES

El doctor Pinilla se ha destacado desde muy joven en primera línea. Tiene tres condiciones muy estimables y muy estimadas en un hombre público: inteligencia clara y cultivada, laboriosidad fecunda, perfectamente consciente de sus actos y un espíritu sagaz, tranquilo, tolerante que le permite el dominio de sí mismo y el conocimiento de los otros cuyo peso y ley aquilata con nunca desmentido acierto.



Cultivó como la generalidad de los jóvenes de aquel país pintoresco, la buena amistad de las musas. Bajo bellísimos panoramas, en la falda boscosa de nevadas montañas enclavadas en el azul infinito, entre el ruido de los torrentes y el ambiente embriagador de la naturaleza exhuberante de calor y de vida, los poetas abundan, brotan, se propagan, aunque disten mucho de poseer robustos muslos para oprimir á Pegaso, ni de brillar ó espejear á lo menos con la luz del divino hijo de Júpiter y de Latona.

Sus versos son cadenciosos y su espíritu se inclina hacia la jovialidad, el epigrama, el chiste, cuando no á la picante sátira. No obstante, él no hizo de eso, ni de sus felices disposiciones poéticas, un merecimiento ni aún siquiera como primer peldaño de pedestal futuro. Su camino era otro. Buscaba el campo tan lisonjero siempre de la oratoria tribunicia co-

mo que la aspiración contaba en él con excelentes prendas naturales, con un expontáneo calor de elocuencia, que le hacia oido y solicitado, arrancando á la continua el aplauso de sus compañeros, en esas inolvidables luchas del aula juvenil, aula en donde ya se dibujaba la silueta y se vislumbraba la elevada talla de los estadistas del mañana.

Pero el viento de las conveniencias del Estado, empujó tambien esta aéreo nave por distinto rumbo. No era la carrera parlamentaria, en donde sin duda hubiera brillado con luz propia, sinó la diplomática en donde no ha brillado menos, la que habia de aprovechar de la variedad y riqueza de dotes que ha desplegado el espíritu de este simpático personaje.

Y el estreno fué de los más propicios que cabe. Marchó. aun antes de recibir las borlas doctorales, como componente de la misión de los escojidos, para llevar á la patria del Libertador Bolivar, en el centenario del héroe la palabra de Bolivia, hija de este y el recuerdo imperecedero que habia de perpetuarse en el pedestal de su tumba ilustre.

He aquí el como pasó Pinilla desde la bella ciudad de Caracas, hasta las grandiosas Cataratas del Niágara y luego al opuesto extremo del continente como segundo en la legación del Paraguay.

Desde entonces su destino estaba señalado. No debia ya interrumpirse la serie de las misiones diplomáticas que lo han llevado de adjunto á Secretario, de Secretario á Encargado de Negocios y de Encargado de Negocios á E. E. y Ministro Plenipotenciario ya en Asunción, ya en Lima, ya en Chile, ya en el Brasil.

Hoy diriase que descansa, si puede haber descanso, en el no viajar, y llevando como ministro la dificil y muy delicada dirección de las Relaciones Exteriores de su pais, en el gabinete de que son sus diguisimos colegas el doctor Anibal Capriles, de Gobierno, el doctor Juan M. Saracho, de Justicia é Instrucción Pública, el señor Daniel del Castillo de Hacienda, el doctor José Luis Quinteros, de la Guerra y el señor Manuel Vicente, Ballivian de Agricultura y Colonias.

Buenos recuerdos ha dejado el doctor Pinilla en todas partes y buenos recuerdos conserva de muchos, en sus propios hijos que parecen marcar una misión distinta cada uno, según la variedad de las naciones en que vieron la luz.

Están consagrados su valor y su prestigio como diplomático sagaz, como internacionalista de gran talla, como hombre de mundo conocedor de las fortalezas, de las debilidades, de las flaquezas de los demás hombres y como trabajador estudioso y hombre de gabinete capaz de iniciativa y de consejo.

He aquí un cuadro rápido cuyo marco cumplido lo forman sus cualidades privadas: modestia, sobriedad, franqueza campechana y lealtad para el amigo á quien estrecha la mano, á prueba de descepciones.



LA CONDESITA DE ASNAR

Ultimamente se ha suscitado serias dudas acerca de si la serpiente tentó á Eva ó si Eva fué la que tentó á la serpiente.

LA sustancia de mi cuento, si es que mi cuento tiene alguna sustancia, es que había en la Villa Imperial de Potosí un hombre (cosa muy natural en tierra habitada), gallego de nacimiento, cordonero de oficio, cristiano rancio, honrado á las derechas y todavía guapo y gallardote, á pesar de sus cuarenta y cinco otoños, de los cuales diez había pasado sirviendo al rey, sin más recompensa de retiro que dos chirlos, hechura de sable en tierra flamenca (gajes del oficio; chirlos por sacrificios).

Este buen hombre se llamaba Cristóbal Asnar, y á mucha honra para él, cuyo padre, aunque Asnar, era honrado, y Asnares fueron todos sus ascendientes y habían de serlo sus vástagos en línea recta, hasta desasnarse alguno.

Asnar tenía varias cosas. Primeramente una tienda

Conque así, vaya preguntando ya que me ha puesto en vena de responder, pero cuidado con las exageraciones y las mentiras al escribir, porque eso es moneda corriente entre *reporters* que hablan, como usted, todos los idiomas menos el suyo.

—¿Quiénes son esos señores tan orondos y frescos como alemanes criados en cervecería?

—Maneras, joven, maneras; esos son los apóstoles, evangelistas y doctores de la iglesia.

—¿Y esas muchachas larguiruchas, desteñidas que se agrupan como carneros y parecen huir desmelenadas y descalzas?

—Esas son las once mil vírgenes; solteronas, las pobres, cloróticas y casi histéricas. ¡Pobrecillas! En seguida viene esa nube que parece de langostas: ¿la ve usted? Pues ahí van tullidos, descarnados, quemados, fritos, descuartizados, molidos: esos son los mártires; llevan, como usted verá, muchas medallas y condecoraciones, pero nunca tienen un cuarto para una propina. Esos idiotas que ve usted luego, escuálidos, en los huesos y con la cara y las manos sucias, surcadas de mugre, son los ascetas, los penitentes, los que se maceran, ayunan y cargan cilicio creyendo agradar á Dios, que no es ningún bárbaro, ni exige tales atrocidades, cuando lo ha criado todo con suma bondad para recreo del hombre.

—¡Oh! ¡qué armonía celestial!...¡Oyése arpegios, notas, melodías!....

—Je, je! Eso es de todos los dias. Son nuestras músicas oficiales, el rey David y Santa Cecilia que ejecutan un duo de alabanzas en italiano. La letra es de Salomón y la música del maestro Furlotti, se titula: *Il cantico dei cantici*.

—¿Celébrase por acaso alguna kermese?

de Adan que salían del templo, fuésele acercando un lindísimo bulto con faldas, manto y velo, guardado por dueña quintañona, y seguido por rodrigon sumiso con cojín y libro de oraciones.

Tal donaire tenía la dama, cuya ajustada saya denunciaba maravillas ocultas, y cuyo andar semejaba al voluptuoso compás de las habaneras, que el hidalgote sintió como si se le tornara en cera el corazón berroqueño, quedándose casi ñato de abrir las narices para aspirar el perfume de gloria celestial que daba y dejaba de sí ese montoncito de piel de Rusia, fresco, suave y apetitoso como los primeros melocotones de cada año.

Dejó franco paso á la tapada murmurando bajo y tembloroso algunas palabras; y fuese casualidad ó cálculo, se deslizó por las faldas sedosas, hasta los pies del conde, un lienzo blanco, vaporoso, perfumado y tibio aún, que éste recogió con ansia y guardó después de besarlo rápidamente:

—Ja ja! oyó á sus espaldas; parece que os humanizáis, señor conde.

—¿Por qué lo decís, señor capitán? preguntó éste visiblemente contrariado.

—Porque mercaderes y comediantes, son plato grosero que no se digiere en estómagos de nobles.

—Ofendeisla, vive el cielo.

—Ni verdades ofenden, ni de ofensas trato. Buscad y hallareis dice el gran libro. Ese lienzo que sienten vuestras palpitaciones puede seros luz de guía ó pajuela para incendios; ja! ja! ja!

Alejáronse entreambos por opuesta vía, más apenas el conde se vió sólo, desplegó el lienzo y buscó, y buscando halló esta palabra bordada con primor y en ostentoso relieve: *Asnar!*

Qué horror! Haber besado tan vulgar nombre!

Habia que desagraviar á sus abuelos que sin duda se estremecieron en sus tumbas.

Corrió hacia el capitán y sin darle tiempo para reponerse de su sorpresa, puso en sus manos el lienzo añadiendo:

—No os pesará á vos que no pasáis de hidalgo de gotera, el cobrar en «sabroso plato de mesa baja», el hallazgo de esta prenda extraviada.

Y volvió la espalda perdiéndose por las toscas galerías del Regocijo.

II

Pero el diablo, que es fama, fué el inventor del billar, hizo esta vez una carambola de efecto contrario.

Picó á la cordonerita en su amor propio, alimentado por infinito número de galanes desdeñados, y picó al condesito en la fibra más delicada de aquellas que forman el arpa del amor.

Contrariedad, es fuego,
Amor estopa,
Viene el demonio y sopla.

Ni reposaba ella, ni reposaba él. Pero... estos peros.... uno de ellos fué la causa del pecado original.

Al cerrar de una noche, pasaba el de Acuña Pedrosa por la cordonería de Asnar, por supuesto sin intención alguna, á tiempo que saliendo desolada una dama, caía desvanecida en sus brazos, (también sin intención alguna) ¡Qué deliciosa carga! ¡Qué efluvios embriagadores los de aquella cabecita reclinada!

Pedrosa miró en torno; no estaba el capitán era

muy oscuro y no podían verlo sus abuelos, rozó con sus labios una frente tersa y pura; pero cerró los ojos para aquietar su conciencia hidalga, y levantando en peso tantos hechizos entró en la tienda á tiempo que la dueña traia un velón con varias luces.

Fuego de Dios! y qué hermosura!

Grandes ojos rasgados que al entreabrirse mostraban el cielo azul de una noche purísima; ojos que acarician, prometen y dominan; ojos que hicieran exclamar al conde, si pudiera coordinar su pensamiento;

«Si eres rubia, no lo sé,
Si eres morena, tampoco
Desde que tus ojos ví
No miro más que tus ojos.»

Afortunadamente, don Cristóbal rezaba el rosario en los domínicos, y no podía ver él como un Acuña y una Asnar se contemplaban arrobados, palpitantes, mudos, en su despacho de cordones y pasamanerías.

Mirarse una vez más, estrecharse las manos sin articular palabra, salir él como un loco, caer ella como embriagada en un banco, todo fué obra de hacer y decir; todo hijo de aquella pícara casualidad (buscada) á que atribuímos nuestras malas obras y aún á veces las buenas, si para ello median interés ó vanidades.

III

Y cuentan las viejas crónicas que el señor corregidor cogió las estrellas con las manos, cuando su nobilísimo sobrino, le pidió con las veras de su alma, que

llevase todo su poder, que todo él se necesitaba y más aún, para vencer la repugnancia de los Asnar, para emparentar con los de Acuña Pedrosa.

Más la constancia ablanda riscos y el amor horada las montañas. El corregidor que no era risco, se ablandó el primero, y la secretaría de su majestad se dejó horadar con el taladro de los doblones que cruzaron el mar y engordaron la caja de los privados.

Algunos meses, y no pocos, después viajaban rumbo á la Villa Imperial, las ejecutorias de un conde provinciano que había muerto sin sucesión, y caían en manos de la bella cordonerita con estas letras en pergamino signado, con el sello real en relieve.

«Os hacemos condesa de Asnar, con antigua ejecutoria que concedemos por real sucesión, por merecimiento de vuestros antepasados, nuestros reales súbditos».

El cordonero tomando la hermosa cabeza de su hija, dicen que le dijo:

«Bien me sé yo que esta frente merecía una corona. Llevas la de la pureza que no la otorgan reyes, y yo me quedo tan Asnar como antes, aunque tan noble de alma y tan altivo como el Cid.»

Dicen los rarísimos cronicones vivientes que aun vejetan en la hoy republicana ciudad de Potosí, que el escudo esculpido en piedra que existe en la casa fronteriza á la que es hoy la administración principal de correos, tenía una doble orla dentro de la cual se leía:

«*Condesa de Asnar y Acuña Pedrosa*».

Semejando todo ello *un plato en una mesa muy baja*.



PANORAMAS

TODOS LOS CLIMAS DEL MUNDO EN UNA SOLA REGION

I

Saliendo del Canaan peruano que se llama el valle de Moquegua y subiendo hacia la meseta andina en donde se estiende ese gran Caspio americano nombrado el lago Titicaca, se tropieza primeramente con el pintoresco pueblo de Torata, después con aldehuelas colgadas en el rápido declive de las montañas, luego con cabrerías y chozas cada vez más infelices, luego con la paja brava hirsuta y hostil, y finalmente, con la aridez y el silencio hasta la nieve perpetua que se cristaliza, en picos fantásticos, en hondonadas de blancura deslumbrante, en rompientes que parecen relieves destacados en el fondo azul del cielo en día sereno, ó sobre el manto de brumas cenicientas en lo corriente del año.

Atravesando la meseta extensa, muy extensa y el lago caprichosamente sinuoso, se ofrece á la inversa el panorama en descenso transandino, desde la región de los hielos, hasta los valles boscosos, en donde rugen las fieras y silban las serpientes.

Desleiré este borrón en un cuadrito de los mios, hecho con honradez, pero, así, de brocha gorda, sin el amaneramiento, ni los retoques de los embusteros que llenan infolios. La lectura de los viajes y fundaciones de don Alonso de Mendoza, gallardo capitán de los tercios reales de España, prodújome irresistible comezón de caminar al cabo de los siglos, sobre sus huellas y ello fué hecho y.... «ví que era bueno», como dice el Génesis.

II

La ciudad de Moquegua, cabeza del valle amenísimo, enclavado entre colinas de la zona tórrida, es una ciudad andaluza por su aspecto general, por las costumbres de sus habitantes, por la gracia y seducción de sus hijas, por sus patios llenos de plantas olorosas, por sus ventanas cubiertas de enredaderas y adornadas con rojos claveles y apretadas clavelinas de formas y matices diversos.

Chapada á la antigua española es allí la gente hospitalaria y servicial. Siempre hay un cubierto en la mesa para el forastero, siempre un vaso de vino para el viandante. Las fiestas domésticas son amenas, sus bailes alegrísimos, sus comidas apetitosas, sus vinos y licores exquisitos, sus paseos llenos de seducción y aventuras porque las moqueguanas son amables, buenas y discretas y casi todas cantan y tocan piano, bandolin ó vihuela

y ninguna desdeña lucir sus lindas curvas y diminutos pies, derramando la sal y la gracia de su persona al bailar una zamacueca ó sanguaraña, ardorosamente acompasada por las palmadas de los espectadores y el tamborileo de algun entusiasta sobre la caja de la guitarra ó la tapa del piano.

Y allí hay aristocracia de orígen y de abolengo y buen tono en los salones, lo que no impide la llaneza de las familias solariegas, ni el respeto con que las mira el pueblo, á la vez laborioso y dado á las fiestas anacreónticas.

En los planos bajos y en las faldas de las colinas se suceden los viñedos á lo largo y en ambos costados del valle, tachonado como diría Zorrilla «de bosques de perfumados naranjos y limoneros». Que variedad de apretados racimos de relucientes glóbulos negros y verdes cristalinos, deliciosos al paladar y ricos para el jugo que conforta el estómago, calienta la sangre y alegra los corazones. Allí puso Dios el dedo, y, según dicen, sus caballerosos arranques Don Quijote!...

La blanca y suave chirimoya, encanto de la boca, jardín de las narices; la palta ó aguacate, suculenta manteca vegetal que regala el gusto; el pacay corvo como los alfanjes, que guarda en su corteza delicado algodón saturado de almibar deleitoso; la guayaba robusta de rosados globulillos jugosos, la granada de gran peso con sus apretados granos de púrpura y la redonda lima embotonada, en fin, fraganciosa y fresca y los limones dulces, oblongos y trascendientes: todo eso crece, prospera y alcanza proporciones exclusivas en el famoso valle cuya cabeza y reina es la coquetona ciudad de Moquegua, una de las más antiguas del Perú y una de las más simpáticas y risueñas de la América del Sur.

III

Pasado ya Torata alegre villa, mitad valle, mitad sierra, en donde abundan más las cholas buenas mozotas, mezcla de Español é india, que las mulatas moqueguanas ex-esclavas de picante gracejo, hijas de español en negra, el panorama se entristece á medida que sube formando el ramal de montañas andinas, marcadas en diversos puntos por volcanes cuyas viejas lavas cubren larga extensión de escorias amarillentas.

Esas montañas son como el ancho pedestal de granito que sostiene, á 14 mil pies sobre el nivel del mar, la inmensa copa de agua con 8340 kilómetros cuadrados de superficie, llamada por sus reflejos blanquecinos, el Titicaca, que en indio quiere decir lago de estaño y de donde la tradición quichua hace salir á Manco Capac y Mama Ocllo á fundar el imperio de los Incas.

Orillando el lago entre pueblos rústicos florecientes y ranchería de pescadores, y, dejando á un lado la península de Copacabana, en donde existe el célebre santuario de la Virgen, rico en tradiciones, plata labrada, ofebrería, joyas y ex-votos, se pasa en movedizo puente de barcas al Desaguadero, rio caudaloso que sale del lago antedicho y corre en su curso majestuoso ochenta leguas, internándose en Bolivia, y se derrama en el lago de Poopó, cerca de la ciudad de Oruro, para formar con otros tributarios esa enorme masa de agua que ofrece una superficie de 2.790 kilómetros cuadrados, teniendo en el centro las islas de Panza y Filomena, fantásticas.

Allí comienza la altiplanicie solemne, extensa, desnuda, melancólica, que no parece terminar sino al pie

del gran baluarte que forman en el horizonte los elevadísimos picos nevados del Illampu, el Illimani y el Huaina Potosí.

Al viajero en esas llanuras áridas, pedregosas, le ocurre de pronto la sorpresa de lo agradable después de la tenaz monotonía. No vé la solución de continuidad de la pampa uniforme que espejea á los rayos del



PANORAMA DE LA CIUDAD DE LA PAZ

sol, preocupado por el sublime espectáculo de los gigantes nevados que parecen alejarse siempre cuanto más á ellos se acerca.

Ex-abrupto parece abrirse á sus pies el suelo en inmensa quiebra rápida, en cuyos hondos planes descúbrese una gran ciudad de rojas techumbres acanaladas, torres, cúpulas altas, entre apiñados edificios desiguales multiformes dentro de un amplio marco de verdor

y lozanía partido á la vez por el torrente del Choquiapo que baja bullicioso serpenteando hasta los valles que derraman sus aguas en los afluentes del monstruoso Amazonas.

IV

Es la gran ciudad de Alonso de Mendoza llamada en su origen, que remonta á 1548, de Nuestra Señora de la Paz, y en lo moderno la Paz de Ayacucho, en memoria de la capitulación y triunfo del mismo nombre que selló la independencia americana en sus luchas con las metrópolis conquistadoras del Viejo Mundo.

Nada tan fantástico como aquel panorama que á primer golpe de vista abarca el conjunto apiñado de manzanas de donde sobresale la cruz de los campanarios, la flecha de las torrecillas, la aguda prolongación de los miradores, dibujándose en líneas paralelas y cuadros de tablero, siguiendo la ondulante sinuosidad del terreno, las calles y las plazas. Se ve de lo alto como el lomo cóncavo y ceniciento de inmensos monstruos, las inmensas bóvedas superiores de los templos.

Aquí y allí por todos lados, la espiral y las nubes de humo de las chimeneas y los hogares.

El Choquiapo como serpiente en amplias curvas plateadas cruzando la ciudad por entre numerosos puentes y, allá, en la parte baja, extendida hasta perderse en el horizonte, una mancha verde y lozana, á trechos frondosa, formada por los valles adyacentes de Potopoto y los Obrajes.

Hoy la Paz de Ayacucho con sus chacarillas y suburbios reune cerca de 80 mil habitantes en clima abrigado y seco, y con un mercado de víveres y frutos que según

gobierno. En un magnifico informe dirigido al virrey, con fecha 16 de Diciembre de 1787, hizo una descripción completa de la Villa de Potosí y de los Partidos sujetos á su Intendencia, bajo sus distintos aspectos, históricos, geográficos y económicos.

Cuando el Gobernador Intendente de Potosí, don Juan de Pino Manrique, fué promovido al alto puesto de Alcalde de Corte de la Audiencia de Lima en 1788, lo reemplazó don Francisco de Paula Sanz, quien gobernó esta Intendencia de Potosí hasta 1810, en que se operó la revolución por la Independencia.

La comisión científica cuya llegada á Potosí fué preparada y dispuesta por el gobernador Manrique, llegó á esta Villa durante el gobierno de Paula Sanz, su personal fué el siguiente: Mr. Henus, primer ensayador de la Casa de Moneda de Cracovia, el Barón de Nordenflicht, hábil mineralogista sueco y director de las minas de Mizcanagora del mismo distrito. La misión del primero fué enseñar los nuevos métodos inventados en Viena para la fundición y amalgamación de los metales, y el segundo fué destinado como director general de las minas del Perú.

Esta comisión científica, asociada con los señores don Miguel Rubin de Celis y don Pedro Antonio Serviño, expresamente enviados por el virrey de Buenos Aires para colaborar á sus trabajos, fué la que practicó los estudios científicos para la realización de la gran obra de perforar la base del Cerro de Potosí, continuando el trabajo del Socavón Berrio, perteneciente al antiguo minero Antonio López de Quiroga, con el nuevo nombre de Real Socavón.

A consecuencia de la revolución por la independencia, operada en la ciudad de Potosí, el 10 de Noviembre

la manteca y el queso deliciosos y se recoge la *quinua* y las *ocas* que son de lo más grato y alimenticio que cabe, para recreo de los sibaritas dueños de estancias y fincas con colonos indígenas aimaráes.

Descendiendo por la quebrada abajo, faldeando colinas abruptas, cruzando torrentes rápidos y sintiendo cada vez más ardiente el clima, más robusta la vegetación más poblado el terreno de vivientes dañinos que exigen precaución para la faz y las manos, se llega á Yungas, región múltiple, llena de pueblos pintorescos, populosos, cultos, habitados por gente rica, propietarios de las fincas que ostentan la producción completa de la India y del Africa en sus más exquisitos ejemplares. Allí la naturaleza ha sido pródiga en sus más ricos dones. Nada tan variado, tan bello, tan agreste á trechos, tan pomposo en otros, tan solemne en su conjunto.

Bosques y selvas, árboles gigantescos y de copiosísima fronda con troncos que no abrazan 20 personas tomadas de las manos, cascadas de agua cristalina y fresca que baja desde las altas regiones de la nieve, faldas cubiertas de inmensa variedad de árboles, enredaderas trepadoras cuajadas de frutos agrestes. Allí el nopal, el árbol del pan, los cocoteros, las palmas dátiles, el tamarindo, los gomales, el ceibo de las flores rojas, los pinos de toda casta, como inmensos abanicos de que pende la salvagina en cortinajes.

Allí los ananás que producen deliciosas piñas, la incalculable cantidad de bananos agobiados de apretadas cabezas de fruto perfumado; allí los paltos con frutos como medias botellas de Champaña y en las faldas cultivadas, el exquisito café, el oliente cacao sin rival en el mundo y, sobre todo, la coca arbusto sagrado de los Incas que exige unos renglones aparte.

Rara vez llega esta planta á más de seis pies de altura: es su follage verde esmeralda brillantísimo, sus flores son de plata y su fruto de púrpura. Cultívase en almacigos que en cierta época se trasplantan á los terrenos preparados y que se llaman cocales. No se recogen sino las hojas maduras tomándola de los troncos con la mano y secándolas en pizarras labradas en la misma montaña,



YUNGAS (BOLIVIA) — RANCHO DE INDIOS

para empaquetarlas en bultos hechos con grandes hojas de *cusúru*, del peso de 25 kilos llamados tambores.

La coca tiene virtudes alimenticías indudables por larga experimentación; es la planta benéfica por excelencia; cura todas las dolencias de los indios, es la compañera del minero en los fondos de la tierra, del pastor en las llanuras solitarias, del peón en las faenas campestres y da á la medicina el anestésico más preciado y al paladar el licor más exquisito.

Para el viajero, en Yungas, es motivo de gratas sorpresas desde el traje pintoresco y variado de los naturales indígenas, hasta lo suculento y sabroso de los alimentos y la ostentosa hospitalidad de los propietarios, en fundos de los cuales muchos poseen dentro de sus límites todos los climas del globo y beben, en profundos y ardentísimos valles, el agua clara y fresca de las cordilleras vecinas.

Hemos seguido, pues, con el lector las huellas del gallardo capitán don Alonso de Mendoza al cabo de tres siglos y medio transcurridos.





TREINTA AÑOS DE MISTERIO

Pobre diablo es el demonio
Si no le ayudan las hembras.

Conocido era como ninguno en Potosí, el hermano Bastián. Y no era fraile, aunque vestía bragas, jubón y calzas de la tela y color del hábito franciscano, medias burdas, zapatos de cordoban, chambergo de fieltro y capa de pañete, eso sí, muy limpio y acepillado, sin manchas, ni puntos, ni zurcidos, ni remiendos. Groseras las calcetas siempre muy blancas como los pedazos de lienzo que asomaban vergonzantes en los puños y el cuello, de entre la jerga gris. Rasurado el rostro magro aunque terso; rapado el pelo á raíz; abundantes las cejas asaz en remolino al juntarse casi en el nacimiento de la nariz recta y noble; ojos oscuros como noche de truenos con tardíos relámpagos lejanos; boca un tanto cuanto sumida, con labios plegados con la sonrisa triste á par que benévola; sus manos blancas y exentas de insurgentes morrillos, pecas ni cicatrices, siempre teniendo entreambas un libro en pergamino de cu-

yas apretadas hojas pendían señales en cintas de colores diversos y envuelto en la diestra el denario de palo santo con *pater nosters* como garbanzos bilbainos; su andar precipitado á corto tranco y su estatura que debió ser más que mediana en tiempos no ya próximos, era á la sazón baja y encorvada como de quien pretende escabullirse evitando miradas importunas.

Y no porque fuese blanco de la curiosidad ó de la malevolencia, que ésta, lo mismo en 1623, que fué cuando sucedían estas cosas, como ahora y como desde que el mundo es mundo, se ha visto subyugada al fin y al cabo por la virtud y la nobleza, sinó porque el hermano Bastián no gastaba palique, ni perdía el tiempo en charla insustancial, ni admitía cumplimientos, ni satisfacía preguntas vanas, ni le importaban ajenas vidas, ni le desazonaban asuntos concejiles ó de real mandato, ni atendía, finalmente, á murmuraciones plebeyas, á desaguisados curiales, ni á humillos de nobleza y señorío.

No había de vérsele nunca en fiesta alguna, más se le encontraba siempre cerca del lecho de los moribundos. No acudía entre patricios y plebeyos á los comicios públicos del cabildo, pero había de faltar el sol antes que Bastián en la covacha de los niños, de las mujeres y de los ancianos que albergaba la casa de San Juan de Dios. Ninguna alegría, ni contento, ni expansión, ni gozo público ó privado, tenían en él un cofrade ó adepto; más, si en el hogar entraba la desgracia, si la madre desolada se deshacía en llanto al recuerdo del hijo perdido, si la fortuna al escaparse dejaba franca la entrada en la casa á la miseria y al dolor, si había almas atribuladas para quienes parecía acabarse el mundo y abrirse el abismo que las atraia irresistiblemente, si la desesperación, en fin, no hallaba remedio

posible, allí había de estar de fijo el hermano Bastián, que era medicina en las dolencias, bálsamo en las heridas, consuelo en los dolores, apoyo en las flaquezas, auxilio en las miserias, tabla en los naufragios, sacerdote para las confidencias de postrimeria y arca cerrada para los secretos y misterios de la humanidad, en las continuas batallas del vivir incierto.

Su persona perdiendo mucho de humano en el concepto de las gentes sencillas, tendía hácia lo extraordinario, multiplicándose de manera que la ubicuidad parecía su don propio, y así como siempre estuvo á punto de recibir en sus brazos al que caía herido, ó de impedir que se descalabrase un prójimo, así no se le encontraba ni aun buscado con candil, en donde el sacrificio y la caridad holgasen por lo inútiles.

Pensaríanlo muchos, pero ninguno osó preguntar quién era y cómo y de dónde vino á la Imperial Villa gobernada entonces por D. Felipe de Manrique, catorceno corregidor y tenido en mucho por el Exmo. señor don Diego de Córdova, marqués de Gualdacazar, virey de aquellos reinos del Perú; pero se sabía que una tarde de invierno fría y nevosa, hacía muchos años, llamaron á la puerta del convento de San Francisco destinada á las caballerías, dos embozados hasta los ojos y hundido el chambergo de viaje hasta las cejas; caballeros sobre una briosa jaca el primero y más distinguido, y sobre un redondo mulo el segundo, que por su actitud servil olía á escudero desde lejos. Abrióse la puerta y cerróse hasta la mañana siguiente, en que el presunto escudero sobre el mismo mulo y llevando del diestro á la jaca sin ginete, traspuso sus umbrales, tomó el camino de las afueras y perdióse como los fantasmas sin dejar huella alguna.

Coincidió con la llegada del hidalgo, que lo era según las trazas, la prosperidad del convento. Los mendicantes acabaron la construcción de su templo y de su huerto, vistieronse sus altares, llenáronse sus cofres de ornamentos, sus armarios de vasos áureos para el santo sacrificio, recamóse su custodia con preciosas piedras, rodeóse de sillería de Córdoba su refectorio y de abundante acopio de utensilios la amplia cocina.

Los claustros pudieron ostentar la galería de los cuadros, no de inexperta mano, que representaban la vida y milagros del santo de Asis. Ya era el Cristo que desde la cruz enviaba de sus cinco llagas chorros de preciosa sangre que tocando las palmas, los pies y el costado de su siervo, reproducían en él los sagrados deliquios del sufrimiento glorioso; ya el mismo siervo de Dios en estática contemplación de la vida celestial que se rompía entre nubes de luz, en la azulada bóveda, levantado del mundo terrenal por innumerables cabecitas aladas, de rostro rubicundo y mofletudo; ya, en fin, al santo predicando la pobreza, ó ya adurmiendo el hambre sobre menguado lecho y almohada de terrones y guijarros.

Una de las mejores celdas enriquecida con visillos en las ventanas, sólido lecho de nogal tallado, reclinatorio bajo la imágen de la virgen dolorosa, biblioteca abastecida de libros piadosos, aljofaina y garrafa de cobre plateado, mesa con escribanía y velón de dos mecheros y una alfombra ancha y mullida de velludo delante del lecho, apareció una mañana habitada por un huesped que vestía el hábito de la órden sin profesarla, que acudía solamente á la misa que precede á el alba y á los ejercicios en la hora del crepúsculo, que tenía asiento en el refectorio y cubierto y vino, pero no los usaba nunca, porque, á desayunarse y tomar colación, debió de

hacerlo siempre á solas y servido por el mismo viejo lego que, si era tosudo como buen vizcaino, era callado como cualquiera de los pilares de piedra de los claustros.

Habría en ello algun mandato bajo santa obediencia que estableciera la reserva entre los padres, ó andaria en medio el Santo Oficio, lo que se infiere por la discreción guardada, no preguntando nadie, ni mostrando curiosidad alma ni viviente en aquel santo asilo. Más al cabo de los años pasó el huesped de la celda al refectorio, del refectorio al coro, del coro á la calle, en busca de ajenos sufrimientos, y el hermano Bastián entró en la vida, en las palpitaciones, en la respiración, en la sangre del pueblo, convirtiéndose para la Imperial Villa en enviado de la Providencia, en compensación, sin duda de largos susfrimientos y desastres padecidos por ella durante la porfiada guerra de los Vícuñas.

A Eva debemos la vida,
A Eva el dolor y la muerte.

En uno de los pisos altos de una antigua casa de Sevilla, cuyos muros bañaba el Guadalquivir, vivía año más, año menos, pero treinta antes de los acontecimientos referidos en el párrafo precedente, una guapa moza, tan discreta como guapa y habilidosa en estremo en las artimañas que vuelven el seso á los más cuerdos varones. Rondábanla los de más alto copete y más acuartelado blasón, y las músicas y las cuchilladas se sucedían durante la noche bajo las celosias de su balcón morisco, pues andaban revueltos á una, hijodalgos ricohombres, estudiantes y hasta majos de rumbo, sin

exceptuar á la justicia que se mostraba en sus enredos, ciega, blanda y sorda.

Decíase que sus estancias eran regias, que entre perfumes de flores y resinas, reclinaba en mullido diván, el racimo de hechizos que formaban su cara con grandes rasgados ojos, boquita roja sombreada por sutil vello, cabellera profusa en ondulantes guedejas de azabache, garganta y hombros formados á torno, seno abundante, delicada cintura, amplias caderas movedizas, pie y mano chiquitines, carnuditos, y húmedos efluvios embriagadores que emanaban de esa real personita.

Pero si muchos la rondaban y agasajábanla con músicas y dádivas valiosas, ninguno como don Sebastián Ponce de León, de la orden de Calatrava, segundo de una casa de marqueses, hermoso en el talante, discreto, rico y resuelto, aunque muy impetuoso y en ocasiones arrojado más de lo justo y conveniente.

Soledad Meneses parecía amar á don Sebastián con el alma, mientras este la adoraba como un loco y la guardaba como un furioso, cuando es sabido que más fácilmente se guardan los tesoros que las hembras y más si son guapas y vanidosas y dadas á la intriga y á los peligros como lo era Soledad, que primero como prueba y luego como inclinación, y finalmente como irresistible sed de vedados goces, dió en la no rara flor de engañar de continuo á su amante, que vivía entre tajos, reveses y cuchilladas.

Su hermano el marqués, noble de temple antiguo apenas un año mayor que don Sebastián y que profesaba á éste entrañable cariño fraternal, vivía entre zozobras y procurando estar siempre á la vela y á tiempo para evitar un descalabro ó una catástrofe.

Un día más que otros, había visto señales de inquietud y desasosiego en su hermano y oido palabras entrecortadas que se escapaban de sus labios oprimiendo ya la cruz de la hoja de Toledo, ya el mango de la daga damasquina. Sin perder tiempo fuése á una taberna que le servía de acechadero y comunicaba con el patio de la casa de Soledad. Apostó gente en las cercanías, pronta á su voz y esperó, prediciéndole el corazón una desgracia próxima.

Al mediar la noche y pasadas algunas de las escaramuzas callejeras de uso y costumbre, apaleados algunos alguaciles y derrengados no pocos jayanes de pelea, escuchó el marqués ruído de pasos, rodar de muebles, estallar de cristales, gritos de mujer ahogados, y terrible, amenazadora, jadeante la voz de don Sebastián, que parecía sostener desigual lucha. Pasos precipitados de gente que huye, lámparas que caen destrozadas sumiendo en profunda oscuridad las estancias, el balcón que se abre con violencia y se precipita desde él una mujer con los cabellos sueltos y las ropas blancas que flotan por un momento y se sumergen sin rastro en el Guadalquivir. El marqués que abre la puerta de escape, buscando á su hermano á tientas y recibe en medio del pecho la hoja de una espada que penetra hasta el puño: he ahí lo ocurrido en menos tiempo que el gastado en referirlo.

Que lo negro de las culpas
Lava el arrepentimiento.

Volviendo ahora al convento de franciscanos de la Villa Imperial de Potosí y á la celda que ya conocemos

por anterior referencia, asistiremos á una importante ceremonia con que la iglesia despide de este mundo á los que van en pos de la vida eterna, destinada el espiritu que no muere.

La comunidad toda con hachas en las manos seguida del coro salmodiando los versículos del santo libro, el guión de la orden entre ciriales y turiferarios, y en el fondo, bajo palio, el guardian conduciendo la santa forma al lecho de un moribundo de la orden. Llenos de gente los claustros, el templo, el atrio, los alrededores del convento, la Villa entera acudiendo, si no en presencia con el espíritu y el corazón á acompañar el santo viático destinado al hermano Bastián, próximo á dejar este mundo de pasiones y miserias. Avanzó en la celda majestuosamente el sacerdote oficiante, mientras, el murmullo de las oraciones se escuchaba unísono, á la vez que el tañido de las campanas de agonía. El hermano Bastián, pálido, pero hermoso el rostro, velados pero dulces los ojos, debil, pero clara la voz, escogió con la vista y désignó con el dedo un grupo de principales y más distinguidas personas y dijo, después de besar fervorosamente la cruz que tenía entre las manos:

—Oid. Yo soy don Sebastián Ponce de León, que no murió de dolor, al perder lo más amado de su alma, ni de desesperación al encontrarse matador sin culpa de su querido hermano, sin duda porque Dios quiso que purgara en una vida ejemplar y consagrada á la caridad, la nombre de enorme iniquidad de sus pecados. Perdonadme todos en mis victimas y pedid al Poderoso Señor de cielos y tierra sean remitidas mis culpas y lavadas las manchas por obra de su misericordia infinita!....

Todas las manos se levantaron al cielo, todas las voces exclamaron á una: ¡Bendito seas!

El hermano Bastián sonrió seráficamente, y reclinando su noble cabeza libre de peso alguno, se durmió en el sueño de la eternidad como los varones justos.



Doctor Fernando E. Guachalla

E. E. Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE BOLIVIA EN LAS REPÚBLICAS DEL PLATA

No podría menos que decirse del doctor Guachalla que es un diplomático de la buena escuela. La ha seguido, la ha formado, la tiene hecha en largo tiempo, en diversas misiones, en diferentes países y en sociabilidades y ambientes totalmente distintos.



Los sucesos adrede resultábanle propicios dando generalmente á sus destinos diplomáticos causas extraordinarias para fines también extraordinarios.

Desde luego, no tuvo escala para su primera ascensión y, bien que conocido ya y ensayado en funciones públicas anteriores de ajena índole, siendo aún muy joven, fué escogido para completar, esa es la palabra, para completar como secretario la misión, grave misión, delicadísima misión encomendada al doctor Juan Carrillo, de muy grata memoria, cerca del gobierno provisional del Perú á la sazón con sede en la ciudad mediterránea de Huaraz á centenares de leguas de Lima, capital ocupada entonces por Chile vencedor.

Había que decidir de los destinos de la Alianza perú-boliviana: medir fuerzas, pesar recursos y fijar un plan, al frente de los triunfos del ene-

migo chileno que iban en gradación ascendente y exigían reflexión madura y concienzudo balance.

Rota la alianza por el pacto de Ancon en que el Perú, trató solo con Chile y cerró la esperanza para Bolivia de recobrar su costa del Pacífico ocupada militarmente é interpuesta entre el territorio chileno y el peruano cedido á perpetuidad á Chile en aquel pacto, se encomendó al general Eliodoro Camacho una misión de primera clase ante el gobierno ya regularizado de Lima y fué escogido el doctor Guachalla para secretario de esta nueva misión, que no revestía menos extraordinarias proporciones en el pensamiento y los propósitos acariciados con harta insipiencia.

Restituido el jefe de aquella embajada á Bolivia, ocupó Guachalla su puesto en la escala de Encargado de Negocios, y allí formó el pedestal de su rápido ascenso, ganado en conciencia, sin duda alguna.

Un interregno en que aquel, ya personaje entonces, desempeña diversas funciones públicas, ya edilicias, ya parlamentarias, siendo una de las más honrosas para él, la de Subsecretario de Estado en los despachos de Justicia é Instrucción Pública, al lado del ilustre potosino doctor Pedro H. Vargas, y luego, estallada en la Paz la revolución federalista y regional en su origen y liberal, puramente reaccionaria después, asume en ella el puesto de secretario general de la Junta de Gobierno.

Triunfante la revolución y regularizado el nuevo orden imperante, ejerce en el gobierno del General don José Manuel Pando el Cancillerato y dirige las Relaciones Exteriores, destinadas á nuevos y difíciles rumbos.

Poco después parte en misión extraordinaria á la patria de Bolivar y forma para sí un simpático ambiente en Caracas y luego, en otra aún más importante, (cuando se esperaba algo en favor de las naciones despojadas en el Pacífico, algo de parte de sus hermanas de la América toda, inclusive el gran monstruo del Norte que él solo, contrabalancea la preponderancia del Viejo Mundo) á la patria de Juarez y Porfirio Díaz, con plenos poderes como Ministro y como Delegado al Congreso Pan Americano de plenipotenciarios reunido en México. Honra al doctor Guachalla la historia de ese Congreso.

Y pasa en fin á Washington y ejerce la representación boliviana en momentos de extraordinario interés cuando comienza la crisis internacional suscitada por la disputada posesión del Acre boliviano.

De allí lo arranca el gobierno de Bolivia para enviarlo en misión extraordinaria, sino especial que le dió en el país de su destino los honores de Embajador, á secundar y á vigorizar sus importantes, pacientes, trabajosas y sagazmente llevadas labores, al Ministro Pinilla y á poner nuevo peso en las negociaciones y arreglos espinosos con el Brasil, negociaciones y arreglos, al cabo felices en nuestro concepto claramente expuesto en escritos anteriores, que tuvieron cumplido término en el tratado de Petrópolis, suscrito por estos dos personajes, y por el sabio canciller brasileño Barón de Rio Branco.

Justo es que lo reconozcamos respecto del Barón precisamente por

haber antes tratado nosotros á este gran estadista americano, con la mayor dureza durante la tirantez de las conferencias que lo presentaban como sobrado exigente y poco ecuánime para los derechos de la patria boliviana.

Devueltos le sean los honores y distinciones que su talento, claro y su mirada abarcadora de lejanos horizontes, le granjean hoy, asi entre sus propios conciudadanos, que le aclaman con orgullo, como entre los grandes politicos del mundo que le respetan en conciencia.

Concluido ese pleito secular, era forzoso, encarar otro no menos intrincado y viejo y cortar definitivamente toda diferencia por el lado del rico oriente, tan inmoderadamente codiciado. Guachalla debia realizar y sellar ese complemento. Pinilla iba al Ministerio de Relaciones Exteriores para acumular antecedentes y pruebas y Guachalla con plenos poderes y carácter extraordinario, debia situarse y se situó en Buenos Aires, sede del gobierno señalado como árbitro supremo en ese pleito perú-boliviano que también afecta al Brasil, el cual se reserva el arreglo directo con el Gobierno de Lima.

He ahi á brochazos la silueta de este personaje notable también en el foro y la prensa que le dieron la gloria de las persecuciones del poder. Resaltan en su personalidad moral tres condiciones inestimables: Ilustración práctica de estudio, de versación, de experiencia; trato de mundo llamado también don de gentes y sencillez en el ejercicio de sus altas funciones y en el cultivo de sus relaciones sociales.

——— ———



CARNESTOLENDAS

VARIACIONES SOBRE ESTE TEMA SIEMPRE NUEVO

NTRE tradición y cuento, vale, para variar, que demos campo á temas de carácter general con aplicaciones al propósito perseguido en estas páginas.

Para probar cuanto vale una cosa no hay sino ver cómo se disputan su paternidad los hombres. Lo bueno lo inventó éste ó aquél ó el otro; lo malo, por no tener autor conocido, se atribuye generalmente al diablo.

Y nadie ha dicho que el Carnaval lo inventara el espíritu maligno, en tanto que, griegos, romanos, árabes, egipcios, hebreos y hasta caldeos y chinos se atribuyen aquella invención maravillosa, de la cual si dijo el papa Inocencio I que juntaba en sí en tal época, al mundo, demonio y carne, por lo común dispersos el resto del año, su augusto sucesor al restablecer su ejercicio prohibido, dijo también *caro*, carne y *levamen* que significa la acción de *quitar* también *desahogo*, es decir desahogo de la carne.

Los italianos dicen que el Carnaval les es propio por aquello de que: quien dió el fruto le puso el nombre, y

carnaval viene de *carnevale*, tan antiguo casi como la loba que alimentó á Remo y coetáneo del robo de las sabinas.

Los francos dicen: Carnaval procede del *caro* latino y de *avale* francés.

Los romanos hallan en *caro* y en *vale* aquel origen: vale quiere decir adiós, es decir, adiós á la carne después de ahitarse con ella.

Carnis y *tóllendum*, carnes suspendidas; traducción conformándose á las prácticas de la iglesia romana imperante hace muchos siglos. La quincuagésima es el olvido, la soltura de la humanidad bestia hasta el tercer día, pudiendo abrevarse en cualquier fuente y pacer en todas las praderas. Luego la abstinencia de carnes durante cuarenta días en memoria de los ayunos del Cristo.

Carnis y tollendum, traducción gentilicia, carnes llevadas aquí y allá en holocausto á Vénere, bajo disfraces y vestes que enmorbidecen, dibujan y contornean formas idealizadas por la fantasía, evocando á las vacantes que corrían desmelenadas, semidesnudas, exaltadas á la pasión amorosa por los cantos de Anacreonte y á las voluptuosidades del Priapo por las libaciones rojas en torno al tonel de Sileno.

Atribúyesele también origen divino. Júpiter fué lluvia de oro con Danae, potente toro con Europa, blanco cisne de suave plumas con Leda. Del Olimpo descendía Apolo á la tierra y en traje de pastor llevaba la desesperación á los tañedores de flauta, mientras la rubia Venus, dejando realizar toda suerte de travesuras á su hijo el flechero de amor, en unión de Marte, colocaba entre danzas de vaporosas ninfas, dos bellísimos cuernos de claro de luna sobre la revuelta cabellera de su esposo Vulcano. Por eso, dice Marcial quedó, instituida al

mascarada celeste y también el símbolo de los cuernos en el sublunar planeta.

Bajando al mundo, pero siempre en honor de los dioses, hubo saturnales, bacanales y lupercales por Saturno, Baco y Pan, y, aún el pueblo escogido de Dios celebraba desenfrenadas fiestas del género en cuestión en honor de Pharimo.

La historia del Carnaval es la historia del hombre: aspiración á la felicidad por los extremos de la sujeción y el desenfreno. Tiene en favor á la naturaleza, á la imaginación y al arte, tres bellas jóvenes; tiene en contra á la razón, á la higiene y á la moral, tres ancianas frías y mal humoradas con su eterno veto suspensivo.

Gran parte de las leyes sociales es obra del egoismo, decía Larrochefoucauld y no pocas de la hipocresía.

. Si hubiese de juntarse, diremos nosotros, en asamblea universal á todas las mujeres de las cinco razas y el presidente dijera:—Las que estén porque el hombre pueda casarse á la vez con varias mujeres, de pie saltarían todas las solteras, juzgándose el grado de su entusiasmo por sus condiciones desfavorables de edad ó de belleza, y alzarían en son de irritada protesta los brazos en alto, todas las casadas en medio del estruendoso clamoreo de las benditas suegras.

Lo propio ocurre con el Carnaval, lo detestan los sóbríos, los aprensivos, los tacaños, los conspícuos, los viejos recluídos en cuarteles de invierno, los hombres moralizadores, los que conservan las consagradas buenas costumbres y el fuego vivo del hogar austero y, en fin, los *dilettantis* del progreso moderno, que consiste principalmente en suprimir diversiones y alegrías y matar al pueblo de fastidio como decimos en español, *é di brutta noia* como dicen los italianos.

Max Nordau supone á la humanidad enferma de lo desconocido. La aqueja la inquietud incesante, el temor supremo y la espectativa; no es ya solo anglomania la del *splin* y lo corriente es que todos nos fastidiemos de todo soberanamente.

Tiene razón Max Nordau. Al hacernos prácticos, como ahora se dice, matamos la expontaneidad; es de mal gusto alegrarse, reir, jugar, darse bromas, realizar intriguillas. ¡Qué clamoreo solemne en Buenos Aires contra los pomos inocentes y el agua arrojadiza! Cuestión de estado en que han intervenido los poderes públicos, afanados por desarraigar esa bárbara costumbre y reemplazarla por el corso á secas, tieso y soñoliento y por las trepidantes serpentinas que convierten en racimos á los alambres eléctricos y en basureros á las calles de la ciudad metropolitana.

Tendemos á matar todo lo que fuese expansión popular, parecemos ya nación de mal humorados dispépticos, caminando hacia el aislamiento en medio de una sociedad que se agita y mueve y ensordece con el ruido de las máquinas que llenan de humo el aire, de fortuna á los burgueses y de malestar á la masa general que pasa la vida soñando en revoluciones socialistas.

Así fueron los godos en España, fieros y ariscos; lo contrario de los árabes y los moros, que adoptaron con entusiasmo el Carnaval, sus mascaradas, sus perfumes, sus misteriosas literas vestidas de flores y la lluvia de grajea de los balcones. Para los árabes era el Carnaval la gran fiesta del mes de Moharren, el primero del año musulman.

Ni aún siquiera imitamos á los anglos y á los sajones, que hacen hermosa fiesta de hogar y á los germanos que gozan con el disfraz y las cenas robustas. Los rusos

exhiben fieras durante las carnestolendas y en el Haiti y Jamaica y otras islas del Antillano, los naturales se adaptan cabezas de jabalí, siervos y otros cornúpedos, haciendo ruído infernal en medio de una alegría infantil, con cajas largas, ánforas de barro y sonajas á modo de chinescos emplumados.

Los latinos fueron verdaderamente los adoradores del Carnaval. Venecia, Nápoles y sobre todo Roma. De esta última dice cosas estupendas el autor de *Fausto.* De ahí los corsos y las comparsas y el *giuoco dei moccoli.*

«Apenas se extiende dice Goethe, la obscuridad por las calles, empiezan á aparecer en todas las ventanas y en todos los tablados, luces. Los balcones adornados con faroles de papel transparente. Los coches presentan un aspecto encantador, mágico, iluminado con candelabros de cristal; en otros coches las damas llevan antorchas de diversos colores, como invitando á que se admire y contemple su belleza. Es deber de todo el mundo llevar una antorcha encendida. La imprecación favorita de los romanos *sia ammazzato chi non porta móccolo!* se gritan unos á otros tratando de apagarse mutuamente las luces.»

Los papas y los reyes han consagrado á esta fiesta numerosos decretos contradictorios, según su longaminidad ó el aire que soplaba en las cortes. Carlos III permitió lo que Felipe V había prohibido es decir, la introducción de los bailes de máscaras en los teatros, en el año 1787.

Nadie podría suponer al juego con agua un origen tan augusto como el que tiene en la realidad. El bueno y galanteador Enrique III de Francia, autorizó el uso del agua y dice la historia que él mismo salía por las ca-

lles seguido de cortesanos, pajes y lacayos, complaciéndose en recibir y devolver las cataratas. Y no es el solo rey carnavalesco, pues que también los cronistas del gran Enrique IV afirman que este rey en persona dirigía las mascaradas.

El esplendor del Carnaval francés fué en 1715, bajo el magnífico y brillante Luis XIV. Allí se hizo el baile de las divinidades y salieron de las ondas las náyades y las ninfas entre músicas misteriosas.

Los Borbones en Nápoles y especialmente Fernando el *Nasone* que comía tallarines en el palco durante las representaciones teatrales, decía: conviene que se divierta el pueblo para que le sean llevaderos los pechos y pueda amar la servidumbre de sus reyes y sus alcaldes. Mientras el pueblo baila no hace bribonadas: *mentre il pópolo balla, non fa birbonerie!..*

Pero lo que no podrán imaginar los lectores que no hubieran hecho estudio especial de Egipto, es que el juego con huevos ó *cascarones* llenos de perfumados líquidos, fuese invención de la célebremente hermosa é irresistible Cleopatra, una de las doce Cleopatras históricas, Cleopatra hija de Tolomeo Auleto, nacida, según Plutarco, el año 60 antes de Jesucristo.

Para adormecer á César y conservarlo en sus redes, agotó las invenciones más voluptuosas, realizó verdaderos sueños y se creó paraísos artificiales, á tal punto que el César, el sañudo César, cayó como Hércules bajo el encanto de Onfala y al levantar un templo á Venus Generatrix, colocó él mismo junto á la estatua de la diosa, la estatua de Cleopatra.

Una de las fiestas en honor de César fué de transformaciones. Isis y Orisis hicieron el gasto, cubierto Tifón con un velo especísimo de jazmines.

Allí hubo carros tirados por yeguas albas como el armiño, desde los cuales llovían los puñados de pétalos de toda suerte de flores y hojas olorosas y se realizaba la batalla de los cascarones llenos de arábigos perfumes.

A la muerte de César, aquella esposa de sus dos hermanos y que según la fabula llevaba ceñido el cinturón de Venus irresistible, tornó al guerrero y triunviro romano Antonio, que logró pasear su majestad en carro tirado por leones, de su juez que era, en esclavo suyo obediente. Con él repitió Cleopatra la guerra de las flores y los cascarones, y vale la pena de leer como salió entonces ella al encuentro de Antonio.

«En una galera cuya popa resplandecía como el oro, las velas eran de púrpura y los remos estaban guarnecidos de plata. Sobre cubierta y bajo un pabellón formado con ricas telas y brocatos de oro, iba la reina de Egipto, rodeada de las jóvenes más hermosas de su corte en el traje de las Gracias y las Ninfas, mientras llenaban el aire melodiosos acordes y suavísimos aromas.»

La América recibió todos los usos antiguos y siguió todas las tradiciones, lo mismo del Egipto que de Roma, lo mismo de Pafos y Samos que de Nínive y Corinto. En el norte solo arraigaron en la parte española, en Méjico que juntó lo europeo y tlascalteca y cundió en las Antillanas y en Centro América. En el Brasil solo se distinguieron por su paganismo los indios del Pará.

No hay para que hablar de casa ni de la otra orilla del Plata; esos asuntos los conoce al dedillo la familia entera, aunque mucho va de ayer á hoy, hasta que pare en nada, según vá creciendo el mal humor emparejado con la llamada cultura, que á poco más nos hará tan hoscos é irascibles para acabar como los consabidos lobos que se co-

mieron unos á otros, no dejando frente á frente más que los rabos.

Sevilla para la Pascua, Lima para el Carnaval, decía el dicho y decía la verdad. Todo en la ciudad de los Reyes, como se llamó á la sultana del Pacífico, convida al abandono, á la expansión y al placer. Clima suave, oxigenado por las frondas y los jardines, purificado por las auras de no lejanas sierras é impregnado de sales marinas por su cercanía al océano, predispone el organismo á sus impresiones voluptuosas bajo un cielo que desde el mediodía se cubre de nubes blancas, como toldo sobre inmensa tienda de campaña.

Ese clima y ese aire de margaritas, aromos y azucenas, da al rostro de las limeñas la suave palidez de las magnolias y esmalta con fuego de fragua el color de la granada en sus labios y del azabache en sus ojos intrigantes, rasgados, soñadores.

El alma le sale por esos ojos que, el manto los hace además irresistibles. Y esa alma es, generalmente, sencilla, espontánea, alegre. Gusta de lo espiritual y del arte; está abierta para las impresiones del amor y lleva consigo un tesoro de promesas que enloquece á los jóvenes y reverdece y desarruga á los viejos. Ni aun los frailes, en Lima, alcanzan á ser austeros. Santa Rosa no es una de aquellas escogidas, enteca y macilenta; es un capullo de mosqueta fraganciosa, que ofrece con santa coquetería el cielo á los mortales; ese cielo del Dios bueno que quiere la alegría, la luz y el amor en la propia mansión de la bienaventuranza.

Y luego, los alimentos sabrosos, picantes, é incitantes á la chicha, al vino, al perfumado pisco, suculentos y prolíficos, capaces de entonar á la más pálida de las niñas cloróticas y producir cosquillas al más estoico de los fakires indios.

Tradiciones de fiestas y galanteos en aquella semicorte célebre por el ingenio y donaire de sus damas y el hidalgo porte de sus caballeros, hicieron de Lima la ciudad de los sueños orientales. Las aventuras no exceptuaron ni aún á los virreyes, y hubo más de un arzobispo que se ablandó y aún permitió que con todo respeto le embardunaran el rostro con polvos de rosa,



ORQUESTA DE INDIOS ALTO-PERUANOS

manitas de marfil con uñas de nácar, durante los días de las carnestolendas.

Esa era la verdadera locura, y lo es aún, pero adorable locura en que entran todos. Un año había llegado á Lima días antes de la quincuagésima una compañía lírica con bellas coristas y graciosas bailarinas. El domingo hubo ensayo en el teatro Principal pero las cuadrillas de jóvenes lo invadieron y allí fué el ponerlas de oro y azul con polvos de rosa, de oro, de plata y también con harina y almidón, á las muchachas que corrie-

ron á la calle como visiones, para recibir el agua que en cascadas les caía de los balcones y azoteas.

En cambio de la sorpresa y del mal rato, armaron luego los jóvenes de la alta aristocracia un hermoso carro tirado por ocho caballos y pusieron en él á las coristas y bailarinas y partes principales, con elegantes disfraces y con sendos canastos de cascarones á su disposición y las pasearon con la música de la orquesta del mismo teatro, recibiendo ovaciones en todas partes y refrescos y golosinas de todos los puestos públicos.

En esa mascarada hubo banqueros y también senadores y generales. La fiesta se hizo universal y la lluvia de cascarones de huevo y de cera, los juegos de sorpresa y los ramilletes de flores tirados de la calle á los balcones y de éstos á la calle, formaban verdadera sombra. El presidente de la república lucía su vestido empolvado y sus barbas cubiertas de lluvia de oro. No bastando los baldes y regaderas, tomábanse las gentes hombres y mujeres, viejos y jóvenes unos á otros y con ayuda de las mulatas y los negros, echábanse vestidos al baño, á los estanques y las piletas.

En tanto en todas las casas, aún en las más humildes y pobres, estaba la mesa del comedor ó la mesita siquiera fuese rineonera, cuajada de frutas, sandía brotando sangre rojísima, melocotones, jugosas uvas de Ica y de Locumba y además pasteles, dulces, confites, alojas, licores, vinos y la rubia *jora*, espumante y voluptuosa.

Aquello es divertirse, enloquecerse, gozar y olvidar penas; pues en la noche ninguna casa cierra sus puertas y reciben á cuantos las visitan en traje de máscara.

Se baila con alegría y sin cansancio durante los tres días, nadie se resfría ni se queja y en los teatros las más-

caras son ocurrentes, graciosas, espírituales por el vestido y por los dichos. La confraternidad reina en lo absoluto y también la democracia, pero no la democracia insolente y á veces repulsiva por la pretensión de los demócratas de abajo, sino la democracia dentro de los respetos y las consideraciones recíprocas.



En Potosí, aquí cerca en nuestras fronteras con Bolivia, el carnaval tiene mucho de morisco y árabe, porque la gente recorre las calles tirando confites, cintas picadas y grajea; tiene de romano el juego desde los balcones y los portales; tiene de castellano el juego de los toros el día domingo con suerte de sortija y carreras de corso: tiene, en fin, de todos los juegos con harina y polvos y cascarones y agua.

Los argentinos de la inmigración de Rozas introdujeron las mascaradas callejeras á caballo. Antes sólo las había en las casas y salones y es Potosí, á pesar de su clima frío, uno de los pueblos americanos en donde el carnaval es más alegre y divertido.

El pueblo se reune en ruedas ó agrupaciones; el director de ellas lleva á las espaldas un enorme cóndor con las alas abiertas, y las calles y las plazas se llenan de esos grupos que gozan de plena libertad para cantar versos hasta ofensivos á las autoridades políticas, á los alcaldes, á los jueces. Pequeño desahogo popular que dura tres días y la tarde del miércoles de ceniza, que es de gran lujo en el paseo llamado *Salaqui*.

En la ciudad de La Paz en Bolivia, el juego comienza después de la entrada del carnaval el domingo. Lo más saneado, respetable y alto de la sociedad masculina, hace

en carruajes la entrada á mediodía, arrojando ramilletes y confites á los balcones y recibiendo lluvias de flores y de esencias, en donde se reunen y sientan sobre la verde grama entre colinas y hondonadas aparece policromo y brillante. Nadie pasa por èl que no beba una copa con este ó el otro grupo y la dorada chicha se escancia en vasos de barro odorífero y muy insinuante.

Pasado esto se toca á pelear, y alli van los paquetes y cartuchos de polvos por el aire, poniendo á la gente como á tahoneros de punta en blanco y también de azul y rojo.

En Sucre los guerreos callejeros se hacen con cascarones de huevos llenos de aguas olorosas, y la entrada la hace la juventud dorada cabalgando en elegantes y muy bien enjaezados jacos.

Inagotable sería el tema ¡hay tanto bueno que referir! Pero al cabo hemos demostrado que es noble y linajudo el origen del Carnaval; dioses, papas reyes, emperadores... vamos! El demonio no tiene arte ni parte en su invención. Eso no obstante, tendemos nosotros á matar ese desahogo anual, válvula de escape de toda la inquina atesorada durante doce meses. Así hacen los chilenos; para ellos el Carnaval es un mito; no tienen ni quieren tener más que su *diez y ocho*.

Nuestro corso argentino es una noria y nuestros bailes de máscaras un hervidero de máscaras hembras y *compadres* machos; pero así está contento el municipio, gana la cultura y nos hacemos cada vez mejor. el pueblo más desabrido del mundo, dicho sea sin ánimo de ofender á nadie y menos á los edictos de policía.



CUARESMA POTOSINA

> «Siempre el tiempo pasado
> fué mejor.»

Los tiempos! ¡Cómo mudan los tiempos! Y como ogaño se vive más de prisa. He aquí que todavía ayer tenía la cuaresma, y sobre todo los siete últimos días, su fisonomía especial característica. ¡Qué bueno es el progreso, pero qué seco es y qué árido!

La razón, verdugo de la fe, enemiga de las sombras fantásticas, de los medios irreflexivos, de las creencias sobrenaturales, se encarga de arrebatar la poesía á las penumbras, exhibe á la luz del día los secos troncos que en la noche semejaban jigantes, enfría el hogar, destruye jerarquías patriarcales, depura la tradición de ropajes, y en fin, limpia el mundo de soñadores, de estáticos, de contemplativos, de milagrosos, dejando amarga impresión de la humanidad y sus flaquezas.

Ha barrido el cielo de santos y la tierra de fakires. La cuaresma racional no es ni con mucho, pero ni aun sombra de la cuaresma católica de los buenos tiempos en que la iglesia por salvar el alma, mortificaba el cuer-

y sus parciales que no eran pocos por aquellos tiempos en que siempre las encumbradas casas alimentaban devotos y creaban séquito en el calor del hogar, con el amparo de la posición, por el atractivo de la fortuna.

No descubiertas aun las garantías constitucionales y viviendo las gentes dentro de la más completa desigualdad, era común el buscar valimiento y cobijarse los pobres y débiles á la sombra de los poderosos y de los fuertes. De esa suerte los Mondragón y los Toledo, compartían la adhesión de todo el pueblo y juntos formaban un poder que los mismos corregidores procuraban poner al lado suyo.

Crecía doña Clemencia en hermosura y crecía el don Diego en gentileza, y mientras ella se educaba é instruía en términos desusados, él ganaba el premio en los torneos y la corona en los juegos del ingenio tan frecuentes en la Villa, cuya esplendidez no admitía comparación ni acepta semejanza.

Las crónicas conservan las famosas coplas populares en que se festejaba el donaire, la discreción y hasta el voluptuoso redondear de la criolla que debió ser notable en términos de romper la natural honestidad y reserva de los bardos de aquellos castos tiempos, en que el naturalismo relegado á las alcobas, no se había echado como ogaño en cueros vivos al medio de la plaza, impreso con pasta de lujo é ilustraciones paradisiacas. En esas coplas que dan azucenas y claveles al rostro, azul de mar á los ojos, flor de granada á los labios y nácar sonrosado al cuello, habla el cantor de doña Clemencia, de

el redondo henchido seno
que á compás alza y deprime
cual hincha la mar el viento,

en mano, pidiendo favor á la justicia á la menor señal de irreverencia ó galanteo, ó cuando durante las tinieblas en que para castigar la rebelde carne, dábanse con disciplinas sordas y de sangre en las espaldas desnudas, intentasen á obscuras pasar un sexo las fronteras que lo separaban del otro.



Es inherente á nuestra naturaleza el pecado de inconsecuencia en puntos de inmoral íntima. Hay todavía y hubo innumerables gentes que se hubiesen dejado hacer cuartos antes que promiscuar en los días de guarda y abstinencia.

Las bulas para el uso de la carne, las concesiones para tomar lacticinios durante la noche sin ser domingo, no aprovechaban á su escrúpulo, de modo que se pasaban los cuarenta días en ayuno heróico con solo la colación y las comidas autorizadas (parvedad de materia), para evitar consunción y muerte. Y sin embargo, en otro orden eran grandes pecadores y aun acusados de los más horrendos sacrilegios é impurezas en la casa de Dios.

Pero no puede negarse que tenía aquel modo de vivir religioso sus poesías y sus encantos. Qué desayunos tan esperados y tan suculentos: pescados frescos, secos, ahumados, en escabeche, garbanzos, mariscos, conservas, arroz con leche y sin ella, y frutas de toda especie y postres almíbares y mermeladas y pastas de las monjas y garapiñados y hojaldres y vino, mucho vino para ahogar la comida de viernes y deshacer los huevos duros, y vino generoso para los garbanzos y las lentejas indigestas!...

¿Y la colación nocturna? ¿y las mazamorras y los *apis*?

La familia se reunía al amor del hogar y cenaba y departía de las funciones de la iglesia y del sermón del padre tal, que era generalmente un santo, y se mezclaba un tanto la maledicencia respecto á las señoras de tal y de cual y al lujo de ésta y á la pobreza de la otra, y había mucho ó algo de lo que prevenía Felipe II en su pragmática y no pocos billeticos deslizados entre salmo y lección durante las lamentaciones de Jeremias.

***

Parece que hubiera mediado siglos. Hoy llegamos á la Semana magna sin sentirlo. La supresión del aparato exterior le había quitado al culto gran parte de su antigua importancia. Las procesiones son recuerdos tradicionales; los sermones tienen un público femenino y un sin número de los conservadores recalcitrantes que aman el templo ó van como los desesperados á buscar en él, en sus solemnes ámbitos, algo más grande que la miseria humana, algo más consolador que las promesas de esta tierra ingrata y llena de ásperos repechos.

A la procesión del domingo de Ramos sustituyen hoy las demostraciones políticas. Son banderas y no santos las que se llevan por las calles, y no es música de coro y cántico sagrado lo que resuena, sino marchas bélicas y vitores de pueblo preocupado con escenas de sangre y de matanza

La procesión del borriquito se llama en la pintoresca villa de Chorrillos, allá cerca de Lima, la sultana destronada del Pacífico, la que recorría aquellas calles llenas de pueblo creyente ó ignorante y cercadas de palacios suntuosos de ricos ilustrados y poco creyentes.

Tenía el Señor de las Palmas su *borrica* pura, cuidada con esmero por los vecinos durante todo el año, y respetada en su completa ociosidad por el hecho de llevar todos los años en igual día, caballero sobre sus lomos exornados con paños rojos galoneados, al Señor del Triunfo, entrando entre olivo y palmas en Jerusalén.

Esa buena hacanea fué ignominiosamente destituída el día en que olvidó su misión, dejó la pureza y amó á un asno su vecino que le regaló un precioso orejudito. Nadie está contento de la misión que en el mundo llena y busca el placer aún á costa de las más grandes privaciones. Así la borrica, cargó de todo entonces como todas las de su especie, y no comió más pan ni golosinas; pero rebosaba de amor que ensordecía y bendecía, si ello es posible, el momento en que tuvo tan simpático fruto de sus entrañas.

¿Qué será de la cuaresma y de los días santos el año 2,000 según van las cosas sociales y políticas?

Lo que es ahora, aun hay en Potosí observantes que ayunan y destierran la carne, que sacan el Jueves Santo la llave del sagrario en los monumentos y la llevan pendiente del pecho, paseándola en las estaciones.

Potosí se resiste á entrar en el prosaismo seco y árido de la vida moderna.





LA HIJA DEL CURA

PUES, como suena; oid el caso.

Hay un pueblo escondido allá entre las profundas arrugas de los Andes.

Dulcificada la fiereza en las cadenas de las altas sierras, sucédense en serie interminable las redondas colinas y se abren y serpentean los valles y las quebradas, fértiles hasta lo umbroso del bosque los unos, áridas, sedientas hasta la desolación del páramo, las otras.

En lo más hondo de uno de aquellos, ronca el torrente debajo de los brezos de raices fornidas y flores de púrpura.

Orlan sus bordes los matorrales coposos, los amiantos floridos: blancos, carmesies, amarillos, morados que se columpian hacia el abismo como empeñados en enlazar sus ramas en la opuesta orilla con las espadañas puntiagudas, los mastranzos aromosos, y las ingratas hortigas verde esmeralda, sembradas de rojo como salpicadas de sangre siempre fresca.

Las gomosas acacias de frutos colgantes como racimos, las lianas enredadoras, las velludas calabaceras

lista. Sabe poco de ciencias y de inventos; cree en Dios, conoce su misión evangélica y ama á su prójimo sin dejar la ojeriza irremediable á los jacobinos, á los carbonarios y á los masones.

Con el buen cura, que es corazón y alma de su pueblo, vive en la parroquial, el ama, un alma de Dios, gruesa, sana, servicial y protectora de todo el mundo, especialmente de los que sufren hambre, que exijen algo más que el pan de la eucaristía y de los que sufren amor destinado á sacrificarse en el tálamo bajo la bendición de aquel siervo de Dios que cura las almas.

Con el ama y el cura vive además un pimpollito de rosa; una criatura formada con la esencia de muchas cosas buenas: graciosa, esbelta, delicada y muy mujercita en cuanto á las morbideces y curvaturas caracteristicas del sexo.

Con sus grandes ojos azules, llenos á la par de candor y de inocente ansia de saberlo todo, sigue en el día desde su cobertizo, con la labor en las faldas y la aguja en la mano, ya las ovejas que van por los senderos balando perseguidas por el perro, entre los jaramagos de la colina, ya el curso de la cristalina corriente, que murmura entre berros en el arroyo cercano ó ya en la noche, horas enteras el azul oscuro del firmamento cuajado de estrellas fecundo en misterios y surcado á veces por rápidas iluminaciones que cruzan sin dejar rastro.

Esas manitas hacen hablar, gemir, suspirar al órgano del templo y esa voz angelical levanta los corazones sensibles de aquella gente sencilla hasta el trono de Dios, al modular el Ave Maria Stella con que se inicia el culto diario á la divina Madre.

Pero ¿quién es esa ninfa de las breñas, de los torrentes, de los brezos, de las espadañas?

El cura tuvo una hermana, agraciada, inocente, buena.

Una noche llamaron á las puertas de la casa parro quial con violencia.

Cuatro labriegos llevaban en parihuelas á un herido en una de las escaramuzas, en ese tiempo diarias, durante la lucha por la libertad.

El cura acogió con amor al infeliz que no daba señales de existencia.

La buena mujer se hizo una hermana de caridad durante la enfermedad y la convalecencia dolorosa.

Un día hubo de partir sano ya el acogido y la despedida fué triste, muy triste. El cura lo bendijo. La buena mujer cayó rodando exámine, bañado su rostro en lágrimas.

Pasó algún tiempo, y el cura teniendo entre sus brazos con inmenso cariño á aquella infeliz, la confortaba hablándole de perdón mientras ella sufría el paroxismo de los dolores.

Un momento solemne, la angustia en los pechos, un grito de muerte y otro de vida. La madre entregando su espiritu á Dios y la hija, criatura divina, pura, hermosa, hija del pecado, bendecida en nombre de la Santa Trinidad por el sacerdote que la nombra su hija, la hija de su alma, la sangre de sus árterias, el aire de sus pulmones, la sombra de su cuerpo!...

Hay un pueblo escondido allá en las profundas arrugas de los Andes!...



SOBRE EL BAÑO Y SUS ATINGENCIAS

EN EL FRIO POTOSI HUBO BAÑOS

EL tema es fresco, aunque antiquísimo. Del baño puede decirse lo que de la sociedad dicen los filósofos: que está en la naturaleza y aun podría añadirse que es un instinto, si no fuera que carece de la universalidad que caracteriza á éste, pues si bien todos sienten el deseo de bañarse, no lo es menos que no todos se bañan y que hay gentes hidrófobas y de ningún modo amantes de mojar la piel y sumergir su humanidad en linfa cristalina.

Verdad es que el baño exige cierta delicadeza natural hasta en las bestias, excepción hecha del hipopótamo y el cocodrilo y del marrano, que se revuelca y goza en el fango. Pero los patos, los ánades, los cisnes los pajarillos de «pintadas plumas y harpadas lenguas», el noble alazán y el perro de aguas y hasta el buey tardo y majestuoso, reviven y se alegran dentro del agua como en la gloria.

Los camellos, los machos cabríos y sobre todo los asnos, huyen de ella y los gatos la odian cordialmente.

No faltan animales de esta especie entre los hombres y, lo que es peor aún, entre las mujeres.

No se puede hablar de tiempos antiguos sin nombrar á Roma, ni se puede hablar de baños sin recordar el Oriente. Ah! qué tiempos aquellos de baños termales y bullentes! Pórticos, intercolumnios, cisternas, pilones de pórfido, de mármol, de jaspe; telas suaves, pieles mullidas, óleos y resinas perfumadas; doncellas nubianas y esclavos etíopes, y cariátides para las ropas y láminas bruñidas para reflejar formas y rostros y aun músicas suaves y néctar confortante!...

Inmenso rebaño de burras ofreciendo su leche al baño de las patricias, que hendían el azulado elemento aprisionado en amplias marmóreas urnas, con el peso de divinas, suaves, satinadas formas en voluptuosidad mística y estremecimientos de sensitiva!...

Los kalifas eran los reyes del baño; los harenes la expresión más sensual de ellos, y las prisioneras de negros ojos y anchas caderas, los cisnes que templaban el ardor de su sangre en sus linfas tibias, olientes y movedizas remedando ojos de pavo real al impulso del chorro lanzado por los grifos y los tritones.

En las ruinas de Pompeya y en las de Murcia y Córdoba y Granada, se ve la importancia que se daba á los baños. Constituían el complemento y el principio del placer entre árabes, griegos y romanos. La higiene era cuestión secundaria, justamente lo contrario de hoy, en que todo lo avasalla la higiene.

Ella ha inventado los baños de Finlandia, de vapor, egipcio, eléctrico, flotante, gaseoso, indio, ruso, turco, y la mar. Bien dicho, la mar, porque los marítimos son hoy los que predominan. Los balnearios son la esperanza de las mujeres y el martirio de los hombres.

Las playas marítimas atraen la sociedad del buen tono y allí van á refrescar en ondas salobres las que tienen encantos naturales y las que los adquieren con su dinero.

No es el desnudo de las romanas y de las odaliscas, ni finas telas y suaves esponjas enjugan morbideces, ni odoríficos ungüentos y pomadas bruñen y suavizan la piel y los cabellos. Vestidas y calzadas y con sombreros de cintas y corsé de enrejado jaulesco, se zabullen las matronas del día y sus retoños primaverales en las rugientes aguas del salobre elemento.

No hay esclavos, ni doncellas, ni ninfas; hay rudísimos bañeros y vulgares hembras de servicio, y el agua dulce cayendo en lluvia sirve apenas á limpiar las melosidades de aquel líquido grueso y vulgarote.

Mas viniendo al objeto de este articulejo, que está resultando sobrado cabezón y contrahecho, diremos que entre nosotros, que no alcanzamos el sibarismo de aquellos buenos antiguos tiempos y partiendo de lo elemental que eran los baños en las ondas de nuestros ríos tenemos, el baño, estilo Diógenes, en un tonel, es decir, en la mitad de lo que vulgarmente se llama una *pipa* y que fué bautizado con el inmortal nombre de *tina*. Los baños de tina son, pues, ó eran en los tiempos de la colonia los más socorridos y los más higiénicos. Allí zabullía toda la familia y los extraños en los días de carnaval. Se recetaba baños de tina tibios con esto, aquello y lo de más allá. Luego se perfeccionó el aparato y vinieron *bañaderas* de plomo, zinc y latón, largas como ataúdes, estrechas y antipáticas.

El gusto acompañado del dinero ha ido perfeccionando ese mueble. Aparecieron los aparatos para lluvia y los ridículos para baño de asiento en forma de

vidad para servir á tantos y servir bien, sin más auxiliar que Filomena la camarera, belleza agreste, lindo puerco espín que erizaba sus puas á la menor tentativa insurgente de los oficiales retozones, y dos mocetones sumisos y perfectamente inconscientes de sí propios y de lo que pasaba en torno suyo.

Pasan como sombras fugaces á mi vista: el buen Coronel Baca, el niño viejo que le decíamos, por su candor que había resistido á los vivac y á la enseñanza práctica de los cuarteles; permanecía semanas enteras en la cama y no tomaba sino sustancia, segun su ingenua expresión, pero sustancia de carne en aguardiente. Olvidaba durmiendo y creándose como los morfinófilos un paraiso artificial en sus prisiones; el Comandante Vila, peruano, decidor, alegre, cantor de *yaravíes*, dicharachero y burlón; el Teniente Coronel Carrillo, caballero de las cruzadas, hidalgo, noble, valeroso y modelo de amigos, y mi excelente primo el Coronel Adolfo Flores, bien plantado y marcial y el Coronel Castro Pinto cruceño inteligente, estudioso militar y tierno amador de la belleza teutónica de Corina la blonda, y Bazcones mi valiente paisano Teniente Coronel, y Zarco, Coronel, edecán de Daza y Valdéz capitán peruano, gran guitarrista é improvisador, y el capitán Cabezas, boliviano, tomado prisionero al pie del cañón, y Palacios Adolfo de poca fausta memoria por su oficiosidad untuosa con los chilenos y sus inconveniencias personales con sus paisanos, y un mundo, que es para contado despacio, si hubiera lector benigno para estas evocaciones íntimas.

Pero asoma el teniente coronel Lezaeta, chileno, gefe de prisioneros, excelente persona, sagaz, lleno de bon-



EL MISTERIO DE BETLEM

> Hay diversos pareceres
> Sobre si los pasados tiempos son mejores.
> U ofrecen los presentes más placeres....

I

ACHAQUE de los tiempos, es quejarse de ellos y no mirar cosa buena más que en los pasados. Quizá en eso haya razón, porque tampoco la razón es fija en este mundo de acomodos y conveniencias. Los que piensan que el progreso trae la felicidad tienen su razón, sin que dejen de tenerla los que creen que el progreso mata el sentimiento y seca el corazón. Porque en realidad ¿seremos más felices nosotros que hemos suprimido la distancia, el tiempo, la noche, los misterios, las sombras, los amores, los raptos? ¿lo serán aquellos que creían en todo; pero en todo, hasta en los duendes, que mataban el tiempo tomando el sol de dia y dando serenatas y cuchilladas de noche, festejando los innumerables santos del calendario, y corriendo á más y mejor en todas las fiestas?

¡Vaya usted á saberlo! Pero es cosa muy singular

que si nos ponemos en la ancha plataforma de las grandes conquistas del siglo actual y miramos hacia los siglos que pasados ya, se ven allá á lo lejos, entre penumbras de azul cada vez más obscuro, resultan chicas, diminutas las personas, como liliputienses y además inocentonas y tontas de capirote, ocupadas constantemente en decir y hacer simplezas.

Al mismo tiempo sólo en lo que ya pasó hace mucho tiempo, acertamos á ver grandeza en las cosas, heroismo, virtud, santidad en los hombres. Qué enorme debió de ser Milón de Crotona! ¡Cómo debía comer Gargantúa! ¡Qué fuerzas las del tebano Hércules! ¡Qué hazañas las del Cid! ¡Qué famosas Da. Sancha, Da. Urraca y Da. Berenguela!

Si ahora embrazando el laúd se echaran á vagar por nuestros castillos, es decir por nuestras estancias ganaderas, los antiguos bardos cantando amores y comiendo de gorra, claro está que los llamarían «atorrantes». Figúrese cualquiera lo que serían hoy los pastores que antaño componían églogas y se llamaban Crisóstomo, Bertumnio, Gracielo y ellas las muy cuidadoras de cabras, eran Amintas, Héridas, Amarilis. En solo la Martona (establecimiento próximo á Buenos Aires y que cuenta un centenar de lecherías elegantes en la ciudad) que es una entre mil lecherías, hay en lo presente más leche y más vacas que en toda la Arcadía junta!....

Decididamente las tradiciones se alejan, se alejan, casi si se pierden allá en las penumbras, como se alejan, se alejan, casi si se pierden las inocencias, las ternuras y las poesías. Echeles en su alcance un galgo á los amores puros, á las hidalguías caballerescas, á la cortesanía. ¡Bonitos están los tiempos para andarse en

fruslerías! Cada cual á su negocio y la via más corta, sin fórmulas ni miramientos: ¡groserías son triunfos!

Conforme á los modernos anticuarios cada vez se reduce más la aristocracia del buen gusto en la inmensa burguesía democrática que vive sin sospechar siquiera que el buen gusto existiera en algún tiempo. Dicen aquéllos que las grandiosas capitales modernas, las soberbias metrópolis, tan orondas, tan regulares, tan profusamente alumbradas, tan metódicamente guardadas por guardianes esquineros que se pasan el tiempo tocando el pito y ordenando la marcha de los coches, son con toda su majestad y sus conquistas, ciudades frias, metrópolis sosas, hacinamiento de casas inmoderadamente presuntuosas, de hombres perpetuamente aburridos y de mujeres eternamente esclavas de sus adornos, de sus pinturas y sus postizos. Añaden que las fiestas del día alcanzan en ellas un esplendor admirable, que deslumbran, que marean, que anonadan, empero dejando fría el alma, mudo el corazón, durmiendo el sentimiento y ausente el entusiasmo. Entonces protestando contra los inventos, las máquinas, las agencias de seguros, los meetings, las higienes, la Bolsa y los sports, vuelven los ojos á lo pasado y se recrean con todo aquello que ofrece la tradición y la historia de más tierno, delicado y grandioso. Tanto que aun se celebra hoy entre los burgueses aquella legendaria noche del divino establo, y se la busca como tributo irresistible de la prosa de nuestros días á la poética, dulcísima memoria de las edades biblicas.

A ellas iremos, pues, que ya es tiempo, pero habrá de ser en párrafo aparte y con cita marginal á guisa de sumilla.

II

«Y de pura Virgen vino,
Por misterio de Dios trino.
El niño Jesús divino.....!»

Por la puerta de Joppa, camino de Betlem iba silenciosamente un grupo formado por un hombre de aspecto agradable, rostro simpático, mirada á la vez firme y apacible y barba poblada y entrecana que salía fuera del manto azul curvado por debajo del brazo izquierdo. Llevaba del diestro un asno con arreos de cuero y mullido asiento de respaldo, sobre el cual iba sentada una mujer envuelta en largo velo blanco que cubría su cabeza y envolvía la túnica de color de violeta esparcida en pliegues y cayendo casi hasta pocos palmos del suelo.

Justamente hace hoy de eso 1905 años y las historias cuentan el caso tan á lo vivo, que no parece sinó que ahora mismo lo estuviéramos mirando.

El sol descendía hiriendo de frente el rostro de los viandantes: ese sol de Joppa, amarillo, seco, ardiente, que hace reverberar las arenas y produce espejismos raros, aguijando el deseo de llegar pronto, lo antes posible á la meta en donde se ofrece techumbre hospitalaria, se halaga la esperanza de matar la sed y el consuelo de entregarse al sueño y al reposo.

Después de una hora larga de camino en que el hombre conducía con toda solicitud y ternura la acémila y su carga preciosa, descendieron al valle de Hinnon, adornado á trechos por olivos silvestres y allá, más allá, vieron el monte Sion y luego surgieron los muros de la ciudad y á la derecha las rápidas colinas que formaban los confines del valle; luego siguieron el

curso del Gihon y pasaron la llanura de Refrain, volviendo al cabo la espalda al sol,

Entonces la viajera dejó caer el velo y descubrió la cabeza, ansiosa de beber el aire que la proximidad de las sombras comenzaba á refrescar. Imposible imaginar una belleza de adolescente más pura, más angelical y más perfecta. Sus grandes ojos de un azul infinito con largas pestañas y marcadas cejas; su rostro de diáfanas líneas en que resaltaba una boca con labios como frescas rosas purpúreas, formando como un marco el inmenso volumen de los cabellos rubios recogidos en lo alto de la nuca donde se fijaba el velo al uso de las jóvenes desposadas, tenía un encanto inexplicable, mezcla de dulzura, de resignación, de cansancio y de complaciente agradecimiento al cuidadoso afán de su conductor.

No podía, conforme á la tradición hebraica, tener más de 15 años, pues sus facciones, su voz infantil, su modo de ser, revelaban apenas el abandono de la infancia para entrar en el desenvolvimiento de la adolescencia juvenil. He aquí algo textual: «la garganta y el cuello eran mórbidos y parecían tener aquella tenue pelucilla que pone á los artistas en dificultades de decidir si se trata de un efecto de líneas ó de colores. Tenía, además, otras indefinibles bellezas, como ese aire de pureza que sólo una alma angelical puede demostrar y un cierto no sé qué de etéreo que parecía no haber sido tocado por mortales manos. Casi siempre tenía el labio trémulo y alzaba los bellos ojos al cielo, resultando entonces aun más claros; juntaba las manos sobre el pecho como en acto de adoración ó de plegaria ó alzaba la cabeza como si escuchara atenta una voz que llamase de lo alto.»

—No podemos llegar hasta las puertas dijo el hombre, de pronto; detengámonos y busquemos el modo de saber que es lo que acontece.

Era que Betlem se hallaba invadido y el movimiento de hombres, de bestias, de objetos de toda especie de manutención y de comercio era inmenso; todos se apresuraban á buscar refugio para la noche que se venía fría y húmeda. No había más que una posada en la villa betlemita, fuera del centro. Dirigióse entonces el viajero á un hombre y le dijo:

—Porque yo lo soy, os creo un buen hijo de la Judea; ¿podría preguntaros la causa de este acumulamiento?

El extraño se volvió bruscamente, pero viendo el aspecto solemne y respetuoso de su interlocutor y sorprendido de su profunda y mesurada voz, varió de aspecto y contestó cortesmente:

—Vuelvo como vos al cabo de tiempo á estos lugares, para cumplir el edicto del César que obliga á los obreros á ser inscriptos para la tasa y el tributo en el lugar de su nacimiento. En el pueblo rebosa la gente y se refugia en esta arteria que es la más grande y como sabéis se da sin pago alguno á los viajeros.

Entonces dirigióse el primero, al guardián que apenas si podía atender á los infinitos que le cercaban demandando albergue.

—La paz de Jéhová sea con vos, dijo

—Que para vos se multiplique en todas las horas y en todos los días, para vos, tu esposa, tus hijos y tus siervos, contestó el guardián.

—Yo soy de Betlem, ¿no tendréis puesto para mí?

—Ninguno, absolutamente.

—¿Habéis oído hablar de José de Nazareth? Esta es la casa de mis padres. Yo soy descendiente de David.

—No os puedo servir cómo merecéis, ni á vos, ni á vuestra hija, ni á vuestra acémila, con dolor mío, ¡oh! hijo de David.

—No es mi hija, es mi mujer, es María, la segunda hija de Joaquín y de Ana de Betlem. Joaquín no era rico, pero dejó una casa y un huerto para sus dos hijas Mariana y María. Para salvar la parte de propiedad de ésta, la ley la obligó á casarse con un próximo pariente. Yo soy su tío y ahora soy su marido. Os pido, pues, en nombre de ella, que es más propietaria que yo de este albergue fundado por sus antepasados que vienen de David.

—No quedaría más que la caverna que enclavada en la roca, sirve de establo. A lo menos os cobijaréis y el estiércol seco os será blando y os preservará del frío, que en el campo abierto mataría á esa delicada mujer tan joven y tan animosa.

—Jehová os bendiga, dijo José. El sitio será santificado, añadió María.

—La paz sea con vosotros, concluyó el guardián y se retiró lleno de respeto y de no comprensible afán que le hizo caminar sin volver la espalda, y luego la cueva se inundó de una luz extraña y María se reclinó sobre un lecho de heno y pajas cuidadosamente mullido por José, permitiendo la realización del anuncio que le había hecho el angel Gabriel.

Cesaron los ruídos, los gritos, el estrépito de la gente á medida que avanzaba la noche. Era la hora nona, la hora sagrada en que los israelitas después de orar alzando los brazos al cielo, apagaban por fin el fuego y la luz y se entregaban al reposo.

A eso de la media noche oyéronse de pronto voces de sorpresa en toda la posada y una voz gritó desde el techo:

—¡Qué luz es aquélla del cielo! ¡Despertad, hermanos, venid, observad!

—Nada hay que se le asemeje, dijeron los demás en el colmo de la admiración, mirando hacia la colina en donde se hallaba la caverna.

—Hermanos dijo un anciano; lo que nosotros vemos es la escala que nuestro padre Jacob vió en sueños. Bendito sea el Señor de nuestros padres.

Entonces los pastores de la comarca, asustados creyendo que ardía el cielo, quisieron huír; pero una voz vaga, extraña, inexplicable, les dijo: no temáis; ha nacido el Mesías, id á adorarle guiados por esa luz. Al llegar á la cueva, oyeron el cántico de los ángeles: «Gloria á Dios en el cielo y en la tierra, paz á los hombres de buena voluntad.»

La naturaleza entera vistió entonces de gala. Los reyes magos se prosternaron; las bestias acudieron á calentar con su hálito al divino Jesús, y esa luz inmensa, inmensa, inmensa, se extendió del oriente hasta cubrir el orbe entero.

Eso pasó al rayar el alba pura el 25 de Diciembre del año del mundo 4004, según la referencia común, ó 4963 según el «Arte de comprobar las fechas», y en el duodécimo año del reinado de Augusto.

III

Esa es la tradición y esa es la historia. Tradición é historia maravillosas, de infinita poesía, de admirable moral, de incomparable sabiduría al través de 20 siglos ya corridos.

Es justo, pues, aquel sentimiento expontáneo, tierno,

poético, delicioso que nos empuja à todos á celebrar esa noche sagrada, esa noche con entera justicia llamada la Noche Buena, preñada de promesas infantiles é ilusiones del hogar hasta en la prosaica vida que alcanzamos los modernos y progresistas del día.





LOS SANTOS INOCENTES

TRADICION DEL AÑO 1781

ORABUENA sean excelentes los tiempos que alcanzamos: mas, no lo fueron menos los que alcanzaron nuestros abuelos, que, si ganamos en luces, perdemos en buenas costumbres y no se entiende en ello cosas de pasiones, vicios, ni impurezas, pues la humanidad fué, es y será carne y carne flaca, sino cosas de hogar y de cortesía, cosas de hidalgos, cosas de Dios, de las damas, de la honra, del buen decir y del mejor obrar.

Pues allá en los tiempos del cristiano rey don Carlos el III, que fué el de la prosperidad de la imperial villa, celebrábanse con gran pompa las fiestas de la Santísima Virgen, la de los apóstoles Pedro, Pablo y Santiago y con particular regocijo é invenciones fantásticas, la del Niño Jesús que duraba desde el día 24 y su Noche Buena, hasta la del Dulce Nombre recorriendo las jornadas de los Santos Inocentes y los Reyes Magos.

—Problema! dirían, respondió la Sultana, los perezosos de la investigación que no leen más que en su librito.

Pero Potosí, proseguiré yo, que no me la doy de Cíde Hamete Benengeli, era una vaca, un millar ó millón de vacas en una sola ubre. Allí se amamantaba todo el mundo. Entraban los realistas y la dejaban sin una gota de leche para los terneros. Entraban los patriotas y se chupaban lo que iba juntándose más las *escurriuras*, como dicen los jitanos, y se llevaban, *otro sí*, á los terneros que peleaban al lado de don Manuel en Vilcapugio y Ayohuma y en otras luchas heroícas y con otros caudillos no menos heroícos, aunque no tan buenos como don Manuel (1).

Eso obligaba á los Goyeneches, que no eran pocos, á colgar potosinos patriotas como se cuelgan faroles,

---

(1) LOS CAUDALES DE POTOSÍ.—«La historia recuerda en esta semana última de Agosto, el salvamento de los caudales públicos de Potosí. El general don Juan Martín Pueyrredón, que realizó esa brillante hazaña, nació en Buenos Aires el 18 de Diciembre de 1776. Se distinguió en ocasión de las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Producida la revolución de Mayo, la junta patriota lo encargó del gobierno de la provincia de Charcas. Desempeñaba ese cargo, cuando el ejército patriota sufrió la derrota de Huaquí ó del Desaguadero, el 20 de Junio de 1811. Este triste suceso entregó la hermosa región del Alto Perú á la saña del vencedor.



J. M. PUEYRREDÓN

Los caudales depositados en la célebre casa de moneda de Potosí habrían sido el mejor trofeo del general realista, si el intrépido gobernador de Charcas no se apodera de esos valores y los salva, emprendiendo el 25 de Agosto de 1811 la retirada hasta Tucumán.

Con la escasa tropa que le acompañaba, sostuvo reñidos combates en los desfiladeros del tránsito, que ya estaban ocupados por el enemigo, y sólo su presencia de espíritu y su valor probado le permitieron salir airoso en la difícil empresa.»

cuanto había sido severo, inflexible y duro en la alcaldía mayor de Sevilla. Gran perseguidor de tahures y pendencieros, azote de ladrones y enemigo de las mancebias y ayuntamientos clandestinos, de suerte que en la muy ilustre y licenciosa villa de Carlos V rondaba el buen corregidor acompañado de un capellán con licencias parroquiales y á golpe de vara mandaba poner francas las puertas y llanos los hogares, para casar sin proclamas ni moniciones, á toda pareja irregular que ofendía á Dios entre las sombras de la noche y los muros y cortinillas de la alcoba.

Mas no es la severidad ostentosa indicio de virtudes privadas, antes bien, suelen andar tan en discordia, que líbrenos Dios amén, de los rígidos y de los castos que viven poniendo tildes y mostrando ascos pudibundos, exentos de míseras flaquezas sensuales. El señor corregidor padecía justamente de los achaques que mejor castigaba. No veía moza garrida, ni muchacha de buenas prendas, sin encandilársele los ojos y echársele la sangre á galope y aunque el buen señor disimulaba á maravilla, no habían pasado tan escondidos ciertos pecadillos que los agraviados rastreaban con el poco cristiano designio de preparar venganzas y tomar las tornas.

Había sobre todo una dama misteriosa que no salía sin manto, ni sin dueña, ni iba más que á la iglesia, ni trataba más que á gente de cogulla. La ronda se detenía ante sus puertas que sólo franqueaba respetuoso el corregidor, dando á los misterios el sabor y corte de los asuntos de estado vedados al vulgo de las gentes.

En el solar de los señores de Sangüeza con hechura y ribetes de palacio y lujo de alcázar, velábase al Niño

en la noche del 27 de Diciembre de 1781. Los patios hormigueaban con la *mosquetería* (*) popular obediente al mandato de lacayos y pajes galoneados. En el gran salón brillaba como áscua de luz y de oro, ocupando el testero entre tules recamados de plata, candelabros, jarrones y flores de toda forma y linaje, el establo y la cueva donde nació Jesús. Delante, con bancos y atriles, el famoso coro y capilla de la iglesia Matriz reforzados con tamboriles, pajarillas, sonajas, pitos y trompetas infantiles. Lo más escogido de los nobles y señores de la villa, damas principales, curas párrocos, superiores de los conventos, alcaldes de casa y corte, directores de la caja y de la casa real de moneda y cuanto había de más discreto, hermoso y apuesto entre las doncellas y mancebos de aquella corte sin rey llamada Potosí, ocupaban la lujosa sillería dispuesta en anfiteatro para los cánticos y autos sacramentales, para las loas y villancicos accionados, para las danzas simbólicas y para ostentación, en fin, del lujo y del precio de los trajes, de las joyas, de los adornos y aún de las cruces.

Habían circulado ya los sorbetes amargos, las confituras de cartón, los buñuelos de lana y las mil invenciones repetidas siempre y siempre festejadas de la noche de inocentes. Alguno había impresionado á los oyentes con gravísimo suceso falso; otro había simulado incendio para asustar á las damas nerviosas y producir desmayos admirables; en fin, se había pagado tributo al día y á la costumbre inocente de recordar con burlas la atrocidad de Herodes y se preparaba la gran *Lupa.*

Era ésta un baile en que tomaban parte los más es-

(*) *Mosquetería* era la parte de público no convidada y que tenía, por la costumbre, franca entrada en las fiestas y parte en los refrigerios aunque fuera de la escena.

cogidos personajes y las más elevadas señoras. La *Lupa* era justamente la escogida entre las bellas; su pintoresco traje entre egipcio y hebráico se completaba con amplio velo que le caía hasta las plantas.

Al comenzar, rompían las músicas y los himnos en celestiales sones y descendían los actores de uno y otro costado, ofreciendo los caballeros galantemente la punta de los dedos á las damas para conducirlas ante el Niño Jesús, doblar la rodilla y saludarlo profundamente. Luego se formaba el círculo en que reverberaban oro y pedrería. La *Lupa* tomaba el centro puesta de rodillas y la cabeza entre las manos en actitud humilde. El más anciano de los sacerdotes puesto delante simulaba humillar la cerviz de la Lupa con una especie de cetro dorado que lo apoyaba en la nuca. En cada versículo del coro cambiaba el personaje, danzando los demás en derredor, cantando las doncellas salmodias tiernas, hasta que á una señal que daba el director, caía el velo de la *Lupa*, coronábase su frente de diamantes, un rayo de luz partiendo del divino establo la rodeaba de nimbos y se la alzaba á un trono, delante del cual se ejecutaba la alegre contradanza.

Tal vez simbolizase aquello la dignificación de la mujer con el nacimiento del Cristo, la eficacia del Evangelio que levantó á la sierva hasta el trono de la adoración, creando el hogar sobre el harem y la castidad del placer sobre el sensualismo pagano.

No había concluido aún la primera mudanza, cuando el murmullo, sordo al principio y distinto en seguida, interrumpió la fiesta y paralizó los cánticos. Abriendo camino los pajes dieron paso al terrible corregidor don

dancia de matices y consoladora exuberancia de carnes, como solo se ven en Lima. Las demandaderas y beatas de correvedile, meneaban los zancajos cubriendo con el manto abultados líos y cambiando palabras misteriosas con los mónagos y sacristanes de las iglesias abiertas como en jubileo para los fieles, que á lo menos llegaban á la pila para cojer agua bendita y seguían su trajín como quien tiene estrecho el tiempo para más anchas faenas.

¡Asombroso! no se había oído en la mañana aquel tañer y repicar de las campanas que se anuncia desde el romper del alba, ni el tronar de los morteretes puestos en fila en los atrios durante la secuela de misas que se dicen y cantan hasta la hora de la siesta. Mudos también los vendedores que cantan cuanto crió Dios y mudas las de vario diapasón, pregoneras de sabrosas viandas y potages vendidos desde las árganas de una paciente mula.

Al comenzar la tarde cruzaban las calles ó solos ó en grupos, en piquetes armados ó inermes, oficiales, soldados, vivanderos, rancheros, recuas de mulas con sendos arrieros brigadas de la administración militar con sus arneses y ayudantes del estado mayor á galope, llevando y trayendo pliegos. Numerosas cabalgatas de gente de buena apariencia seguida de lacayos llevando del diestro acémilas cargadas de equipajes, marchaban camino de la carretera en dirección del puerto, á encerrarse con sus caudales entre los muros, torreones y contrafuertes del Callao y en el amplio Castillo del Real Felipe, desde el cual gobernaba aquella plaza fuerte, baluarte tenido por los españoles como inexpugnable, el general La Mar, de gran renombre en la historia de la independencia sudamericana.

al parecer por una escolta de encapados que sólo dejaban lucir la contera de la espada y el broche del chambergo militar con plumas.

Y pasó el día siguiente entre los comentarios del pueblo y las enhorabuenas de la nobleza al corregidor. Y pasaron otros dias sin que hubiese luz ni rastro del delegado real, hasta que un correo enviado desde Arica por el mismo conde de la Granja, anunciaba al corregi dor que en vista de los sucesos de la corte de Madrid que hacían necesaria su persona cerca á la de su majestad D. Cárlos III, había resuelto suspender la visita á la Villa Imperial, descansando en la rectitud y justicia de su corregidor, el caballero Veinticuatro D. Gómez de Avila.

Las numerosas víctimas de sus rigores, unidas á la gente de rumbo forastera y á los fastuosos criollos potosinos, habían preparado, gastando verdaderos raudales de plata, la escena en que fué héroe el corregidor preso en sus propias redes, mediante una ingeniosísima burla de inocentes.



Doctor José María Escalier

He aquí un esbozo que se hace con particular agrado. Escalier es persona grata para todo el mundo y es raro encontrar en una sola, como en la suya, reunidas tantas cualidades recomendables.

Le toca un lugar preferente en este libro que le debe muchos alientos. Una hermosa región potosina que será un gran condado vale decir, una comarca emporio de riqueza en el porvenir, le pertenece en tradición hereditaria.



Esa región toca los lindes de la República Argentina y recibe la vida y el movimiento de ambos países. Eso origina ya un doble vínculo.

Nacido en la capital de Bolivia y educado en Buenos Aires, debe la vida de la naturaleza á aquel país su cuna y debe la vida intelectual á este que fué su guía y su Mentor. Allí su niñez que arraiga recuerdos perdurables, aquí la juventud que trabaja, se esfuerza, vence y crea una posición honrosa y respetable.

Ese doble afecto alimentado sin desmedro, ni preponderancia de ninguno, ha sido útil á entreambos países en momentos de prueba; ha sido el lazo de unión en las desavenencias y desalientos; el centro de confianza en los recelos y temores y puede afirmarse, el foco que ha

conservado vivo el fuego de la fraternidad imposible de extinguirse entre pueblos que compartieron la vida de las colonias, las luchas de la emancipación y las glorias y vicisitudes que hacen tan fecunda la historia de la América, á contar desde las márgenes del Plata hasta las márgenes del Desaguadero y del lago de Manco Capac.

Puede también afirmarse sin temor de duda, ni desmentido, que aparte la representación oficial y diplomática encomendada á dignísimas personas, es el doctor Escalier la genuina representación popular argentina en Bolivia y la genuina representación boliviana en la Argentina.

Por eso ha sido muchas veces, á la continua, encargado de importantes comisiones de uno y otro desempeñadas siempre con fé, con ardor, con inteligencia, con celo y con abnegación absoluta, abnegación que no excluye el sacrificio de personales intereses.

A parte de sus servicios oficiosos, de su acción permanente en cuanto se relaciona con la paz, los intereses del comercio, las facilidades de la comunicación, la necesidad de propender al progreso común y de la unión real y positiva de estos pueblos que unió la naturaleza y juntó la historia de la libertad en abundoso bautismo de sangre; aparte de ese espiritu latente que junta en uno á las dos nacionalidades, que anuda el Andes, ha aceptado y desempeñado Escalier, dentro de ese ambiente, altas funciones de carácter oficial y diplomático.

Ha sido Agente Confidencial de Bolivia ante el gobierno argentino, negándose á aceptar la Plenipotencia en varias ocasiones. Asumia la labor y rehusaba el brillo. No bastaba este á compensar el afecto desatendido de su excelente clientela que tiene en él, su fé y su esperanza y amaba y ama su libertad de acción, su sociabilidad de confianza, sus hábitos de médico irreprochablemente cumplido y laborioso y de *clubmen* que comparte todo el movimiento social y aspira el ambiente de la aristocrática vida moderna.

No obstante desempeñó la Plenipotencia *ad hoc*, por transitoria, para pedir al gobierno argentino aceptase el cargo de juez árbitro en la cuestión de limites entre Bolivia y el Perú, lo que hizo conocer sus aptitudes de diplomático correcto y de caballero cumplido.

Bolivia sabe cuanto le deben á Escalier las buenas relaciones con la Argentina, cuantos inconvenientes se han allanado por él antes de la misión Guachalla en la cuestión de limites y en la implantación y trabajo del ferrocarril de Jujuy á Tupisa y, en fin, sabe que todos los hijos de aquel pais residentes en Buenos Aires tienen su propia casa en la casa de Escalier, su ayuda y protección en él y lo mismo el constante médico en sus dolencias que el seguro consuelo en sus tribulaciones.

Lo dije con profundo convencimiento en un gran banquete patriótico: «Bolivia inscribirá el nombre de Escalier, entre los benefactores de la Patria».



LOS TRES REYES MAGOS DE ORIENTE

HISTORIA, TRADICIÓN Y CUENTO DEL DIA

«Pues cuando hubo nacido Jesús, en tiempo de Herodes el Rey, he aquí que unos Magos vinieron de Oriente á Jerusalem.

2° Diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente y venimos á adorarle.

3° Y el Rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó y todo Jerusalem con él».

(*San Mateo*—Cap. 2°.)

Tiempos primitivos, tiempos sencillos; la fábula no próspera más que en ellos; la misma historia se viste en esos, con galas de fantasía y se abrillanta, libre del cálculo seco y de la fría razón de nuestros tiempos prósperos.

No eran primitivos aunque fuesen sencillos los años en que imperó el virreinato, aconteció la reconquista inglesa y brilló la libertad de Mayo. Reinaba á la sazón en estas tierras australes una cierta penumbra propicia para la fe, y la fe, según la doctora de la iglesia (la inspirada cantora de Avila que tiene tan buenos versos y tan brillante prosa, como malas fundaciones en los treinta conventos de monjas y de frailes con que regaló al orbe católico), la fe es madre de la esperanza porque

quien cree, espera, y la esperanza es madre de la caridad, porque quien espera, ama y compadece.

Nosotros, es decir, aquellas buenas gentes de principios del siglo ante pasado, creían, se amaban y se divertían, cosa que nosotros civilizados y llenos de luces no alcanzamos, me figuro que desgraciadamente.

La zona que juntaba por constante cambio de procedencia, de afectos cultivados á la recíproca y de coyundas matrimoniales, consecuencia lógica de amorosas premisas consentidas, digo, la zona de Jujuy y Salta y la de Tarija y los Chichas que junta pueblos argentinos y bolivianos, era de los de buena ley en lo sencilla y creía en muchos misterios religiosos y celebraba innumerables fiestas, entre ellas, como «cabeza magna», la de los Santos Reyes Magos, en cuyo nombre se fundó un pueblo que existe ahora mismo festejando á los susodichos tres reyes con diversiones que conservan el carácter primitivo de nuestra raza oriunda.

Mas, antes que del pueblo, hablaré de los reyes, de los cuales la Biblia no dice más que lo copiado, en el comienzo, del evangelista San Mateo, que es poco decir de tan augustos personajes exóticos. No son más explícitas la tradición y la historia, de modo que, á no ser los hurones de la investigación que se meten por las obscuridades y rincones del pasado y lo revuelven todo hasta dar pie con bola, nada más sabriamos de ellos, sino lo vulgarmente esparcido, esto es: que eran blanco el uno, indio el otro y negro el tercero, caballeros sobre corcel, camello y elefante, caminito de Belén, á ofrecer al divino Jesús el oro, la mirra, el incienso en tributo de adoración como á rey del mundo.

Uno de esos investigadores empedernidos, Lewis Wallace, llegó á conocerlos como si los hubiera engen-

drado y supo dar de ellos salvadoras referencias en su «Ben Hur», tan admirable, como «Memorie de Giuda de Petruccelli della Gatina, como «Spartaco» de Giovagnoli, y como «¿Quo vadis?» de Sienkiewicz: todo antiguo, todo grandioso como la fantástica grandeza de Roma y de Judea, de Sylla, de Nerón y de Herodes el Grande.

Estos reyes realmente eran tres, pero no eran reyes con reino, sino reyes magos, esto es, sabios. El más joven era griego, hijo de Cleonte, ateniense, y no llegó á caballo, como suele representársele, sino en camello de blanquisímos vellones, como los otros sus compañeros, al lugar de la cita que se realizó el año de Roma 747 y en el mes de diciembre, cuando el invierno reinaba en toda la región oriental del Mediterráneo.

Llamábase Gaspar, conocía los cantos de Homero y la metafisíca de Platón; rendía tributo á los dioses que moraban en el Olimpo en Tesalia, pero presentía al Mesías y su fe le guió en forma de luminosa estrella después de un sueño preñado de visiones celestiales.

Su figura era esbelta, su cutis blanco; una espesa cabellera blonda, ondulante, coronaba su cabeza pequeña y bella; sus ojos grandes negros revelaban inteligencia suma y carácter firme. Llevaba la cabeza descubierta; bajo los pliegues del blanco ropaje que vestía con gracia, aparecía una túnica escotada y de cortas mangas, unida al busto por faja y falda que se extendían hasta las rodillas, dejando desnudos el cuello, los brazos y las piernas; los pies estaban calzados con sandalias; su aspecto era robusto y noble su continnente.

El segundo rey, conforme á la edad, era el indiano: llamábase Melchor, sectario de Brahma; hablaba en una lengua, que, si no la más vieja del mundo, fué la primera en escribirse, el sánscrito de la India.

Era alto y delgado, de rostro lleno y pronunciado, con ojos hundidos y cabellos y barba blancos; su tez de un color entre la canela y el bronce. Le cubría la cabeza un chal que descendía por la nuca en pliegues hondos á guisa de turbante; el vestido de corte egipcio con el *aba* más corta que dejaba entrever los anchos calzones ajustados al cuello de los pies; en vez de sandalias llevaba babuchas borceguíes de piel roja terminados en punta. Menos el calzado iba vestido de pie á cabeza de tela blanca. Tenía nn hermoso continente y un aire de severa dignidad que lo asemejaba á los héroes de la Iliada oriental.

Era el tercero egipcio y se llamaba Baltasar. Conocía los más antiguos escritos del mundo, desde los del rey Menes, que son más viejos que el Génesis de Moisés y que los Vedas del Indus. Leía en los jeroglíficos y explicaba las quimeras y las inscripciones.

Más bien membrudo que alto; de rostro enérgico y bronceado obscuro; la frente espaciosa, la naríz aguileña, los ojos en forma de almendra; la cabellera espesa y ruda y de visos metálicos, le caía en la espalda en abundantes guedejas que le daban un aire original asemejándolo á los Faraones, á los últimos Tolomeos ó á Mizraim, padre de la raza egipciaca. Vestía el *kamis*, camisa de un tejido de algodón blanco que descendía hasta los pies, con las mangas estrechas, abierta adelante y bordada en el pecho y en el cuello. Encima de esta llevaba un sobre hábito de lana obscura llamado *aba* con falda larga, mangas cortas, forrado completamente con género de seda y orlado en torno de una franja amarilla; los pies estaban calzados con sandalias sujetas con cintas de piel suave.

Estos tres personajes se dirigían hacia la parte este

de los muros de Jerusalen, en donde se encuentra la puerta de Jaffa y de Betlehem. Allá, en los viejos dominios de David, en una cueva que servía de establo, se habían iluminado los cielos y la tierra y nacido el Salvador del Mundo. Los pastores de la comarca, guiados por el resplandor de una estrella, llegaron y le adoraron, despertando los celos de Herodes rey. Luego los Magos le ofrecieron tributo pingüe y Herodes se turbó aún más pidiendo á éstos que á la vuelta le dijeran en donde estaba Jesús para adorarle también él; pero los Magos conocieron el mal intento, y no volvieron, tomando camino opuesto para llegar á sus lares.

Ahora otra vez al pueblo. Toda aquella región es de centauros y tienen de Quirón el caballo y la afición á las ninfas. Viven como éste, siempre sobre las cuatro patas y en el anca la cara mitad humana «sin la cual la vida es nada y el mayor placer, tormento».

Por de contado, las fiestas allí participan de esa tendencia y predominan las grandes cabalgatas, no habiendo quien no tenga un zaino ó un overo, un alazán, un lobuno, un doradillo, un negro y siendo la más divertida ocupación la de domar potros, saltar zanjas y salvar con toda limpieza las *tranqueras*.

El día de Reyes, con excepción del cura y del sacristán y del campanero; todo Cristo está á caballo. Salen á relucir los arreos más ricos y se visten de fiesta las muchachas con sus moños de colores, sus pañuelitos cubriendo turgencias pectorales y la falda suelta á propósito para marcar curvas, cuando el galope del bruto las sacude, sentadas á la grupa del jinete con

jubón abierto, tirador con patacones, calzones flecados sobre la bota y espuelas de rosetón bullicioso formando música *sui generis*.

Allí viene el correr detrás ó en pos del que lleva en la mano el gallo ó el cabrito para arrebatárselo y ostentarlo en triunfo á la avidez de los demás, que se entreveran, se atropellan, vacilan y ruedan las más veces entre la algazara general y la música y las copas apuradas con menuda frecuencia y deplorables resultados para la integridad personal.



INDIO POSTILLÓN (CORREO)

La noche calma los ardores belicosos y. enciende la antorcha de las dichas domésticas. Las campanas despues del toque de oraciones, han despedido á los reyes con alegres repiqueteos; de la casa del alférez surgen los últimos cohetes y el cura ha rezado los oficios nocturnos ante

un auditorio de viejas que suspiran porque nada más les queda ya que hacer en este mundo.

¡Los reyes se van, lo mismo los de reinos que los magos!... Este siglo parece que acabará con todos, lo que ciertamente sería una lástima para la variedad social y el panorama artístico.





RESURRECCIÓN Y PASCUA FLORIDA

Y se cumplieron las Sagradas Escrituras... y la redención fué hecha!...

En la hora que los romanos llamaban la sexta, cubierta la tierra de tinieblas por entre las cuales el sol se vislumbraba rojizo como globo de fuego mortecino, el Hijo del Hombre agonizante había dicho con dulcedumbre infinita: Elí, elí, lamma sabacthani?

Apurada la hiel de los escarnios morales y de las torturas físicas, hasta la hora nona; desplomado su cuerpo desde los brazos de la cruz ya consagrada en símbolo, había luego mansamente reclinado la cabeza hacia el corazón y lanzado su último aliento á los cielos murmurando: «Todo está concluido».

Estaba consumada la obra de Dios y comenzaba el reinado de la razón entre los hombres.

La tierra se estremeció sobre sus ejes al recibir tal legado, rasgóse el velo del templo antiguo para descubrir resplandores incógnitos; los sepulcros arrojaron al haz los restos de varones justos y un eco resonó en los ámbitos del mundo sacudiendo los espíritus y prepa-

rándolos para la vida del amor, de la justicia y de la libertad, que perdura hace el espacio de veinte siglos.

Pasada la fiesta del sábado, dice la Sagrada Historia, María Magdalena y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas y muy de madrugada fueron al sepulcro para embalsamar á Jesús. A este tiempo se sintió un gran terremoto, porque bajó del cielo un angel del Señor, y llegándose al sepulcro «removió la piedra y sentóse encima». Su semblante brillaba como el relámpago y era su vestidura blanca como la nieve, de lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el angel dirigiéndose á las mujeres, les dijo: «Vosotras no tenéis que temer y pues buscáis á Jesús, sabed que no está ya aquí porque ha resucitado. Id y decid á sus discípulos y especialmente á Pedro, que él irá delante de vosotros á Galilea, donde le veréis».

¡Qué hermoso símbolo! En la resurrección de Cristo, en el resurgimiento del nuevo evangelio humano, asoma en primer término el aroma de las ternuras femeninas, la intervención de los ángeles, la blanca pureza de las vestiduras, el rayo deslumbrador de los relámpagos. El poder de los césares no alcanza á matar las doctrinas y las ideas. Estas no se sepultan más que en la apariencia bajo la losa de las preocupaciones fanáticas; pero renacen gloriosas cada vez más entre el espanto de los tiranos.

La buena nueva debe partir de los doce humildes sobre quienes desciende la sabiduría en forma de lenguas de fuego y que constituyen el foco de luz, de inspiración y de elocuencia: «Id y decidles, que vayan por

el mundo; yo iré delante de ellos desde la Galilea á los confines del orbe».

Empero, la sangre de los mártires era semilla de cristianos, según la expresión de Tertuliano. Las *epís tolas*, debían producir convencidos y el convencimiento, sacrificios para sellar la doctrina, pues que sólo la sangre fecunda el terreno en donde ha de arraigarse el árbol de la libertad y amasarse los cimientós de la nueva organización social y política.

Y fué el martirio tan grande como la doctrina; fué digno de ella, en términos de espantar á las fieras del bosque y á los mónstruos del mar.

Roma está millares de veces santificada. Muchos palmos de terreno, muchas capas de arena empapó la savia vital de los cristianos. Su foro, las ruinas del Circo, el *cunícolo*, el esqueleto de sus arcadas, las grietas de su pavimento están saturadas las unas y aún vibran las otras con los gritos de embriagamiento feroz lanzados por espectadores ávidos, con las fosas nasales abiertas para aspirar el acre olor de la sangre, cuyo vaho subía en nimbos á los cielos como ofrenda de convicción, de fe y de esperanza.

Desde Esteban protomártir, fueron al sacrificio á millares los sectarios de la doctrina de paz y caridad. En los circos crujían los cráneos bajo las mandíbulas de los leones hambrientos y desgarrábanse las carnes en el furioso morder de perros gigantescos del Peloponeso, mastines de los Pirineos, lobos de España.

Los discípulos de Jesús de Nazareth, fuertes en su fe, indiferentes á la tortura, cruzaban los brazos y alzaban al cielo los ojos dejando á las fieras cebarse en nss despojos.

En los jardines del César, durante las orgías, sirviendo de hachones, de floreros, de enormes piras, fijábanse niños y mujeres en pedestales elevados, cubriéndolos de resina y alquitrán, para alumbrar con esos cuerpos el festín y mezclar el lamento de las víctimas á los arrullos de las músicas y al perfume de los ámbares.

Luego vino la pira, y las calderas de aceite, y las parrillas y el plomo licuefacto y todo el refinamiento posible de la crueldad que produce el terror momentáneo y la reacción segura para elevar altares y abrir las puertas de la inmoralidad á los escogidos de la buena causa.

Pedro debía de ser el primer pontífice. Pedro, que dudó dos veces antes de arrepentirse otras dos, y marcar con el martirio su arrepentimiento. Negó al Maestro como quien rehuye la luz que puede herir sus pupilas. Dudó de sí mismo al abandonar á Roma; pero triunfó en la lucha, fortificada su alma por el convencimiento. Oíd como pinta un gran artista aquella escena que es el símbolo de la fe cristiana:

«Hacia el alba del día, dos hombres andaban á lo largo de la Vía Appia, en dirección de la Campania. Uno de ellos era Nazario; el otro, el apóstol Pedro, que dejaba á Roma y á sus correligionarios condenados.

El cielo tomaba ya un tinte verdoso que poco á poco, según la distancia, se tornaba en color de záfiro. Los árboles de las hojas plateadas, el blanco mármol de las villas, los arcos de los acueductos, comenzaban á notarse entre la sombra. Luego los verdes reflejos se iluminaron tomando los matices del oro. El oriente se

tiñó de color de rosa, coronando los montes Albani, resplandecientes como al influjo de una luz única. Las gotas de rocío centellaban trémulas sobre la fronda de los árboles. La niebla cada vez más sutil, dejaba ver ya anchas perspectivas en la llanura, acá y allá casas, cementerios, países y macizos de árboles, entre los cuales blanqueaban cúpulas de templos.

El camino estaba desierto, en el silencio, las piedras de que la vía estaba pavimentada hasta los montes, resonaban bajo el golpe de las sandalias de madera de los dos viandantes.

De repente el sol apareció sobre la cumbre de los montes y al mismo tiempo una esplendente visión hirió los ojos del apóstol. Le pareció que el disco dorado en vez de levantarse en el cielo, descendía avanzando sobre el camino.

Pedro se detuvo y dijo: — ¿Ves tú que esa luz se acerca á nosotros?

—No veo nada, respondió Nazario.

Pedro, haciendo sombra á los ojos con la mano y poco después dijo:

—Alguno viene á nosotros en el rayo del sol.

Pero el rumor de los pasos no llegaba á sus oídos. Todo en torno permanecía en silencio. Nazario vió solamente que los árboles á lo lejos ondeaban como si alguno los menease y que la luz se difundía cada vez más en el llano. Miró asombrado al apóstol.

—¿Qué es lo que pasa? dijo turbado.

El bastón de peregrino había caído de las manos del apóstol al suelo; los ojos miraban delante inmóviles; la boca estaba abierta; en la cara se pintaban á una, el estupor, el gozo, el éxtasis.

De repente cayó de rodillas, extendió los brazos y

salió de sus labios este grito: ¡Oh Cristo! ¡Oh Cristo! Y se arrojó en actitud de besar los pies á alguno.

Largo fué luego el silencio; después se oyeron las palabras del viejo cortadas por los sollozos.

—¿A dónde váis, Señor?

Nazario no oyó la contestación; mas Pedro oyó una voz melancólica y suave que decía:

—Pues que tú abandonas mi pueblo, yo voy á Roma para ser otra vez crucificado.

El apóstol yacía inmóvil, mudo, con el rostro en la tierra. Parecióle á Nazario que estuviese desvanecido ó muerto. Pero de allí á poco se levantó; cogió el bastón con manos trémulas y sin decir palabra, se volvió hacia atrás en dirección á las siete colinas de la ciudad.

El joven, mirando esto, repitió como un eco.

—¿Dónde vas, oh Señor?

—A Roma, dijo en voz firme el apóstol, y volvió para afrontar el sacrificio.»

Y porque dudó otra vez se castigó á sí propio, pidiendo en la crucifixión el ser invertido poniendo la cabeza donde puso los pies el Salvador y sus miembros en los tramos de la cruz bendita.

Y la doctrina se propagó incontenible y alzó á los pueblos en armas y llevó el estandarte de la civilización alrededor del mundo».

La Pascua es el renacimiento, la alegría. Coincide hoy como en la ley mosaica con la primavera en el oriente y el otoño en el occidente. Por eso es florida y ubérrima. Es la época de las mieses, de las flores, de los ganados exuberantes, de los frutos sazonados, de los apretados racimos.

En los tiempos patricios, en las épocas de hogar

adusto y moral austera, á las prédicas, al ayuno, á las abstinencias observadas con escrúpulo riguroso, sucedía la Pascua alegre.

Las campanas echadas á vuelo, el cañón que tronaba en las fortalezas terrestres y marítimas, el reabrirse de los comercios y mercados, el cubrírse de nubes de incienso y mirra los templos, eran los precursores de la



FERIA POPULAR DURANTE LA PASCUA

vuelta á la carne y á los lacticinios, el tránsito á la vida mundana, cumplida la penitencia impuesta y descargada la conciencia conforme á los preceptos del confesor incorruptible é intransigente en puntos tales.

Así va el mundo rodando por el camino de las evoluciones diversas, marcando épocas racionales, de fe, de duda y de convencionalismo, desde que Pedro al subir á la afrentosa cruz del martirio extendió la mano sobre el pueblo y bendijo en Roma al mundo: *urbi et orbi!*



LA MOVEDIZA

«Danza en todo una mujer,
casada, viuda ó doncella.....»

Se llamaba Marí Ana aunque nacida, ó tal vez por eso mismo, en día de Corpus Christi en la ciudad de San Miguel de Tucumán, patria de las buenas mozas, de los azahares perfumantes y de las naranjas gordas como cabezas de inglesitos rubios.

Decían de ella que debió de ser buena uva moscatel porque, á la sazón, era una excelente pasa de Málaga.

Pero Marí Anita protestaba del dicho: de palabra, alegando que ese era pensamiento de mendocino vinariego, y de obra, enseñando sus preciosos dientes blancos, sus largas trenzas negras, sus labios frescos, carnuditos como cerezas maduras, amén de sus ojos maliciosos y parlanchines, de su garbo de garza real, de su va y viene de péndulo relojero y de una sístole y diástole al andar que le valieron el nombre de La Movediza, con que pasó á la historia de aquellos tiempos casi contemporáneos.

Digo casi contemporáneos, porque ello pasaba en 1874, justamente cuando ya germinaban las transformaciones de la revolución francesa y cuando don Carlos IV de España y Dª. María Luisa de Parma acababan de besar á su vástago nacido en San Ildefonso, el cual vástago, cinco años después, en el famoso 89 y la invención de la guillotina, sería príncipe de Asturias y, algunos años mas tarde, el rey D. Fernando VII, que de Dios goce, ya que no gozó del mundo.

Este Fernando séptimo fué, segun mis noticias, el mismo que perdiera las posesiones y reinos de las Indias de América, en virtud de no tener las bragas ó calzones firmes y tan ajustados como dicen los que entienden de indumentaria, los tenian Bolivar, San Martin, Belgrano, Sucre y otros, que si nunca jugaron al *football* ni al *lawn tennis*, ni bailaron con corte en las máscaras como quien en Buenos Aires tuerce fino para alambrados de estancia, en cambio se ocuparon en cosas baladís ó baladíes, como crear naciones, establecer independencias soberanas, fundar libertades y hacer otras antigüedades pasadas de moda en nuestra civilización y cultura altamente *sportivas*.

Vaya usted á ver con la Marí Anita!

Pues esta moza vivia para tormento de muchos, en la calle de las Mantas, de la Imperial Villa de Potosí, gobernada á la sazón por su altísima merced el Intendente don Juan del Pino Manrique, mientras era virrey en Buenos Aires el Excelentísimo señor don Nicolás del Campo, marqués de Loreto.

Aquel corregidor intendente don Juan del Pino y aquel marqués don Nicolás hacían sin duda cosas muy buenas que á nosotros no nos interesan; pero he leido el informe que pasó el primero al señor virrey sobre

todos los asuntos de minas, de riquezas, de guerras y de *vita et moribus* de los potosinos y no he visto nada que se refiera á la Movediza Marí-Ana, seguramente porque es cuerdo no mentar la soga en casa del ahorcado y porque culpas propias mejor en casa y calladas que en las calles comentadas.

Tenia una tienda ó despacho—no el virrey, ni tampoco el intendente, sino la moza aquella de tan buenas partes—en que vendía cintas, mallas, flecos, alamares, botones y otros colgandijos y zarandajas, menos por medro que por entretenimiento y por tener ocasión y teatro para murmuraciones con las comadres y las clientes; pero su verdadero comercio, amén de intimidades que no son para la pública satisfacción, era el llamado en la Villa, de los *rescatiris*, como quien dice, compradores de plata piña en pequeñas partidas por particulares en los desmontes de las minas, en los desagües de los ingenios y en el beneficio de las rastras que se explotaban sin gravámenes, pechos, ni derechos para el Rey, por cualquier hijo de vecino en aquella riquisima Villa y asiento de plata de Carlos V.

Creo que dije el como Mariquita vivia en la calle de las Mantas para tormento de muchos. Si el cajista se equivocase poniendo *machos*, quizá no andaría descaminado porque no eran pocos los que la rondaban y daban músicas, ni pocos los que acudian á su casita tibia, cómoda, oliente á gloria, en la tarde y á veces en la prima noche, ya á tomar las once, es decir, las once letras de la palabra aguardiente, con biscotelas, plantillas y suspiros, ya el chocolate de Yungas con canela ó vainilla y con bollitos de las monjas y manteca de

Mochará, ya en fin, los buñuelos, marmeladas, confituras y acaramelados exquisitos, con ración de agua cristalina en escudillas de barro de Mondragón; de ese barro que regala el olfato y da impulso y ganas de morder el vaso con verdadera concupiscencia.

Los mas constantes al parecer muy amigos y en realidad sin poder verse, ni tragarse uno á otro, eran el bueno del corregidor don Juan del Pino, el cura y vicario de la Matriz, docto hasta donde éranlo entonces los doctos, y muy cuidadoso de su robusta personita, y el Alcalde Mayor de la Villa Imperial, Veinticuatro de Sevilla, licenciado Roque de Pedrorena, señorón muy indiscreto, pagadísimo de sí propio y orgulloso de sus pergaminos y de su valimento en la real Corte.

Al encontrarse todos los días á la misma hora, dábanse cordialmente las manos y cada cual decía del otro *in peto*: ya está ahí el mamarracho con sotana y el estantigua del alcalde. O bien:—Cuando cojerán unas tercianas ese del Pino ó del Alcornoque y ese sinvergüenza de Cuernorena. O finalmente:—El mejor día cojo yo al chupacirios por el cogote ó cuelgo al del Pino de otro idem, si dan en ponérseme tan obstinadamente en el camino.

Con todo eso, sentábanse los tres despues de saludar y relamerse con las zalamerías de la Mariquilla, cada día mas fresca, mas tentadora y siempre muy al tanto para mantener vivo el fuego y las ansias en aquellas potencias tripartitas.

Sentábanse en sendos sitiales mullidos, con almohadón en los pies y pebetero de humeantes aromas debajo del asiento, y discurrían sobre esto, aquello y lo de más allá, que no les importaba media higa, sin quitar ojo de la Movediza y de sus ademanes, la cual se reía por cual-

quiera cosa para enseñar los dientes y los oyuelos pícaros y se inclinaba aquí y allá, movediza, para poner en realce y relieve morbideces tales y tan suaves que arrancaban suspiros y causaban mareos, mal disimulados por aquellos benditos de Dios, guardianes de la moral pública y de las buenas costumbres, en la muy leal y licenciosa Imperial Villa.

Si faltarían para tal guisa los maldicientes y los envidiosos! Cómo habían de faltar! De modo que las altas, encopetadas señoronas, las nobles matronas potosinas fortalecidas por los ciervos del Señor, sus confesores, que hacían la olla gorda con el caldo de tales gallinas, perdonado me sea el modo de decir sin intención dañina, empezaron á fomentar la guerra á la alianza tripartita, recelosa y mal unida como toda alianza, y odio, odio sin cuartel á la Marí Anita, á la Marí Anita apetitosa, adornada de entonces con un rosario cada día mayor de sobrenombres, motes y calificativos denigrantes.

Mas la pobrecilla se consolaba cuando yacente la Villa en reposo, entregada al sueño, y despejada la calle de músicas importunas, que la buena moza fingia agradecer con encarecimiento; cuando, hecha la última ronda de alcaldes alguacilados, solo reinaban ya la obscuridad y el silencio, abria ella misma en persona las puertas untadas de aceite en los goznes y recibía, loca de amor, en sus brazos á un gallardo mancebo, fuerte y sin miedo, que murmuraba en su oído: — oh! mi Marí-Ana, mi bien, mi amor, mi cielo!...

Y luego eran felices ambos á dos. Allá ellos! Buen provecho les haga, que hartos penares tiene la vida para

no coger la ocasión por los cabellos y gozar. Y como nadie ha vuelto todavía del viaje final para decirnos lo que hay al otro lado de la losa que nos separa del mundo, bien es rendir tributo al qué dirán las gentes, pero tampoco es malo divertirse por lo que pudiera faltar más adelante, dicho sea con perdón de los Catones inmaculados y de los Arístides justos hasta el ostracismo.

Y el guapo mozo bello como un Apolo, fuerte como un Milón y espadachín eximio, si los hubo, era nada menos que Andana, Diego de Andana, que dió margen al refrán: «que lo arregle Andana» porque tuvo siempre buena traza é ingenio para salvar enredos apretados y vadear torrentes peligrosos.

Para la Movediza era el Andana sus ojos, su vida, su alma. Para Andana atesoraba limpia y turbiamente; por Andana fingía complacencias, zalamerías, liviandades, realizando prodigios de habilidad y de prudencia y, en fin, Andana y Marí-Ana eran un solo y único amor en dos corazones y un solo y único manantial en un paraiso cómodo, abrigado; quizás con serpientes tentadoras, pero sin hoja de parra, ni ángeles custodios blandiendo espadas de fuego vengadoras.

Como superlativo de males, Andana había caído entre ojos, lo mismo al corregidor que al alcalde, y no por sus amores que nadie conocía; pero, sobre componer trovas y dísticos que corrían de boca en boca, divirtiendo á los ociosos á costa de aquellos orondos personajes, apaleaba de continuo á la ronda, cuando se le metia á ésta el pasar y repasar por delante de Maria Ana, retardando la hora de sus complacencias.

Así es que los susodichos personajes se relamieron diciendo para sus gregüescos: «pan de mis alforjas» cuan-

do por sus espías supieron el cómo Andana acababa de ser visto á deshoras en los propios momentos en que daban música de cencerros y rebuznos unos lacayos, por cuenta de sus amas, á la odiosa Movediza, siendo fácil obra el cojerlo á la sazón entre dos varas, vale decir, entre doble fila de varas de alguaciles.

Y así dispusieron como en montería para caza mayor, acudiendo por los extremos opuestos de la encrucijada para cojer el jabalí en callejón sin salida.

«Mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncevalles» ...... Andana se defendió como un león, como media docena de leones, hiriendo, derribando, hundiendo y sacando su tizona tinta en sangre, pero, pero......

«Vinieron los arracenos—y nos molieron á palos—que Dios proteje á los malos—cuando son más que los buenos».

Andana fué vencido, amarrado codo con codo, amordazado, llevado á empujones hasta el calabozo más oscuro de la carcel, bajo indudables síntomas y auspicios próximos de garrote vil ó de colgamiento en horca por mano de verdugo.

Lo que se le ocurre á una mujer no se le ocurre á una legión de demonios, según la poca caritativa palabra de San Pablo, que conocía, como buen sastre, lo que valía el paño.

¿Qué calumnio á San Pablo? No faltaría más sino que calumniase á tan conspicuo sujeto! San Pablo fué antes un ardiente fariseo y de fariseo ardiente, llamado el apuesto Saulo, amó mucho á las hijas del pecado original. Después, ya viejo, convertido al cristianismo y apóstol de las gentes, las llamaba perdición y peligro de los hom-

bres. Ingrato! Pero ello debe ser cosa de la edad, como que la carne ya no gusta cuando no hay muelas con que mascarla. Por eso alguien se preguntaba, al ver en el cuadro de la casta Susana indignada á ésta al encontrarse sorprendida por unos viejos recalcitrantes: ¿se habría indignado lo mismo la Susanita si no hubieran sido viejos?

Pero no hablamos ahora de la Susana, que si fué casta, con su pan se lo coma, sino de la Movediza, la tucumana hechicera. que tenía más ingenio que Lope de Vega Carpio y más audacia que Amadis y los doce pares de Francia.

Pues la chica se echó sobre el rodete un velo que la hacía más guapa y encandilaba en fuego de amor la pupila de sus ojos negros y se fué con su sístole y su diástole en derechura á la iglesia Matriz, á la hora y punto de la misa mayor, oficiada por nuestro amigo el cura, el mismo cura que andaba sin seso, tentada su virtud por el maligno que le echaba continuamente las maravillas de Mari-Anita al rostro.

Verla el tonsurado y correr de punta hacia ella, como la aguja al imán, fué cosa de un segundo.

—No tentéis á Dios, señor cura, que estamos en su casa.

El perdona mis flaquezas, hija mia, pues necesito hablaros á solas; lo necesito como el pan de la vida y no he de lograrlo mientras os tengan en apretado cerco el fastidioso intendente y el insufrible alcalde.

—Y si yo os otorgase la codiciada audiencia ¿qué hariais por mi?

—Todo cuanto quisierais, cuanto valga y pueda, sin preguntar, sin vacilar.

—Pues será poca cosa para vos. Esta misma tarde

me mandaréis á casa las dos excelentes mulas aperadas, que os envidia la Villa entera. No en regalo mio, no; las usaré mañana al alba para ir á Mondragón, propiedad que pienso adquirir y os las devolveré luego. Fingiréis esta noche una indisposición que os privará de ir á mi casa.... No os alarméis, no irá nadie, os lo aseguro, y mañana, mañana, amigo querido, será lo que vos queráis.

Y entornó los ojos y ahogó un suspiro hondo, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Diez minutos después, lanzaba un ¡Ah! haciéndose la encontradiza con el corregidor don Juan del Pino que se daba importancia en la puerta de las Cajas Reales lugar de su habitual despacho matutino.

—Oh! dijo don Juan; mi buena suerte os envía, cruel Anita, porque acecho la ocasión de hablaros sin testigos importunos.

—Lo de cruel no lo entiendo.

—Pues ¿desconocéis mis ansias? Ignoráis que os amo y que sacrificaría hasta el corregimiento y la intendencia por serviros?

—Tanto así, señor don Juan? ¿A qué, si os pruebo, falla el tiro al primer rastrillazo?

—¿Qué os impide probarlo desde luego?

—Sea pues, por vos y será ¡ay! por mí, ya que os empeñáis en enloquecerme.

—Pedid hermosa, que aún no lo habréis dicho del todo, cuando os veréis al punto servida como una reina.

—Sabéis que me odian, que me persiguen, que me insultan, que me amenazan y tengo miedo de lo que podrá venir después.

—Pero aquí estoy yo para protejeros.

Lo se, don Juan, y confío en ello; pero si os com-

plazco, como lo haré, subirá mi temor con la inquietud de mi conciencia y temblaré ante el castigo, si no tengo para cualquier momento una salvaguardia, un documento de franco pase y orden de protección en mi salida y transito por todo el corregimiento.

—Si eso os tranquiliza, veníos, yo os lo daré amplio para vos y los vuestros, so pena de ejemplar castigo á quien osare desobedecerme. Si que lo tendréis. Vaya si lo tendréis!

Y lo tuvo como quiso á su sabor y talante, después de prevenir á Su Excelencia, que se hiciera esa noche el indipuesto para alejar sospechas, pues ella lo imitaría á la siguiente para recibirlo á solas.

Fuése luego hacia el alcalde, astuto de oficio y simple *a nativitate*, y le dijo sin exordios:

—Vos tenéis un empeño conmigo que no aplazaré más, si cumplís hoy con un empeño mío que espero de vos.

—Y ¿qué habrá que no haga por la que tiene en tan apretada cárcel el alma mia?

—Poca cosa para vos. Lo veréis. Ese mozo.... pues, el insolente coplero que alzó armas contra la justicia del rey y espera su merecido castigo, es hijo del misterio: una gran señora, su madre, ha buscado mi valimiento y amistad con vos, para pedirme de rodillas que le concedáis ver á su hijo á solas. Irá conmigo á la prisión encubierta y acompañada con otra mujer, porque no puede caminar sin ayuda; casi es vaeltudinaria la infeliz. Nada arriesgais y lo ganáis todo conmigo; pero, oidlo bien, añadió con un mohín de niña engreída, ha de ser sin que se mezclen alcaides, ni llaveros, gente curiosa, más que para abrir y cerrar puertas, porque ante todo, el secreto de la dama. Vuestra gran sagacidad.. .

—Entendido, entendido! Y qué gano en ello?

—Pues el verme á solas mañana mismo, para lo cual os fingiréis enfermo esta noche y no iréis á mi casa, alejando sospechas. Yo haré lo propio mañana y después del toque de queda, entraréis en aquella morada que será vuestra.... según me saquéis mejor y más cumplidamente de este empeño.

—Y os sacaré ¡voto á bríos! Que no en vano empuño la vara de Alcalde y Justicia mayor de la Villa!....

Al anochecer del mismo día, una silla de manos llevada por dos indios robustos, cantumarcas (1) y seguida de dos damas veladas, y hermosas, á juzgar por el garbo, se detuvo en la puerta de la cárcel del Cabildo. Una de las damas enseñó una orden al alcaide que leyó, se inclinó profundamante, habló con oficiosidad al llavero y abrió paso haciéndose á un lado él mismo; la silla entró por los patios hasta el calabozo en donde Andana maldecía de su suerte, encadenado aún y sujeto con argolla al muro, como los mastines iracundos, prontos á despedazar al forastero.

La dama de la litera salió de ella apenas, en brazos de sus compañeras, y fué sentada en un banco.

El llavero alivió al preso de las esposas y la argolla sin decir palabra, é inclinándose con reverencia, salió entornando tras sí la puerta del calabozo.

Media hora después y con igual trabajo, entraba de nuevo la dama enferma, en la silla de manos y salían todas tres con muestras del mayor dolor, enjugando las

---

(1) Naturales de Cantumarca, pueblo indígena á pocos tiros de ballesta de la Imperial Villa.

la casa de Mari-Anita la Movediza, en donde encontraron también al buen cura, desolado por la burla y por los mulos que vió perdidos para *in eternum.*

La mansión estaba escueta. Nadie en ella. Recorriérola ansiosos y á punto de estallar de ira, de contrariedad y de despecho. Dieron al fin con un pliego puesto adrede á la vista y con sobrescrito en letras



gordas dirigido á los tres citados personajes: Corregidor, Alcalde y Cura Vicario de la Santa Iglesia Matriz.

«Me llevo asegurado vuestro silencio. Con vuestros propios documentos os tengo cogidos: Vos, señor Cura, me proporcionásteis los medios para correr cómodamente; vos señor Alcalde lo preciso y justo para arrebataros de las garras el bien que adoro, y vos, Excelentísimo señor Intendente de la Villa, los medios seguros para salír de ella y ser protegida y amparada en mi cami-

no. Callaréis, no lo dudo, porque os sabría muy mal si llegase á conocerlo de buena tinta el Excelentísimo señor Virrey Don Nicolás del Campo, Marqués de Loreto».

Nunca tan Movediza la tucumanita como al moverse con el tesoro de su corazón, desde la Villa Imperial hasta la gran metrópoli de Santa María de Buenos Aires, en donde se dijo, con todos los barruntos de la verdad, que se había hecho tan real persona casi como la *Perfecta Casada* de fray Luis de León.





DE LA CAZA

> Y en resonando la trompa,
> Relinchan los alazanes
> Y ensordecen los mastines,
> Y graznan los gerifaltes.

En la Imperial Villa hubo caza mayor de vicuñas y guanacos en los altiplanos, cetreria en los valles vecinos y caza menor en las lagunas llenas de patos y *guallatas* y en las laderas pedregosas, cuajadas de vizcachas y conejos de la India.

Tiene mucho de varonil y no poco de noble el ejercicio de la montería, que las costumbres modernas están relegando á la historia de pasados tiempos poéticos.

Decíase de la caza que era un derecho, uno de los naturales, originado por el derecho de propia conservación y originante del de la propiedad.

Constituye también una de las primeras ocupaciones del hombre primitivo y uno de los ejercicios de agilidad, fuerza y previsión ensayado por éste.

Por medio de ese ejercicio se ha hecho el hombre temible á los demás animales, y esto en razón inversa de la civilización de las naciones. «El amor á la

ciencia, á las artes y á las letras, así como las ideas generales y generosas, no pueden asociarse con un placer brutal, ni con una diversión que es sobradas veces opresora».

Más también la civilización le dió cierta grandeza incorporándola entre las altas costumbres de los escogidos y hasta llegó á ser plato que sólo figuraba en banquete de príncipes y señores feudales.

En lo antiguo prosperaba la caza cuando calmaba la guerra. Cerrado el templo de Jano, se abría el de Diana. No podían vivir los pueblos sin el espectáculo de la sangre y el simulacro de los combates.

Roma en la paz era ardientemente cazadora; pero no llegaba á reemplazar un peligro por otro. Apoderábase de su ánimo el ardor de la matanza, y en tiempos de Salustio sólo cazaban ya los esclavos.

A costa de grandes gastos cazábanse leones, elefantes, hienas y cocodrilos, ideando aquí y allí el modo de cogerlos sin herirlos. Tan frecuentes eran las cacerías. que en tiempo de Plinio ya no se veía leones en Europa, y Amiano Marcelino aseguraba que tampoco se encontraban hipopótamos más acá de las cataratas del Nilo.

«Habían llegado á adquirir grande habilidad los que se dedicaban á domesticar fieras, los cuales por medio de amuletos, ó mejor dicho, por medio de hambre, las amansaban y acostumbraban á combates y á juegos, tales como enseñar á los elefantes á lanzar armas, trazar letras con la trompa y caminar en la cuerda; á los peces acudir cuando se les llamaba; á los leones á cazar liebres y á no comerlas, y á las águilas á levantar el vuelo con un niño vivo entre las garras.»

A esta pintura de costumbres de poderío y dominio.

añade Cantú que «Augusto se alababa de haber hecho matar en los anfiteatros 3560 animales, 200 leones fueron muertos por hombres en lucha en los juegos presididos por Germánico. Murieron en otros juegos 9000 fieras regaladas por Tito, habiendo mujeres en el número de los matadores. Adriano y Probo soltaron á modo de salva 1000 fieras y sinnúmero de avestruces y otros animales.»



TODA SUERTE DE CAZA MAYOR Y MENOR

En la época feudal la ballestería, la montería y la cetrería fueron más que grandiosas. Decíase que un duque debía tener y tenía seis pajes para sus galgos, seis para los lebreles, doce subpajes para otros perros, seis gobernadores de criados y seis para perros ingleses.

Vestían aquellos señores una gabardina de pieles de ardilla, casaca corta verde con cinturón de cuero, borceguíes, cuchillo de monte, flechas, arcos, cuerno de marfil colgado de una cadena de oro ó acero bruñido.

Para los Godos, los Logombardos, los Francos Salíos, la mejor montería era la caza del oso y de los jabalíes. Hacían de ella un ejercicio de fuerza y ensayaban las escaramuzas, sorpresas y asechanzas de la guerra. Entre los bárbaros la caza era permitida y libre y lo fué igualmente entre los romanos, hasta que poco á poco fué convirtiéndose en privilegio de príncipes, con severísimas penas para los furtivos y cazadores en vedado.

Dice el historiador italiano, que un obispo de Ansene hizo crucificar á un infeliz que había hecho huir á un pájaro de caza, y Bernabé Visconti obligó á comerse una liebre cruda con piel y huesos, al que la había matado.

«El rico que sin necesidad mataba animales, dictó sangrientas leyes contra el pobre que les daba muerte para saciar el hambre!»

Carlo Magno estuvo á punto de sucumbir en una cacería de búfalos con que quiso agasajar á los embajadores de Persia.

El cristianismo fué siempre, á pesar de obispos y aun papas cazadores, opuesto á esos espectáculos en que hay efusión de sangre, debilitamiento de la sensibilidad, costumbre con la imagen del dolor y con la vista de la muerte violenta.

«Nemrod fué cazador fuerte á los ojos del Señor, que lo reprobó, dice la Sagrada Escritura, y este ejercicio divinizado en la teología pagana, es una ocupación proscrita por Moisés».

El tercer concilio de Trento (1179) prohibió este ejercicio á los obispos, cuando menos durante las visitas á las diócesis.

Sin embargo, San Huberto fué entre los católicos y creyentes el que reemplazó á la Diana de los paganos como patrón de la caza.

En los tiempos de prosperidad de la caza menor por medio de halcones, azores, gerifaltes, gavilanes, los halconeros eran tenidos en mucho y el cuidadado y enseñanza de esos animales ocupaba años enteros de pacienciencia y habilidad. Viajaban los señores y caballeros con sus halcones; eran tenidos como signo de nobleza y alojados con cierto respetuoso homenaje hasta en los templos. Ibase á la guerra con ellos y se daba gracias al Todopoderoso por los triunfos alcanzados, teniéndolos durante los oficios divinos sobre los hombros.

Muchos tratados se han escrito sobre tan vasta materia, pero repútanse como los mejores el de Cetrería de Gonzalez Argote de Molina, y el de Montería de Pedro López de Arguel. Federico II compuso también un extenso tratado de halconería.

Allí están clasificados los halcones altaneros, los horizontales, los de campo y los de río para cazar peces y aves acuáticas; las águilas y su enseñanza para la cacería de zorras, corzos, liebres, etc.

Entre nosotros no son conocidas las leyes prohibitivas para la caza; por lo menos nadie ha hecho caso de ellas ni aun durante el coloniaje.

La cacería de avestruces en las pampas y de gamas en la sierra, no tenía más restricción que la voluntad de los naturales. Las famosas boleadoras hendían el aire y entrecruzándose como en juegos malabares, cogían al enorme bípedo ó derribaban á la inofensiva bestia cuadrúpeda, con una destreza admirable.

Los salvajes tiran, hasta obscurecer por completo á Guillermo Tell, la flecha y á David la honda. Cazan al vuelo los pájaros y al escape las vizcachas y conejos, y no es raro que las derriben como el rayo á pedradas.

Los burgueses cazan menos poéticamente mediante

Resistencia inútil; el país entero estaba conflagrado y así lo comprendió Mitre, invitado á mantener su puesto por los revolucionarios. No era el aventurero que sirve á cualquier señor; habia servido al poder constituido de un país que acogía con cariño á los argentinos, combatió dentro de sus ideales de patriota y de republicano; pero no deseaba mezclarse en asuntos de política interna.

A pesar de esto Belzu ordenó su prisión y su ex-



INDIOS AIMARAES

trañamiento como peligroso á la revolución, y tanto, que no bastó la custodia de un piquete de caballería, sino que, como el mismo lo dice en el autógrafo ya citado, fueron también con él «treinta indios quichuas y aimaraes, armados de las antiguas macanas incásicas».

En esta ocasión subía la cuesta de las amplias zetas hasta el alto, con nuevas amarguras en el corazón, pero no menos bríos en el ánimo. Dejó espada, pluma y plectro, y se entregó á sus aficiones de investigador, arqueó-



Isabel Rosa, Rosa de Santa María, Rosa de Lima, Patrona de América. (1)

«Rosa son tus mejillas,
tus labios rosa, y rosa tus
alientos y tu alma rosa».



RECORDEMOS. Evocar lo pasado es leer el más interesante de los libros sin las barreras del tiempo ni del espacio.

A fines del siglo XIV nació en Lima una criatura angelical, hija de padres españoles, no pobres; pero con menos hacienda que santo temor de Dios.

No era esto extraño. El mundo entero estaba absolutamente preocupado con eso, porque así es el mundo, no puede vivir sin preocupaciones de un linaje ú otro.

A los paganos sensuales reemplazaron los cristianos ascetas, á éstos, la iglesia y los Santos Padres, los Papas y su poder omnímodo. Nacieron el cilicio, los ayunos, el menosprecio del mundo. Se aprisionó la castidad entre altos muros. Cundió la mortificación corporal como una epidemia, y el que no se marchaba como Antonio á la Tebaida, ansiaba por hacerlo, repitiendo como la mística Teresa:

(1) Durante muchos años se ha sostenido que Rosa, era natural de Porco, es decir potosina. Justo es darle lugar en este sitio.

defensa de los pueblos del Alto Perú en la grandiosa guerra de la independencia.

El jubileo del general Mitre tiene, pues, por celebrantes entusiastas á todos los pueblos que se extienden más allá de la Quiaca, hasta el famoso Desaguadero que él pasó en barcas indias y repasó con escolta de vástagos de la noble raza incásica. En la historia de esos ochenta años cumplidos hoy, hay algo único, exclusivo y propio del general Mitre.—¡Que gran centenario si su admirable fortaleza física y moral le permitiese vivir aún los veinte años restantes!...



y nido de los amores de romance, bajo los misterios del manto y la basquiña.

— · — —

Nació ese suave capullito del Rimac cuando luchaban por igual el terror y la licencia, desde el ancho palacio del virrey con sus puertas de escape y sus trampas, hasta los barrios bajos de la ciudad en que vivían muy alegremente los hijos del Congo y la Nigricia, y la abundante pintoresca variedad de tipos desde la apretada sortija, hasta la ondeada cabellera corta y esponjosa, marco de rostros pálidos, obscuros, con ojos admirables y carnudos labios violáceos de una voluptuosidad *sui generis.*

Decían los poetas místicos que una rosada claridad se extendió en el diáfano azul, haciendo exclamar á los videntes: «algún arcángel desciende á redimirnos de la dominación del pecado y del enemigo malo».

La tradición y la historia, la leyenda, la fábula, se enlazan admirablemente al referir los rasgos de la vida de esa criatura de Dios, que en la pila bautismal se llamó Isabel, y creciendo en edad, creciendo en belleza y en la frescura de su tez nacarada, llamáronle Rosa y la conocieron por tal y la celebraron además, porque en sus límpidos colores se reflejaba la pureza de su alma y en sus ojos obscuros brillaba la luz de la bienaventuranza.

Hay quien la cree nacida en Porco, jurisdicción de la Villa Imperial del Alto Perú, y aparecida en Lima. En Bolivia píntanla morena, con hermoso tipo de india de pura raza incaica; bella con la belleza de las Ñustas emperatrices, ó de las Ccosas sacerdotisas del Sol é hijas de la Luna. Corónanla de rosas y la elevan sobre

nubes formadas con pétalos blancos sonrosados por el sol poniente.

Pero en Lima se enseña la casa donde nació. Subsiste sin variación la estancia estrecha en que se entregaba á la más dura penitencia. Esta estancia sirve de bóveda al tabernáculo del templo construído en su memoria y que se conserva con el nombre de Santa Rosa de los Padres, porque la rodeaba un convento de religiosos destinados al cuidado de sus reliquias.

Alli están todavía fijos en el muro desconchado, el clavo de donde se colgaba por los cabellos y la silla tosca de brazos, en que pasaba sus horas de éxtasis contemplativo. La piedad y la fe han burlado la vigilancia, y las astillas arrancadas como reliquia, han hecho hondos surcos en los brazos y en el asiento. En una caja preciosa se guardan restos de ese cuerpo glorioso y prendas de vestir y cabellos hermosos á pesar del tiempo.

Esa caja sale en andas, salía al menos cuando conocimos aquella mágica ciudad, en procesión llevada en hombros de bellas vírgenes vestidas de blanco, entre filas de criaturas y mozas que inspiraban todo, menos reverencia y afán de vida ascética y casta continencia.

La imagen de la virgen Isabel la sigue entre mullido piso de flores y nubes de blanco incienso de pebeteros y zahumadores.

La población entera se rejuvenece y regocija; las campanas repican alegría, las músicas halagan con especial timbre el oído, y las muchachas casaderas y las ya casadas, las viudas y las beatas de este y el otro hábito, y los clérigos, los frailes, los magnates y hasta el ejército, siguen haciendo marcha regular á ese séquito en que toma parte todo el mundo, con más cariño que fe, con más fé

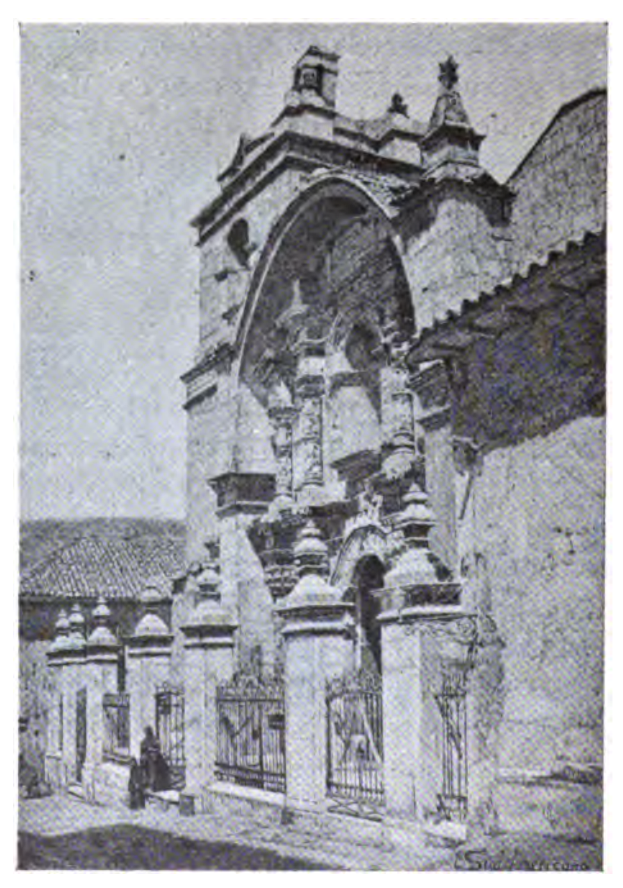
que ganas de imitar las virtudes, sufrimientos y penitencias de Isabel Rosa de Santa María.

Porque en efecto, el Florilegio Santo y sus biógrafos profanos declaran que Isabel odiaba por ascetismo sus colores de rosa y «frotaba con pimienta sus mejillas hasta corroerlas». No podía sufrir que la solicitasen los mancebos apuestos que iban en pos de sus bellísimas prendas reveladas á despecho de su afán de ocultarlas. No quería más que á Dios y sólo pensaba y moría por Dios Nunca se atrevió el demonio que tentó á Cristo, á tentar la cristalina pureza de Isabel, que nació rosa de Alejandría y murió rosa de Jericó, el 24 de Agosto de 1617, á los 31 años de edad. Fué canonizada 60 años después, por Clemente X y la iglesia honra su memoria el 26 y 30 de Agosto.



Bórdanse alrededor de esa hermosa creación seráfi-

visto con indiferencia por más de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad, al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándones de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos, etc. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria... Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía».



Iglesia de N. S. de Loreto.—Después salón de actos de la Universidad. Actualmente sala de sesiones de la Cámara de Diputados cuando el congreso funciona en la Paz Es célebre en la historia por la matanza de prisioneros ilustres que ordenó hacer el Coronel P. Yañez, Jefe de Armas.

Apenas se supieron en Lima y Buenos Aires estos movimientos, dictáronse, las más activas medidas para reprimirlos. Cisneros preparó en Buenos Aires, una expedición contra Chuquisaca bajo las órdenes del ma-



LA SALVADORA

CASO DE EXCOMUNIÓN MAYOR — EL RAPTO DE LAS SABINAS

El fabuloso Potosí pertenecía entonces al Virreinato del Plata, como que los sucesos ocurren en 1808.

Abundaban en aquella tierra los abajeños nombrados según la provincia de su origen: Juan el tucumano, Andrés el salteño, Pedro el Cordobés ó el mendocino, el jujeño, etc.

Decíase de los que habían libado hasta vacilar: este pobre está entre San Juan y Mendoza; obra de los aguardientes que en gran cantidad importaban á aquel mercado exuberante los cuyanos.

Y no era chico el valimiento de aquellos comúnmente llamados los «gauchitos», como que eran buenos mozos, jinetes como centauros, enamoradizos de suyo y muy rumbosos. De manera que las muchachas los aceptaban y preferían á despecho de los españoles, siempre orgullosos como señores que se creían del suelo y de sus gentes.

Hemos contemplado respetuosamente aquel campo de heroísmo. Pero desgraciadamente el funesto Goyeneche cayó sobre aquellos valientes y los derrotó completamente con la disciplina y los abrumó con el número en la batalla de Sipe-Sipe el 21 de Agosto de 1811.



VISTA PARCIAL DE COCHABAMBA



Entre tanto la Villa Imperial de Potosí se sentía movida por un espíritu nuevo. En medio de sus costumbres aristocráticas y de su tradición realista, había algo que la impulsaba hacia una nueva vida. Abrumábala el despotismo excluyente de los castellanos y soñaba con la libertad y el dominio propio, pero no temía menos á los revolucionarios que cometieron el error de mezclar en el movimiento patriota ya iniciado, ideas radicales en religión, ensombrecidas por el horror, entre la buena gente, á las sociedades secretas condena-

nero y la mujer, que lo sabía, tenía siempre el alma en un hilo y sus nervios bailaban á la continua el histerismo agudo con todas sus variaciones.

Así fué como, evitando la horca y á la vez buscando mejores aires para la enferma, resolvió el matrimonio trasladarse al Nuevo Mundo y dar con su humanidad y algunas mercancías empaquetadas bajo guía limpia, en la opulenta, misteriosa y un tanto cuanto libre en sus costumbres semi-orientales, Villa Imperial de Potosí.

Allí abrieron tienda, trabaron relaciones, cultivaron amistades y medraron los esposos, mientras se ponía cada día más guapaza la muchacha Salvadora, fruto ópimo, sazonado y apetitoso de aquel legítimo ayuntamiento.

Claro está que habían de quererla á rabiar, especialmente don Mendo, que contemplándola se quedaba las horas muertas y festejaba todas sus gracias subidillas de punto y aún á veces de punto y coma.

En vano doña Consuelo le decía:

—Mira, Mendete, que la chica se nos propasa.

—Pero, vamos al decir, ¿en qué se nos propasa?

—En qué y cómo, yo no sabré explicártelo; pero se hace demasiado fresca, como si dijéramos liberal ó cosa así.

—¡Pisch! Lo de fresca lo debe á su buena salud y á sus robusteces de buena moza, y en lo de liberal, es hija legítima de su padre. Bien sabes tú que fuí comunero de los ardientes y que....

—¡Calla, Mendo, por Dios! ¡y no recuerdes cosas funestas! Yo te digo que la Salvadora necesita mucho cuidado.

—Pues cúidala tú, que para eso eres su madre.

tino vencedor en Suipacha, á las órdenes de Castelli á la sazón delegado de la Junta de Gobierno de Buenos Aires, ahogó en absoluto toda idea de reacción en los elementos conservadores.

Por desgracia Castelli no fué prudente como Díaz Velez, ni magnánimo como Belgrano. Su radicalismo y sus violencias, alejaron á la causa patriótica poderosas simpatías y ocasionaron despues desastres lamentables, como la matanza de argentinos y potosinos el 5 y 6 de Agosto de 1811.

Pocos días despues de los sucesos rápidamente relatados, sacaron de su prisión al ex-Gobernador Paula Sanz y lo fusilaron sin juicio, ni razón, ni disculpa, en unión del presidente. Nieto, de quien hablamos antes y del general Córdova.

Potosí se vistió de luto ese día y no aceptó en modo alguno tan inútil medida.

*
* *

Pocos meses despues el ejército de Castelli sufría un completo desastre en Huaqui, frontera alto peruana, á consecuencia de una acción poco caballeresca de Goyeneche general en jefe de los realistas.

Pero éste vencedor, en los pasados combates, no logró con sus triunfos asegurar la tranquilidad en los territorios que ocupaba, y mientras se dirigía á Potosí con el fin de ahogar todo gérmen de subversión criolla, y pasar luego á pacificar las provincias del Río de la Plata en donde imperaba la revolución y se alimentaba el foco de los incendios patrióticos, sucedía que la sublevación estallaba de nuevo más ardorosa á sus espaldas, precisamente para impedir que realizase el plan de subyugar

Y era el tal Gobernador Intendente el muy distinguido, aunque quisquilloso señor don Francisco Paula Sanz, que se decía de estirpe regia, último de los de su clase, digo, de la clase de Gobernador, derrocado luego por la revolución del año 10 y fusilado por su excesiva adhesión al rey.

Lo que no ocurría en la metrópoli española, ocurría en la colonia. Había de todo en la Villa: de árabe, de griego, de egipcio, de romano y hasta algo de francés del tiempo de Luis XV. Bullía aquella tierra llena de nobles, de ricos, de aventureros, de perdonavidas y de matachines.

A la vez influían grandemente los frailes. Como había de canonizarse en Italia á uno de la familia para realzar la nobleza, así en la Villa había de cantar misa algún hijo, sobrino ó deudo para honrar el solar.

Por ello ni quedaba manzana sin iglesia, ni casa de valer sin oratorio ó capilla, ni familia sin presbítero, ni fiesta, aún profana, en donde no hubiera un cura rotondo y regocijado, ó un capellán pulquérrimo y oliente á benjuí, ó un cleriguillo elegante, y decidor como los abates de la Regencia en la tierra de San Luis.

Solía suceder en las reuniones familiares, cuando las cabezas perdían su nivel racional, lo que era práctica, y sonaban las arpas y las guitarras en acordes entusiastas danzas de la tierra y zarandeos alegres, solía suceder, digo, que despojasen las muchachas, quieras que no, de sus talares vestes, á los abates preparados al evento, con chaquetas de seda y alamares de lo propio, calzón de punto, ricas medias y zapatos con hebilla de oro, y palmoteando alborozadas, los obligaran á

ritu varonil, ocupaban los puestos de combate al lado de sus maridos y de sus hijos y hermanos, alentandolos con la palabra y con el ejemplo, y cuando llegó el momento, pelearon también y supieron morir por su causa» (1).

Desgraciadamente la victoria no coronó tan heróicos esfuerzos; pero tampoco consiguió extinguir el fuego re-



volucionario ni desalentar la ardiente aspiración de los vencedores de Aroma.



«Tres ejércitos argentinos, dice el general Mitre, llevaron sucesivamente al Alto Perú, sus armas, obteniendo un triunfo, sufriendo cuatro derrotas y evacuándolo vencidos por tres veces consecutivas».

Y luego tributa á aquel país, este rasgo de merecida justicia.

(1) Mitre, Urcullo, Cortés y Muñoz Cabrera.

mido, trovador, intrigantuelo, que hacía hablar al clavicordio, y cantando obscurecía á los cisnes. (Parece que entonces cantaban los cisnes: el progreso moderno ha abolido hoy esa costumbre). Bello, cantor, poeta y cura. Lo suficiente y sobrado para tener gran partido entre las muchachas casquivanas y especialmente cerca de nuestra mozota la Salvadora, que estaba hecha un manantial de efluvios voluptuosos aspirados á pulmón lleno y narices abiertas, por los mozos más apuestos de la Villa.

Pepito Ortiz se daba á los mil demonios con el curita y torcía el gesto al mirarlo cerca de la Salvadora, como diciendo: El mejor día te clavo, gran monigote, contra la pared como á los muciélagos.

Y ese día llegó y para mal de todos, en plena iglesia del Cármen y en plena festividad de la Virgen Santísima, cuando las naves rebosaban de gente, los cirios y las bujías tachonábanlo de estrellas y el incienso, su biendo en espirales, daba á los ámbitos olor de gloria celestial.

A la entrada de la sacristía, la Salvadora y otras mozas garridas repartían escapularios del Carmelo perfumados y bordados de mano maestra, entre lo más encumbradito de la Villa.

Seguro de no ser observado, ni dejar á ninguno á sus espaldas, fuése llegando Urquijo, revestido de riquísima sobrepelliz de encaje, hacia la Salvadora, apretada por sus cofrades delante de una barandilla *ad hoc* que la separaba del público y alentado por su propia audacia, logró pasar un brazo alrededor de su cintura y estrecharla fuertemente contra su pecho, al mismo tiempo que resonaba robusta y llena una bofetada, caía el curita cuán largo era en el suelo y se veía á Pepito Ortiz, aun demudado y hosco, ganar el portillo que daba á la plazoleta de Santa Teresa.

de haber concurrido á las batallas de Tucumán y Salta. Tuvo 4.000 hombres á sus órdenes. Venció á los españoles en Presto y otros lugares y fué vencido en la Laguna.

Acompañábalo en sus correrías su esposa doña Juana Azurduy valerosa é influyente en el pueblo por sus hazañas y de quien un historiador dice:



DOÑA JUANA AZURDUY DE PADILLA

«Esta heroina nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un convento, casada con Padilla á los 24 años, de gallarda presencia, rostro hermoso y tan valiente como virtuosa, contaba en aquella época 35 años de edad En los combates vestía una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero ribete de adornos de plata y plumas blancas y celestes».

En Ayopaya hizóse famoso el terrible guerrillero José Miguel Lanza.

En Santa Cruz de la Sierra era el caudillo el coronel ›n Ignacio Warnes, hijo de argentina y de inglés.

Don Francisco de Paula trinaba como un condenado al ver la consternación y el alboroto producidos en la levantisca Villa de su digno mando.

Primeramente encerró al curita Urquijo, con su moflete hinchado y su ojo amoratado, en una celda de los padres juandedianos, bajo rigurosa incomunicación y á dieta; luego echó á toda la jauría de sabuesos y lebreles en pos de Pepito, que no parecía sino que se lo hubiese tragado la tierra, y luego llamó al vicario eclesiástico, y contra sus alegatos y sus distinguendos canónicos, le notificó que abreviase el entredicho de la iglesia, cesase en las plegarias, gazmoñerías de campanas y agua bendita y devolviese la tranquilidad al vecindario potosino, so pena de suspensión de congruas, diezmos y otras regalías que dependían del real tesoro de su majestad católica.

Y como viese que eso no levantaba el atribulado espíritu de los creyentes, sobrexcitados por la frailería abundante entonces en ejemplares robustos, cogotudos y ahitos de manjares y buen vino, acudió al remedio supremo, ordenando que á comenzar del día 2 de Agosto, conmemoración de la Porciúncula, se corrieran dos dias de toros y dos de cañas y sortija, en desagravio de Dios, después de la misa y del sermón á que concurrirían las autoridades y funcionarios reales y los síndicos y alcaldes del ayuntamiento.

¡Cuánta gente, santo Dios! en la plaza del Regocijo que hacia ya veces de mercado de frutos y de víveres!

Los tablados en gradería hallábanse materialmente cuajados de gente, y en las galerías y tribunas, colgadas de vistosas telas y adornos de vivos colores, se veía á lo

más rico y ostentoso de la villa, luciendo lujosos trajes y joyas de inestimable precio.

En una de esas abiertas galerias parecían reunidas adrede, ocupando fila delantera, cinco lindas muchachas, teniendo en el centro á la Salvadora, aún más hermosa, fresca y provocativa que antes del fracaso que la puso en el trono del favor público.

Y la fiesta transcurría y corrían los jinetes y acertaban ó erraban al aro y reía la gente ó batía palmas y sonaban las músicas alegremente.

Prodújose un intermedio durante el cual los mantenedores y gente de á caballo, dejaron la plaza escueta, para dar reposo á las calgaduras y tomar plácemes y refrescos en las galerías y tribunas.

De pronto sonaron los clarines y se miraron, uno á otro, el gobernador y el alcalde mayor, suponiendo cada cual que el otro fuese autor de alguna improvisación. Y junto con el sonar de las trompetas, se abrieron las dos puertas opuestas del palenque y entraron por cada una hasta una veintena de caballeros enmascarados y armados de espadas y pistoletes que, recorriendo la plaza al trote y después de saludar ceremoniosamente á Su Excelencia y Su Señoría, se agruparon hacia la galería de la Salvadora en dos filas, la una con frente al palenque y la otra con frente á las muchachas escogidas.

¡Qué audacia! lector. ¡Qué audacia tan mayúscula!... Antes de que ninguno se diera cuenta de lo que pasaba, juntáronse en escuadrón los caballeros sable en mano y partieron al escape, dejando estupefactos á todos y consternados y locos á los padres de las cinco chicas llevadas sobre el arzón de la montura por aquellos hijos del viento y de la tempestad.

El único que dicen dejó caer el antifaz, fué el bueno

de Pepito Ortiz. El picaronazo se llevaba á la Salvadora al parecer muy á gusto suyo y del demonio que inspiró sin duda á los *abajeños* y criollos, el audaz golpe de mano que cuenta la tradición potosina, de la cual yo no soy más que el eco.



Doctor Andrés S. Muñoz

Desempeña actualmente el doble cargo de Prefecto y Comandante General del Departamento de Oruro, uno de los más importantes de la república y en breve, el centro de la red de lineas ferreas que establecerá Bolivia y de todo género de transacciones, comerciales y de las industrias agricola y minera.



Antes fué Ministro de Instrucción Pública y de Fomento, poniendo en ese puesto en relieve sus cualidades de organizador é inteligente iniciador de útiles reformas en la enseñanza.

A esa elevada gerarquía lo había llevado el conocimiento de inestimables cualidades administrativas ventajosamente manifestadas en la difícil misión de Delegado Nacional en los territorios del Acre y del Purus, que desempeñó después de reconquistar material y moralmente aquellos territorios apartados de la masa del país, por el desierto, subyugados por la industria clandestina al amparo de la venalidad de ciertos gobernantes brasileños y asiento de una portentosa riqueza defendida por la esfinge de las pestes, las fieras y las privaciones sin cuento.

El doctor Muñoz salió de aquel país encantado, sano de cuerpo y limpio de honra, habiendo administrado con amplias facultades, grandes

sumas de dinero. Mérito es éste que unido al de alcanzar universal popularidad y confianza en puesto tan lleno de asperezas, revela no comunes cualidades en un funcionario público, y gran corazón en el hombre.

Esto último había sido ya en dos ocasiones comprobado: durante las campañas del Pacífico en Chorrillos y Miraflores, en donde sirvió como aprovechado estudiante de medicina en las ambulancias, y la campaña revolucionaria de Bolivia bajo Pando, en la cual el doctor Muñoz ejerció con tino y acierto el cargo de Cirujano Mayor del ejército y Jefe del Hospital Militar que le seguió hasta el triunfo definitivo.

Corta es y muy honrosa la carrera pública del doctor Muñoz, que aún es joven y la hará seguramente mucho más nutrida, dados sus prestigios, amor al país, su inteligencia y su incomparable modestia republicana.



SAN JUAN BAUTISTA

HISTORIA Y CUENTO A PROPÓSITO DEL DIA

Y era el día de San Juan y había amanecido fresco, muy fresco, como el tercero del invierno, sin impedir por eso que el pueblo tomase el aspecto de los grandes días, festejando su propio nombre y el de la advocación de su iglesia, verdadera paloma blanca surgiendo entre el matizado verde de la colina que le daba abrigado respaldo, cortada en línea ondulosa por el azul del infinito.

Desde los lindes del valle, allá en donde el manso arroyo junta sus aguas con el espumoso torrente, y en donde el horizonte despejado de la fronda boscosa de los huertos, deja espacio á la mirada, se divisaban las torrecillas coronadas por cruces y adornadas en el campanario por banderas y festones de ramas frescas.

El humo que en espirales se disipaba en el espacio, denunciaba los hogares perdidos entre coposos árboles, y en el aire se confundían los lejanos redobles, de las cajas rústicas ensayadas al colgarlas de cintas, los ecos

El general campechano y bueno en el fondo, acababa siempre por reirse.

Antes de este admirable y simpático personaje, jefe de una respetable familia entroncada con los Alba de ilustre abolengo, gobernó á Potosí un curiosísimo y excelente sujeto, de corte, figura y manera aristocráticas, para quien no había en el vestir, más moda que su capricho y sus costumbres que formaban su propia naturaleza.

Llamábase don Manuel Ayala á secas, y era uno de esos varones que nacen antiguos. Nadie se acordaba de haberlo visto nunca joven.

De baja estatura y muy bien conformado, (lo estoy viendo, ahora mismo). Su cara reluciente, rasurada siempre y aguda, en la cual brillaban dos ojos llenos de travesura y se fruncía en las comisuras una boca llena de malicia. Parecía una figurita de *biscuit* hecha para adorno de mesa en cualquiera mansión de lujo, pues su traje estaba en armonía con su rostro regocijado y fácil á la risa:

Sombrero cónico con faldas planas y ancha toquilla de cinta alrededor de la copa. Algo como un casacón de color violeta ó glauco oscuro, con volante y solapas que formaban peto. Calzón corto, medias de seda y zapatos de lustre con hebillas de plata. El chaleco extenso, ostentoso, bordado en matiz con cuidadoso esmero y pendientes por debajo de él á ambos costados, dijes y monedas, curiosidades artísticas y doble reloj en los bolsillos con siete tapas de guarda polvo cada uno.

En una de las faltriqueras posteriores con solapa tapadera, guardaba la caja de oro colmada de rapé bien oliente y en la otra el moquero ámplio de damasco á flores vivas y oliente á benjuí, almendrado de las monjitas llamadas Remedios de Santa Mónica.

A orillas del Jordán, predicaba el hijo de Zacarías diciendo: «Yo en verdad os bautizo con agua á fin de excitaros á la penitencia; pero está para venir otro más poderoso que yo, al cual no soy yo digno de desatar la correa de las sandalias: él os bautizará con el Espíritu Santo. La ley fué dada por Moisés, más la gracia y la verdad serán traídas por el que es el Divino Verbo».

Juan, hijo de un casto matrimonio y pariente de Jesús Nazaret, fué inspirado desde la infancia. Represéntasele de niño ceñida su sien de celeste nimbo, cruzado por una banda el pecho y llevando el lábaro de la redención en la diestra mano. Santificó ya hombre, primero las orillas del Jordán predicando con palabras de profeta la penitencia, y luego sus aguas, bautizando con ellas á Cristo. Allí se vió el resplandor de la gloria y la armonía maravillosa de los cielos abiertos, mientras la voz de Dios dijo estremeciendo el mundo: «Este es mi hijo querido en quien he puesto todas mis complacencias».



Reinaba en Galilea como tetrarca nombrado por Augusto, el famoso hijo de Herodes el Grande, llamado Herodes Antipas ó Antipater, que construyó en honor de Tiberio la ciudad de Tiberiada en las risueñas orillas del lago de Genezareth.

Vencedor de Agripa á quien Calígula había nombrado rey de los judíos, creyóse poderoso lo bastante para alcanzarlo todo, hasta el amor de su cuñada Herodías, esposa de Herodes Felipe, el cual vióse obligado á cederla no obstante la fascinación que sobre él ejercía la hermosura de aquélla.

Del matrimonio de Felipe y Herodías, había nacido

dó en el palacio con variado acopio de viandas y licores.

Era él, seguido de unos pocos funcionarios viejos y de vecinos notables, quien inauguraba el juego de carnaval. Para el caso llevaba vistoso bordado con algo que fué oro en mejores tiempos y que lo usaba adrede para no inspirar respeto á los [illegible]. Un gran levitón militar abrochado hasta el cuello y en las bandas faltriqueras, polvos blancos y polvos rosa bien calientes y con bolsas á propósito para blanquear graciosamente el rostro de las damas. Seguía la banda de música de los cívicos llamada de [illegible] «arrastra muertos», tocando á rompe cobres y parches el entusiasta carnaval potosino y un mundo de gentes que se quedaban en las puertas de las casas, mientras el general jugaba al embadurnamiento recíproco ó comía ó bailaba, pañuelo en mano, con las viejas y las jóvenes, con las pobres y las ricas, con las aristocráticas y las humildes y pedía suspensión de hostilidades para tomar dulces, mistelas, frutas, en medio del alboroto general que se comunicaba al pueblo.

Recuérdase también á dos prefectos obreros, don José María Valda y don Melchor Urquidi.

El primero redificó el atrio de la iglesia Matriz, el colegio Pichincha, el obelisco conmemorativo de la plaza, convirtiéndolo en esbelta columna de la libertad, la graciosa arcada que rodea á esta columna y muchas obras secundarias. Pero sea adulación de los sobreestantes, ó disposición propia de él, no había sitio,, enverjado, pedestal ó muro que hubiese él tocado, sin el indispensable: esto, aquello ó lo otro, se hizo siendo prefecto el doctor José María Valda.»

Lo que dió lugar á muchos epígramas incisivos del

bría sus hombros nacarados y alzando la túnica más alta que las redondas rodillas, comenzó el baile por grados más y más provocativos de lascivia, yendo á caer en estudiada diabólica apostura á los pies del tetrarca estremecido.

—Pide, pide, hermosa lo que viniese á tus ansias, que desde luego lo tienes otorgado.

—¿Aunque mi demanda te origine la guerra?

—¡Está dicho y concedido, pues quien roba al rey el reposo, nada puede pedir que no sea dado!

Salomé cambió una significativa mirada con Herodías y pidio la cabeza de Juan el hijo de Zacarías, que se había permitido reprochar á Herodías su liviandad y sus incestos.

A su vez el rey dijo dos palabras al jefe de los sayones, y cuando cena y baile tocaban á su término y la embriaguez daba las primeras señales del desorden, apareció el jefe de los sayones y ofreció al rey, puesto de rodillas, un gran azafate de plata cubierto con un paño. . . . . . .

Herodías alzó en medio de la curiosidad que agrupara á todos, el paño que cubría el azafate y apareció la cabeza de Juan degollado, manando todavía sangre.

La orgía concluyó con una escena de terror mudo y de siniestros presagios de exterminio.



¡Han transcurrido veinte siglos y Juan ocupa los altares y triunfa en todo el orbe católico. . !

Volviendo ahora á nuestros comienzos. El pueblo estaba de lleno en la fiesta del Bautista. Después de los primeros repiques de campanas coreados por los petar-

dos, la gente moza, adueñada de los arroyos y las fuentes con vasijas de todo linaje en las manos, se bañaba de lo lindo arrojándose los unos á los otros el agua casi helada, pero de ninguna manera nociva, antes bien provechosa, por que la bendice San Juan en memoria del bautismo de su primo hermano Jesús, hijo de María Santísima.

La noche anterior había ardido la colina entera, incendiado el pasto en honor del Santo que lo devuelve, luego en la primavera, más verde y más lozano, para solaz y esparcimiento de pastores y nutrición de ganados, que en poco tiempo cogen carnes y alcanzan tanta grasa como pesan y tanta lana que no hay temor ninguno de que salga trasquilado quien vaya por ella.

Gran parte de los mozos casaderos se llaman Juan ó Juana y en ese gran día caen unos y otros en la red del matrimonio como San Juan á 24.

En el sermón del día, el padre cura ponderando las excelencias del Santo, ha dicho que da á las aguas del lugar la virtud de limpiar las manchas de la conciencia, especialmente si provienen de pecados inducidos por el tercero de los enemigos del alma, á condición de que las culpadas lleven consigo una vela y la dejen encendida entre las innumerables candilejas de la peana. Al obscurecer pueden contarse tantas velas como mozas hay en el pueblo, menos tres ó cuatro, que sirven para tranquilizar á novios y esposos, creyendo cada cual que la suya es una de las raras excepciones, tanto es fácil adjudicarse lo más favorable en los repartos.

***

Juanita era una muchacha fresca y bien oliente. Decían de sus ojos obscuros y de sus labios rojos *mil lin-*

dezas los enamorados, que eran no pocos, por que además Juanita era hija del molinero más rico de la comarca.

Juanita languidecía, perdiendo carnes. Ni jugaba al San Juan, ni apetecía el baile de los domingos y de las fiestas en la plaza, ni gozaba gran cosa con los Juanes galoneados que le hacía mamá, ni con los zarcillos de perlas que le traía su padre de las ferias, ni, en fin, retozaba con las amigas zangolotinas y sabrosas como melocotones, y lo que es peor, no iba en las cuaresmas á recordar en el atrio con sus compañeras y el teniente cura la doctrina para confesar y comulgar por Pascua Florida.

Amaba á otro Juan, que no era el de las Viñas, porque no las tuvo nunca, ni en pintura; pero tampoco era ningún Juan Lanas, sino al contrario, muchacho listo servicial y buen mozo, en fin, lo mejorcito del pueblo para tirar la barra, techar un solar ó amansar borricos redomones.

Porfiaba Juan y Juana se enternecía casi, casi, hasta darle el *sí* y buscar al cura: pero luego la chica se ponía colorada, bajaba la cabeza y moviéndola de un lado para otro como quien da espuma con el molinillo al chocolate, contestaba *no* y echaba á correr desmelenada.

En vano rastreaban la causa los padres de ambos Juanes. La chica no soltaba prendas ni salía de su paso. Pensaron en hablar seriamente al señor cura y rogarle hiciera modo de sacar algo en limpio, induciéndola á sacar de cuitas al pobre Juan que de la pena no hacía sino aglomerar borricadas.

Encerróse un día con Juanita el padre cura en el prebisterio, y hala, hala, hala, se compuso de tal modo, que no solamente le arrancó bajo confesión el secreto de

sus penas, sinó que logró inspirarle alientos y le dió valor para darle á Juan el *sí* que con tanto tesón hubo deseado.

Con grande pompa y abundante *gaudeamus* se celebraron las bodas en la víspera misma del santo patrono del pueblo. Juana, pálida y preocupada, pareció desfallecer durante los desposorios, á pesar de las miradas avizoras del cura que procuraban alentarla.

Nada se dijo en el pueblo de la noche de novios. Todos los convidados bebieron como mosquitos y durmieron como lirones. Al siguiente día, justamente el de la fiesta, casi todas las mozas y casadas llevarón ocultamente su vela al Santo. Juanita, radiante de alegría, llevaba también oculto bajo la mantilla un candelabro con cinco luces, el cual, colocado en la peana del Santo, parecía haber aliviado á Juanita del peso de una montaña enorme.





LA MANSIÓN CELESTIAL

CUENTO

Para variar un poco

SAN Pedro amaneció ese dia con un humor de todos los demonios. La noche había sido de tempestad deshecha en el mundo y el augusto conserje no había podido cerrar un ojo porque el huracan batía con estruendo en las ventanas de la portería y se colaba gimiendo por las rendijas del viejo portalón celestial.

Harto del ambiente tranquilo, apacible, monótono del empíreo, había sacado su banco fuera de la puerta y después de aplicarse á las sienes dos rebanadas de patata fresca para conjurar la jaqueca, se sentó á tomar el cefirillo mundano, esperando la primera ocasión para descargar su disgusto. ¡Ay de la persona que asomara allí sus narices espirituales!....

A poco apareció un mensajerillo de los de chapa en gorra y buzón de cuero en la cintura—Burrrr!....bramó San Pedro. Al chico no se le daba de ello una higa.

Alargó un papel plegado en cuatro y engomado por uno de sus extremos dejando á la vista: «Correos y telégrafos nacionales» y exigió la firma al destinatario en un papelito adjunto al despacho.

—Firma, ¡eh! ¿conqué, firmitas tenemos? Pues, no he de llevar encima el recado de escribir.—He aqui un lápiz: y le alargaba uno el rapazuelo. Un lápiz! un lápiz y San Pedro se rascaba la punta de la nariz con impaciencia....... ¡Ahí va eso y largarse, breve! El buen anciano había puesto en el papelito un garrapato y volvía el rostro á un lado rojo de vergüenza al verse él, ex-pontífice, primera piedra de la Iglesia y conserje mayor del cielo, más ignorante que un mensajerillo de tres al cuarto. Era Pedro analfabeto, y es claro; cuando él vivía en Galilea y pescaba en el Genezaret con el nombre de Simón, no había aún en esos trigos de Herodes un consejo nacional de educación, ni hubo escuelas graduadas, ni había nacido la cartilla. Asi que el saber escribir entonces era como saber dirigir globos en nuestros dias.

Un padre domínico con la capucha á guisa de mochila y las manos cogidas por atrás en la cintura, paseaba por las inmediaciones, su fastidio. Vióle Pedro y llamándole por señas: vea su paternidad, le dijo, si descifra eso, que yo tengo jaqueca y olvidé los espejuelos en casa. El domínico leyó de corrido: «Prensa—asociada—pide—augusto— portero — celestial—se preste—*interview*—reporter—que irá luego—permitiendo—fotógrafo—empresa— sacar —instantáneas — grupos—enfocando—á ilustre—portero—salud—Presidente.»

—Dios se lo pague padre; y metiendo el despacho en el cinturón, murmuraba volviendo á su banco: pueden ir á enfocar á su abuela ¿se ha visto insolencia?....

No; lo que es fotógrafos, no me entran aquí. ¡Vayan al infierno!.. En cuanto al *reporter*.. al *reporter* fuerza será dejarlo pasar, no digan por allá las gentes que estamos en el cielo tan atrasados que ni aún sabemos contestar á un..qué..á un inter..inter..view— Al diablo con los *interwies!*

No había hecho más que cambiar en las sienes las rebanadas secas por otras frescas y quemar un haz de palma bendita y romero para purificar la estancia, cuando asomó por allí muy enguantado y peripuesto el *reporter* anunciado.

—¿Tengo la honra de hablar con el señor Pedro, ilustre portero de la corte celestial?

—Yo no sé si soy ilustre ó no soy ilustre; pero portero sí; mas no un portero de los de por allá, que se llama señor Pedro como cualquier gallego ó zapatero de viejo napolitano.

—Perdone Vd., señor, no quise ofenderlo. Como somos allá republicanos y están abolidos los títulos y los tratamientos...

—Ya; lo que está abolida es la buena crianza y el respeto á Dios y se les figura á Vv. que ser republicano y ser grosero todo es uno. Como los títulos son pocos y los santos raros, los republicanos que no pueden ser ni tener ni lo uno ni lo otro, se echan á abolir para que no tenga ninguno más que el común de las gentes. Sí, ya se sabe. Igualar á todo el mundo y hacer de la humanidad una canalla pareja, para que suban los ricos adulados por los republicanos. Valientes sinvergüenzas estais los republicanos.

—Pero, señor, si recordamos.. digo..

—Entiendo; quiere Vd. recordarme que fuí pescador en mi orígen... ya, ya; nunca fuí otra cosa que pesca-

dor, ni aspiré á más, hasta mi martirio en Roma. El feroz Nerón no logró arrancarme la fé, ni obligarme á adjurar mis principios. Pobre fuí y pobre soy: pero ciertas virtudes heróicas, aunque me esté mal el decirlo, que para vosotros son cosa desconocida, porque sois hasta incapaces de sospecharlas, me elevaron después de mi muerte al trono pontificio y al altar de la santidad hasta erigirme magníficos templos, que ninguna ley humana de todas las repúblicas, lo mismo la fantástica del Transvaal que es el ratón de oro, que la vieja Suiza que es la vaca de los quesos, y los Estados Unidos anglosajones que son la ballena ó el mastodonte de cuanto el diablo inventó, lograrán quitarme el título de santo que lo tengo bien ganado, y no en guerra civil, ni en el quita y pone de gobernantes, ni en comicios de electores libres llevados á lazo como potros cerriles!..—

Como estos inocentes desahoguillos fuesen disminuyendo el mal humor de nuestro excelente viejo, humanizándose otro poco, cogió por los hombros al *reporter*, lo llevó empujando hacia una gran ventana que abrió de par en par con un gesto, y dijo:

—Mire, jóven incauto: mire por allí ese grupo que toma el sol en el jardin de pámpanos celestiales y pasto espiritual.

—¡Ah! si, ¿esos que parecen niños grandes con caras de bobo y sonrisa beatífica?

—¡No hombre! no; esos son los bienaventurados, generalmente satisfechos de sí mismos y de su mujer, de quien son mansos corderos ó siervos y hasta bueyes. No, al otro lado; esos señores encopetados que reposan en sitiales de nácar y sombra de celajes. Véales la cabezas y las manos, casi todos tienen la señal de la tiara, la corona, la mitra, las llaves, el báculo, el cetro. Mu-

chos reyes, algunos emperadores: pero ningún presidente, ninguno, salvo Washingtón y Sucre que allá se les vé medio cortados como en tierra extraña.

Los presidentes no vienen al cielo y no precisamente por falta de méritos ó de virtudes, sino porque nacen de la muchedumbre y el republicanismo los desnuda cada cuatro, cinco ó seis años del poder y los deja peor de lo que eran antes, pues nadie los mira ni les hace caso.. El único tal vez que logrará entrar por ese concepto en el cielo, será el general Porfirio Diaz, presidente perpetuamente reelegido en Méjico, un vitalicio á quien no se le importa un rábano las *alternabilidades* democráticas, invención del maligno.

En esto, llamaron á la puerta.

—¿Quién vá?

—El fotógrafo de la empresa asociada.

—*Vade retro.* Váyase á enfocar á su abuela ó váyase á Buenos Aires, en donde se enfoca á todo el mundo y en toda hora, posición y necesidad, y dígale á esa asociada ó lo que fuese, que se deje de simplezas, que aqui no necesitamos de clisés, ni iluminados; el clisé será ella que no sirve sino para darse bombo y banquetes á sí misma y...basta, que estamos muy ocupados.. Plaf! y dió con la puerta en las narices del fotógrafo.

Disipada por completo la jaqueca de nuestro viejo amigo, y puesto de buen humor hasta lo espontáneo y comunicativo, apretó una especie de botón diáfano y el cielo empezó á girar como en cinematógrafo. Entonces dijo al *reporter*:

—Joven incauto, puede Vd. quedar ufano de ser el primero y único de los vivos que vé estas cosas. Aquí no entra nadie no siendo en espíritu; á excepción de Jesucristo y la Virgen María, que viven y reinan en cuerpo y alma..

Conque así, vaya preguntando ya que me ha puesto en vena de responder, pero cuidado con las exageraciones y las mentiras al escribir, porque eso es moneda corriente entre *reporters* que hablan, como usted, todos los idiomas menos el suyo.

—¿Quiénes son esos señores tan orondos y frescos como alemanes criados en cervecería?

—Maneras, joven, maneras; esos son los apóstoles, evangelistas y doctores de la iglesia.

—¿Y esas muchachas larguiruchas, desteñidas que se agrupan como carneros y parecen huir desmelenadas y descalzas?

—Esas son las once mil vírgenes; solteronas, las pobres, cloróticas y casi histéricas. ¡Pobrecillas! En seguida viene esa nube que parece de langostas: ¿la ve usted? Pues ahí van tullidos, descarnados, quemados, fritos, descuartízados, molidos: esos son los mártires; llevan, como usted verá, muchas medallas y condecoraciones, pero nunca tienen un cuarto para una propina. Esos idiotas que ve usted luego, escuálidos, en los huesos y con la cara y las manos sucias, surcadas de mugre, son los ascetas, los penitentes, los que se maceran, ayunan y cargan cilicio creyendo agradar á Dios, que no es ningún bárbaro, ni exige tales atrocidades, cuando lo ha criado todo con suma bondad para recreo del hombre.

—¡Oh! ¡qué armonía celestial!...¡Oyése arpegios, notas, melodías!....

—Je, je! Eso es de todos los dias. Son nuestras músicas oficiales, el rey David y Santa Cecilia que ejecutan un duo de alabanzas en italiano. La letra es de Salomón y la música del maestro Furlotti, se titula: *Il cantico dei cantici*.

—¿Celébrase por acaso alguna kermese?

—Una...¿qué?

—¿Una rifa, un sorteo en favor de las instituciones de caridad, ó por alguna obra de beneficencia, etc., etc.

—Quite allá con sus beneficencias y sus etcéteras y cuentos del tio. Aqui no se miente virtudes, ni se aprovecha nadie de esas mentiras. Allá ustedes en el mundo, que están de beneficios que ya revientan y eso que las ciudades están plagadas de mendigos y no puede siquiera sentarse nadie en la avenida á tomar un refresco sin que le salgan al paso niños ciegos, hombres sin piernas ó con los brazos como higos chumbos, floristas trasnochadas y enjambre de vendedores de billetes de loteria.

—¿Entonces, en el cielo no hay distracciones, ni conciertos, ni corso de las flores, ni sports, ni recibos. ni Opera, ni *villegiatura*, ni?...

—¡Esta Vd. fresco! ¿Nos toma Vd. por unos mamelucos? Vivimos inundados de luz y de armonía, en perpetuo bienestar, sin sentir pasiones ni necesidades, ni apetitos. Aqui todo es ambrosía y acorde y unísono y vistas deliciosas. ¡No faltaba más! Eche Vd. una mirada y hálleme un sabio en todo el cielo, un político, un matemático, un astrónomo, un ingeniero, un filósofo; exceptuando á los santos padres y al camastrón de Jaime Balmes. ¿Cree Vd. que nos ocupamos de elecciones y adoquinados?: ¿cree Vd. que usamos códigos y digestos? No; las aves negras llenan el barátro y las calderas de Pero Botero, junto con los garibaldinos, los masones y socialistas y demás bobos de Coria.

—Con permiso de Vd., mi ilustre ex-pontífice; pero me parece un tanto aburrida la mansión celeste.

—Pues, no entrar en ella. Quédese allí sudando en este verano la gota gorda y temiendo sofocones que us-

tedes llaman ahora *coup de chaleur*, ó que sé yo qué, y ¡agur! que lo demás es charlar por los codos y basta! ¡Ah!, se me olvidaba. Si Vd. me añade ó desfigura algo de lo que tan sin discreción le ha dicho á Vd. este viejo cháchara, ¡como hay viñas! que le parto la jeta con la llave mayor del cielo!...





Correjidores é Intendentes de la Villa Imperial de Potosí

La sinopsis del excelente potosino doctor Modesto Omiste, nos ahorra entrar en largos análisis ofreciéndonos reunidos en los dos párrafos siguientes, los datos relativos á los gobernadores, durante la dependencia de Potosí del Virreynato de Lima y la de los Intendentes bajo el Virreynato de Buenos Aires.

Eso es historia pura que necesita alternar, para amena variedad con las leyendas y las tradiciones más ó menos fantásticas.

El primer Correjidor de Potosí, durante su dependencia del gobierno de Charcas (año 1553) fué el general don Pedro de Hinojosa, gobernador también de Chuquisaca, asesinado por Sebastián del Castillo.

El segundo, bajo la dependencia de la Real Audiencia de Charcas (1564), lo fué el general Carrión ó Carrillo, que se hizo notable por su codicia y las exacciones que cometió, abusando de su autoridad. Refieren las crónicas que publicó un auto ordenando que «todos los que tuviesen indios á su cargo, empleados en los tra-

bajos de las minas, acudiesen el 1.º de cada mes, con todos ellos, á casa del Correjidor para que los visitase por sí mismo, y que diesen dos marcos de plata por cada uno de sus indios el mismo día de la visita, que debían ser personalmente entregados, para que él comprase mantenimientos y los distribuyese en persona á los indios, sopena de que si así no lo hiciesen, serían multados por la primera vez en cuatro mil pesos de á nueve reales, por la segunda, en ocho, y por la tercera en perdimento de indios y demás bienes que tuviesen».

En sólo cuatro meses, que por satisfacer su codicia se lo permitieron, llegó á recibir treinta y dos mil marcos, de cuatro mil indios que había en esta villa, tributarios de españoles, sin que ellos hubieran sacado más provecho que recibir cada día un puñado de maíz, y una manta ó camiseta cada 1.º de mes.

Los demás Correjidores que se sucedieron, después de que Potosí se independizó de la Audiencia de Charcas, fueron los siguientes:

El general Abendaño ó Aviñon (1569).

El general Pereira, caballero del hábito de Santiago (1576).

Don Lorenzo de Oquendo, caballero del hábito de Santiago, que fundó el Convento de las Carmelitas descalzas de Santa Teresa de esta Villa (1580).

El general Marcellino ó Marcos Lino (1582).

El general don Eulogio Alonso de Zuñiga y Figueroa (1584). Bajo este gobierno (5 de Mayo de 1586) la Real Audiencia de Charcas sentenció á muerte de horca y pérdida de bienes á Diego Carbajal y Juan de Ludueña, por el delito de conspiración contra el Rey, perpetrado en esta Villa de Potosí; así como á sus

cómplices Juan Crespo de Maca y Francisco Montaño; al primero, á diez años de Galeras á remo y sin sueldo; y al segundo, á servir en la guerra de los chiriguanos por un año. (Libro de acuerdos de la Real Audiencia de Charcas).

Don Juan Ortiz de Gárate, caballero del hábito de Calatrava (1591).

El licenciado Juan Diaz de Lupidana, oidor de la Real Audiencia de la Plata (1595) ó Charcas ó Chuquisaca.

El general don Alvaro Patiño (1600).

El general don Pedro de Lodeña (1603).

El general don Pedro de Córdoba Mejía (1607)

El general don Rafael Ortiz de Sotomayor, nombrado por Felipe III (1611). Bajo este gobierno (año 1617) se dió en Potosí el primer grito de independencia por Alonso de Ibañez (ó Yañes) que fué ahogado en sangre por el Correjidor Rafael Ortiz de Sotomayor, quien hizo degollar al Castellano Alonso de Ibañez, al alférez. Flores y á otros criollos (libro de Mendiburo general del Perú).

El general don Francisco Sarmiento de Sotomayor en (1618). Bajo este gobierno principiaron las rivalidades y sangrientas guerras llamadas de Vicuñas y Vascongados, cuya historia ocupa una gran parte de los anales de Potosí.

El general don Felipe Manrique (1623).

El factor don Bartolomé Astete de Ulloa (1624).

El general don Carlos de Bazán, caballero del hábito de Calatrava (1632).

El general don José Saenz de Orduy, caballero del hábito de Calatrava (1635).

El general don Juan Velazques de Acuña, caballero del hábito de Calatrava (1640).

El general don Juan Velarde Triviño, caballero de la orden de Calatrava (1648).

El general don Francisco Sarmiento de Mendoza, oidor de la Real Audiencia de los Reyes (1654).

El general Gomez Dávila, caballero del hábito de Calatrava (1660).

El general don Luis Antonio de Oviedo y Herrera, caballero de la orden de Santiago, titulado después Conde de la Granja (1667).

El general don Pedro Luis de Enriquez, caballero de la orden de Calatrava, Conde de Canillas (1680).

El general don Fernando de Torres Mesía, conde de Belayos (1694).

El general don Tomás Chacón de Medina y Salazar, caballero del hábito de Calatrava (1707).

El general don Francisco Tirado de Cuenca, caballero de la orden de Calatrava (1712).

El general don Manuel de Villavicencio y Granada (1718),

El doctor don Juan Bravo de Rivero, oidor de la Real Audiencia de Charcas, Superintendente de la Casa de Moneda (1724).

El general don José Fernández Baldivieso (1725).

El señor don Matías Angles (1730).

El general don Pedro Prieto (1738).

El general Manuel Urbano Camita (1748).

El señor don Ventura de Santelices y Venero, Ministro togado del Consejo de S. M. (1750), bajo cuyo gobierno principió á construirse el actual edificio de la Casa de moneda.

El señor don Jaime de San Juste, ex-gobernador del Paraguay (1761).

El señor don Jorge Escovedo (1777). Bajo este go-

bierno ocurrió el levantamiento de Tomás Catari con toda la población indigena en Chayanta (año 1780), uno de cuyos interesantes episodios fué el reto de guerra lanzado desde las alturas de las Tres-Cruces (inmediaciones de Iocalla), por el indio Tola, á la cabeza de los insurrectos, á las autoridades y tropas realistas que guarnecían esta plaza de Potosí y cuyo resultado fué la derrota de los indios inermes y la captura de Tola, y su condenación á la pena de horca, que fué ejecutada por el coronel comandante de armas, don Juan Bernardo de Inda.

El señor don Juan del Pino Manrique (1781). Bajo este gobierno se separaron varias provincias del virreinato del Perú, inclusa la de Potosí, para formar parte del virreinato de Buenos Aires.





Virreinato del Río de la Plata

El virreinato del Río de la Plata, fué creado en 1776, habiendo dependido antes, hasta 1618, de la superintendencia gubernativa del Paraguay, y después del virreinato del Perú, bajo el nombre de «Provincias del Río de la Plata.

El virreinato del Río de la Plata, comprendía la reunión de los gobiernos del Paraguay, Chárcas, Tucumán, Cuyo y Río de la Plata, bajo el mando de un virrey residente en Buenos Aires. La extensión de ese virreinato representaba algo más de la cuarta parte de la América Meridional, considerada ésta desde Panamá hasta el Cabo de Hornos. Comprendía lo que es hoy la República Argentina, gran parte de Bolivia, Paraguay, Estado Oriental, las Misiones Guaranies, las Islas Malvinas, los territorios sobre el Estrecho de Magallanes, la Tierra de Fuego y algunas otras posiciones.

En 1782 se dividió el virreinato del Río de la Plata en ocho Intendencias, una de las cuales fué la Intendencia de Potosí.

gobierno. En un magnifico informe dirigido al virrey, con fecha 16 de Diciembre de 1787, hizo una descripción completa de la Villa de Potosí y de los Partidos sujetos á su Intendencia, bajo sus distintos aspectos, históricos, geográficos y económicos.

Cuando el Gobernador Intendente de Potosí, don Juan de Pino Manrique, fué promovido al alto puesto de Alcalde de Corte de la Audiencia de Lima en 1788, lo reemplazó don Francisco de Paula Sanz, quien gobernó esta Intendencia de Potosí hasta 1810, en que se operó la revolución por la Independencia.

La comisión científica cuya llegada á Potosí fué preparada y dispuesta por el gobernador Manrique, llegó á esta Villa durante el gobierno de Paula Sanz, su personal fué el siguiente: Mr. Henus, primer ensayador de la Casa de Moneda de Cracovia, el Barón de Nordenflicht, hábil mineralogista sueco y director de las minas de Mizcanagora del mismo distrito. La misión del primero fué enseñar los nuevos métodos inventados en Viena para la fundición y amalgamación de los metales, y el segundo fué destinado como director general de las minas del Perú.

Esta comisión científica, asociada con los señores don Miguel Rubin de Celis y don Pedro Antonio Serviño, expresamente enviados por el virrey de Buenos Aires para colaborar á sus trabajos, fué la que practicó los estudios científicos para la realización de la gran obra de perforar la base del Cerro de Potosí, continuando el trabajo del Socavón Berrio, perteneciente al antiguo minero Antonio López de Quiroga, con el nuevo nombre de Real Socavón.

A consecuencia de la revolución por la independencia, operada en la ciudad de Potosí, el 10 de Noviembre

de 1810, después de la victoria de Suipacha obtenida tres días antes sobre las armas realistas, por el primer ejército militar auxiliar argentino, el Gobernador Intendente, don Francisco de Paula Sanz, fué aprisionado en pleno Cabildo por el intrépido patriota don Manuel Molina, y el 15 de Diciembre del mismo año, fusilado en la plaza pública, juntamente con Nieto y Córdova.

Vale más correr un velo sobre esta atrocidad innecesaria.





Personajes y sucesos y episodios de antaño

Vale más recordar lo viejo, que comentar lo nuevo; eso es más llano y sin riesgos.

I

Por eso, para ver el cómo no corre el tiempo en balde, no hay sino fojear los expedientes amarillos, quebrajosos, polvorientos, saturados de eso que los de itálica llaman *muffa*, y leer, descifrar, desenmarañar los bastardos caracteres y abreviaturas españolas, trazados con pluma de avestruz y tinta de algarrobilla, del color, por los años, del manteo de los curiales, según don Francisco de Quevedo, cuando decía que por efecto de las lluvias, cogían musgo.

Empero, no es la baladí faena de descifrar mamotretos viejos, cuyo estilo y antigüedad se nos pegan sin advertirlo, ó mal grado nuestro, para solamente saber cómo transcurre el tiempo, lo que nos interesa, cuando entrando en los abundantes archivos nacionales, fojeamos expedientes de les últimos años de la colonia y de los primeros de la emancipación, sino que lo interesante es el filón de riqueza no explotada todavía por cronistas historiógrafos, que vive recogido en anaqueles numera-

dos, y con el cedulón que indica los asuntos y los años de su referencia.

Cada época tiene su fisonomía y sus rasgos, como cada hombre tiene su cara y sus flaquezas. La vida moderna no tiene penumbras ni misterios; la poesía corre en ella en ferrocarril y las artes cogen gusto á cosa de embutidos; no hay héroes sino en el sport, ni campeones sino entre los caballos, ni victorias sino por la copa cincelada. Vivimos, en fin, en una santa y deleitosísima prosa en que la condición resaltante y necesaria es el egoísmo dorado, refulgente y sórdido. Esta vida no puede dar cuadros ni á un Meissonnier ni á un Madrazo. ¿Cómo los daría á Brocha Gorda?

II

No hay como los autores para dar saltos. West, el acróbata noruego, saltaba sobre diez caballos puestos en fila. Nosotros recorreremos de un salto el espacio de diez años. Y mejor que West porque, como los vapores que en mar borrascoso saltan sobre las olas con toda su gente, hemos de saltar con todos los lectores en lugar y tiempo, yendo desde el año de 1804, en que comenzaba este relato al año 1814 y desde la risueña metrópoli de Buenos Aires á la encantadora ciudad de Tarija.

Enlaza á las dos el recuerdo de un gran suceso y de un gran héroe. La victoria de Salta que fué la más completa, la más notable, y en mi concepto la más generosa y noble de las que ganó Belgrano, menos afortunado en esto que su colega San Martín, verdadero Demetrio por aquello de tomador de ciudades, fué seguida de dos actos: la solemne y entusiasta recepción

de las banderas reales tomadas por Belgrano y entregadas por el Cabildo de Buenos Aires á la Soberana Asamblea Constituyente, y el decreto de ésta, otorgando, entre otras honoríficas distinciones para aquél y sus tenientes y soldados, el premio de 40.000 pesos en fondos públicos, con que se compensaba también al gran vencedor.

—No en mis días, contestó al saberlo el don Manuel generoso. No se compensa con dinero el esfuerzo de las virtudes; el dinero rebaja el precio de los servicios y le arrebata todo el brillo á la gloria de las acciones patrióticas.

Belgrano el magnánimo con Tristán y los capitulados realistas, era Belgrano el grande en su desinterés y en la pureza de sus aspiraciones cívicas.—Sirva ese dinero, dijo luego, para ilustrar al pueblo, para abrir las puertas del saber á los pobres y pidió se empleara la suma donada, en la creación de cuatro escuelas en cuatro poblaciones que no las tenían, siendo la primera de las designadas la de Tarija.

Era Tarija entonces la más joven y sin duda la más fresca de las criollas que durmiendo bajo el virreinato, se despertó á los sacudimientos que el año 10 partieron de las orillas del undoso Plata. Pintárasela como una mocetona de grandes ojos negros y larga cabellera ondulante, una muchacha llena de la vida, la exuberancia y lozanía de la virginidad asombradiza y fácil á toda suerte de rubores.

Recibió la noticia del presente de Belgrano conmovida el alma, palpitante el seno, llenos de lágrimas los ojos y acudió á Dios en los templos para agradecerle los beneficios de la nueva vida que alboreaba, y pedirle bendiga al gran capitán y á sus ejércitos en la cruzada de la libertad de un mundo que realizaban.

Un ilustrado sacerdote, el doctor Pantoja, tarijeño, dijo á la sazón desde el púlpito de la Matriz: «La causa de Belgrano es la causa de la redención que selló el Santísimo Jesucristo en el afrentoso madero de la Cruz: es la causa de la libertad que dignifica al hombre y es la causa de Dios que no puede crear imperfecciones, ni pudo hacer á los unos para amos y á los otros para esclavos, siendo todos su propia imagen y semejanza!»

¡Cosa más singular! Los sacerdotes eran generalmente patriotas y liberales. Encarnaban la ilustración de esos tiempos. Algunos llevaron la espada bajo los talares paños; otros fueron grandes caudillos como el cura Hidalgo y el cura Muñecas, y en fin, no pocos fueron propagandistas de talla como Funes y Pasos Kanki. De este último poco conocido paceño haremos luego un medallón aparte, porque los otros han dado ya mucho que decir y hablar á la historia y están hace tiempo encaramados en el templo de la Fama, bajo el bálsamo incorruptible de la inmortalidad.

Tarija era una pequeña ciudad, nidito de patriotas. Bajo los naranjos de sus huertos; en aquellos deliciosos aromados cercos de rosas, arrayanes y madreselva que llenaban las heredades de la banda allende el río, conspiraban los hombres, mientras velaban las mujeres ojo avizor. Allí se comentaban las noticias del Plata y de Chuquisaca. Allí se alimentaban los héroes de la guerrilla patriota como Méndez, por antonomasia el *Moto*, es decir, el manco. Allí tuvo Belgrano sus mejores guías ó prácticos. La Madrid sus *bomberos*, esto es, sus inteligentes exploradores, y luego los caudillos de Potosí y de Cinti, los mejores jinetes de su caballería y las mejores lanzas de su ejército.

Tarija era entonces un paraíso perdido allá en las

proximidades del Chaco; hoy es el jardín de Bolivia cultivado á la moderna con tan bellas y abundantes flores, como mujeres hermosas, á punto tal que allí es verdad lo del bello sexo; en fin, con una juventud henchida de vigor patriótico y de esperanzas y algunos millonarios ya como se estila en nuestros plutocráticos. Guarda Tarija entre sus cultos el culto de Belgrano, colocado casi al nivel de San Roque, su patrón, á quien el pueblo



entero festeja con cariñosa fe y del modo más pintoresco, alegre y simpático que es imaginable entre gente sana.

III

¡Lo qué produjo la victoria de Salta! El general Mitre dice en su inestimable historia: «Todo fué grande y sublime en esta jornada». Y así es la verdad; lo fué hasta en el epitafio escrito en la gran cruz levantada en el campo de Castañares, que decía: «Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1810». Los

salteños tienen razón de ufanarse. Esa gloria es por muchos conceptos suya. Sus mujeres fueron el gran auxiliar de Belgrano; esas mujeres capaces de todas las abnegaciones y sacrificios.

Pero en donde pudo verse mejor el alcance de aquel suceso, fué en Potosí, ocupado, amordazado y oprimido, por el sanguinario Goyeneche.

Este buen señor tenía sus rarezas y sus cicaterías, como todos los Goyeneche Su hermano, el después arzobispo de Lima y decano del episcopado americano, era, según decían las malas lenguas, casto, castísimo, no tanto por virtud cuanto por avaricia, es decir, que aunque no fuese ó costase dinero, no quería gastar nada, ni dar cosa alguna de sí mismo á nadie.

Pues, el general Goyeneche, que fué tan poco hidalgo en Huaqui, lo que le valió, no obstante, llegar á conde de esa villanía, parece que no era tan de peña para las niñas ó mejor para las mozas, con las cuales gustaba entre higos y brevas, de echar una canita al aire, por aquello de que no tan sólo de pan y de batallas vive el hombre.

Todavía por los años de 55 á 57, hasta donde alcanzan nuestros recuerdos, vivía una señora que la decían en Potosí, la *Goyonecha*, viejecita muy limpia y acicalada, pero cuyas buenas barbas de pasados tiempos, cedieron el puesto á unos bigotes indisciplinados y á no pocos pelos crecidos en la barbilla, como la hierba hirsuta entre las ruinas.

Con ésta y otras amigas, infringía el general comiendo en una casita de la calle Santa Mónica, lo vedado por la Iglesia, esto es, carne en día viernes de cuaresma, cuando al cabo de revolver la villa entera, dieron con él sus ayudantes, para comunicarle la llegada

de un emisario de Tristán, con la nueva de su derrota y de las ventajas adquiridas con ella, por los patriotas. El emisario exageró de su cuenta. á no dudarlo, las noticias y tal vez pintó muy á lo vivo la inminencia del peligro latente, ó quizá, como lo dice la respetable autoridad ya citada, el mismo Tristán abultó las cosas en términos de explicar mejor su descalabro, lo cierto es que el bueno de Goyeneche, ordinariamente dado á las bravatas y á las amenazas acompañadas de especies y condimentos fuertes, se quedó de pronto mudo y flojo; echó luego á rodar platos y botellas, atropelló á las damas que se quedaron á medio sonreir, como los conejos, y no paró hasta los cuarteles, en donde al toque de generala, que juntó á todas las fuerzas, sucedió la voz de marcha, breve, rápida, inmediata, quemando lo que no se podía llevar, volando la pólvora, abandonando parque y arreos, porque no había acémilas para llevarlos, y lo que es más asombroso, inaudito, increíble, dando libertad á cien infelices potosinos encerrados, que esperaban con terror el día en que el menor incidente los condujese sin conmiseración alguna al fusilamiento, como enemigos del rey; si ya no se renovaban las horcas que ahora mismo existen empotradas en la techumbre visible de ciertos edificios potosinos, como recuerdo perenne de pasadas mansedumbres.

Corrió hasta Oruro y escalonó descubiertas en diversos puntos del camino para evitar sorpresas. ¡Oh colmo de previsión! Belgrano entró en Potosí justamente cuatro meses después, el 21 de Junio de 1813.

En otra crónica pintamos el indescriptible entusiasmo y el grandioso esplendor digno de la Villa y sus tradiciones, con que fué recibido el vencedor de Salta. Ahora nos ocupará su salida de la Villa Imperial en

pos de Goyeneche, su triunfal marcha y sus no esperados desastres en las áridas pampas y lomas de Vilcapugio y Ayohuma.

IV

¡Cuánto se ha dicho y aún por autoridades históricas que yo estimo en mucho, respecto del realismo de la aristocracia potosina! Aquella que pudo serlo, más que otra alguna, por sus preeminencias reales, por su grandeza en títulos, titulados, y riquezas, por su historia famosa y por ser la Imperial Villa de Carlos V en donde hubo hasta príncipes é infantes, fué no obstante patriota decidida. Dos veces alzó el pendón de la libertad, sellando tales arranques con sangre de mártires.

Aparte los condes de Casa Real, los marqueses de Otavi y Oroncota y los señores de Carma y de Cayara, con sus secuaces y sus colonos y algunos ricos azogueros como los Arismendi y Quiroz de los Llanos, que gozaban los beneficios del trabajo á vil precio de los indios sujetos á eso quo se llamó la *mita*, el pueblo entero fué patriota y no tan sólo de palabra y obra, sino de conciencia, aún á despecho del duro tratamiento y exacciones sufridas y prudentemente calladas de los primeros ejércitos libertadores que pisaron su suelo.

«Belgrano no fué blando, ni benigno en un principio, mal grado el magnífico recibimiento que le hizo la Villa y la esplendidez con que los potosinos á más y mejor le sirvieron á él y regalaron á sus tropas. Dícese que deseaba vengar tropelías pasadas, en que «fueron causa las propias víctimas». Así se expresa un cronista y testigo presencial de aquellos tiempos, en preciosos escritos por desgracia anónimos. Pero luego añadi-

remos, su espíritu observador penetró al fondo de las cosas y vió que las huellas de Goyeneche no eran más que sangre y odios, comprendiendo que el temor había avivado sólo aparentemente la adhesión al rey y el servicio á sus tenientes.

Lo más escogido de las damas de ilustre abolengo, contribuyó con su bolsa y selló con su firma el presente en precioso metal blanco que se ofreció á Belgrano, y eran los apellidos más linajudos, los mismos que le ofrecieron saraos y meriendas dignos del fantástico Oriente y sus Califas, ó de la vieja Roma y sus Césares. Se hablaba hasta hace poco, en forma de tradición de padres á hijos, de las comedias representadas para él, por aficionados de casa ilustre, en donde circulaban entre acto y acto, los néctares y las mistelas y los bizcochuelos, las rosquillas, los mantecados, las confituras por los aposentos de palco y de luneta adornados con guirnaldas de rosas y racimos de claveles y cintas, y perfumados con esencias y zahumerios. Todos eran astros y cometas y asteroides alrededor del sol que formaba Belgrano, y las tropas del Rio de la Plata no lo pasaron peor que él, porque las *cholas* rumbosas y las indias de tacones de filigrana y *topos* de oro, gustando de la apuesta figura de los abajeños, tratábanlos á cuerpo de rey y estómago de obispo sibarita.

Cerca de tres meses vivió el don Manuel en Potosí sin que el país le rehusase nunca su tributo en dinero y en especies suficiente para mantener ancho y satisfecho su ejército, que iba engrosando por un lado con reclutados y voluntarios, disminuyendo por el otro con los desertores que preferían la buena vida al campamento ó se dejaban seducir por los realistas conspiradores y los fanáticos creyentes para quienes el general masón

estaba en pacto con el demonio. ¡Sencillez de esos tiempos obscuros, á que dió margen el propio don Manuel, poniendo en prisión al comendador de la Merced, al prior de Santo Domingo y á varios curas, después de



CHOLA, MUJER DEL PUEBLO DE POTOSÍ

negarse á la Virgen de las Mercedes que, llevada en procesión, decían le había pedido la vida de algunos desertores condenados á muerte, y perdió los colores al saber la negativa! Esto es allí tradicional y lo confirma además la autoridad del general Mitre.

¿Qué mucho si entonces no había filósofos, ni clarovidentes, ni más guía que la fe, y mientras unos creían en los milagros como la ignorante plebe potosina, otros creían en el inca, como los ilustrados generales San Martin y Belgrano? ¿No están y en estos tiempos de luz eléctrica y telégrafos sin hilos, allá Lourdes y acá Luján y Copacabana?

Siempre seremos los hombres, niños grandes. Cuando no creamos en los milagros de la fe religiosa, creeremos en los milagros de la fe científica. Si no es el diablo, será la sugestión, será el hipnotismo ó será otra cosa, pues el caso es creer, aunque no sea mas que creer en que somos ilustrados y nos burlamos de los ignorantes. Somos perfectamente necios los hombres de todos los tiempos!....

V

Mas en fin, volviendo á nuestra historia. El dia, no podríamos decirlo seguramente, si 6 ó 7 de Septiembre, porque el 5 salió la descubierta del ejército libertador de Potosí en dirección á Oruro, ó mejor diremos, en direccion á Condo Condo, campamento de los tercios reales al mando del general don Joaquin de la Pezuela, á quien sus propios subordinados le llamaban de la Pezuña, á causa de su actividad y del contínuo moverse, como quien en vez de pies humanos tuviera casco ó pezuña de cuadrúpedo: el 6 ó 7 decimos, salió el general Belgrano de la Villa Imperial. Goyeneche, que no las tenía todas consigo, porque temía la represalía de sus crueldades, no dudando de los nuevos triunfos del vencedor de Tucumán y Salta, corrió y corrió salvando la fortunita, más tarde fortunón, recogida en tie-

rra de insurrectos y rebeldes, hasta el asiento mismo del virreinato, creyendo dejarle á Pezuela, su reemplazante, un presente griego de los más gordos.

Habíanse construido de la plaza mayor á los suburbios, arcos triunfales festoneados de flores y coronados por banderas y pendones, á pesar de Belgrano y contra sus deseos. El pueblo en sus gremios de artesanos había querido anticiparse al triunfo de los patriotas y les despedía como á tales triunfadores en ovación extraordinaria. Los balcones en todo el trayecto, estaban llenos de damas que derramaban flores al paso de Belgrano y de las tropas. Desde las laderas de San Benito fin de la ciudad, hasta el pueblo minero de Cantumarça, unos cuatro ó cinco kilómetros de la moderna medida, se extendío un campamento contínuo de gentes, en su mayoría mujeres, que llevaban viandas, chicha, refrescos, licores, cigarrillos, golosinas de toda especie para obsequio de jefes y oficiales y provisión de mochila de los soldados.

Presidiendo á la tropa y mucho antes que ésta, doble ó triple fila de indios llenaba el camino. Iban éstos cargando ellos á cuestas ó llevando en recuas de borricos, toda suerte de vituallas, algunos útiles del parque, tiendas, camas y hasta pólvora y plomo que no pudo sacar la brigada de mulas del estado mayor, aún siendo aquéllas más de doscientas. Muchas gentes siguieron al ejército una y dos jornadas. Las mujeres quedáronse en Tarapaya, cinco leguas de Potosí; los indios, unos quedaron en Yocalla, otros en Leña y otros pasaron hasta Lagunillas aprovisionando el camino con algo más grato y refrigerante que lo que ofrecía el rancho militar.

Mientras en este último punto que forma una pampa

extensa llena de pequeñas vertientes que le dan su nombre y en las pocas cabañas de pastores que se esparcen aquí y allí de la casa de postas para el servicio de viajeros y de la estafeta, se concentraban las tropas patriotas, en Cochabamba dos veces la heroica, se preparaba activamente el refuerzo que se enviaría á Belgrano y se equipaban los 1800 hombres que conduciría el valeroso jefe Cornelio Zelaya, y á la vez, se ponían en campaña todos los indios de San Pedro, Sacaca y Chayanta (la patriota por excelencia) al mando del infatigable caudillo coronel Cárdenas.

Este último no se unió al general, porque al salir del pueblo de Ancacato en dirección á Vilcapugio, fué sorprendido por la vanguardia de Pezuela al mando del comandante Castro y sufrió una cruenta acuchillada en que los indios si apenas pudieron hacer buen uso de sus macanas.

Existe aún la tosca cruz de piedras incrustadas en una loma, que recuerda aquel funesto suceso. Pero Cárdenas no era de los que cejaba en cualquier empeño. Ardoroso, activo, enérgico, se rehizo en unión de otro no menos notable caudillo, Lanza, y fué por segunda vez destrozado por las fuerzas de Pezuela dias antes de la batalla de Ayohuma.

De todas partes llegaban víveres, refuerzos, soldados al campamento de Belgrano, que sólo despertó de su confianza en el triunfo, después que en el funesto 1º de Octubre se vió destruido en Vilcapugio y asiendo en la mano la bandera argentina, reunía en el cerro vecino á sus dispersos, cuidaba á sus heridos y daba su propio caballo y tomaba el fusil, á los que vencía la fatiga ó la pérdida de la sangre. Desastre más inmerecido!....

Entonces fué en la derrota en donde se puso á prue-

ba el patriotismo de los pueblos del Alto Perú. De Chuquisaca envió el Gobernador al campamento 200 caballos de silla. De Chayanta iban en romería las mujeres llevando víveres. De Valle Grande y Cochabamba iban auxilios de toda especie y, á la vez que estaba admirablemente servido por guerrilleros, montoneros y previsor espionaje de los naturales del país, estaban Pezuela y su ejército, aislados, hostilizados, sin elementos, sin movilidad, sin confianza en el terreno que pisaban y sin noticia alguna de los patriotas.

Eso obligó por segunda vez al general español á buscar al ejército de Belgrano, caminando penosamente con dirección al pueblo de Macha en donde éste tenía su cuartel general. Los indios infelices eran las acémilas de la artillería.

La suerte había entretanto vuelto la espalda al buen general de los ejércitos libertadores. A pesar de los heroicos esfuerzos de Vilcapugio, de la famosa retirada y reorganización de Macha, á pesar de los auxilios de Cochabamba que enviaba caballería y armas, y en fin, á pesar de la confianza, del valor y de la serenidad de Belgrano y de la nunca aflojada energía de sus tropas, el sol de los Incas no brilló tampoco en Ayohuma y salió segunda vez triunfante la causa de la dominación y la tiranía. No estaba aún maduro el fruto de la redención y estaba el recogerlo destinado á otras manos, en los inescrutables designios de la Providencia.

Recorriendo en persona aquellos campos, que el tiempo y los sucesos hicieron legendarios, sentimos en lo profundo la impresión de su solemnidad, de su silencio, de la desnuda aridez del suelo que no fecundó la sangre, aunque la convirtiera de entonces en ara santa del sacrificio patriótico. Aquí se sostuvo heroicamente

Picoaga; aquí resistió con rabia Olañeta; por allí acudió Castro con su escuadrón de refresco, á decidir la batalla; en este sitio, y en éste y en aquél, cayeron uno en pos de otro, Alvarez, Beldon, Villegas, Saravia y finalmente, en aquella loma alta, se situó Belgrano, teniendo en la mano el lábaro argentino, mientras que el tambor llamaba á replegarse en torno de él á los dispersos. ¡Vilcapugio y Ayohuma!

No solamente es grande la victoria.
Tiene también su gloria el infortunio!....





RECUERDOS HISTORICOS

QUE NO CAUSAN HORROR NI CUENTAN DESASTRES

En este punto las sierras forman collados alternando los cerros rocallosos y las colinas altas, verdes, musgosas. Los picos de los primeros rompiéndose en cuchilla corren hasta perderse en el horizonte. Mil siluetas de torres almenadas, edificios góticos, templetes derruídos, se elevan y enclavan en el diáfano azul. Los picos agudos semejan frailes, las manos entre ámplias mangas, la capucha puesta como embudo con la punta al cielo ó echada á la espalda á guisa de mochila. Frailes descomunales, de pié, de rodillas, en oración humilde ó clamando con la frente alta y los brazos tendidos al infinito.

Las colinas al frente forman lomadas multicolores, suaves planicies; redondas cúpulas elevadas y deprimidas ondulando como grandioso oleaje marítimo, vestidas sus faldas con arbustos, captus, matorrales y cardos gigantescos, entre manchas de tupida yerba asilo de reptiles y despensa de liebres, conejos, y cacería menor en donde

no se pierden los perdigones, ni quedan sin labor los perdigueros.

Colinas y cerros abriéndose en compás abarcan el valle partido en dos por el torrente cristalino, bullicioso, saltarín y capaz de meterse por donde menos falta haga y de llevarse valladares y reparos de encuentro para establecer nivel común, como los socialistas de nuestros días y los insurgentes de todos los tiempos.

En el ángulo de ese fantástico compás, sobre blanda meseta que rodea el torrente en profundo lecho con bordes elevados formando pintoresco abismo, se estiende, oliente, la aldea. La calle principal la cruza de extremo á extremo y comienza y remata en dos columnas de piedra labrada, como portadas que, en semicirculo, ofrecen asiento al viajero cansado, al entrar, ó lugar de despedida á los aldeanos, al salir fuera en excursión muy larga. Las cabañas cercadas de huertos, las callejuelas por donde corre el arroyo entre berros de relucientes hojas; la plazoleta con tiendas de colorines, de lienzos, arreos de montar y baratijas; su blanco pilón de piedra berenguela, al centro, y, dominándolo todo, la iglesia con su enorme ojiva de colores en la fachada, con sus torrecillas blancas y agudas que terminan en flecha, y en el costado la casa parroquial, burguesa, sombreada por copudos saucos y tapizada de trepadoras capuchinas y madreselva que remontando el muro forman parasol oloroso en la portada.

A su sombra sentado en silla de baqueta cochabambina y el breviario en la mano, contempla el buen cura, no viejo aún y de rostro fresco y aire bonachón, el *sig-sag* que en la loma de enfrente á partir desde la alta hermita sin puerta que tiene empotrada en el muro del fondo una cruz pintarrajada en cuerpo y brazos con los pasajes de la pasión del Redentor, contempla el *sig-sag* que forma

la senda blanquisca sobre el verde tapiz de la falda, por donde al lánguido renguear de su caballo baja un ginete defendiendo con la ancha ala de su sombrero, su faz y sus ojos del sol que le cae de lleno al descender amarillo y caliente hacia el ocaso.

Exhalaba la tarde sus vahos y sus perfumes al son del torrente que bullía sordo y pertinaz abajo y de la cigarra que zumbaba monótona incansable arriba. El ginete descendía, descendía hasta el torrente que cruzó por puente de troncos juntos, sin apearse, esquivó los pilares de la calle central del pueblo y se detuvo en una gran cabaña pajiza de doble piso, con ventanas rústicas, cobertizo, corredor y establo, todo entre fronda de manzanos florecidos de blanco.



El buen cura dejó su libro y acudió al templo en donde se le esperaba; vistió sobrepellíz, manípulo y estola y comenzó la ceremonia del bautismo de un niño. Teníalo en los brazos el que venía «pian piano» jinete por la senda del monte y no presenciaban el caso más que el sacristán con el cirio encendido en una mano y los potes de oleo y sal en salvilla en la otra y una mujer del pueblo puesta de

limpio y con los aros y hevillas de las fiestas grandes.

El forastero era de noble y altiva faz, ojos brillantes, sin bigotes, las patillas en chuleta, los modales medidos y cultos, el traje entre militar y paisano, galones ó bordado sin lustre, chafados, asomaban por el cuello del poncho de paño azul que caía hasta las botas altas y con espolines.

El buen cura aunque murmuraba sus oraciones y ponía la sal ó el óleo al neófito, no apartaba la vista del extranjero como atraído por prestigio incógnito, de manera que al verter el agua, invocando á la Santísima Trinidad, la dejó caer sobre el sacristán que se lo advirtió disimuladamente.

Concluído el ministerio, invitó el cura al padrino á prestarse para sentar la partida en el libro. Hecho el encabezamiento con el consabido: yo infrascrito Cura y Vicario etc., preguntó al forastero:

—Su nombre?

—Manuel Belgrano.

Mirada de estupor, indeciso añadió con ansia inexplicable:

—Su profesión?

—General del Ejército libertador de las provincias del Alto Perú.

El cura se puso en pie, hizo un reverencia profunda, juntó las manos sobre el pecho, alzó con unción los ojos al cielo y murmurando una oración entre dientes, extendió la diestra y puso solemnemente la bendición sobre el forastero.

Entretanto había desaparecido el sacristán. Duró aún algun tiempo el asiento pasando al libro las particularidades sobre el nacido, sus padres y su padrino.

De pronto se echaron á vuelo las campanas como en

los grandes días, resonó el órgano tocado con ardor no usado hasta entonces, y al salir del templo cura, padrino y comadre portadora del niño, el pueblo corria por la plaza gritando:

—Viva el General Belgrano. ¡Viva! ¡viva!

Repentinamente se cubrieron las ventanas y puertas, de cañas llevando, á guisa de bandera, pañuelos de yerbas y lienzos de colores, tronaron cohetes y petardos, y se vió descender, bajo el hermoso crepúsculo prolongado por los celajes de oro y púrpura que embellecían el horizonte, centenares de hombres á los gritos de: ¡Viva la patria! ¡Viva Belgrano!

En medio de la muchedumbre ebria de entusiasmo, montó el General de nuevo á caballo, saludó con el sombrero en la mano, estrechó y besó la mano al cura y después del regalo obligado: una pequeña bolsa cón tomines y reales, á la comadre, partió al trote largo á juntarse con su ejército que acampaba á tres leguas en lo ancho y despejado de la quebrada de Saropalca, correjimiento de Potosí.



Coronel Don Benedicto Goitia

E. E. Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE BOLIVIA EN EL PERÚ

Otra figura sinceramente simpática en Bolivia, es la del señor Benedicto Goitia que hoy desempeña una elevada misión diplomática en Lima.



Político y parlamentario no ha dejado de figurar un día en los sucesos más importantes de su patria desde hace veinticinco años, es decir, desde la primera juventud.

Siempre en la representación popular, sea edilicia ó parlamentaria. Elegido repetidas veces concejal en la populosa ciudad de la Paz, ha presidido su concejo con grande aceptación, y elegido repetidamente diputado por diversos distritos electorales, ha sido presidente de la Comisión de Hacienda y Vice presidente de la Cámara y últimamente su Presidente elegido por la gran mayoría de sus colegas.

Sin embargo, el señor Goitia sirvió á la cabeza de un batallón la campaña revolucionaria, es coronel del ejército y es hoy uno de los vecinos más distinguidos y de más grandes vinculaciones de la Paz, uno de los ciudadanos mejor estimados en Bolivia, y un industrial emprendedor y audaz, que ha logrado formar respetable fortuna, figurando en

primera linea en el alto comercio, la alta banca y las empresas en que el capital realiza transformaciones prodigiosas.

Personalmente es atrayente, simpático y tiene la cualidad de los buenos caudillos, es de aquellos amigos con quienes se puede contar seguramente y de los ciudadanos que nada niegan al país en que nacieron.



Triunfal entrada de Belgrano en Potosí

Más crece la sombra cuanto más el sol se aleja del mediodía. Como las sombras, son las glorias de los héroes, la grandeza de los ejércitos, la opulencia de los pueblos. Crecen con el tiempo, empequeñeciendo lo presente; y como sólo el pasado tiene recuerdos, solamente en el pasado viven los héroes El pedestal de su renombre se cimenta en la tumba, el monumento lo elaboran los tiempos; la aureola es obra de la historia.

Extinguida la generación de los hombres que produjeron la leyenda de la guerra magna, sus nombres, sus hechos sus doctrinas se glorifican, sus restos se guardan en sarcófagos que construye la gratitud pública; sus armas, sus escudos, sus objetos de uso, pasan á los museos y cobran el valor de las sagradas reliquias.

Con los pueblos ocurre algo de lo propio: se tornan monumentales aunque el arte no brille por lo común en sus obras, si á las condiciones de lo antiguo en la materia se juntan las condiciones del espíritu que marcan civilización suya, costumbres oriundas y tradiciones de gran-

deza y de opulencia. Eterna es Roma, como lo fué Nínive en expresión diversa, como lo es en América el Cuzco incásico, como lo es Potosí el grande, el de renombre universal, que habiendo dado infinitos tesoros á la riqueza efectiva, proporciona inagotables tesoros de tradición fantástica á la historia.

Belgrano crece; ¿quién ignora lo que fué Belgrano? Potosí crece entre sus ruinas; ¿quién ignora lo que vale un Potosí? Juntaré á entrambos en un episodio que aun no cuenta más que noventa y dos años y se realizó en el interregno entre las auroras de la libertad y las últimas convulsiones de la dominación española.

Ni hubo más fervientes patriotas que los mismos iberos que tomaron armas en el ejército de la revolución americana, ni hubo más fervientes realistas que los criollos de estas comarcas que sentaron plaza en el ejército y los reales de España. De estos últimos fué Goyeneche, el general de las sorpresas y las crueldades, vencedor en Huaquí, se creía dueño de las provincias del Alto Perú, hasta que el triunfo de Belgrano en Salta, tan completo y tan fecundo para la causa revolucionaria, le hizo pensar en los goces de la espléndida fortuna recogida, lejos de los azares de una guerra que tomaba tan mal aspecto.

Dióla de humano abriendo las duras prisiones en que encerraba á los patriotas en Potosí su asiento, y dióla de previsor entrando á saco en la casa de Moneda y la de Rescates y en toda caja ó gabeta que encerrase dinero y pudiera servir á los patriotas y á Belgrano, á quien suponía en marchas forzadas sobre él, con su ejército vencedor. No dejó la ciudad sino cuando la juz-



VISTA GENERAL DE CHUQUISACA

gó inofensiva y exhausta, para marchar de prisa arrastrando todo al paso, á pesar de que sus maniobras tenían los caracteres de una fuga. Potosí no obstante se hallaba fuerte, poderoso y rico, como se comprueba por el suceso que sirve de materia á esta referencia.

La villa imperial de Potosí, en donde las luchas que Mñez y Vela y otros cronistas de su tiempo llamaron de las naciones, por intevenir en ellas entre sí los diversos reinos de España en oposición con los criollos nobles y ricos y por ende orgullosos, engendraron con el amor al suelo, que es expontáneo, el deseo de su independencia del dominio de la metrópoli que exprimía sus jugos como dueño, é imponía sus leyes como soberano.

Las hazañas de León de Morla, que atacaba los teso ros enviados al rey y partía el dinero entre los infortunados. Su guerra era al soberano explotador, únicamente cuando no á la tiranía delos corregidores. Realizó proezas inauditas el noble alzado. Las guerras de los Vicuñas contra la autoridad y los pechos, los quintos y las alcabalas del rey, eran las muestras de la independencia que germinaba acaso inconsciente en la masa popular, rehácia á las dádivas y sorda á las amenazas para la delación y el espionaje.

La chispa revolucionaria que produjo la combustión del 25 de Mayo, del año 9, en Chuquisaca y el glorioso estallido del 16 de Julio en La Paz, ahogado con sangre y resucitado un año después en Buenos Aires, encontró eco y resonancia en la imperial villa entre la misma aristocracia harta de imposiciones y el pueblo harto de Mitas y de servilismo. Pero los primeros actos de

la revolución fueron alarmantes; sus jefes más altos se mostraban reformadores de raíz. Castelli se ostentaba volteriano, jacobinos sus adherentes, y el fantasma del 93 en Francia se ofrecía como expctativa á los nobles y cristianos sentimientos de aquella corte sin rey, de aquel centro de opulencia que ansiaba acaso cambiar su señor prestado por señor propio, pero no levantando á la canalla un trono.

Los excesos de linaje diverso caracterizaban á los que llegaban allí, llevando el lábaro de la Patria desplegado en el cabildo abierto de Buenos Aires. La Patria se ofrecía hereje y demoledora, lastimaba intereses, tradiciones y creencias y se tornó antipática.

De allí ciertas hostilidades que después de desgraciadas escaramuzas, sufrieron los patriotas en Potosí y que tanto al general Mitre en su monumental Historia de Belgrano, como al general Paz en sus interesantísimas Memorias, los inducen á atribuir á efectos del realismo potosino, lo que no pudo ser sino protesta contra la perversión social que se levantaba amenazadora.

Corroboran esta verdad dos de los actos entre los muchos de gran político que engrandecen la memoria del general Belgrano. La orden impartida desde Salta al jefe de la vanguardia de su ejército, al mando del mayor general Diaz Vélez en Potosí, en la cual condenaba á muerte á todo el que no respetase los usos, costumbres y crencias de aquellos pueblos ó se burlase de cualquiera manera del modo de ser ó pensar de sus habitantes, á la vez que imponía pena de la vida á quien robara si más no fuese que un huevo. Y como lo que caracterizaba al hombre era la firmeza en sus resoluciones y la seguridad en los propósitos, el ejército de las Provincias Unidas se tornó en ejemplo de sobriedad, de moralidad y de tem-

planza, siembra que cosechó Díaz Vélez y su vanguardia en agasajos de todo género; dádivas y presentes á su tropa, galardón de amores y distinción de altas damas potosinas á sus oficiales y herraduras de plata, arreos de montar recamados de lo propio para sus caballerías.

No era, pues, el miedo, como lo dice Paz y lo repite Torrente, el que arrojaba á los pueblos del tránsito hacia el camino que seguían las huestes patriotas de Belgrano, llevando en lienzos de mano, cigarrillos, pan, azúcar, yerba, dulces, frutas secas, y anudadas en alguna punta, monedas de plata y doblones con el busto de Fernando VII. Era el entusiasmo por la causa revolucionaria y la confianza inspirada por el gran general que supo halagar á grandes y chicos, convirtiendo en sus mejores aliados á los indios reducidos, entre cuyos caudillos encontró verdaderos heroes de caballerescas leyendas.

Era de los últimos dias de Junio del año 13 y aunque frío polar entumecía á la imperial villa, sus habitantes habían trasnochado en los arreglos consiguientes á una gran fiesta. Al levantarse las nieblas matutinas deshechas por el sol que asomaba su faz luciente por el costado oriental del afamado cerro, las ventanas, balcones, ojivas y portales, aparecieron ornados con ricas colgaduras de damasco, brocato ó terciopelo, galoneados de oro ó plata ó con bordados multicolores de seda, ó bien con tules de los colores consagrados á la patria por el vencedor de Salta. Doscientos cincuenta arcos de triunfo se levantaban desde la plaza de las Cajas Reales hasta el socavón que domina los suburbios y da comienzo á la ciudad, á una legua del centro.

En estos arcos alternaban los de follaje y festones con los de lienzos y cintas de colores y oriflamas de raso y los que se adornaban con todo linaje de utensilios de plata y oro, pendiendo de ellos los braserillos y pebeteros de filigrana en que habían de quemarse resinas y perfumes orientales.

Todos los trabajos, oficios y ocupaciones habíanse suspendido. Belgrano estaba á las puertas de la ciudad, llevando la buena nueva de la libertad sin la licencia, de la independencia, sin la demolición de creencias y fortunas. Los nobles, los ricos, los potentados, los titulados no veían ya en la revolución de Buenos Aires ni en su delegado, á los Danton, Marat y Robespierre, ni á la canalla convertída en Tribunal de salud pública. No eran incompatibles la libertad y la grandeza, la propiedad sería mejor que antes un derecho, la revolución igualaba á las gentes ante la ley, conservando la desigualdad social en razón de educación y de fortuna, y, en fin, Belgrano en medio de ese trastorno de ideas producido por el cataclismo politico que conmovía á los pueblos; en medio de ideas confusamente adquiridas, de aspiraciones sin término claro; en medio de esa penumbra que el tránsito de un sistema á otro radicalmente opuesto y de crencias con violencias sustituídas,— Belgrano era una figura casi fantástica, uno de aquellos triunfadores á la romana, que había de ser arrastrado en carro de marfil y de oro, tirado por esclavos ya que no por leones de Numidia.

He ahí porque la aristocrática villa imperial estaba de plena gala. El tronar de los obuses á la señal de María Angola que desde la elevada torre de San Francisco tañó tres veces, echó á vuelo las campanas de los numerosos templos cuyas cúpulas se alzan gallardamente sobre las

techumbras rojas de aquella ciudad de Carlos Quinto. El Cabildo seguido del nobilísimo gremio de azogueros matriculados, de los miembros de la Casa Real de Moneda y de Rescates y de los nobles criollos, todos caballeros en corceles de Andalucía ricamente enjaezados y llevando las últimas banderolas de tisú y raso sobre astas de plata, salieron en dirección á las puertas de la ciudad por el camino de las laderas del Cerro, entre San Cristóbal y Santiago.

A poco los oleajes de la muchedumbre, el eco lejano de las músicas y de las danzas de indios que presidían á la comitiva, anunciaron la proximidad del héroe, á quien el Cabildo por la representación del rico minero don José Diego de Ardiles, le ofreció un magnífico caballo árabe, con herraduras y tornillos de oro, bridas y arreos enchapados y montura de terciopelo carmesí recamado y flecado de oro como arte de perfección damasquina.

Rompían la marcha los *bailes* que representaban la sucesión de los Incas, con magníficas túnicas de tejido multicolor, ajorcas de oro y vistosas plumas. Seguíanles los *dansantes*, representación de los caballeros armados de punta en blanco, que lo eran en realidad, pues las armaduras, los cascos, las rodelas, las espadas y hasta la volante capa eran de plata maciza (1). Luego los endriagos, los vestiglos, los gigantones, el minotauro y la tarasca, en medio de músicas diversas de índole propia, y finalmente, los indios de la Mita vestidos de gala, con la montera luciente de lentejuelas, el sayo y el calzón de velludo, las sandalias con tacón de plata, la *chuspa*

---

(1) Hoy todavía existen en algunas fiestas. Pueden comprobarlo numerosos viajeros que han visitado Potosí.

abigarrada, llevando amplias banderas de colorines, seguidos de sus hembras pintoresca y voluptuosamente vestidas con oriental estilo; luego la nobleza y el Cabildo y Belgrano entre dos sacerdotes con sobrepelliz y bonete, caballeros estos últimos sobre redondas mulas enjaezadas con lujo.

Belgrano vestía el traje militar que ha caracterizado á los hombres de aquella época, por su alto cuello bordado, la alta pechera guarnecida de laurel de oro, las charreteras gachas, la casaca ajustada ciñendo el gallardo busto, y el semblante descansando con nobleza en el corbatín, rasurada barba, labios y mejillas, el cabello ensortijado sobre la frente, y los ojos en que se revelaban á una, severidad, grandeza, magnanimidad y energía.

Cuajados á no admitir solución, hallábanse los balcones de nobles damas y doncellas que, vuelta la confianza por el irreprochable manejo de Díaz Vélez y su vanguardia, habían tornado desde sus señoríos á la villa y echado el resto para recibir al triunfador en aquella ciudad tan castellana en su estructura que repetía de coro los romanos del Cid, las coplas de Manrique y los versos del Real de Santa Fe y Gonzalo de Córdoba.

Al paso del general caía una lluvia de esencias y flores; lanzadas por delicadas manos, mientras la muchedumbre victoreaba, las músicas se aturdían unas á otras, las campanas se hacían pedazos y tronaba el cañón como mensajero de un porvenir incógnito.

En el recibimiento destinado á Belgrano, el salón cubierto de techumbre á suelo de terciopelo rojo galoneado de oro, aguardábanle las más nobles damas, brillantes de pedrería, con la doble belleza que forman las ventajas físicas y la altivez moral, para ofrecerle por

manos de la linda marquesa de Cayara y de las condesas de Carma y Casa Real las coronas de filigrana de plata y oro con que la nobleza potosina sellaba su afecto hacia el mensajero de una revolución que en nada amenazaba los derechos de su nobleza. Sólo la noche puso término á aquella fiebre no esperada ni presentida ni capaz de ser imaginada por su generalidad y por el dominio que había llegado á ejercer sobre todos los espíritus. El clero reunido y las comunidades religiosas ofrecieron incienso y agua bendita al triufador en las puertas de la basílica monumental y sus bóvedas resonaron bajo la solemnidad augusta del *Te Deum laudamus*, mientras el comedor y las respoterías de la casa alojamiento se llenaban de los dulces más exquisitos, las golosinas delicadas, los limones con clavo de olor, los ramilletitos coronados de ángeles de hilado de oro, regalo de los monasterios de Remedios y Santa Teresa y del beaterio de Copacabana. La página inmortal estaba escrita. (1).

Sobre los serenos ojos del héroe, dicen las crónicas que repetidas veces cuajábanse las lágrimas; que el alto peto de su casaca mostrábase á punto de estallar por los movimientos de ese corazón engrandecido. Belgrano amó á Potosí y aún rindió tributo en los altares de una de sus más bellas damas. Reorganizó su Casa de Moneda histórica y su Banco de Rescates de piñas; recibió con grandeza los donativos de oro, joyas y caballos, sin tomar nunca cosa alguna para sí; alentó á sus indios, asegurándolos en la posesión de sus terrenos;

---

(1) Existe en el Museo histórico de Buenos Aires, opulenta muestra de gratitud de las señoras de Potosí á Belgrano.

alentó á los ricos y nobles respetando el título de sus derechos, de manera y forma que cuando salió de la villa imperial para ir en pos de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, siguióle el pueblo todo hasta las afueras acompañando á su clero en la petición de las bendiciones del cielo.

Belgrano, si fué notable en la organización del ejército en Potosí y de las provincias del Alto Perú, eligiendo para gobernarlas á hombres como Arenales, Warnes y Ocampo, no fué menos grande en las derrotas. Después en Vilcapugio con amor paternal recogió sus restos deshechos, organizó la conducción de sus heridos, dió su propio caballo de batalla para ayudar á conducirlos y marchó el último á pié, sufriendo la intemperie cruda, con la fe en el corazón y la confianza en el establecimiento inevitable de la libertad americana.

¡Cuán colosales la figura de los hombres y los pueblos del pasado! ¡Qué pequeños los que en el presente aún nos atrevemos á discutir sus merecimientos, sin alcanzar siquiera á comprenderlos!





SIN MIEDO COMO TOLEDO

> Difunta toda esperanza
> y el amado bien perdido,
> absuelven en el ferido
> pecados de la venganza.

Una mañana de abril de 1636, despertáronse los vecinos de la Imperial Villa, vasallos muy leales de S. M. D. Felipe IV á la sazón reinante, por el alegre repicar de las campanas echadas á vuelo en todas las torres y campanarios, que no eran pocos, de la Villa que tenía por divisa: «con Dios, con el rey y con la honra».

Fresca se había venido la mañana y corría por las calles aire de pulmonía, con ráfagas de nieve en sutiles copos suspendidos de techumbre arriba, como velo de gasa que sube y baja y moja y no lava.

Los más (los vecinos) habían dado un vuelco en la cama rebujándose entre las mantas al amor de lo tibio y blando; los menos saltaron al ventanillo y sacaron la cabeza resguardada con gorro puntiagudo, para husmear la causa de aquel matutino estrépito.

Ni una alma para remedio transitaba por las vías del corregimiento y únicamente las comadres departían de ventana á ventana, dando suelta tendida á la ima-

ginación y á la lengua, para explicar el empeñoso tañer de las campanas que no parecía sino que las movía el diablo en persona.

¿Qué será? ¿qué no será? Que habrá alumbrado la corregidora. ¡Qué ha de alumbrar, si hace mucho tiempo que la buena señora apagó la linterna! Pues por eso las campanas tocan á milagro. No, que habrá venido con la gracia de Dios una nueva infanta en tierra de España. Ya, y por ende un nuevo tributo á ¡esta leal Villa. Chito! que por menos reman muchos en las galeras de su magestad.....

Y no era sinó que Maffeo Barberini, papa reinante con el nombre de Urbano VII, tan enemigo de la casa de Austria, como de los herejes jansenistas contra quienes fulminó la famosa bula *In eminenti*, habíase servido levantar el entredicho en que por largo tiempo permaneció el templo de San Bernardo, manchado con la sangre de un crímen doblemente sacrilego.

El buen florentino Maffeo tenía entre ojos al poeta rey, de suerte y modo que apoyó eficazmente al duque de Nevers en sus pretensiones á la posesión de Mántua que disputaban los españoles y azuzaba á Richelieu, primer ministro de Luis XIII cuñado de Felipe IV, para que conspirase en la política de la península con los favoritos Olivares y Luis de Haro, mientras el «ingenio de esta corte» reía con Quevedo, componía comedias con Lope y Moreto y se encelaba con el atrevido cuanto infortunado cantor de amores conde de Villamediana.

Maffeo Barberini, que ya había hecho decir á los italianos: «lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los barberini», no perdía ocasión para jugarle serranas partidas al monarca de España, y sus odios apostólicos

cruzaban el charco y caían sobre los inocentes indianos de la América, á quienes uno de sus antecesores, Alejandro VI, se había dignado declarar hombres, para lo que en moderno se llama: los efectos de la humanidad.

Un año, día más, día menos, esperaron los leales vecinos de la Imperial Villa de Potosí que el pontífice romano desagraviara á Dios, hondamente ofendido contra los criollos, que enviaban á Roma delegados de todas las órdenes religiosas existentes en la Villa, cargaditos de dádivas en que figuraban grandes cantidades del más exquisito café y cacao de Yungas, las más ricas joyas para la pontifical tiara y buena cantidad de barras de plata destinadas al tesoso de su Santidad endurecida. Al fin se apiadó Urbano VII, que no había de ser más duro que las peñas á las que, según lo reza el refrán, ablandan dádivas, y envió larga admonición á los potosinos, impuso limosnas y ejercicios penitenciales y novenarios, y echóles su paternal bendición en un buleto apostólico que es tenido como un modelo de redacción correcta y pura.

Campanas ¿para cuando os quiero? habían dicho al saberlo el vicario delegado, el corregidor y el alcalde mayor, y en todas las parroquias, anexos, capellanías, monasterios y conventos, echaron á volar badajos, armando una algazara que si no fuera de templos podría decirse de diez mil demonios.

Doña Clemencia de Mondragón y don Diego Gil Toledo, habían nacido el uno para el otro, eran dos medias naranjas que unidas no dejarían cisura, según el juicio de entrambas familias y de sus deudos

y sus parciales que no eran pocos por aquellos tiempos en que siempre las encumbradas casas alimentaban devotos y creaban séquito en el calor del hogar, con el amparo de la posición, por el atractivo de la fortuna.

No descubiertas aun las garantías constitucionales y viviendo las gentes dentro de la más completa desigualdad, era común el buscar valimiento y cobijarse los pobres y débiles á la sombra de los poderosos y de los fuertes. De esa suerte los Mondragón y los Toledo, compartían la adhesión de todo el pueblo y juntos formaban un poder que los mismos corregidores procuraban poner al lado suyo.

Crecía doña Clemencia en hermosura y crecía el don Diego en gentileza, y mientras ella se educaba é instruía en términos desusados, él ganaba el premio en los torneos y la corona en los juegos del ingenio tan frecuentes en la Villa, cuya esplendidez no admitía comparación ni acepta semejanza.

Las crónicas conservan las famosas coplas populares en que se festejaba el donaire, la discreción y hasta el voluptuoso redondear de la criolla que debió ser notable en términos de romper la natural honestidad y reserva de los bardos de aquellos castos tiempos, en que el naturalismo relegado á las alcobas, no se había echado como ogaño en cueros vivos al medio de la plaza, impreso con pasta de lujo é ilustraciones paradisiacas. En esas coplas que dan azucenas y claveles al rostro, azul de mar á los ojos, flor de granada á los labios y nácar sonrosado al cuello, habla el cantor de doña Clemencia, de

el redondo henchido seno
que á compás alza y deprime
cual hincha la mar el viento,

y añade, que estrechándose el talle cimbroso deja nacer

dos arcos de su cintura
que son dos arcos triunfales.

En esos versos se canta, otro si, la gallardía del mancebo, ilustre vástago de los Gil y los Toledo, su serenidad, su fuerza, su llaneza con los humildes, su altivez con los grandes y su amor á doña Clemencia con la cual formarían:

Dos seres con un destino;
Alma partida en dos cuerpos,
Dos palomas en un nido.

Y así fuera sin duda, si no hubiera grande verdad en aquello de: «el hombre pone y Dios dispone», y Dios dispuso dejar en breve lapso intermedio, huérfana de padre y madre á ese racimo de hechizos, cofre de seducciones, deuda sin plazo, copa sin heces, gloria perpetua llamada doña Clemencia. Y dispuso algo más, que para ser de Dios no fué cosa buena, y era que el cogotudo Mondragón su padre, cuyo fervor religioso hacíale desear el puesto de alguacil del Santo Tribunal de la hoguera, nombrase tutor y albacea con absoluta delegación de su autoridad paterna sobre su hija y plena libertad de administración de sus bienes, so pena de maldición en caso de desobediencia de aquella susodicha nombrada Clemencia de Mondragón, al cura y vicario de la parroquia de San Bernardo, licenciado don Cleto Martinez Figueroa, grande amigo y admirador de los padres de la Compañía de Jesús que por entonces privaban en la Villa.

Trascurrido había ya el tiempo lo bastante para trocar los lutos, pero muy ajustados debió ponérselos la doña Clemeneia, cuando no había señal por donde pudiera creerse que se le habían de caer del cuerpo. La solariega casa manteníase silenciosa con las puertas cerradas, las celosías corridas, los visillos de crespón fúnebre echados y la hermosa dueña en clausura sin ver, ni oir más que á su tutor adusto, a su confesor severo, á su dueña quintañona y á las pocas viejas y feas que se llamaban sus doncellas, lo mismo que podía llamárseles sus camellos.

Don Diego había pedido, rogado, amenazado sin conseguir hablarla más que una vez y á presencia del tutor, que apoyó el discurso de su pupila encaminado á demostrarle cuanto era conveniente que él se partiera á recorrer tierras durante el duelo, que el cariño y respeto á la memoria de sus padres le imponían rigoroso é inquebrantable. Don Diego creyó morir; pero.....no murió, que para eso está la esperanza. Esperó un mes y otro y muchos más sin lograr ni una palabra por sus mensajes ni una respuesta á sus misivas. Imaginó proyectos extravagantes, raptos, incendios, escalamiento, muerte.....Apeló á todos, derramó el oro á puñados.

Pero el ave estaba en buena jaula y la jaula estaba guardada como un reducto. Si acaso contase con la voluntad de su amada y no le viniera á las mientes su altivez y se le presentara á los ojos con caracteres de fuego, la maldición á la desobediente fulminada desde el lecho de muerte de Mondragón!.....Violentar sin coronar la obra ó coronarla á la inversa y en perjuicio de causa propia, perdiendo tal vez por impaciencia lo que se ansía como más preciado, no era labor sesuda. Esperar era lo mejor, pero esperar acariciando quime-

ras de dicha y á las veces de venganza cruel, terrible, si en todo ello había intención aviesa ó nefanda trama.

En la iglesia de Santa Mónica, que era la del convento de Nuestra Señora de los Remedios, había gran fiesta á juzgar por las galas que ostentaban las torres, las ojivas y el frontispicio colgados de tela de damasco galoneada y oriflamas flecados de plata y oro. Monaguillos y sacristanes, se agitaban y bullían en el atrio. Lacayos y doncellas llegaban cargados de azafates y bandejas llenas de ramilletes, limones erizados de clavo de olor y picadura de cinta y flores de gusanillo é hilado de oro con rocío de perlas.

En el fondo se multiplicaban los puntos luminosos en la penumbra formada por los cortinajes corridos en las ventanas, y el altar era un jardín celestial cubierto de flores de mano al natural y al esmalte, envueltas entre las blancas nubes de incienso que esparcían ambiente místico y remedo de la gloria prometida á los buenos.

El templo estaba repleto. Los graves ecos del órgano llenaban de severas, uniformes armonías el ámbito. En el coro bajo, sobre trono de nubes, coronada con diadema de pedrería, se hallaba una novicia preparada á pronunciar los eternos votos. Su hermosura, que sería deslumbrante en el mundo, tenía algo de sobrenatural en su blancura mate actual, blancura de jazmín próximo á marchitarse. Con los ojos entornados, ligeramente agobiada la cabeza, en oración las manos, parecía, ó próxima á morir por exceso del amor místico, que el orador sagrado encarecía en ese momento, ó por su desesperación muda, dominada por el deber en las tempestades del alma. Ni un movimiento que indicara la vida física,

ni una lágrima, que señalase la existencia espiritual, la vida del sentimiento!

En el fondo del presbiterio se agitó el grupo de gente que obstruía la entrada á la sacristía para dar paso á nn hombre cuyos ademanes no eran menos que los de un insensato. Avanzó vacilante hasta el centro del altar, su respiración producía silbídos, sus manos crispadas se extendían hacia el coro bajo, y como si hubiese recibido un golpe de maza, cayo exámine en medio del estupor general.

En mucho tiempo no se habló de don Diego Gil y Toledo. Sus parciales, sus amigos, sus deudos buscábanlo con todo el interés y el ahinco que tan querida cuanto estimada persona podía despertar, y ya el olvido había borrado la escena del convento y sepultado en su tumba de vivos á la hermosa doña Clemencia.

Un domingo del año del señor 1635, el licenciado don Cleto Martínez Figueroa, después de celebrar en la iglesia parroquial de San Bernardo el santo y solemne sacrificio de la misa y pronunciado ante el abundante concurso de sus feligreses de misa mayor, el *ite misa est*, y rezado el último evangelio, volvía con el cáliz en la mano, cuando saltó de entre los concurrentes en el altar un hombre, levantó en alto el puñal de que iba armado y descargó sobre el pecho del sacerdote dos mortales puñaladas repitiendo en cada una: por ella!—por mí!

El desorden fué espantoso. Acudieron alguaciles y oficiosos y hasta gente de armas del corregimiento; pero reconocido don Diego por los circunstantes, se formó por ellos una muralla de defensa cada vez más espesa

é infranqueable, según llegaban las gentes anoticiadas del suceso y de la trágica reaparición del popular don Diego.

Inútil combate libraron los agentes de la justicia y los alabarderos. El pueblo en masa arrebató á don Diego y le facilitó y escoltó en su fuga, que fué de guisa tal, que nunca volvió á saberse de él, ni hay memoria de su vida ni de su muerte en parte alguna.

Urbano VII castigó con la terrible interdicción que duró un año y que costó lágrimas de contrición y raudales de plata, á los creyentes hijos de la Villa Imperial de Potosí.





HOJAS DE MI LIBRO DE MEMORIAS

PARA VARIAR UN POCO

PRISIONERO DE GUERRA

Muy grato es contemplar desde la meta
El campo recorrido,
Y revivir leyendo en la memoria
Los sucesos que han sido!

Sí, recordemos; el recuerdo consuela unas veces, conforta otras y refresca generalmente; es el recurso de los viejos y de los infelices para quienes «siempre el tiempo pasado fué el mejor» y es el santuario en donde se recoje cada uno para evocar impresiones, sentir sonrojos, reir y llorar bajo el mudo poder de la conciencia y solamente bajo la mirada de Dios benigno y justo: recordemos.

Tendido para fumar á gusto en uno de esos que en galiparla se llaman *chaise-longue,* dejo vagar mi pensamiento por las praderas de lo antiguo, sin orden, al acaso, variando sobre un mismo tema, quizás, para mí, uno de los más tristes, quién sabe si también uno de los más gratos, porque nada es más á propósito que el recuerdo para los contrastes.

Cruzan en una primera visión del espíritu, un oficial y un sargento que me injurian, me amenazan y me impelen con feroz saña hacia el cuartel del batallón Bulnes en Lima. Una acusación doble: para perder al *cuico*, al *cuico* Jaimes (1) «con cuyo pellejo se haría un tambor» proclamas que se decían suyas incitando al pueblo á volar con dinamita el ejército de ocupación y falta de presentación del *cuico* á reconocer la autoridad de Chile, en conformidad con el bando marcial que declaraba espías á los omisos los cuales incurrían en la pena de muerte. Luego la imagen del patíbulo á raiz de un juicio verbal y... la capilla y el Cristo. Luego entre tropas conducido hasta el Callao y embarcado en la corbeta O'Higgins bajo estricta incomunicación. Hostilidades de los marinos en los primeros días, atenciones y agasajos cariñosos después de conocido y tratado por ellos en el camarote hecho para él de lona, sobre cubierta, rodeado de centinelas. Desembarque peligroso después en Valparaiso al cabo de cinco días de prisión en el pontón Thalaba sumergido, hasta ser una gotera perpétua llena de ratas feroces.

Aún siento el amargo sabor del rancho que sonriente partía conmigo á la luz de un candil el capitán Pilotti. Ah!... No se muere uno tan fácilmente entre los peligros aún teniendo la muerte suspendida sobre la cabeza durante muchos, eternos, febricentes días!....

Las nubecillas blancas del humo de mi cigarro, que veo y no miro, envuelven, como entre tules diáfanos, muchos diversos cuadros: un tren que trepida, resopla y

(1)—*Cuico* nombre que daban en Chile á los naturales de Bolivia.

se detiene; un pueblo de campaña pintoresco y tibio, (San Bernardo) gentío que acude, investiga y me cerca. ¡Oh! se estremece el alma! Oigo los rugidos de la muchedumbre que me enseña los puños y repite en torno mio: el *Cuico!* el *Cuico!* Se arremolina sobre mis guardianes, presiento su brazo alzado para el golpe, me azota su, aliento anheloso y cálido: el *Cuico!* el *Cuico!*....

Una casa abierta á la espera; la salvación en ella; por allí al trote un pelotón de soldados en armas que acude al tumulto; aquí mujeres en actitud piadosa, prontas al socorro: más allá, estupefactos, mudos, los compañeros de infortunio, los prisioneros de guerra de las dos aliadas del Pacífico; una puerta que cierra tras mi sus macizas hojas, luego apretones de mano, preguntas, ojos húmedos de lágrimas, abrazos fraternales bajo comun desgracia, y en fin, en mi pecho la expansión y el triunfo!....

Contemplo en seguida claro y distinto, á San Bernardo, pueblo que fué prisión de guerra, con sus calles orladas de copudos árboles y partidas por arroyo limpio, su plaza umbrosa y verde con boscoso cuidado desaliño, su iglesia de torrecillas toscas, con campanas de inolvidable tañido, con casas á la española, amplias, sin fachada, con inmensos patios tapizados de enredaderas, sombreados por tolda de parrales cargados de racimos apetitosos, con corredores en cuadro embaldosados de rojo, comedor espacioso, mesa larga sólida con macizos pies torneados, sillería de baqueta y en un ángulo la reluciente tinaja; cocina con el enorme hogar en campana y la tahona vecina y el horno bajo el cobertízo y espacioso huerto de variados frutales cargados hasta desgajar sus ramas y en donde por la grama pasean ejércitos de gallinas y patos jadeantes que zabullen en el remanso, y pocilga

y conejera, en fin, y gente hospitalaria, compasiva y buena, capaz de amor, de abnegación y de sacrificio.

La señora Mariana Adrover era la patrona de la casa en donde fueron aposentados cincuenta de los cuatrocientos gefes y oficiales prisioneros. Allí tuve mi estancia llena de luz, entre el jardín y el huerto, bajo el perfume de los jazmines y el monótono canto de las ranas; mi lecho blando y limpio, la mesa para escribir y para comer,—porque no comía en mesa redonda,—con dos sillas, un sillón giratorio, un sofá que tenía de cómodo lo que no tenía de moderno, unas oleografías de costumbres venecianas y de la ejecución de Carreras y el retrato del Obispo Valdivieso, muy limpios y en marcos tallados á la antigua, sin duda para mejor uso, y una pequeña repisa de dos cuerpos con unos 50 volúmenes de libros de diversas materias: viajes del joven Anacársis, el Telémaco. Timón de los oradores, los Cien Tratados, Virgilio Maronis Opera, Cicerón, Cartas de Mirabeau, Historia por Anquetil, sin exceptuar dos tomos de la Biblioteca de predicadores, El Gil Blas de Santillana. Las tardes de la Granja y los Cuentos de Boccaccio.

Junto al lecho una mesita con tapiz de *crochet* sobre fondo rosa, encima una palmatoria con bugia en arandel de rizos, una garrafa de cristal con agua y un vaso sobre salvilla de loza; fija en la pared una imagen de la Virjen Santísima en bulto, de porcelana, con un pedestal en forma de concha para agua bendita y más arriba abierto y con ribetes de cintas, un almanaque mural con el santoral en columnitas y en torno chistes en prosa y verso del género insulso—ya gastado.

La señora Mariana fresca aún, guapota y muy limpia y cuidadosa de su persona, era buena y compasiva, tal vez lo mejor de las varias que tomaron prisioneros como

se toma ganado á mantención, en algo como subasta al mejor postor. No diré que las demás lo fuesen mucho menos porque ninguna era mala; hay caridad entre esas gentes sencillas que participan de la cultura de la ciudad y de la llaneza del campo.

Se identificaron con sus huéspedes, y sus penas y alegrías les fueron comunes para compensar en mucho la ausencia del hogar, de la sociedad y de la patria.

La señora Mariana supo imponerse por la dulzura de sus maneras, la asiduidad de sus atenciones oficiosas, la igual consideración para todos, la tolerancia sin remilgos, pero en sus límites, logrando dominar los caracteres más indóciles y los espíritus agriados que no pronunciaban sino palabras de muerte y de venganza. Mariana era la madre, la hermana, el amparo y el solaz de cincuenta, sin inspirar á ninguno emulación ni celos. Sus lágrimas que hizo alguna vez brotar la contrariedad en sus ojos, fueron la lluvia que apagó como por encanto el fuego de las malas pasiones en sus pensionistas.

En la bulliciosa mesa de los subalternos frecuentemente las disputas acababan á botellazos. Ninguno había querido ser menos que otro, ni peleado peor, ni ostentado menos bravura en los trances y menos serenidad en la caída y al remitirse á la prueba, se tornaban los almuerzos y, comidas en campo de Agramante, en donde la influencia bondadosa de la señora Mariana, establecía por fin la paz y la concordia.

Estoy viendo allá entre las espirales que forma el humo de mi cigarro, á la excelente Juana la cocinera, limpia como un crísol, risueña, rebosando salud en sus carrillos encarnados, bondad en sus grandes ojos sin malicia, robustez en sus hombros redondeados, pecho abundoso y caderas movidas á compás en son de jaleo, acti-

vidad para servir á tantos y servir bien, sin más auxiliar que Filomena la camarera, belleza agreste, lindo puerco espín que erizaba sus puas á la menor tentativa insurgente de los oficiales retozones, y dos mocetones sumisos y perfectamente inconscientes de sí propios y de lo que pasaba en torno suyo.

Pasan como sombras fugaces á mi vista: el buen Coronel Baca, el niño viejo que le decíamos, por su candor que había resistido á los vivac y á la enseñanza práctica de los cuarteles; permanecía semanas enteras en la cama y no tomaba sino sustancia, segun su ingenua expresión, pero sustancia de carne en aguardiente. Olvidaba durmiendo y creándose como los morfinófilos un paraiso artificial en sus prisiones; el Comandante Vila, peruano, decidor, alegre, cantor de *yaravies*, dicharachero y burlón; el Teniente Coronel Carrillo, caballero de las cruzadas, hidalgo, noble, valeroso y modelo de amigos, y mi excelente primo el Coronel Adolfo Flores, bien plantado y marcial y el Coronel Castro Pinto cruceño inteligente, estudioso militar y tierno amador de la belleza teutónica de Corina la blonda, y Bazcones mi valiente paisano Teniente Coronel, y Zarco, Coronel, edecán de Daza y Valdéz capitán peruano, gran guitarrista é improvisador, y el capitán Cabezas, boliviano, tomado prisionero al pie del cañón, y Palacios Adolfo de poca fausta memoria por su oficiosidad untuosa con los chilenos y sus inconveniencias personales con sus paisanos, y un mundo, que es para contado despacio, si hubiera lector benigno para estas evocaciones íntimas.

Pero asoma el teniente coronel Lezaeta, chileno, gefe de prisioneros, excelente persona, sagaz, lleno de bon-

dad para sus subordinados, fácil al favor, paciente para escuchar majaderías, tolerante con los defectos y aún con los vicios y paternal en las amonestaciones y en las dádivas. Su esposa, un angel de belleza y un dechado de cultura, abría con amor sus salones y gozaba llevando á su mesa á los altos gefes, ya que no le era dado agasajar á todos, subalternos, clases y tropa. Allá en la calle de Nataniel tenía el coronel Lezaeta su casa que era un nidito entre plantas, flores, cortinages y tapices; lo estoy viendo y asisto á su mesa con mi amigo querido entonces general Camacho y no se si también con su hijo José Mª., adolescente estudioso, capaz y que prometía mucho, por la claridad de su juicio, en el porvenir. La política y sus odiosidades, nos separaron más tarde, arrojándonos á bandos opuestos. Hoy cumplo con mi conciencia honrando cuantas veces puedo su memoria grata.

Varia el cuadro. Vicuña Mackenna, doña Victoria Subercaseaux, Blanquita su hija, trinidad dulce y llena de luz en mis recuerdos; yo quiero un día dedicar capítulo aparte á la deliciosa morada de la Alameda de Circunvalación en donde revolotea entre bronces, mármoles, pinturas, plantas exóticas, el espíritu de aquel fecundo manantial de pensamientos, tan diversos tan brillantes y siempre tan sinceros llamado por antonomasia don Benjamin.

El paisaje cambia de nuevo, el humo de mi cigarro se extiende y entreabre para dar paso á Santiago majestuoso sobre ancha planicie surcada por el murmurante Mapocho y como alrededor de un inmenso cono truncado, el fantástico amenísimo cerro de Santa Lucía. ¡Cómo suenan las músicas y atruena el cañón y ondean los pabellones con la estrella y se agolpa la multitud en las calles,

ebria de entusiasmo, gritando, cantando, apostrofando en acción de general locura! Es el 18 de Setiembre.

Los principales gefes prisioneros de doña Mariana ocupamos con ella su casita pintoresca, allá cinco cuadras adentro de la alameda de las Delicias, en Bascuñan Guerrero. Las puertas de la casa están cerradas y cerradas las persianas de las ventanas; los ecos llegan sordos, pero constantes, hasta nosotros y resuenan largos, prolongados por el eco, los vivaaa!... No flamea el pabellón chileno en nuestra morada, atención delicada cuyo autor no conozco; algunos policiacos rondan en torno, en defensa para posible caso, bajo el abuso de los espíritus alcoholizados. Reina la angustia en nuestros pechos, sangra la herida en el corazón, sentimos festejar la humillación de nuestra Patria!...

Dos golpes de aldabón resuenan en todo el ámbito ¿quién se acuerda de los muertos en tal día? Nadie responde pero se repite el llamamiento. A poco nos reune Mariana en el salón é introduce, con los ojos humedecidos conteniendo el llanto, á dos hermanas de la Caridad, bellas, con la belleza del espíritu en la solemnidad del momento.

—Sois prisioneros y estais solos y tristes entre el entusiasmo y bullicio, dicen las hijas de San Vicente, sufrís en el mismo grado que sentís gozar á los demás. Somos francesas, hemos sufrido siendo aún niñas en París el sitio, sabemos lo que es caer en la guerra. Os traemos el consuelo de Dios: recibid cada uno esta pequeña imagen de la Virgen bendita, ella os confortará, porque nadie sufrió como ella, y recibid también este cariñoso óbolo de las pobrísimas hijas de San Vicente que es el único don que podemos ofreceros, hermanos queridos, en vuestro desamparo.

Dos pesos y una medalla de la Virgen Santísima á cada persona, entregados entre sollozos, surcando á la vez el llanto el tostado rostro de aquellos veteranos, inclinados ante la idea de Dios!

Oh! recuerdos santos, inolvidables, bálsamo del corazón lacerado! sois el broquel contra las decepciones más duras de la vida y servís para hacernos tolerarla y hacer llevaderos ciertos olvidos injustos, ciertas dependencias inexplicables del que sabe, respecto del que puede y que se resumen en la muy sabia lira de Fray Luis de León:

«No los cuidados graves
De que es siempre seguido,
El que al ajeno arbitrio está atenido».

De pronto cambia el cuadro; es un día jueves de fines de Febrero. Deseoso Chile de fijar un *modus vivendi* con Bolivia, antes de emprender la última campaña para vencer al ejército peruano en Arequipa, buscó al general Camacho y le pidió las bases de un tratado provisional que suspendiera transitoriamente la guerra entre Bolivia y Chile.

Camacho me invitó á formular los míos, á la vez que el condensaba en pocos artículos su pensamiento. En el general había el doble deseo de servir á la causa boliviana dandole los medios seguros de rehacerse y mucho también á la peruana, pues su mente era alcanzar en cambio de ese arreglo, el retiro de la ocupación chilena en Lima hasta Ica, dejando al Perú amplia libertad para reconstituirse y formar gobierno.

Los lineamientos del pacto provisional fueron hechos por él y por mí, más estensos los del general y

quizá más previsores. Yo concreté el pensamiento: á definir claramente la ocupación y fijar sus límites en la costa, á la devolución de intereses secuestrados sin responsabilidad de perjuicios y á señalar un año de término desde la notificación hasta el reanudamiento de las hostilidades.

Eso inspiró al gobierno de Chile el dar amplia libertad y sin condiciones al general Camacho y á los pocos bolivianos que aun quedaban prisioneros. El cuico, el más cuico de todos los cuicos, había de quedar en Chile indefinidamente.

Don Eusebio Lillo, nombrado á la sazón intendente de Tacna, me pidió como prisionero á su gobierno. Creía favorecerme trasladándome á Tacna en donde se hallaba mi familia que abandonó á Lima.

El general Camacho quiso celebrar estos sucesos en familia é invitados por él, fuimos modestamente en *carro urbano* á almorzar en las suntuosas alamedas de la quinta Normal.

Eramos comensales, el general y creo que el joven José María su hijo, que llamaba yo entonces cariñosamente mi aventajado discipulo, los coroneles Castro Pinto, Flores y Julio Carrillo, y es claro, el más cuico de todos que aun no sabía si Lillo alcanzaría su propósito de cambiar su prisión de guerra.

Luego pasamos á visitar el salón de trofeos en donde colgaba llenando un muro, la ensangrentada bandera del Huascar y nos inclinamos silenciosos con un nudo en la garganta, al contemplar los estandartes del batallón Sucre y del Aroma, prisioneros, justamente de ese Aroma á quien lo entregara el obispo Granado repitiendo aquello de «Con tu escudo ó sobre tu escudo».

Corro luego unos días y me encuentro paseando en la amplia cubierta del vapor Laja, mientras este surcaba las aguas del Pacífico, con el general Camacho. Discutimos los párrafos de una larga carta política escrita á aquel por don Mariano Baptista y entregada al embarcarnos en Valparaíso por el señor Filiberto Herrera.

Veo después á Tacna y á los mios queridos, y asisto á un *lunch* que Lillo nos ofrece y en él que me dice en un arranque caballeroso: Lo dejo irse libre; pero como no gobierno en Mollendo, corre Vd. el riesgo de ser devuelto á Chile. Arrostro el peligro y paso felizmente en la minuciosa visita del bloqueador y navego el lago del Titicaca y siento saltarme el corazón al ver la bandera de mi patria en Chililaya.

A poco suenan las notas del himno nacional para recibir en triunfo al general Camacho y las lágrimas corren segunda vez por el rostro de los veteranos que regresan tristes, pero ansiosos, al suelo patrio.

Y en fin, llego á la Paz, lleno de placer, de espectativas, de hambre de servir á mi país, desde mi país y no desde lejos, como lo hiciera siempre con la pluma, la espada, los recursos y la propia sangre y libertad ofrecidas en sincero holocausto.

El cuadro debía tener sombras para ser completo.

Un diario decía consignando mi nombre entre los llegados á la Paz. «¿A qué viene aquí este anfibio perú-boliviano?»... ¿Sarcasmo horrendo?...

Tal vez, seguiré recordando, entre suspiros, otros episodios, matiz y sombra y esmalte de la vida y alimento del alma atribulada.

Recordar es vivir!



SANTA ROSA Y SUS TORMENTAS

Cuando aun no se habían descubierto los microbios, ni el telégrafo sin hilos, ni el motor eléctrico, ni los rayos Roentgen, ni en fin, ese torrente científico que lo explica todo por leyes perfectamente naturales, alcanzaban grande auge y predicamento los milagros de los santos y bienaventurados de la corte celestial.

Pero la ciencia es fría y es escéptica; no dá lugar ni tiempo á la imaginación para divagar creando mitos, ni al corazón para abrigar la fe poética creadora del empíreo con sus nubes, sus rayos de oro y sus ángeles.

El pararrayos destronó á Santa Bárbara y reemplazó á la palma bendita puesta en cruz detrás de las puertas y las ventanas; el amoniaco destronó á San Jorge que era antidoto contra el veneno de los bichos y las sabandijas; San Ramón Nonato, sabe hoy menos que una aprendiz comadrona, y la policía reemplaza con ventaja á San Antonio en lo de descubrir robos y restituir los objetos robados.

Solo Santa Rosa no ha podido ser destronada y sigue jugando á la humanidad pasadas verdaderamente serranas. Nadie puede con esa linda muchacha de las orillas del Rimac, que al apróximarse su día onomástico, como se dice ahora al del santo, desencadena todos los elementos y deja gemir al viento y azotar á la lluvia contra los cristales en las ciudades, aumenta el caudal y lo desborda en los ríos que inundan los campos, y permite que los blancos copos caigan y caigan tenaz, porfiada, lentamente, cubriendo los llanos y plateando los picos y las cimas de las montañas. Y todavía es peor en la mar, en donde se desencadenan los aquilones y arrancan velas y jarcias que flotan como melenas al viento, cae á torrentes la lluvia, retumba el trueno horrisono y serpentean los rayos como en manos de juglares, rompiendo la obscuridad más cavernosa bajo la sombra de las olas alzadas como montañas.

¡Y quien la hubiera visto en vida, tan humilde y servicial, incapaz de romper un plato, ni de matar una hormiga! Dicen no pocos que nació en Porco, pueblo cercano á Potosí, en donde hay quien muestra la casa de sus padres y aun la estancia en que dícese vino al mundo y vió la luz primera; pero eso debe decirse quedito; no lo oígan los limeños, que quieren con el alma á su paisana y se dejarían enrodar antes que permitir que se dude ni un momento de que fué hija legítima de la ciudad de los reyes del Perú, nacida en el barrio más central y teniendo su cuartito pobre, con silla de vaqueta que se conserva hoy mismo bajo el altar mayor de la iglesia de Santa Rosa de los Padres, con sus revoques desconchados y el clavo tradicional que servía á la Santa para colgarse de los cabellos en mortificación y penitencia.

¡Ley de los contrastes! La más apacible de las criaturas en el mundo, convertida en la bienaventuranza, en patrona de tempestades deshechas, de días negros, cargados de melancolía, preñados de constipados y reumatismos, días predichos en el Pergamino y sufridos no ya sólo en América, de la cual Rosa de Santa María es patrona tutelar, sino en el mundo entero y sus alrededores.

¡Oh! los Andes se ponen divinos en estos días, ya sea en la Real cordillera, ya en la de los Frailes, ya en la que se interna desde Bolivia, al Perú, al Ecuador y Colombia, marcada con el rojo penacho de los volcanes; ya en fin, en la que se interpone y origina discusiones, armamentos é interpelaciones de Walker Martínez, entre la Argentina y Chile. En estos días quizás las altas cumbres que hicieron soñar á don Diego Barros Arana, desaparecen bajo interminables copos de nieve, que las rachas convierten á veces en pedazos de plumas de innumerables cisnes.

Y Santa Rosa es, además, patrona de las muchachas vírgenes, por eso su afición á la nieve y los azahares; y es símbolo, como su nombre, de belleza y frescura. De frescura se comprende; pero halle usted belleza en estos días en que si llueve no valen paraguas, porque los vuelca en plumeros el viento sedicioso.

¡Qué enjambre de muchachas zangolotinas en alegres racimos vivientes rodean el anda de Santa Rosa, la cual sonríe vestida con su hábito blanco y castaño obscuro, su escapulario de realce en el pecho y su corona de rosas en las sienes, mientras los nimbos divinos forman en su adorable cabeza, los anillos de Saturno y las estrellas sus satélites centelleantes!

También los marinos de faz tostada y andar incier-

to y vacilante, rodean á la Virgen limeña con fe cariñosa. Mentira parece que estos hombres de hierro sean tan sensibles á la poesía y al mito. Tres representaciones celestiales alternan en su fantasía de creyentes: Santa Bárbara, Santa Rosa y San Telmo. ¿Será que la frecuencia en la contemplación de lo sublime, en la extensión y en la fuerza los tiene siempre vueltos hacia el sentimiento de Dios?

Más en fin, la excelente patrona de este nuevo mundo, nos ha dado este año una copiosa muestra de su influencia sobre los elementos. Era tan hermosa, que no le resisten ahora mismo, ni Eolo, ni Neptuno, ni Júpiter, ni Plutón. Los astrólogos no nos dicen si la santa calmará sus impetus tormentosos; ellos saben poco de otras cosas celestiales que no sean atmosféricas. No cabe más que dos remedios: abrigarse y quedarse en casa, pese á los empresarios de teatros.





Vaya una conseja ó cuento y unos tesoros

Potosí pertenecía entonces al virreynato de Buenos Aires. Formábamos los potosinos, es decir, formaban ellos, los de aquel tiempo, que yo no estaba aun ni en la mente de don Manuel de la Cruz, mi padre, jovenzuelo él, á la sazón, de chaqueta y calzón en una sola pieza, abierto en salva sea la parte; pero rapaz y todo, con mis abuelos ya un leal amigo y servidor de Belgrano, dicho sea sin abrir paréntesis para genealogizarme con inmoderada estangurria.

Decía y digo, que formábamos los potosinos parte integrante de las provincias del Río de la Plata, cuando sucedió en Potosí lo que, si no hay otras interrupciones, me propuse contar á quien quisiere de oirme.

Y fué que había en Potosí.....

Todavía se llamaba entonces la Villa Imperial, lo que no impidió que recibiera á las primeras legiones patrioticas que llegaron del Río de la Plata, con cariño y entusiasmo, porque, eso sí, para generosos, rumbosos y hospitalarios, los potosinos, ni mandados hacer en

las talladurías y troqueles de la Casa Real de Moneda.

Pero los jefes patriotas, que no quiero nombrar, por que sólo ansío evocar recuerdos gratos, tomaron por realismo y hostilidad á la Patria las mojigaterías, humillos y zalemas á que durante siglos enteros y muy largos los habían acostumbrado los corregidores y alcaldes y hasta los maestre-escuelas ó dómines, que nunca hablaban del rey sin añadir: Su Sacra Real Magestad á quien Dios guarde, y eso decubriéndose respetuosamente, por aquello de que «al rey y al amo, sombrero en mano».

Por ende, aquellos exaltados señores jefes revolucionarios, declararon *prima facie* que Potosí era realista y no había dentro de su ejido urbano un patriota para un remedio. Quizá tenían razón y quizás no la tenían, porque nadie entendía en ese entonces lo que era la Patria, ni lo que querían los patriotas y sólo sabían que eran enemigos de Dios y del rey como buenos fracmasones que eran todos, «azotadores de Cristo en la lobreguez de sus aquelarres».

A mayor abundamiento no fueron prudentes en el obrar, y ajustaron demasiado las clavijas sacando, imponiendo y capitando, lo que confirmaba el único lado, muy mal lado, por donde esas buenas gentes, sencillas en su riqueza, devotas en sus disipaciones y creyentes entre sus faustos, conocían á los patriotas. Y eso sin contar con los que habían sido fusilados y ahorcados después de los rebeldes alzamientos del 25 de Mayo en Chuquisaca y 10 de Noviembre en Potosí, aun frescos, digo frescos alla en su tiempo.

Vean ustedes como eran las cosas.

Monteagudo, el gran Monteagudo. Cómo no ha de

conocer cualquiera á Monteagudo! Pues Monteagudo era para poquísimos sapientes escogidos, un genio, un profeta, un apóstol; para la generalidad de las gentes era el virrey de Satan, embajador del Averno, á quien los curas lo pintaban hasta con largo y espeso rabo simiesco, patas de gallo y pitones de cornupeto, como pinta, salvo las patas, á Pan la Mitología y á los sátiros Ovidio.

Aquí me viene á las mientes una copla vieja. Las coplas viejas y los vinos viejos tienen sustancia y miga. Vayan ustedes sacándole la miga á esta vieja:

«Dicen que á Marí Mercedes
La entretiene Juan Sarmiento,
Y Juan la remuele á palos!.....
Vaya un entretenimiento!.....

La sustancia es pues, que los espedicionarios del Plata, pretendían graduar de patriotas á los buenos potosinos, como graduaba Moliere á su médico: á palos, y los palos harán todo, todo, hasta cardenales, pero nunca harán patriotas.

No embargante, fueron patriotas los potosinos. Ahí está Belgrano como testigo. Pero Belgrano que entró prevenido en la antigua Villa Imperial por los informes de sus antecesores, descorrió el ceño y abrió los brazos cuando al desplegar una táctica sagaz y tolerante, vió irsele encima llenas sus manos de donativos á los potosinos y á las potosinas que siempre fueron donosas, mimosas y obsequiosas, y de pasta de buen hojaldre. Figúrense!...

—Al fin querrá usted decírnos, dijo el Sultán, si era patriota ó no era patriota la magnificente ciudad de Potosí?

—¡Problema! dirían, respondió la Sultana, los perezosos de la investigación que no leen más que en su librito.

Pero Potosí, proseguiré yo, que no me la doy de Cide Hamete Benengeli, era una vaca, un millar ó millón de vacas en una sola ubre. Allí se amamantaba todo el mundo. Entraban los realistas y la dejaban sin una gota de leche para los terneros. Entraban los patriotas y se chupaban lo que iba juntándose más las *escurriuras*, como dicen los jitanos, y se llevaban, *otro sí*, á los terneros que peleaban al lado de don Manuel en Vilcapugio y Ayohuma y en otras luchas heroícas y con otros caudillos no menos heroícos, aunque no tan buenos como don Manuel (1).

Eso obligaba á los Goyeneches, que no eran pocos, á colgar potosinos patriotas como se cuelgan faroles,

---

(1) Los caudales de Potosí.—«La historia recuerda en esta semana última de Agosto, el salvamento de los caudales públicos de Potosí. El general don Juan Martín Pueyrredón, que realizó esa brillante hazaña, nació en Buenos Aires el 18 de Diciembre de 1776. Se distinguió en ocasión de las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Producida la revolución de Mayo, la junta patriota lo encargó del gobierno de la provincia de Charcas. Desempeñaba ese cargo, cuando el ejército patriota sufrió la derrota de Huaquí ó del Desaguadero, el 20 de Junio de 1811. Este triste suceso entregó la hermosa región del Alto Perú á la saña del vencedor.


J. M. PUEYRREDÓN

Los caudales depositados en la célebre casa de moneda de Potosí habrían sido el mejor trofeo del general realista, si el intrépido gobernador de Charcas no se apodera de esos valores y los salva, emprendiendo el 25 de Agosto de 1811 la retirada hasta Tucumán.

Con la escasa tropa que le acompañaba, sostuvo reñidos combates en los desfiladeros del tránsito, que ya estaban ocupados por el enemigo, y sólo su presencia de espíritu y su valor probado le permitieron salir airoso en la difícil empresa.»

cuando se quiere por esto y por lo otro que haya faroles colgados.

—¿Y el cuento? ¿En qué quedó el cuento? Saltó con ira el Sultán Almamud.

—¡Ah! ya, ya, señor muy sublime. Había en Potosí...

Yo no se cuantas cosas buenas había en Potosí, pues por algo su fama llegó á ser universal y fuera todavía universal si los Estados Unidos del Norte no levantaran Chicago por quitame allá esas pajas, lo mismo que si levantaran ampollas, y si Buenos Aires no creciera, creciera, echando carnes como si intentara y (lo ha de alcanzar) formar contra peso á aquella grandeza, en el hemisfero austral que sospecho habitamos actualmente nosotros.

El caso es, que, pido á su excelsa magestad me perdone los apartes, había en la esquina de las siete vueltas de Potosí, una tienda provísta de cuanto Dios hizo y crió de más bueno, que se llamaba la tienda de la hermosa abajeña.

¡Qué ancha era y qué repleta! Hablo de la tienda, porque la abajeña era menudita, graciosa, risueña y timbrada como campanilla de plata, antes de la invención del timbre eléctrico.

Y ¿qué quieren ustedes que les diga, sino le dije más al serenísimo Sultán Almamud que nó era amable, ni mucho menos?

Pues: he dicho.

Pero no; lo que quería contar de Potosí, lo cuenta en forma concreta otro señor que en Buenos Aires ha escrito Efemérides Americanas. He aquí el caso:

1784—Minas de Potosí—El señor Navarro Viola en una efeméride se expresa así: «Nuestros lectores nos

agradecerán que no quitemos una palabra al siguiente relato tomado de una antigua crónica sobre esta fecha. En ella pasó al rey de España el tesoro de Potosí un balance en el que resulta que el producto de las minas desde su descubrimiento, en 1545, hasta el año de 1783, habia sido de ochocientos veinte millones quinientos trece mil ochocientos noventa y tres duros, cantidad mayor de la que se calculaba que fuese el caudal metálico circulante en todos los estados europeos; y en esta suma no estaba comprendido el valor declarado. Y es de notar que la imperfección de los medios empleados en el beneficio de los metales era tan grande, que hoy cuesta creerlo. ¿Quién creería, por ejemplo, que por más de veinte años el único combustible que se empleó para separar la escoria de la plata, fué la paja ó *ychú*, como le llaman los indios; y que llegó el caso de que para obtener la amalgamación de los metales, no quedó más arbitrio que exponerlos por veinticinco ó treinta días á los rayos solares? Todo asombra en la infancia de Potosí, llamada con razón la moderna Tiro. Un indio de Porco, cuyo nombre no ha conservado la historia, (Si ha conservado; véase la página 3 de este libro) descubrió por acaso las riquezas escondidas en el cerro; y la ciudad, cuyos cimientos empezaron á abrirse inmediatamente, contaba en 1611 cerca de 150.000 habitantes; la coronación de Carlos V costó á sus pobladores ocho millones de pesos, y no bajaron de seis los que se gastaron para los funerales de Felipe III.



SAN MARTIN EN LIMA

HISTORIA ANECDÓTICA DE BREVES DIAS

25 y 28 de Julio, Jura y Proclamación de la Independencia del Perú

L día 5 de Julio de 1821, Lima estaba fuera de quicio. Algun raro acaecimiento producía una agitación extraordinaria; el aspecto de las gentes que iban de prisa no era en modo alguno plácido; en los grupos del momento que formaban en las calles los conocidos, se hablaba poco y breve; los semblantes reflejaban inquietud y los movimientos impaciencia.

Las tiendas de comercio tenían cerrada una hoja de sus puertas y en las de provisiones no se daban punto de reposo los mancebos en el abastecer de la demanda. No parecía sino que Atila á las puertas de Roma, produjese en las gentes la previsión de un largo asedio. Los asnos en serones y los mozos á cuestas, transportaban baules, cofres, bultos, como si á todo el mundo le ocurriese en el día la idea de una general mudanza. Recorrían la ciudad entrando aquí y allá afanosos, frailes de diversas órdenes en ostentosa abun-

dancia de matices y consoladora exuberancia de carnes, como solo se ven en Lima. Las demandaderas y beatas de correvedile, meneaban los zancajos cubriendo con el manto abultados líos y cambiando palabras misteriosas con los mónagos y sacristanes de las iglesias abiertas como en jubileo para los fieles, que á lo menos llegaban á la pila para cojer agua bendita y seguían su trajín como quien tiene estrecho el tiempo para más anchas faenas.

¡Asombroso! no se había oído en la mañana aquel tañer y repicar de las campanas que se anuncia desde el romper del alba, ni el tronar de los morteretes puestos en fila en los atrios durante la secuela de misas que se dicen y cantan hasta la hora de la siesta. Mudos también los vendedores que cantan cuanto crió Dios y mudas las de vario diapasón, pregoneras de sabrosas viandas y potages vendidos desde las árganas de una paciente mula.

Al comenzar la tarde cruzaban las calles ó solos ó en grupos, en piquetes armados ó inermes, oficiales, soldados, vivanderos, rancheros, recuas de mulas con sendos arrieros brigadas de la administración militar con sus arneses y ayudantes del estado mayor á galope, llevando y trayendo pliegos. Numerosas cabalgatas de gente de buena apariencia seguida de lacayos llevando del diestro acémilas cargadas de equipajes, marchaban camino de la carretera en dirección del puerto, á encerrarse con sus caudales entre los muros, torreones y contrafuertes del Callao y en el amplio Castillo del Real Felipe, desde el cual gobernaba aquella plaza fuerte, baluarte tenido por los españoles como inexpugnable, el general La Mar, de gran renombre en la historia de la independencia sudamericana.

Y mientras los varones buscaban de esa guisa el seguro para sus personas y sus bienes muebles, las mujeres se agolpaban en los claustros y celdas de los conventos de monjas, buscando asilo para ellas y sus vástagos menores, como en la víspera de la irrupción de los vándalos.

Y todo eso en Lima, la ciudad de los Pizarro, llamada la Sultana del Mar Pacífico por sus blandos hábitos orientales, en donde los goces, los perfumes, las fiestas eran la p reocupación única, y la galantería y sus aventuras la ocupación favorita; en Lima llamada la Perla de las Indias, sin duda por el inestimable oriente de aquellos cutis femeninos y de aquellos ojos con brillo de perlas negras bajo la sombra de los párpados ojerosos, como no los hay más que en Lima, capaces de engendrar toda suerte de sueños voluptuosos.

Eso pasaba en la ciudad llamada de los Reyes del Perú en memoria de los reyes magos de Oriente, en aquella tierna paloma arrulladora que desde el gran puente de robustos seculares ojos, parece extender sus alas á lo largo de ambas orillas del Rimac, es decir, del *rio hablador* como le llamaron los indios en su dulcísima lengua *quichua*. Estaba, pues, Lima fuera de quicio el día 5 de Julio 1821.

Pero, ¿había razón para tanto temor y apercibimiento? ¡Vaya si la había!

A lo menos, conforme á las ideas de aquel tiempo y según el concepto que se tenía de las huestes libertadoras de San Martín, que después de transponer los Andes siguiendo senderos suspendidos sobre los abismos y abriéndose paso por entre témpanos que parecen sostener

la bóveda del cielo y después de vencer en Chacabuco y Maipo había desembarcado en Ancón el 30 de Octubre de 1820, enviado antes la expedición de la sierra al mando de Arenales, batido varios destacamentos de los tercios realistas, puesto en incomunicación estrecha á Lima con los pueblos del norte por medio de guerrillas ó montoneras y dado el golpe de Casa Blanca en que Brandzen, entonces capitán, fué el héroe protagonista batiéndose cuerpo á cuerpo con el arrojado coronel Bermejo, jefe del destacamento enemigo, á quien tendió en tierra de un pistoletazo.

Y era que en la ciudad de los Reyes del Perú, no habían entrado aún las ideas liberales. La Capua indiana vivía de sus glorias y de su fausto secular romano.—Amaban la realeza como aman las almas delicadas lo grande, lo artísticamente aristocrático, lo que alimenta la fantasía, lo que provoca y sostiene la sensualidad. Monumentos, costumbres, tradiciones, indole:—todo hablaba en la lengua de los alcázares, de los boatos orientales, de las celosías y ajimeces moriscos, de los rostros medio encubiertos, de los misterios y las músicas, de las intrigas y los galanes, de las proezas de la estudiantina caballeresca, dei *panem et circensis* que en la famosa plaza del Acho tenía el bizarro pueblo limeño, deliciosamente matizado de limpísimas negras, exuberantes mulatas y voluptuosas *zambas* de crujiente cintura y ondeantes flancos.

Lima temía más que deseaba la revolución triunfante que la invadía. Había cobrado horror á las matanzas. Sabía lo más conveniente á los intereses de la metrópoli española, esto es, la parte odiosa únicamente de la campaña política iniciada desde Buenos Aires y llevada por San Martín á Chile y por Rondeau y Belgrano al Alto

Perú. Se estremecía ante la sangre de las encrucijadas y las sorpresas, dábale escalofrios el sacrificio de centenares de indios que victimaba sin piedad el feroz Ricaforte y parecíole sentir en las mejillas el calor de las llamas que abrazaron dos veces al heróico pueblo de Cangallo.

A mayor abundamiento merodeaban en las cercanías los guerrilleros patriotas, que entraban á saco en las haciendas y cargaban con víveres y acémilas dejando siempre la sangrienta huella de su paso en guerra de rencores.

Los esfuerzos aislados de los patriotas entre los cuales nó faltaban abnegados hijos de Lima, no hallaban eco. San Martín no era aún conocido por sus virtudes. Al contrario, se le creía y lo era en efecto, delegado de la logia masónica Láutaro y los francmasones causaban horror al católico y amorosamente religioso pueblo limeño. — Cochrane que bloqueaba el Callao, era tenido por algo como un Barbarroja, una especie de pirata argelino que había tomado al abordaje por entre palizadas y lancha armadas de cañones y al frente mismo de las fortalezas terrestres, á la Esmeralda, el mejor de los barcos de la real armada. Aquellos hombres eran y tenían las proporciones fantásticas de la leyenda mitológica y provocaban misterioso temor henchido de inquietudes y de zozobras.

He ahí porque al anuncio oficial de que el virrey La Serna abandonaría Lima el día siguiente, habían salido de quicio los limeños y provocado ese inusitado movimiento de precaución, ansiedad y apercibimiento que marcó con memorables caracteres el día 5 de Julio en que comienza el presente relato.

———

Así fué en efecto; al despuntar el alba salían silenciosamente las aguerridas tropas bajo el real estandarte sostenido por gallardos capitanes y á su cabeza el virrey La Serna, en quien se cumplían ya las predicciones del destituido virrey caballeroso, señor de la Pezuela. Larga fila de equipajes y abundante material de guerra llevado en centenares de mulas, formaban la carabana que abandonaba á Lima tomando el camino de los valles de Cañete. Habían fracasado las conferencias y acuerdos de Punchauca. Albreú, el comisario regio, no recibió el apoyo del ejército para aceptar las proposiciones de San Martín, que eran la salvación de los realistas y también la nube sombría de los patriotas (loado sea Dios que dispone del destino de los pueblos! Quizás el gran San Martín tuvo la lucidez de lo futuro y quiso asegurar al Perú la integridad contra la propia rapacidad de algún hermano). La deserción y la escacez diezmaban el ejército del rey. Un regimiento lucido (compuesto de peruanos) el Numancia, habíase pasado á las banderas independientes abandonando sus reales de Asnapuquio. Era preciso reponer las tropas, debilitadas por las fiebres palúdicas en la sierra y llevar el poder aun vigoroso de la metrópoli á los centros de recursos, mientras se limpiaba el territorio interior, de importunos guerrilleros que se reproducían aún en mayor número á raíz de cada hecatombe.

Quedaba encargado del gobierno civil y militar el noble marqués de Montemira, bondadoso anciano que merecía el respeto de todos y gozaba de las simpatía del cabildo y del clero. ¡Cosa singular é inexplicable! El arzobispo Las Heras, las altas dignidades de la iglesia y los frailes eran decididos vasallos de su majestad católica, y los curas, los capellanes y en general el clero

secular, eran patriotas exaltados como el clérigo Aldao, que de capellán del ejercito de los Andes, pasó á ser el jefe guerrillero de las sierras de Huamanga, el más temido y el más animoso de cuantos ayudaron al glorioso teniente de San Martín, el general Arenales, vencedor de Pasco.

Los españoles ricos y pobres y los criollos realistas iban á consumir los víveres que la plaza fuerte del Callao apenas pudo acopiar para noventa días, facilitando mucho la obra de la rendición. Las altas damas con sus joyas y objetos preciosos buscaban el asilo del señor.

El pueblo se preparaba para lo desconocido; pero clamando ya por la entrada de los que á lo menos serían más respetuosos que los guerrilleros. Peor era el miedo de la incertidumbre.

Al cerrar la noche del mismo día y cuando la ciudad no acertaba á contener dentro de las moradas el ansia indefinible de las personas, dos jinetes entraban por la portada de los Descalzos, cruzaron los arrabales de San Lázaro, pasaron el puente secular cuyo arco superior arquitectónico ostentaba como leyenda: «Por Dios, por la patria y por el rey» y llegaron al antiguo palacio de Pizarro. A la sazón discutía un grupo de notables vecinos del municipio lo relativo al recibimiento del libertador San Martín, á quien suponían en las puertas aguardando el sol del mediodía para la entrada del conquistador en gloria y majestad, y bajo de palio á la basílica catedralicia.

Allí cantaría el *Tedeum laudamus* la plenitud del clero secular y regular y dignidades de la curia presidida por el arzobispo y gran señor de Las Heras y lue-

go sería llevado en procesión solemne al alcázar de los virreyes.

Enorme sorpresa fué para ellos el reconocer en los recientes huéspedes, que tomaron por emisarios, al mismo general San Martín y su ayudante de campo. Entonces fué el deshacerse en extremos de satisfacción y de estupor frente á tanta sencillez y modestía; el correr por las calles pregonando la nueva, de modo que media hora después las campanas echadas á vuelo parecían romperse de entusiasmo y la ciudad entera de Borbones á Monserrat y del San Cristóbal á Belén quedó iluminada con faroles de luces, lámparas y luminarias como no se viera en fiesta alguna en la ciudad de los fuegos artificiales y de la perpetua *Noche buena.*

Facilmente el sexo bello, y no tan débil como generalmente se le apellida, adquiere y cobra confianza. San Martín la inspiró desde luego y á poco de ser reconocido, corría el riesgo de ser asfixiado entre los redondos brazos y contra el fragancioso busto de las limeñas, ardorosas y sensibles siempre, como siempre también buenas hasta el sacrificio y benéficas hasta con el más encarnizado enemigo de la víspera. ¡Qué fruiciones tan puras y qué noche de placidez tranquila para el luchador de tantos años, el infatigable soldado de los Andes!

No poca labor exigió en los días sucesivos la organización de un sistema. No era fácil poner en orden el caos que antecede á los cambios radicales; era otra luz, otra atmósfera, otros horizontes los que se ofrecían á la mirada del pueblo absorto y absolutamente no educado para la libertad. Amaba por costumbre su tutelaje; no se tomaba el trabajo de pensar, ni sospechaba que tuviese el derecho de elegir y menos de legislar sobre materia alguna. Obedecía, pagaba su tributo y se diver-

tía; tenía pan y toros; era feliz dejando á los demás el cuidado de sus intereses y no tuvo nunca la sospecha de la usurpación, del peculado, de la venalidad y de otras nociones ogaño tan corrientes y tan prácticas, como son escasas y casi desconocidas por la democracia triunfante, la hombría de bien y el honor que no se busque con padrinos en el campo del amor propio insensato.

«Todo pueblo civilizado, decía por eso San Martín al dirigirse al de Lima, está en aptitud de ser libre; más el grado de libertad de que goce debe ser exactamente proporcionado á su civilización; si aquélla excede de ésta, no hay poder que evite la anarquía, y si es inferior, es consiguiente la opresión». Por eso creyó conveniente pedir al cabildo que convocase á los vecinos más notables y distinguidos á fin de consultar con ellos como representantes de la capital, si la voluntad general del pueblo estaba ó no decidida por la independencia. Esta junta convocoda el día 14 de Julio contestó al siguiente día textualmente: *La voluntad general está decidida por la independencia del Perù de la dominación española y de cualquier otra extranjera.*

Esta declaración fué pregonada desde los balcones del cabildo y recibida con aclamaciones de entusiasmo por todo el pueblo reunido en comicio. Diez días después, es decir, el día 25 de Julio, Lima juró solemnemente la independencia y subscribió, á comenzar por el propio arzobispo y los oidores y alcaldes y muchos peninsulares que amaban ya como á su pais al Perú, el acta que constituye el documento histórico más importante de aquel estado libre.

Y amaneció el 28 de Julio de 1821. El pueblo que se encontraba cómodo dentro del nuevo sistema en que se

le tenía presente para todo y á propósito de cualquiera variante, sospechaba ya los agridulces de la libertad y sentía la necesidad de dar voces, de expandirse, de ser actor ahora en vez de elemento paciente como había sido sin pensarlo tantos años. Recorría en grupos las calles de la ciudad, en donde los balcones ostentaban colgaduras de damasco, tapicerías orientales y ricas colchas de Manila; en donde se alzaban arcos de triunfo á largo espacio y se veían algunas ventanas festoneadas de flores y de laurel.

A eso del mediodía, una columna de húsares á caballo, salió del palacio abriendo la marcha y seguida de los maceros y heraldos de armas, de los colegios reales, de los doctores de la Universidad de San Marcos, de los frailes de todos los conventos, del clero y dignidades eclesiásticas, de los oidores de la gran audiencia, de los regidores, alcaldes y miembros del ayuntamiento, de los notables de la ciudad, de los jefes, en fin, y del general San Martín que había tomado el título del protector del Perú, vestido con cuidada gallardía y rodeado de su brillante estado mayor y de su escolta, que en traje de gran parada cerraba la marcha.

Desde un elegante tablado construido en la plaza mayor del ayuntamiento, San Martin desplegó y batió varias veces la bandera peruana que él mismo había creado algún tiempo antes y ya en aquel territorio. Y acallando la gritería inmensa y los vitores, pronunció en alta voz estas memorables palabras: «*El Perú es desde este momento libre é independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende*».

Las campanas echadas á vuelo, los cañones tronando en salva majestuosa, los vitores delirantes, en fin, dieron luego á la procesión cívica que recorrió con San

Martín las principales calles de la ciudad, una solemnidad indiscriptible. Desde los balcones, ventanas y azoteas cuajados de bellezas, caía sobre la comitiva del protector una lluvia de esencias y de flores que materialmente entapizaba el suelo. Con toda la modestia, con toda su presencia de ánimo, con toda la posesión de sí mismo, San Martín dicen los coetáneos, estaba profundamente conmovido y no era dueño de refrenar los latidos de su corazón.

Sin embargo la obra no estaba concluida, tardaría aún tres años para recibir el sello final en Ayacucho; Bolivar y Sucre debían de coronar la obra de San Martin y Arenales.

Verdad es que el héroe colombiano encontró puestas las bases sólidas del gobierno establecido por el héroe argentino y en la historia ambos formarán las dos altas cumbres al norte y al sur que, como las pirámides de Egipto, hablarán á las generaciones en la perpetuidad de los siglos en nombre de la libertad y del progreso de la humanidad.

Mientras la bandera peruana exista y se despliegue el blanco y púrpura de su emblema, y se conmueva el corazón á los ecos de su himno patriótico, la memoria de San Martín existirá latente en el Perú. Ambos símbolos fueron su obra, cooperada en el segundo por el modesto cuanto inteligenre maestro Alcedo.



RECUERDOS DEL ABUELO CASON

HAZAÑAS DEL CAPITAN NECOCHEA

HABLAR de sus buenos tiempos es confesarse viejo. Pero, ¿quién no ha de serlo, so pena de la vida? Eso sí, nadie lo quisiera, porque apenas hay cosa más amable que la mocedad.

En los pueblos sucede al contrario de lo que acontece con los hombres. Los pueblos se enfrían al civilizarse. Destierran sin saberlo el calorcito de los hogares propios, para tomar muy luego el de otros extraños, que son, ó se tienen por más adelantados en razón, sin duda, de ser más fríos.

Por eso las grandes poblaciones en contacto diario con el resto del mundo son verdaderos desiertos para el corazón.

Entre nosotros, ¡quién lo creyera! el calorcito de los corazones, que decía Trueba, se ha ido poco á poco hacia las sierras. Allá en las profundas arrugas de los Andes, se le encuentra generalmente sin buscarlo.

juventud y maestros de posta de su pueblo en la vejez.

A fines del año 1858 en que, niño aún, acompañando á mi buen padre en el destierro, pasé algunas semanas en ese pueblo histórico, el viejo Casón había abdicado en favor de su hijo Críspulo su dominio sobre las mulas y los postillones y el honor de servir religiosamente el transporte de las valijas de correos y el de los viandantes, que buscaban además en el suyo, un techo hospitalario, servicial y oficioso en grado imponderable.

Me recreaba el alma oyendo la relación de sus campañas con el niño Redusindo, como le llamaba él al general Alvarado, no el de la capa roja, sino el meritorio anciano que á la sazón vegetaba en Salta.

¡Qué ruda franqueza inestimable en sus juicios; qué verdad histórica en los hechos retenidos con memoria prodigiosa, y qué exactitud en las fechas que parecían esculpidas como en bronce!

Brillaban sus ojos de entusiasmo en las victorias, se arrasaban de lágrimas en los reveses, y adornaba sus relatos con episodios, los bordaba con pormenores y desplegaba no estudiada maestría al pintar ciertos rasgos de valor y abnegación que nos parecen fabulosos desde las comodidades y humanizamientos de la guerra moderna.

Cautivaba al abuelo Casón el empeño anhelante con que yo le oía. Ardíame el alma y me sentía, aunque niño, capaz de las hazañas como soldado y capaz de los cantos heroicos como poeta. Tenía la cabeza llena de los héroes de la Iliada y repetía de memoria algunas estrofas del canto épico de Olmedo, que no he olvidado nunca.

La noche del 31 de Diciembre de ese año de gracia, sentados en el poyo junto á la puerta de la casa de postas y mientras la nieta Plácida, real china de grandes ojos crespos, largas trenzas negras, labios frescos como frambuesas maduras y robusta encarnación apetitosa, servía mate con el donaire digno de un Ganímedes femenino, el abuelo Casón «agarró» y dijo:

—He ahí, en aquellos repechones que se divisan quebrada abajo, estábamos acampados formando la vanguardia del ejército que debía ir al Collado y que no se movía porque el virrey de los realistas estaba en Cotagaita y todito el camino estaba sembrado de tropas enemigas, desde Negra Muerta hasta Moraya, en donde un año antes habían fusilado los chapetones al coronel don Saturnino Castro por haberles querido sublevar un batallón del Cuzeo.

El niño Redusindo y don Diego Balcarce procuraban entretener el fastidio de las tropas ociosas que se daban mucho al *parito* ó á los *tordillos* (*) y eso que no se jugaba más que al debo, porque no había paga, y ni más que ración diaria, sin buenas cuentas en *tomines* potosinos, porque no llegaban

Entonces le entregaron la vanguardia al niño don Diego Martín Rodríguez. ¡Malhaya la ocasión en que pasamos por reclutas zonzos, por dársela el coronel de mozo confiado y despreciador de los chapetones!...

Aprovechando las fiestas de carnaval, don Martín quiso meterse tierra adentro para ver cómo andaban de gente realista aquellos pagos, y con la fresquita llegamos sin tropezar con nadie, hasta un punto que queda allá detrás de la loma llamada del Tejar.

(*) Juego de naipes y dados.

Habíamos desensillado, echando los caballos al pasto y nos poníamos alegres á carnear una vaquillona, cuando ¡pim!, ¡pam!, ¡pum!, algunos tiros de todas partes del canchón y rodeados luego nosotros por una fuerza enemiga que saltaba en el cerro como espesa nube de langostas, lo mismito que en los montes de Orán.

Allí cayó el niño Martín y caímos todos como verdaderos zonzos, sin defendernos, porque no había casi, ni cómo, ni con qué, porque las armas estaban en pabellones en la otra parte del canchón.

Pero había que ver cómo el capitán Necochea subió luego á caballo y sable en mano saltaba los cercos, sableaba haciendo molinetes, rajó á uno como un melón en dos partes, abriéndose cancha luego entre los enemigos que lo miraban espantados como á demonio ó alma de la otra vida.

Y se salvó no más el niño Mariano, que era guapo más que el toro, y siendo tan bueno como él era, se ponía como una fiera cuando tocaban á lancear ó menear los sables.

¡Ah! mis niños, Redusindo, don Martín y don Mariano! Dios los ha de tener sentados en su gloria al lado mismo de Nuesto Señor Jesucristo y de la Virgen de Mercedes de don Manuel Belgranc.

Así dijo y lloró el venerable abuelo Casón, uno de los rezagos del tiempo en que hubo hombres y glorias y poetas que las cantasen con el alma,

---



UN MIRLO BLANCO

AVENTURA QUE TIENE COMO PROTAGONISTA AL GRAN BOLIVAR

En las lides de Cupido
No hay dios, ni humana persona,
Que se juzgue bien guarido,
Pues ni aun Marte dió al olvido
Nunca á Vénus por Belona.

EN esto hay mucha verdad y así andaría el mundo si no la hubiera. Prefiere pues, este cronista, tratar aquellas lides y no las bélicas, y volver los ojos del alma á lo pasado horóico, mejor que á lo presente mezquino. Dicho sea con referencia á aquella tierra en sus riquezas pobre, chica en su grandeza, que languidece entre las planicies, montañas y hondos valles del Ande, entre el mediterráneo grís de Manco-Capac y el mar dulce de Gonzalo Pizarro, entre el Atacama sediento y el Chaco portentoso: «esa tierra inocente y hermosa—que ha debido á Bolivar su nombre» y deberá su ruina á las agitaciones regionalistas, si Dios no lo remedia inspirando á su gobierno una salida airosa, último alivio y no muy bien asegurada esperanza en el oscuro tronar de las tormentas próximas.

Cumpliera en estos días sus noventa y cinco años (*) la excelente señora Joaquina, más popularmente conocida por la *Libertadora* entre los vecinos de la antigua Villa Imperial de Potosí, si no hubiera entregado hace algunos años su alma á Dios y su cuerpo á la tierra, después de una vida ejemplar en punto á castísimo recato y caritativas virtudes tan limpias de gazmoñería como de hipócritas sonrojos.

Era ultimamente una viejecita encantadora, tentada de la sana risa, burlona y donairosa, discreta en el decir, compasiva en el hacer, tolerante, en fin, con la ajena flaqueza como quien no olvida nunca la parábola del Cristo: «el impecado tire la primera piedra». Decían, otro sí, sus contemporáneos que había sido en sus juveniles años un portento de belleza y de gracia y una de las preciosas flores del vergel potosino, si hubo vergeles donde manan riquezas metálicas en árido suelo, bien sea verdad que el artificio produzca en él, inestimables flores de invernáculo y la tradición aristocrática de sus pobladores, ofrezca ejemplares de indefinible encanto femenino.

Dedicábase doña Joaquina á un comercio muy raro y único en su especie; algo como pandemonium á guisa de prendería, pues su casa remedaba al arca de Noé, corregida y aumentada con los inventos de los siglos posdiluvianos hasta la era presente. Alquilaba trajes de todos los tiempos y de todos los países y no para bailes de disfraz y fantasía, pues había mucho espacio vacío desde las grandes mascaradas que la opulenta Potosí ofrecía con regio porte en sus salones señoriales, habiendo sido barridas como todo lo aristocrático, por

(*) Hace seis años que se publicó este episodio (Nota del autor).

la ola revolucionaria que alzó la enseña de la patria destruyendo tres siglos de grandeza. Alquilábalos á los bailes de mestizos y de indios, llamándose así tales bailes, las invenciones que aquellos ideaban en las fiestas religiosas y populares, vistiendo prendas raras y plumas y escamas y pieles de animales y trajes de naciones y de personajes reales, mitológicos ó imaginados.

Había en la imperial Villa muchos festejos creados, así por el gobierno, (*panem et circenses*) para solaz y contentamiento del pueblo sumiso y amante de su señor, como por los curas (*congrua sustentatio et elemosina*) que hacían la olla gorda explotando la ignorancia y vanidad ostentosa de los potosinos, todos ricos hasta en lo más ínfimo de la gleba pechera.

En las carnestolendas había tres días de corridas de toros enjalmados con tisú de oro, patacones de plata y frontales de filigrana. El ayuntamiento proveía de varitas doradas para el juego de la sortija y de lazos de cinta para los vencedores. Colgábanse de damasco y terciopelo los balcones de la plaza trocada en circo por tablados bajos adornados con primor y la recorrían en pandilla antes de la corrida los bailarines lujosos de especie diversa, derramando á granel confites y golosinas precedidos del arpa indispensablemente pulsada por ciegos con caprichosa indumentaria. Entraban también á son de tamboras, cajas y caramillos, tañidos por ellos mismos, los indios con enormes plumajes en la cabeza imitando usos incásicos en que no faltaban la borla imperial y la túnica con el sol dorado y las mazas, en fin, cerrando la marcha, los jornaleros de las minas del Cerro con banderas abigarradas y pintorescas vestiduras.

Para no prodigar las citas y repetir algo de lo dicho ya en otras crónicas nuestras, bastará decir que así, en la fiesta de la Santa Cruz, como en las pascuas que eran cada una de tres días y la cuaresma fecunda en procesiones con hermanos penitentes, abades y sumos sacerdotes judíos, la variedad de las invenciones era incalculable, distinguiéndose las fiestas del Rosario y de la Natividad por los turcos, los moros, los caballeros, los incas y los gigantes y vestiglos que armaban infernal algarabía.

Pues doña Joaquina tenía en su risueña casita, en donde gorjeaban á porfía jilgueros y ruiseñores en medio de un jardín, artificialmente conservado, de rosas, claveles y ambarinas, numerosas estancias cubiertas del suelo á la techumbre, de trajes y disfraces é instrumentos de música y armaduras, rodelas y cimeras de toda condición y linaje, lo cual formaba un capital productivo en manos de mestizos y criollos por cuyas mientes nunca pasó siquiera la idea de la apropiación y del engaño.

Y amaneció un día domingo del primer año de la independencia, y la antigua Villa de Carlos V se engalanaba en homenaje al libertador de medio mundo americano, el cual pocos días antes había entrado triunfalmente en ella, con tan espléndido recibimiento, que solo tuvo cotejo en dos anteriores, y aun superó á estos, porque la inmensa muchedumbre impedía á veces tocar con los cascos el suelo al caballo de batalla que sofrenaba el héroe. Este cotejo conmemoraba la entrada ostentosa del virrey don Francisco de Toledo y la que

entre el delirio de los potosinos tuvo en la villa el patriota general don Manuel Belgrano.

Los gremios daban la última mano á los adornos con que se revestían las calles y plazas y los arcos de triunfo indicaban el camino que había de recorrer el Libertador desde las Cajas Reales al argentado Cerro en cuya cima cónica y esbelta, se proponía Bolivar plantar la bandera de la libertad con su propia mano. Esa enseña gloriosa debía flamear y flameó efectivamente á 17.000 pies sobre el nivel del mar y abstracción hecha de la redondez de la tierra y de las nieblas de la distancia, podía ser mirada desde la cima del Chimborazo, siendo así ambas moles los eternos testigos de la gloria futura á que alude Olmedo en su magnífico canto á la batalla de Junín.

Lo cierto es que la gran comitiva ascendió en día claro y sereno entre el repicar de las campanas y el tronar de los cañones y que en una enramada construída á espaldas de la capilleja del cerro chico, fué amenamente sorprendido el Libertador por un coro de bellezas juveniles que lo saludaron con un himno y lo agasajaron con exquisitos manjares y refrigerios.

Una de aquellas lindas criaturas, en cuyos ojos brillaba á la vez que la admiración por el héroe, la ardiente simpatía por el hombre de expresiva fisonomía y homéricos arranques, era la mismísima Joaquina en sus hechiceros veinte años.

Ofrecióle con una loa en versos sáficos una corona de laureles y su voz tomando rítmos especiales de una pasión naciente, penetró en el pecho del Libertador como el rayo destinado á producir rápido incendio en el siempre fácil acopio de elementos combustibles que mostró tener aquel grande hombre.

Hondamente impresionado Bolivar recibió la corona y al imprimir respetuoso beso en la mano que la ofrecía dijo, rápida é imperiosamente en voz baja:—«Necesito volver á veros y ha de ser hoy mismo.—También yo, señor, añadió ella, murmurando apenas; necesito pedir á vuestra magnanimidad una gracia». Las músicas y los vítores favorecieron el secreto de esta extraña cita.

Nadie más que su ayuda de cámara y el capitán de la guardia supieron que el Libertador había pasado la noche fuera de su alojamiento palaciego; pero al siguiente día, se vió salir con escolta hasta las afueras de la villa, camino de la Península, al viejo teniente español don León de Gandarias y á otros dos sus paisanos, después de que el tesoro hubo entregado á todos una ayuda de costas y un viático extraordinario hasta su destino allende los mares.

«Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano»,

y ese paso se repetía año por año, mientras la bella Joaquina se iba marchitando en persistente celibato sin admitir nunca devaneos, ni dar esperanzas, ni alimentar ansias amorosas á despecho de muchos corazones que sufrían, esclavos de aquel donaire y de ese emporio de encantos cerrados á la satisfacción de apetitos mundanales.

La vejez desnudó al fin ese cuerpo por las Gracias hecho; pero acrecentó en su alma las excelentes cualidades que la hicieron tan amada de propios y extraños. Entregada en su precioso nido de rosas, claveles y

ambarinas y al arrullo de sus cantores alados, al curioso comercio que sabemos, pasó su vida tranquila y feliz, suspirando solamente y aun velándose de lágrimas sus ojos al recordar el histórico día en que el Libertador ascendió al Cerro entre los vítores de la muchedumbre delirante.

Más al fin «la vida se ha de acabar y la muerte ha de venir» que dijo el vate, y la excelente Joaquina, sonada su hora y llegada á ese trance final, llamó al sabio cura Ulloa, muerto en la locura, y en presencia de dos íntimos amigos suyos, dijo de esta manera, no en descargo de conciencia, si más bien alivio de peso enorme por tan largamente guardado secreto:

—«Deseo y pido que no sea separado de mi cuerpo en la tumba, este relicario precioso que lleva el busto del Libertador y que fué ofrecido por él mismo en prenda de amor y agradecimiento por haberle salvado la vida en la noche de la solemne subida al Cerro. Conocía yo la conjuración contra el héroe fraguada por mi tío el teniente Gandarias y no vacilé ni un momento en sacrificar mi honra á mi pasión y á mis deberes de patriota, evitando que fuera aquel grande hombre indignamente asesinado en su lecho. Pedí luego dineros y salvo conducto para aquellos conjurados y Bolivar fué con ellos grande y generoso como en todo.—Dios le haya premiado y me perdone á mí esta única falta grave de mi vida que siempre la consagré al bien de mis semejantes y al recuerdo de Bolivar, mi único y solo amor en el mundo».

He ahí una aventura de muy pocos conocida y alguna vez erróneamente contada, aunque los depositarios del secreto creyeron cumplir mejor con su conciencia llevándoselo consigo hasta la tumba.

En las lides de Cupido
No hay Dios ni humana persona,
Que se juzgue bien guarido,
Pues ni aun Marte dió al olvido
Nunca á Vénus por Belona.





DON MARIANO PALOMO Y VIGUERAS

Marqués de Cayara

Oro viejo del tiempo de los doblones

No arrasaron, no, las corrientes revolucionarias ni arrancaron de cuajo en estas tierras de Indias, brotadas cual florecientes ínsulas en medio del Océano, al tornarse comarcas independientes de las coronas del viejo mundo y feraz suelo para el arraigo y cultivo de la libertad; no arrasaron, digo, dichas olas, ni arrancaron aquellos vientos de cuajo las costumbres nobiliarias, los títulos, las genealogías, los abolengos que existieron con arraigo de años y de siglos y perduraron aún mucho después de la caída de Cisneros en la inmensa zona sud-americana constituyente del virreynato de Buenos Aires.

No arrancaron nada. ¡Qué habían de arrancar! Los pueblos, cuanto más viejos, más pegados á sus hábitos y sus costumbres y sus respetos tradicionales. ¿Cómo hacer ellos, lo que nunca hicieron sus abuelos? ¡No faltaría más!....

Así, pues, se conservaron hasta bien entradita la República, y aún ya cuajadas varias cartas magnas labradas sobre bases de igualdad que, no pudiendo levantar á la plebe hasta el nivel de la gente, bajaban á la gente hasta el vasto plano en que la plebe, haciendo de de los derechos un lío, realiza «agora mesmo» todos los absurdos del gobierno popular representativo.

He conocido todavía en plena comarca enclavada entre las limítrofes de la Argentina y de Bolivia, al excelentísimo señor Marqués de Yabi, Conde de Tojo y señor de Casavindo y Cochinoca. Sus vástagos no llevan ya el título, y la gran vinculación está tan desvinculada de suyo, que el mayorazgo ha resultado hecho jirones de tierra democrática, hijuela de diversos terratenientes.

Nos, los republicanos de Sud-América, nos batimos valerosamente, quiero decir, se batieron nuestros abuelos durante quince años por destruir, arrasar, desarraigar á la nobleza, de título, reemplazar el cetro de los reyes con la vara de la igualdad, quitándonos de encima la corona para ponernos el gorro hasta la nuca y... descansar tan frescos sobre nuestros laureles. Nada hemos levantado, en cambio, que yo sepa. Busco otra clase cualquiera de nobleza y no la encuentro. ¿Será que la democracia no admite ningún género de nobleza?

No parece cierto, observando lo que pasa en el Norte, al otro del Itsmo, en ese gran monstruo que ya proyecta enorme sombra en el cielo que cobija el mundo. Cayeron los marqueses, los duques, los condes, los señores y se alzaron los reyes. En la democrática por excelencia República de los Estados Unidos de América hay más reyes que en toda la Europa monárquica constitucional y absoluta. Me río yo del Zar y del Kaiser

contemplando á Pierpont Morgan, y me río, otro sí, de de los ejércitos y las escuadras de mar y rio, delante de los *trusts* que caminan hacia la conquista pacífica del Orbe, cristiano, gentil y disidente, sin soltar un tiro, ni gastar un grano de pólvora con humo, ni sin humo.

Cayó allá la nobleza de orígen y de sangre; pero se alzó otra nobleza. No fué sólo destruir; fué tambien edificar. La loba fué la figura heráldica de Roma; el cerdo será la gran figura heráldica en el escudo de la moderna nobleza *yanqui*. La raza porcina marcha hacia el dominio del mundo. Los jamones, el tocino, los embutidos, el tasajo, la manteca, tienen admirable predisposiciones para convertirse en rieles, en barcos, en máquinas, en productos de minas, de cosechas, de artefactos y, por ende, en millones, muchos millones, fabulosos: ¡aristocracia del poder supremo universal!

Pero cortando el hilo de las digresiones, no extrañas al asunto, tomaré el de mi cuento, ó mejor diré, el de la pintura de mi tipo, último rezago colonial y último carácter vaciado en el molde de los Hernani y los Rodrigo de Vivar.



«Atica sal viviente en piedra pomez», llamóle en unos versos un poeta de aficiones bíblicas, muy amigo de Moisés, de los Faraones y de las plagas de Egipto, llamado don Mariano Salas autor de «Las siete vacas flacas y las siete espigas gordas» que no han pasado á la historia aunque otros dicen que eso fué obra de don Manuel Sanchez de Velazco.

Lo de pómez referíase al rostro sembrado de lentejuelas en bajo relieve impreso por la peste tres veces

cruel, que obligaba á repetir al señor de Palomo y Vigueras, lo mismo qus de sí propio decía Olmedo, el cantor de Junin, el amigo de Bolivar: «Muchas y muy menudas cacarañitas tengo—que nunca le faltaron—sus estrellas al cielo.»

Palomo era con todo graciosamente simpático. Feo insinuante, rostro de buen corte animado por ojos hermosos, vivaces, risueños, chispeantes; boca correcta con labios como ponen los autores en los aristocráticos tipos de la rama real austriaca; esbelto y de talla más que mediana, tenia cierta majestad en su persona y cierta distinción en sus acciones y movimientos. Limpio, reluciente aunque un tanto cuanto arcáico en su vestido, abusaba de los dijes y de las joyas y perfumaba su ropa y su pañuelo y la petaca, con benjuí almendrado y ambar de susino, lo que le daba cierta reminiscencia monjil de locutorio, cierto sabor á obispo joven, bien tenido por ovejuelas de buena casa y mejor ver.

Y que tenía sal ática y sutilísimo ingenio, lo demuestra su memoria gratamente conservada con sus improntos, sus salidas, sus chistes en la más amena de las charlas. Hoy que todo lo decimos en extranjero para mejor inteligencia. le llamarían el gran *causeur*, un *causeur* parisién, un *gomoso* con *chic*. Perdone Júpiter Tonante tan melifluo amaneramiento en la *haute* del periodismo moderno.

Su más próximo antepasado, penúltimo Marqués de Cayara, había sufrido estrecha prisión por salvar á diez realistas refugiados en su casa y admirablemente escondidos por él, contra las persecuciones de muerte de los patriotas potosinos bajo Castelli y Balcarce. «Antes atenaceado y hecho cuartos, que faltar á la hospitalidad que Dios me ha impuesto», había dicho, arrastrando sus gri-

llos con la energía de las grandes almas. Los patriotas, que en el fondo estimaban al Marqués, ajeno á los movimientos revolucionarios y realistas de que era fecundo escenario la villa imperial de Potosí, creyeron darle el último golpe ordenándole la entrega de 10.000 pesos ó la de sus refugiados en el término de dos horas. El Marqués dió á los judíos las más preciadas joyas de familia y entregó los 10.000 pesos. Más tarde Belgrano tuvo para él las más altas distinciones y respetos.



Pues don Mariano Palomo y Vigueras se decía heredero de tan nobles prendas y lo era, en efecto, hasta el idilio. Quiso ser, y lo fué, Marqués por sus cuatro costados, y tan pródigo de su hacienda, que siempre andaba en empeños cuando no empeñado, ó como decía don Modesto de la Fuente: "Siempre sin un amarilla —como siempre también sin una blanca",

Era un Don Juan en lo enamoradizo y un Amadis en la castidad de sus afectos. Bajaba para la Belisaida de sus inspiraciones, la fruta de sus arboledas, arrojando pesos fuertes á guisa de peladillas para regalo de los paletos destripaterrones del huerto. Era preboste de la Sacratísima Congregación del Rosario é infaltable alférez conductor del guión en las procesiones. Para casos tales llevaba pendiente del cuello con cadena de oro la cruz de Carlos III; en el pecho la encomienda de Santiago y en los dedos los anillos blasonados con luciente línea de diamantes.

Y no chocaba tal anacronismo en plena república, tal es el poder de una tradición de siglos en vecindarios que poco estiman la soberanía popular y prefieren la pater-

nal protección de la gente hidalga. Lo que decía el Archipreste: "Huélgome con el pan de mi señor y engordo" etc.

Cayara era lo único que aún le quedaba del inmenso marquesado á donde pertenecía todo un pueblo, el de Sta. Lucía, pintorezco rezago incásico con sns cultivos en tablones simétricos florecientes, con su red de arroyuelos sus chozas pajizas y sus huertos de perales, ciruelos y manzanos y sus calientes apriscos.

Cayara era una residencia casi feudal, con grandes patios, galerías, salones, capilla, jardines, caballerizas, establos.

El dichoso Marqués, gran admirador de los clásicos del siglo de oro, poeta el mismo y célibe, decíasele enredado en clandestinos amores con las nueve hermanas, las Musas, solteronas, histéricas, hurañas á veces y en veces coquetas de gusto deplorable, pues, que amaron á Homero y Milton ciegos, á Pindaro cojo, á Esopo chato, á Tirteo deforme, á Alarcón jiboso, á Quevedo patizambo y para no citar más, á Palomo que ofrecía en su rostro agraciado un plano de ferrocarriles, canales y archipiélagos dignos de la más adelantada cartografía.

Desde el gran portal atalayado de gordos postes y coronado por un blasón de grifos y halcones en cuarteles separados por salomónicas columnas, veíase el sello poético del dueño. En el primer arco de la entrada, y bajo el ángel de la hospitalidad con los brazós abiertos, leíase este dístico:

«Bajo este techo la nobleza anida,
Y al reposo y al bien, dulce convida.»

Las amplias angulares columnas de las galerlas estataban llenas de sonetos de Lope, de coplas de Garcilaso y Meléndez, de melodías hebráicas, de vérsículos bíbli-

cos. Sobre la lujosa mámpara de labrado cuero de Córdoba que cerraba su despacho, su templo, tenía este fragmento de Arriaza:

«Suave sería al labio de mi musa
Modular solitaria sus congojas,
Al son del agua y silbo de las hojas,
De selva y rio en variedad confusa.»

Los muros en el gran corredor que encuadraba el patio de homenaje, vestido de trepadoras madreselvas, tenían pintadas, y no mal, las escenas del "Mágico prodigioso", de la "Verdad sospechosa", del "Alcalde de Salamea", del "Paraiso terrenal"; del "Barbero de Sevilla" y de "Gil Blas de Santillana".

***

Pobre ya, se acogió á una ley añeja. Nacido capitán conforme á las regalías de familia, alcanzó fácilmente á entrar en el ejército, bajo el gobierno del General Córdoba, con el grado de sargento mayor y el mando de una compañía de granaderos. ¿Sería un refugio á la pobreza? No tal, quiso simplemente lucir en hoja de Toledo, una esquisita obra de arte, una empuñadura cincelada y recamada de piedras preciosas, recuerdo y joya que todos los marqueses tuvieron en mucho.

Y cumplido militar, como fué ingenioso poeta, gran conversador, galante caballero y excéntrico personaje.

Alcanzóle la muerte cuando ese agudísimo cerebro estaba ya entre sombras, trastornado, vacilante, y aunque pobrísimo de bienes, murió Márqués, siempre Marqués, disponiendo grandes fiestas, prodigando mercedes y repitiendo las admirables coplas de su poeta favorito, del gallardísimo vate que no perece, en fin, de Jorge Manrique.



EL COMANDANTE BARTOLOMÉ MITRE

SUS PEREGRINACIONES EN LA ALTIPLANICIE ANDINA

SU SIMPÁTICA ACTUACIÓN EN BOLIVIA

«¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

RIOJA ó FERNANDEZ DE ANDRADA.»

AL caer de una tarde tibia y apacible de la primavera de 1847, descendía al lento paso de su cabalgadura por la pendiente que en prolongadas zetas conduce desde lo alto de la llanura al hondo valle en donde se extiende en Bolivia la ciudad de la Paz, un jinete de aire marcial, gallarda apostura simpática presencia y que no era más ni menos que el mismo que hoy, teniente general de los ejércitos argentinos, festeja con ovación singular americana y hasta europea, con palabras de plácemes de ciudadanos, presidentes y reyes, el 80° aniversario de su venida al mundo, (1901).

Había vencido el casi centenar de leguas que median entre el puerto de Arica y la ciudad del Chuquiapo, pasando por la risueña y pintoresca Tacna, cautiva

de Chile; trasmontando los Andes, faldeando el siempre nevado Tacora: vadeando el caudaloso Desaguadero en puente de barcas por el paso de Chuluncayani y surgido á la altiplanicie solemne, excelsa, desnuda, melancólica que no parece terminar sino al pie del gran baluarte que forman en el confin lejano los elevadísimos picos nevados del Illampu, tercero en altura en el mundo, del Illimani, blanco, solitario como inmenso témpano desprendido del cielo y del Huaina Potosí, cuyo perfil gallardo se prolonga hasta hundirse en el azul diáfano, y recibido, en fin, la impresión maravillosa que experimenta el viajero al llegar al alto de la Paz, el cual se rompe ex abrupto y enseña en lo profundo de una quebrada abierta una ciudad extensa, con edificios al parecer apiñados unos á otros cuyas techumbres rojas, acanaladas, semejan ondear, según los declives y altibajos del terreno, con altas torres, cúpulas, minaretes, bóvedas, una muralla de verdor lozano que la circunda toda y un torrente cristalino y ronco que la divide pasando por entre numerosos puentes de cal y canto hasta perdese allá entre el musgoso horizonte que las brumas velan.

Llevaba el viajero con sus bien ganadas insignias de comandante de artillería, sus decepciones de patriota, sus ideales de republicano, sus ímpetus vehementes de liberal convencido en los albores de una nueva era, su vocación invencible contra las tiranías y los caudillos y sus 25 años floridos, ardorosos, henchidos de esperanzas, de ilusiones, de entusiasmos, de exquisiteces, en fin, que le arrancaron cantos y estrofas en los momentos en que, ociosa la espada, mudo el cañón, polvorosas las cureñas, vencida la libertad, embrazaba peregrino, en la inmensidad de la naturaleza, ya la lira del tracio que fingía amores, ya el plectro del mantuano que soñaba

geórgicas, ya la trompa helénica que excitaba á la pelea y á los triunfos, llenando de belicoso ardor las almas grandes.

Aguardaban en la ciudad varios argentinos. Bolivia era entonces un hospitalario asilo para los proscriptos del Plata, para los *abajeños* que habían luchado y salvaban con vida de las garras de Rozas, tenido á la sazón como una de tantas mezclas de monstruo y de humano llamados Calígula ó Diocleciano. En esa época figuraban en aquel país los argentinos Oro, Paunero, Villafañe, Subiría, Zorrilla y otros antes, como Ramos Mexia, Madero, Zavalía, Cornejo, Alvarado, Aparicio, etc.

El general don José Ballivian presidía un gobierno adelantadísimo para esos tiempos. Reunía el mérito y el saber en torno suyo, abría las puertas al extranjero honrado, exploraba los rios navegables y las comarcas boscosas y desiertas, formaba planos y mapas geográficos de la república, dictaba códigos de leyes civiles, criminales, militares y eclesiásticas; organizaba ejércitos que dieron honra y gloria á la república y planteaba la instrucción pública con auxiliares de gabinetes de física, laboratorios químicos, observatorios astronómicos, en fin, llevando ya á sabios como D'Auvigni, ya educadores como Zorrilla y Sanabria, ya militares como Mitre, Clavera, Cornejo, todos argentinos.

Nuestro viajero iba precedido de una envidiable fama de gallardo, de valeroso y de poeta y, es claro, en aquella sociedad impresionable, en aquel tiempo de transición entre libertades y tiranías, de despotismos domésticos, recatos religiosos y tentaciones mundanas, entre trovas de amor y exámenes de conciencia, fué recibido poco menos que en triunfo y agasajado con aquella lla-

neza cariñosa que constituye y distingue á la hospitalaria sociabilidad boliviana, dicho sea en homenaje de verdad y de justicia.

El comandante Mitre fué pues incorporado al ejército de línea con su grado y sus honores y en su arma científica. Ballivián adivinó en él al hombre destinado á brillantísimo porvenir, le honró desde los comienzos con su confianza, poco dadivosa, pues nunca pudo aquel general de noble estirpe y hermoso continente, desprenderse del todo de su altivez de abolengo y de cierta violencia ardorosa, que le hacían temible en algunas ocasiones.

Quién hubiera dicho que al cabo de los años y en la anomalía de lo imprevisto, fuera el mismo, el teniente general Mitre, quien entregase en Buenos Aires con palabras de profundo afecto á una comisión boliviana los restos mortales de su antiguo jefe, el ex-presidente de Bolivia, don José Ballivián, muerto en Rio de Janeiro en la soledad de la proscripción y el desamparo.

Reorganizándose á la sazón en la ciudad de la Paz, que entonces era una de las notables del nuevo mundo, cuando el coloso del sur, Buenos Aires, contaría apenas la décima parte de su población actual y Santiago de Chile era un puñado comparado con Lima, lo mejor y más bizarro de lo habido desde el istmo hasta el cabo, se entiende sin incluir la lusitana ciudad que florece en lo más saliente del lomo sur americano: reorganizábase en la Paz el colegio militar y el comandante Bartolomé Mitre fué el encargado de dirigirlo.

Publicábase un diario en la misma ciudad, titulado *La Epoca*. Dueño de la empresa era el señor Paunero, cónsul de la banda oriental del Uruguay. El escritor Mitre fué encargado desde luego de la redaccción principal.

Notables son las páginas de esa publicación que obtuvo auge americano, bajo la inteligente protección de Ballivián. En ellas se planteó y defendió la cuestión de límites alto y bajo peruanos; se abarcó el horizonte de los futuros pleitos internacionales y se combatió la tiranía de los caudillos erigidos en árbitros supremos de los pueblos.

En un autógrafo publicado en el número especial que *La Mujer*, album de las familias, dedica al jubileo del general Mitre, dice el mismo: "El deseo de conocer estos lugares (el templo del Sol y el puente del Inca) doblemente célebres, contribuyó en parte á hacerme aceptar la oferta que en 1847 me hizo el gobierno de Bolivia, para ir á dirigir un colegio militar en la ciudad de La Paz, en circunstancias en que, separado violentamente de mis compañeros de armas del Sitio Grande de Montevideo, y cerrado á los emigrados argentinos el teatro militar de la provincia de Corrientes, no tenía en el Rio de la Plata campo en que combatir por la libertad de mi patria."

Pero no debía ser de reposo la vida del joven Mitre en Bolivia. El gobierno de Ballivián había sido reformador, lo que no sirve á la popularidad, aunque sirva á la glorificación histórica; había avasallado á dos partidos: el de Santa Cruz con Agreda y el de Velasco con Linares, los cuales unidos ante el enemigo externo que invadió el país, entregaron á Ballivián sus elementos y fuerzas hasta obtener la victoria; pero se separaron luego en lucha intestina y conspiración perpetua contra el mismo cuyos laureles triunfales no estaban aún marchitos.

Una de las más poderosas revoluciones estalló en el sur, allegando buen acopio de fuerzas y los recursos pecuniarios que ofrecía el emporio potosino. Ballivián

procedía como el rayo. Declaróse en campaña y salió con el ejército, cuyo jefe de estado mayor era el general Silva, colombiano, ministro de la guerra, y su segundo el comandante Mitre, con retención del mando de la artillería.

Esa fué la famosa campaña de los *quince días*, es decir, que en 15 días se marchó desde la Paz y se venció en la Lava y en Vitichi, recorriendo 150 leguas castellanas hasta cerca de la frontera argentina, sin más servicio del rancho que el llamado de las *rabonas*, ni más medio de movilidad para la pesada artillería que los pacientes mulos, ni, en fin, más vehículos para las tropas que el mover de las *tabas* y el ensanchar de los zancajos de aquella ejemplar infantería.

Al caer de la tarde, y después que Ballivián, el primero, pasó por Potosí, fusiló á tres guerrilleros que le habían hostilizado en el camino é hizo temblar al país, pasó también el comandante Mitre realizando prodigios de constancia para conducir con tal celeridad las piezas pesadísimas de campaña que el general en gefe, especialmente había entregado á su cuidado. En el mismo día á ocho leguas de aquella ciudad, en el cacerío de la Lava, chocaron la vanguardia del ejército leal y la retaguardia del ejército revolucionario, que fué destrozada por completo.

Dos días después al obscurecer de la noche, hallábanse los vencedores frente al pueblo fortificado de Vitichi. Ballivián, tomó una quebrada transversal para dominarlos ocupando la altura y Mitre, sin esperar órdenes porque el caso era apremiante, y al observar la evolución del gefe, logró, realizando verdaderos milagros de fuerza y destreza, llevar hasta lo más dominante de la montaña dos cañones que armó durante la refriega

ardorosamente empeñada, y lanzó tiros tan certeros que produjeron la confusión y luego la derrota.

Esta acción explica el honorífico escudo que le otorgó Ballivián, acordándole además el título de «Benemérito á la patria en grado heróico y eminente». En el parte oficial de aquella acción decía el general: «Ha trepado con sus cañones á eminencias que hasta ahora tan sólo las águilas han visitado».... Y aun hubo más. Le encargó la pacificación y reorganización de aquellas comarcas despobladas por la guerra civil.

Hallábase el córonel Mitre en esta benéfica ocupación de altísima confianza, cuando por conducto extraordinario fué llamado por el general á Potosí. En el norte —le dijo tan luego como se avistaron—conspiran el general Guilarte y el general Lara, deseo que V. que es amigo del primero y cuya palabra será para él de fé completa, marche á jornadas dobladas y le asegure á mi nombre, que estoy harto del poder y hoy que he restablecido la paz pública, deseo dejarlo voluntariamente. Que abandone la conspiración y concurra á Oruro á donde iré yo á entregarle el mando é investirlo mientras la representación nacional resuelva lo conveniente.

El coronel Mitre partió á marchas forzadas hasta La Paz; hablo á Guilarte, sirvió ante él de fianza de lealtad de parte de Ballivian y se realizó como se dijo la entrega del mando en Oruro. Pero el general Belzu se había ya lanzado por su cuenta contra este provisorato gubernativo y Mitre que ejercía la comandancia militar de la ciudad y mantenía el mando de su fuerza, recibió á cañonazos al coronel Cladera que, con un batallón á sus órdenes, intentó apoderarse del cuartel de artillería.

Resistencia inútil; el país entero estaba conflagrado y así lo comprendió Mitre, invitado á mantener su puesto por los revolucionarios. No era el aventurero que sirve á cualquier señor; habia servido al poder constituido de un país que acogía con cariño á los argentinos, combatió dentro de sus ideales de patriota y de republicano; pero no deseaba mezclarse en asuntos de política interna.

A pesar de esto Belzu ordenó su prisión y su ex-



INDIOS AIMARAES

trañamiento como peligroso á la revolución, y tanto, que no bastó la custodia de un piquete de caballería, sino que, como el mismo lo dice en el autógrafo ya citado, fueron también con él «treinta indios quichuas y aimaraes, armados de las antiguas macanas incásicas».

En esta ocasión subía la cuesta de las amplias zetas hasta el alto, con nuevas amarguras en el corazón, pero no menos bríos en el ánimo. Dejó espada, pluma y plectro, y se entregó á sus aficiones de investigador, arqueó-

logo, numismático y filólogo. Ablandó como Orfeo al Cancerbero con su blanda palabra y logró visitar el templo del Sol, el puente del Inca y el famoso panteón de los Chulpas, fundado por Yaguar Huaccac inca, y cuyas ruinas (de Tiahuanaco) se contemplan hoy mismo con asombro por los viajeros científicos, que vienen del viejo mundo.


RUINAS DEL TEMPLO DEL SOL EN TIAHUANACO

Nada tan bello ni tan interesante como esta página de las mocedades del joven argentino, elevado al rango de un héroe de leyendas gloriosas, envueltas en las azuladas brumas del tiempo.

Recuérdase en Bolivia á Mitre poeta, entre los Mármoles, los Ascazubi, los Varela, los del Campo, á Mitre guerrero entre los Ballivián, los Lara, los Silva, los Paunero, los Gelly y los Urquiza; á Mitre escritor unido ó separado de los Sarmiento, López y los Alberdi, y á Mitre historiador como al más grato de todos para aquella tierra que le debe hermosas páginas consagradas en su monumental historia de Belgrano, á la heróica

defensa de los pueblos del Alto Perú en la grandiosa guerra de la independencia.

El jubileo del general Mitre tiene, pues, por celebrantes entusiastas á todos los pueblos que se extienden más allá de la Quiaca, hasta el famoso Desaguadero que él pasó en barcas indias y repasó con escolta de vástagos de la noble raza incásica. En la historia de esos ochenta años cumplidos hoy, hay algo único, exclusivo y propio del general Mitre.—¡Que gran centenario si su admirable fortaleza física y moral le permitiese vivir aún los veinte años restantes!...





Potosí en la guerra de las Republiquetas

Hay que partir desde los primeros movimientos sociales y políticos que determinaron la separación de las colonias de Indias del dominio de la metrópoli española.

Esos primeros movimientos fueron calificados como obra de impotente reconquista de su pasado predominio, por las razas aborígenas. Esos pertenecen al siglo XVIII.

Sólo en 1809 aparece claro y manifiesto el espíritu de la revolución sudamericana. Dos ciudades de Bolivia, entonces Alto Perú, se disputan la primacía en el heróico suceso que inició el movimiento separatista de aquellas regiones sometidas á la sazón á los virreynatos del Perú y de Buenos Aires.

No queriendo terciar en ese delicado asunto por cuenta propia, oiremos con el respeto que merece un historiador tan prestigioso como el general Mitre, lo que dice sobre ello, en su monumental Historia de la Independencia Argentina.

He aquí sus palabras literales:

«La docta ciudad de Charcas ó Chuquisaca, fué la primera que dió la señal de insurrección, el 25 de Mayo de 1809, aunque sin levantar resueltamente el estandarte de la reforma. Este movimiento tuvo origen en una desinteligencia entre el arzobispo y el Senado del clero. El gobernador presidente tomó partido por el



DESIERTO DE ATACAMA

primero, y la Audiencia por el segundo, convirtiendo en cuestión política lo que al principio no había sido sino cuestión de amor propio. La Audiencia supo captarse la voluntad de la plebe, siempre poderosa en aquella ciudad, y halagando las tendencias de los criollos, puso de su parte el elemento americano, acusando al presidente que lo era el general Pizarro, de que los quería entregar á la corte de Portugal, y que para substraerse á este destino era indispensable deponer

á la autoridad que los traicionaba. El tumulto popular estalló al fin, y el presidente, atacado en su palacio, fué obligado á abdicar y encerrado en un calabozo, constituyéndose un gobierno independiente de hecho presidido por la misma Audiencia. Aunque esta corporación se declaraba dependiente del virrey de Buenos Aires y protestaba de su adhesión á Fernando VII.

La circunstancia de ser americanos los que habían tomado parte en el movimiento, le imprimía un carácter distinto del que había tenido en Montevideo el acaudillado por Elio. En esta revolución apareció por la primera vez figurando como comandante de armas don Juan Antonio Alvarez de Arenales, español de origen, que más tarde debía ilustrarse en las guerras de la revolución, por sus notables hazañas y sus virtudes espartanas; y don Bernardo Monteagudo, que se ensayaba, muy joven aun en las turbulentas luchas de la democracia.

El movimiento de Chuquisaca, aunque limitado en sus objetos y tímido en su marcha, fué seguido por la revolución de la populosa ciudad de la Paz, que estalló el 16 de Julio del mismo año, poniéndose á su cabeza hombres audaces que levantaron, con más resolución el pendón de la emancipación de los criollos, á los gritos de ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los chapetones! (los españoles). Bajo la denominación de «Junta tuitiva» organizaron un gobierno independiente, compuesto exclusivamente de americanos; se dieron una nueva constitución, reformaron el régimen administrativo; levantaron ejércitos, y se apercibieron al combate. Son notables las palabras que se leen en una de sus proclamas. «Hasta aquí—dicen—hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos

visto con indiferencia por más de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad, al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándones de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos, etc. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria... Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, y conservadas con la mayor injusticia y tiranía».



Iglesia de N. S. de Loreto.—Después salón de actos de la Universidad. Actualmente sala de sesiones de la Cámara de Diputados cuando el congreso funciona en la Paz Es célebre en la historia por la matanza de prisioneros ilustres que ordenó hacer el Coronel P. Yañez, Jefe de Armas.

Apenas se supieron en Lima y Buenos Aires estos movimientos, dictáronse, las más activas medidas para reprimirlos. Cisneros preparó en Buenos Aires, una expedición contra Chuquisaca bajo las órdenes del ma-

riscal Nieto, á quien nombró presidente en lugar de Pizarro. El virrey Abascal, del Perú, por su parte, dispuso que el brigadier don José Manuel Goyeneche, que á la sazón estaba de presidente del Cuzco, marchase á la cabeza de un ejército contra los insurrectos de la Paz».

Hecha la cita, continuaremos, añadiendo que llegó primero Goyeneche, mientras Nieto se dirigía á Charcas, y en diversos combates de gente aguerrida realista contra las tropas mal armadas de los revolucionarios, fueron estos completamente vencidos y degollados muchos de sus caudillos en el mismo campo de batalla, «para coronar con sus rebeldes cabezas las horcas de la justicia en que debían perecer, como perecieron, los nueve cabecillas llamados *protomartires* con Murillo su jefe más caracterizado» (García Camba).

«Desalentados los revolucionarios de Chuquisaca con el trágico fin de los de la Paz, se sometieron al nuevo presidente á pesar de la oposición de Arenales que estaba por la resistencia» (Historia de Belgrano).

Pero no duró mucho el sometimiento. *La tea encendida* por Murillo *no debía apagarse jamás* (Palabras de este en el patíbulo). Cochabamba (teatro de gloriosas hazañas) fué la primera en levantarse el 14 de Setiembre de 1810, secundando á Buenos Aires antes de la batalla de Suipacha y en dar el primer triunfo patriota en Aroma ó Aruhuma como dicen otros historiadores, el 15 de Noviembre de 1810.

Los patriotas cochabambinos fabricaron arcabuces y cañones de estaño y con pocas armas buenas y gran parte de sus tropas armadas con macanas (garrotes especialmente arreglados para combate) derrotaron al coronel Piérola y á su tropa aguerrida compuesta de 450 fusileros y 150 dragones.

Hemos contemplado respetuosamente aquel campo de heroísmo. Pero desgraciadamente el funesto Goyeneche cayó sobre aquellos valientes y los derrotó completamente con la disciplina y los abrumó con el número en la batalla de Sipe-Sipe el 21 de Agosto de 1811.



VISTA PARCIAL DE COCHABAMBA



Entre tanto la Villa Imperial de Potosí se sentía movida por un espíritu nuevo. En medio de sus costumbres aristocráticas y de su tradición realista, había algo que la impulsaba hacia una nueva vida. Abrumábala el despotismo excluyente de los castellanos y soñaba con la libertad y el dominio propio, pero no temía menos á los revolucionarios que cometieron el error de mezclar en el movimiento patriota ya iniciado, ideas radicales en religión, ensombrecidas por el horror, entre la buena gente, á las sociedades secretas condena-

das con saña por el Príncipe de la cristiandad romana.

Con todo, en la madrugada del 10 de Noviembre de 1810, se condensaron las opiniones diversas y se resolvió jugar el todo por el todo, sin que pudiera ya evitarlo el Gobernador don Francisco de Paula Sanz.

Acudieron los conjurados á la plaza por diferentes rumbos, mientras funcionaba el Cabildo justamente ya alarmado con los anuncios y los claros síntomas del alzamiento.

Un joven tan patriota como audaz y decidido, se presentó en persona en pleno cabildo y tomó preso en medio del estupor general, al Gobernador y lo condujo luego á la carcel pública ya ocupada por los revolucionarios. Ese joven patriota fué don Manuel Molina que después figuró en la Junta de Gobierno.

Luego se echaron á vuelo las campanas y se convocó al pueblo para el gran comicio y después de aclamar éste con verdadero frenesí la conveniencia de la independencia de aquellas provincias del dominio español, se procedió á nombrar la Junta de Gobierno, compuesta de los señores don Joaquín de la Quintana, Gobernador interino y presidente del Cabildo y los iniciadores del movimiento don Salvador Matos, don Pedro A. Ascárate, don Eustaquio Eguibar, don Alejo Nogales, don Mariano Nogales, los hermanos Millares, el ya citado don Manuel Molina, don Mariano Subieta, don Melchor Daza, don Diego Barrenechea, don Pedro Crotas, don Mariano Toro y don Manuel Orosco y Bulucua.

Los patriotas tomaron los cuarteles y la artillería, todas las armas y los tesoros reales y la revolución quedó consumada, por que la aproximación del ejército argen-

tino vencedor en Suipacha, á las órdenes de Castelli á la sazón delegado de la Junta de Gobierno de Buenos Aires, ahogó en absoluto toda idea de reacción en los elementos conservadores.

Por desgracia Castelli no fué prudente como Díaz Velez, ni magnánimo como Belgrano. Su radicalismo y sus violencias, alejaron á la causa patriótica poderosas simpatías y ocasionaron despues desastres lamentables, como la matanza de argentinos y potosinos el 5 y 6 de Agosto de 1811.

Pocos días despues de los sucesos rápidamente relatados, sacaron de su prisión al ex-Gobernador Paula Sanz y lo fusilaron sin juicio, ni razón, ni disculpa, en unión del presidente. Nieto, de quien hablamos antes y del general Córdova.

Potosí se vistió de luto ese día y no aceptó en modo alguno tan inútil medida.



Pocos meses despues el ejército de Castelli sufría un completo desastre en Huaqui, frontera alto peruana, á consecuencia de una acción poco caballeresca de Goyeneche general en jefe de los realistas.

Pero éste vencedor, en los pasados combates, no logró con sus triunfos asegurar la tranquilidad en los territorios que ocupaba, y mientras se dirigía á Potosí con el fin de ahogar todo gérmen de subversión criolla, y pasar luego á pacificar las provincias del Río de la Plata en donde imperaba la revolución y se alimentaba el foco de los incendios patrióticos, sucedía que la sublevación estallaba de nuevo más ardorosa á sus espaldas, precisamente para impedir que realizase el plan de subyugar

de nuevo á las provincias platinas que armaban desde Buenos Aires ejércitos y daban el temple y el vigor á la gran revolución de Mayo.

La viril Cochabamba alzó de nuevo el estandarte de la Patria y sin descorazonarse, ni desmayar por los desastres de Irupana y Condorchinoca, abandonó las alturas que fueron sus baluartes heróicos y se replegó en sus valles que no lo fueron menos.

Entonces Goyeneche tomando lo mejor de sus fuerzas en Potosí, ya castigado por él con tributos, exacciones y cadalsos por su primera *desobediencia*, se dirigió á Cochabamba tomando los valles de Mizque y de Clisa con 2.500 hombres de las tres armas y ocho piezas de artillería.

Ordenó también que varias columnas se dirigieran al mismo punto por diferentes rutas y el 24 de Mayo en un primer combate rechazó en Pocoma á la vanguardia revolucionaria, mientras su lugar teniente Lombera se acercaba á la ciudad por el camino de Arque.

Reunido entonces el pueblo fué preguntado por los caudillos en la plaza si estaba dispuesto á la desesperada resistencia y al notar cierta vacilación en los espíritus, las mujeres que en buen número hallábanse presentes «dijeron á grandes voces, que si no había en Cochabamba hombres para morir por la patria y defender á la Junta de Buenos Aires, ellas solas saldrían á recibir al enemigo. Estimulado el coraje de los hombres con esta heróica resolución, *juraron morir todos antes que rendirse* y hombres y mujeres acudieron á las armas, se prepararon de nuevo á la resistencia y tomaron posesión del Cerro de San Sebastián que domina á la ciudad, donde aglomeraron sus fuerzas y el último resto de sus cañones de estaño.

«Las mujeres cochabambinas inflamadas de un espí-

ritu varonil, ocupaban los puestos de combate al lado de sus maridos y de sus hijos y hermanos, alentandolos con la palabra y con el ejemplo, y cuando llegó el momento, pelearon también y supieron morir por su causa» (1).

Desgraciadamente la victoria no coronó tan heróicos esfuerzos; pero tampoco consiguió extinguir el fuego re-



volucionario ni desalentar la ardiente aspiración de los vencedores de Aroma.



«Tres ejércitos argentinos, dice el general Mitre, llevaron sucesivamente al Alto Perú, sus armas, obteniendo un triunfo, sufriendo cuatro derrotas y evacuándolo vencidos por tres veces consecutivas».

Y luego tributa á aquel país, este rasgo de merecida justicia.

(1) Mitre, Urcullo, Cortés y Muñoz Cabrera.

«En medio de estas alternativas la opinión de los pueblos del Alto Perú, acompañó constantemente á sus libertadores, así en la prosperidad como en el infortunio.

Y agrega, refiriéndose á la guerra que en diferentes zonas se hizo al ejército realista para impedir su avance hacia las provincias del Río de la Plata, guerra que constituyó gran número de *republiquetas* con sendos caudillos, estas frases gráficas:

«Cada valle, cada montaña, cada desfiladero, cada aldea, es una republiqueta, un centro local de insurrección, que tiene su gefe independiente, su bandera y sus termópilas vecinales y cuyos esfuerzos aislados convergen sin embargo, hacia un resultado general, que se produce sin el acuerdo previo de las partes».

Continuando este breve relato diré que á parte el pronunciamiento de Oruro con su caudillo Pagador, fueron diez las republiquetas así distribuídas: Una al Norte, extensa, de Larecaja, tres al Centro en Ayopaya, Chayanta (Potosí) y Mizque; otra al Sur que comprendía las de Porco y Siporo (Potosí) una al Oriente sobre Mojos y Chiquitos y dos más al Sud en Tomina y Cinti y en fin, las de Pomabamba y Santa Cruz de la Sierra.

No debe tampoco olvidarse la heróica actitud de Tarija con sus caudillos y el más notable de todos, Mendez.

Acaudillaba á la primera de las republiquetas desde Larecaja el inteligente y valeroso cura doctor Ildefonso de las Muñecas, tucumano de nacimiento, antiguo cura del sagrario del Cuzco, y secuaz de Pumaccahua en la sublevación de 1814.

Padilla dominó primero toda la región entre el Río Grande y el Pilcomayo y luego hasta Yamparaes. Padilla era potosino, nacido en Chayanta el 29 de Setiembre de 1773. Patriota decidido fué amigo de Arcunalez, despues

de haber concurrido á las batallas de Tucumán y Salta. Tuvo 4.000 hombres á sus órdenes. Venció á los españoles en Presto y otros lugares y fué vencido en la Laguna.

Acompañábalo en sus correrías su esposa doña Juana Azurduy valerosa é influyente en el pueblo por sus hazañas y de quien un historiador dice:



DOÑA JUANA AZURDUY DE PADILLA

«Esta heroina nacida en Chuquisaca en 1781, educada en un convento, casada con Padilla á los 24 años, de gallarda presencia, rostro hermoso y tan valiente como virtuosa, contaba en aquella época 35 años de edad. En los combates vestía una túnica escarlata con franjas y alamares de oro y un ligero ribete de adornos de plata y plumas blancas y celestes».

En Ayopaya hizóse famoso el terrible guerrillero José Miguel Lanza.

En Santa Cruz de la Sierra era el caudillo el coronel don Ignacio Warnes, hijo de argentina y de inglés.

En Cintí realizaba proezas el coronel oriundo don Vicente Camargo que derrotó fuerzas victoriosas españolas, con indios y piedras, cayendo sobre el enemigo en el momento menos esperado, y destrozándolo por completo para recobrar el botin de que iba cargado.

No menos heroica fué sin duda la acción de Padilla en la Laguna.



PLAZA MAYOR DE COCHABAMBA EN LA ÉPOCA PRESENTE

Y por fin Cárdenas y Antezana y los heróicos potosinos Betanzos y Zárate que dieron días de gloria defendiendo los desfiladeros de Porco y de Caiza.

Potosí era al mismo tiempo, en la ciudad, la caja y tesoro de los patriotas, y en sus provincias, la proveedora de vituallas. hombres y acémilas.

Refiérese un hecho que pertenece á los tiempos fabulosos. Lo aceptan como real varios historiadores y Omiste lo refiere así:

«Se hizo notable la intrepidez y arrojo del guerrillero doctor Pedro Arraya, que con solo cien jinetes de Chichas (Potosí) tuvo en constante alarma á 500 soldados españoles que guarnecían Tupiza, al mando de Ricafort, y las proezas que luego ejecutó en esta ciudad de Potosí, entre las que figura la captura del jefe militar de la plaza, el gobernador Carratalá, de en medio de su tropa, llevada á cabo por él solo, montado á caballo, que partió á galope con el prisionero á la grupa (13 de Julio de 1824).

Dos años antes de este heróico suceso, el coronel don Casimiro Hoyos se alzó en Potosí con el apoyo de la guarnición que constaba de 300 hombres.

Este nuevo alzamiento proclamó franca, abiertamente la independencia; pero fué ahogado por el Gobernador don Francisco de Jaúregui y su segundo don José Estevez, en la desastrosa derrota de San Roque cerca de la Cantería, con el auxilio de las fuerzas que fueron de Chuquisaca á las órdenes del infausto general Maroto.

Hoyos y sus oficiales y sargentos prisioneros fueron sin piedad fusilados el 21 de Enero, es verdad que para ello influyó el General Olañeta á la sazón jefe superior de las provincias del Sud.

La tradición ha conservado ciertas coplas que rematan en este estribillo.

Ay! que nos degüellan
Ay! nos dan baqueta,
Cuando no Maroto,
Cuando no Olañeta!. . . .

Felizmente, alboreaba ya la aurora de los triunfos definitivos de la patria. Bolivar despues de la famosa entrevista de Guayaquil en que tan grande y abnegado se mostró San Martín, avanzaba por el Sur del Alto Perú al encuentro del grueso aguerrido ejército de España.

Poco tiempo después, 6 de Agosto de 1824, obtuvo Bolívar el caballeresco triunfo de Junín y cuatro meses despues Sucre vencía y concedía magnánima capitulación á Virreyes, generales y tercios españoles en Ayacucho poniendo el sello á la emancipación americana.





Personajes, tipos, autoridades de la República y curiosidades propias de ellos

El 29 de marzo de 1825, fué ocupada por el general Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho, la plaza de Pótosí y la primera providencia que adoptó el general para poner término al desorden en que había quedado aquella ciudad con el abandono de los últimos realistas vencidos en Tumuzla, fué la de nombrar al notable potosino don Leandro de Uzin con carácter transitorio, Presidente de la Villa, aboliendo el título de Gobernador Intendente.

Duró este interinato dos meses; púsole término el nombramiento en propiedad con el título de Gobernador Presidente, del distinguido patriota general Guillermo Miller.

Algunos meses después, Miller llamado á otro puesto, fué reemplazado por el joven orador y abogado impetuoso don Casimiro Olañeta, sobrino del cruel general realista de su mismo apellido.

Pero en Enero de 1826 expidió el presidente general Sucre un decreto, refrendado por el notable estadista de

su tiempo don Facundo Infante, creando las circunscripciones civiles para la administración y dando á sus gobernadores el nombre de Prefectos.

El primero de este título que ejerció la autoridad prefectural fué el acreditado y caballeroso militar colombiano general don León Galindo, que ejerció el poder desde febrero de 1826, hasta diciembre del mismo año, en que lo reemplazó nuevamente el doctor Olañeta de muy grata memoria y de siempre ameno carácter.



Cuentan que los vecinos de la ex Villa Imperial, si bien republicanos flamantes, muy dados á sus fiestas religiosas, pidieron permiso azas timidamente, para celebrar la fiesta de Santiago Apóstol, y que no atreviéndose á otorgarlo la autoridad subalterna, consultó al prefecto señor Olañeta, pues Santiago Apóstol, sobre ser patrón de varias provincias de España, era santo conocidamente realista.

El doctor Olañeta puso al pie de la solicitud consultada:

«Habiéndose promulgado la ley de amnistía, sin excluír al apóstol Santiago, puede acordarse la celebración de su fiesta sin agravio de la Patria.»

Larga sería la lista de los prefectos hasta enero de 1859 en que el Dictador don José María Linares, corriguió la división territorial antigua, suprimiendo departamentos y provincias, para reducir la república toda, creo, no estoy seguro del número, á 32 Jefaturas Políticas, siendo el primer jefe político de Potosí, el ya nombrado general Campero, entonces coronel, que prefirió la muerte á la humillación de abdicar la autoridad por miedo (De la casa real de moneda etc.»)

Estos jefes políticos fueron 10. La revolución, restableció la obra de Sucre y se reanudó en 1863 la administración de los prefectos siendo el primero de estos el señor don Juan H. Lagrava, espíritu perspicaz y admirablemente ductil y astuto. Dicen que era sordo como una tapia, según conviniese al caso, y explicaban su comprensión rápida á veces, por su estudio del movimiento de los labios y la expresión de los ojos de sus interlocutores.

Belzu el presidente de Bolivia, se divertía jugando con él á los despropósitos.

—Es usted una maula; no sirve usted para nada.

—Admirable mi general; tiene razón S. Excelencia. Nunca ha estado Potosí tan entusiasta como al recibir á su Excelencia.

—Pero veo que no ha hecho usted la provisión de forrage que necesita la caballería.

—Oh, mi general, no se negará usted á aceptar nuestra humilde hospitalidad. Felipa lo tiene todo preparado y habrá la *leche espuma* que tanto gusta á S. Excelencia...

El general campechano y bueno en el fondo, acababa siempre por reirse.

Antes de este admirable y simpático personaje, jefe de una respetable familia entroncada con los Alba de ilustre abolengo, gobernó á Potosí un curiosísimo y excelente sujeto, de corte, figura y manera aristocráticas, para quien no había en el vestir, más moda que su capricho y sus costumbres que formaban su propia naturaleza.

Llamábase don Manuel Ayala á secas, y era uno de esos varones que nacen antiguos. Nadie se acordaba de haberlo visto nunca joven.

De baja estatura y muy bien conformado, (lo estoy viendo, ahora mismo). Su cara reluciente, rasurada siempre y aguda, en la cual brillaban dos ojos llenos de travesura y se fruncía en las comisuras una boca llena de malicia. Parecía una figurita de *biscuit* hecha para adorno de mesa en cualquiera mansión de lujo, pues su traje estaba en armonía con su rostro regocijado y fácil á la risa:

Sombrero cónico con faldas planas y ancha toquilla de cinta alrededor de la copa. Algo como un casacón de color violeta ó glauco oscuro, con volante y solapas que formaban peto. Calzón corto, medias de seda y zapatos de lustre con hebillas de plata. El chaleco extenso, ostentoso, bordado en matiz con cuidadoso esmero y pendientes por debajo de él á ambos costados, dijes y monedas, curiosidades artísticas y doble reloj en los bolsillos con siete tapas de guarda polvo cada uno.

En una de las faltriqueras posteriores con solapa tapadera, guardaba la caja de oro colmada de rapé bien oliente y en la otra el moquero ámplio de damasco á flores vivas y oliente á benjuí, almendrado de las monjitas llamadas Remedios de Santa Mónica.

Tal cual vez reemplazaba al casacón el redingote, eñido á modo de levita y á las calzas de seda, unas medias botas con orla roja, que le subían hasta la pantorrilla, lo que dió motivo al chispeante don Manuel José Cortes para decir de don Manuel Ayala:

«Moviendo de cabo á rabo
Sus faldas de ala de pavo,
Baila Manuel el minué,
La contradanza, el paspié,
Las boleras, las gavotas,
Con sombrero y altas botas
A guisa de San José.»

Don Manuel Ayala era un hombre muy popular y muy querido. Gozan todavía de fama tradicional sus convites y sus saraos en que había tanta profusión, como buen gusto y franca alegría.

Depuesta la autoridad, por cualquiera de los alzamientos que se hicieron crónicos, durante los gobiernos de Ballivian y Belzú, corría el comicio popular llevando el bastón y la banda prefecturales al indispensable prefecto de circunstancias don Manuel Ayala, como era indispensable administrador del tesoro público don José María Revilla, tesorero de nacimiento y por irresistible vocación demostrada en muchos lustros.

Algunos prefectos de la vieja Villa, han dejado gratísimos recuerdos: Don José María Linares, don Tomás Frías, don Aniceto Arce, don Pedro H. Vargas, don Emilio Fernández Costas, etc. Uno de los prefectos más recordado, es sin duda el general don Damaso Bilbao la Vieja. Era muy popular y muy alegre. Fomentaba las corridas de toros, con palo encebado, corrida de sortija, en la plaza mayor y recibía en tales días á todo el mun-

do en su palacio con variado acopio de vituallas y licores.

Era él, seguido de unos pocos funcionarios viejos y de vecinos notables, quien inauguraba el juego de carnaval. Para el caso llevaba virrete bordado con algo que fué oro en mejores tiempos y que lo usaba adrede para no inspirar respeto á los galones. Un gran levón militar abrochado hasta el cuello y en las hondas faltriqueras, polvos blancos y polvos rosa bien olientes y con borlas á propósito para blanquear graciosamente el rostro de las damas. Seguíalo la banda de música de los cívicos, llamada de (*aya ccatatas*) arrastra muertos, tocando á rompe cobres y parches el entusiasta carnaval potosino y un mundo de gentes que se quedaban en las puertas de las casas, mientras el general jugaba al embadurnamiento recíproco ó comía ó bailaba, pañuelo en mano, con las viejas y las jóvenes, con las pobres y las ricas, con las aristocráticas y las humildes y pedía suspensión de hostilidades para tomar dulces, mistelas, frutas, en medio del alboroto general que se comunicaba al pueblo.

Recuérdase también á dos prefectos obreros, don José María Valda y don Melchor Urquidi.

El primero redificó el atrio de la iglesia Matriz, el colegio Pichincha, el obelisco conmemorativo de la plaza, convirtiéndolo en esbelta columna de la libertad, la graciosa arcada que rodea á esta columna y muchas obras secundarias. Pero sea adulación de los sobreestantes, ó disposición propia de él, no había sitio,, enverjado, pedestal ó muro que hubiese él tocado, sin el indispensable: esto, aquello ó lo otro, se hizo siendo prefecto el doctor José María Valda.»

Lo que dió lugar á muchos epígramas incisivos del

ya citado poeta don Manuel José Cortes, que siento realmente no reproducir por su mucho condimento y especies picantes.

El doctor Urquidi, era un soñador de buena fé. Emprendió la obra de los asilos de niños y por la primera vez ensayó la junta de beneficencia de señoras.



DON CARLOS TORRICO, PREFECTO ACTUAL DE POTOSI

Él construyó lo que ahora ya no se ve ni en ruinas, el paseo de San Roque. Grandes arcadas y galerías, cerrando cuadros en que se alzaban estatuas modeladas de plomo y zinc por el habilísimo artista de afición don Marcelino Zilveti, y fundidas en la casa de moneda, constituían el paseo, en donde se pensó establecer invernaderos de plantas y flores.

Las estatuas representaban vicios y virtudes, abstracciones representadas con intención de servir á la enseñanza del pueblo.

Se gastó energía, labor y dinero, inutilmente.

Pero el caso es que Potosí debe, más que á ningún otro presidente, al popular y benéfico general Manuel Isidoro Belzu, tan poco caritativamente juzgado por la historia contemporánea.

El último prefecto de Potosí, hasta el momento en que se compone este libro, es el señor don Carlos Torrico.

Espíritu recto, inteligencia cultivada y honradez á prueba. Es también uno de los competentes economistas de Bolivia, un periodista sensato y brillante y un carácter leal y simpático para todos.

Sensible es no hablar de otros y dejar, por ejemplo en el tintero, á personas á quienes estímo yo particularmente, como el inteligente doctor Luis Navarro Cariaga y el ameno doctor Angel Casto Valda. Pero hay grandes lagos en los datos recogidos y en los libros oficiales al respecto y es forzoso pasar por el terreno á grandes saltos.





Curiosidades y tipos contemporaneos

LO RECUERDO CON LA CLARIDAD DE LAS IMPRESIOMES INFANTILES



ACE medio siglo existían menospreciando al tiempo, ciertas antiguallas caracteristícas de las viejas ciudades de Castilla, conservadas todavía en la ex Imperial Villa como inconsciente tributo de las gentes sencillas á la memoria de pasadas épocas misteriosas, aventureras y llenas de preocupaciones y fanatismos.

Aparte de las iglesias de Belen, de San Bernardo y de Jerusalen, al parecer revestidas de musgo entre sus grietas, quedaban en pié cubiertas por el polvo de los años las de Santa Bárbara, San Francisco el Chico y San Benito, como escenario de leyendas fantásticas que eran entonces artículos de fé para la simplísima ignorancia del pueblo potosino.

Belen fué luego capilla del colegio de Pichincha y luego lugar de encierro para estudiantes subversivos ó perezosos y, en fin, teatro para exhibiciones de espec-

táculos populares. Valeroso había de ser quien pasase delante de su amplia portada á deshoras de la noche. Contabanse de sus ámbitos mil consejas tenebrosas en que jugaban papel las almas errabundas.

En San Benito se iluminaban á puerta cerrada las grandes ventanas y al mediar de ciertas noches, oíase el cántico nasal de los padres que oficiaban misas y ceremonias fantásticas. Alguien había visto también una procesión de benditas ánimas deslizándose sin ruido y como azulada luz fosforescente entre sudarios albos y flotantes.

San Bernardo, convertido en capilla de cementerio, y antes en cripta para sepelio de nobles y de sacerdotes, era teatro en altas horas de la noche de irreverentes juegos de pelota. Dos finados y poco escrupulosos párrocos de la Villa que no quiero nombrar, arrojabanse uno á otro sendas pelotas de fuego que iluminaban siniestramente el templo reflejándose como el sol de las animas, á lo lejos por las ojivas y los tragaluces...



Pero dejando lo fúnebre y sus leyendas interminables y, *mutatis mutandis*, en todas partes las mismas, digo, en todas partes vale decir en donde los curas hicieran de la confesión *in artículo mortis*, un requisito *sine qua non* para salvarse so pena de errar por el mundo las almas y penar con daño de los vivos. Dejando eso triste, hablaremos de otras curiosidades ya modificadas en nuestros días.

La célebre calle de las Siete Vueltas era un dédalo, un laberinto formado por callejuelas angostas, tor-

tuosas, enrevesadas, con rodeos y curvas y dificil salida á diversas calles principales.

Allí vivía la mar de gente y se albergaban jugadores de lo bajo, mozuelas del honor averiado, ladrones y gente apta, lo mismo para un barrido que para un fregado, y vivía también gente laboriosa en casuchas con patiecitos al natural sin pavimento, en donde crecian las ortigas, simpáticas á falta de cosa mejor, con sus flores de sangre y se sembraba cebadilla ó malva ruda para ver y gozar algo verde en medio de tanta aridez como ofrecía aquel suelo de entrañas argentiferas.

Eran las Siete Vueltas algo como la Corte de los Milagros en donde se miraba con recelo á los estraños.

Dificilmente daban los alguaciles con quien quisiese ser por sus vecinos arrebatado á la justicia y ocultado por todos formando una causa común.

En el centro de ese dédalo en una espaciosa plazoleta, había una pila de gruesos chorros con un pilón á donde acudían las lavanderas del barrio y los ociosos para departir con ellas. No faltaban diversas imágenes de la Virgen, empotradas en el muro de los revueltos ángulos, teniendo siempre yerbas frescas como marco, algunas flores de trapo descolorido y dos farolillos con luz á los costados.

Por ende, no faltaban las fiestas vecinales y allí mismo había siempre con quienes formar orquesta y en donde buscar el baratísimo aguardiente de San Juan y de Cinti y la chicha de maíz y de quinua y de garbanzo.

Las Siete Vueltas constituian un privilegio popular consagrado por la costumbre y generalmente respetado por aquellas autoridades de manga ancha y conciencia poco satisfecha de sus propios actos.

Se recordaba no obstante, que el doctor don Juan

Bravo de Rivero, Oidor de la Real Audiencia de Charcas, Superintendente de Casa de Moneda y Mita y Corregidor de la Villa en 1724, quiso poner en obra lo que no habian alcanzado sus predecesores, temerosos de los alzamientos tan fáciles en una población orgullosa, rica, y levantizca.

Armó una noche á sus alguaciles con espadin y linterna y con una guardia de arcabuceros de buen temple, cayó por todas sus salidas en el laberinto de las Siete Vueltas, allanó domicilios, derribó puertas y forzó ventanas y extrayendo de las casuchas á siete de los más temibles compañeros de León de Morla, el *Noble Alzado*, que atacaba las remesas de dinero enviadas al rey en concepto de quintos, levantó en la misma noche siete horcas una en cada recodo y colgó en ellas sin más tramite á aquellos desgraciados, arrastrando de paso hacia la cárcel de la Villa, una gruesa porción de mujeres y hombres tachados de deshonestos y mal avenidos con la ley de Dios.

Pero el buen Oidor no lo pasara muy bien, si prudentemente no se marchara por algun tiempo á Chuquisaca.

Ya antes de ese suceso que demuestra el despotismo de aquellas buenas gentes, había pasado otro que pone en relieve la religiosa severidad de ciertos corregidores esclavos de la moral y de las buenas costumbres. Y fué el cómo el general don Tomás Chacon de Medina y Salazar (1680) acompañado también de guardia y alguaciles y además, del cura y sacristán de la parroquia, llamó una noche en todas las casas de las Siete Vueltas en donde vivían parejas en irregular ayuntamiento ó se anidaban amantes de ocasión, cazadores furtivos en seto ajeno, y sin oir observaciones, ni atender á replicas, ordenó al cura uniera las manos de

aquellos, y les echara revestido de sagrados ornamentos y previo asperges de agua bendita, la bendición nupcial en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sucedió el caso de unir, sin escuchar nada á parejas ya unidas antes con otras en legítima coyunda, lo que consagraba una bigamía legal que solo desataba el obispo.



TIPO DE CHOLA QUECHUA

***

Finalmente, para no prolongar estas reminiscencias, nombraré solo la Esquina del Toro Chocchi. El estimable potosino Dr. Manzano ha escrito una interesante tradición sobre este tema.

Hasta hace pocos años se conservaba en el muro, sobre la puerta de un tenducho que miraba á la barranca en los extramuros de la ciudad, una pintura de brocha gorda en que un caballero daba la muerte al toro furioso que huyó de la plaza después de echar abajo un tablado lleno de gente y cebarse sobre innumerables victimas.

***

Hubo en Potosì, ciertos personajes y tipos, que no creo que existiesen iguales en parte alguna del globo.

Eran de la época contemporánea, entre la guerra de la independencia y el establecimiento de la república.

He aquí uno. Marcelino Espada, maestro de primeras letras y caligrafía, de varias generaciones. Un emporio de habilidades y aptitudes. Admirable para los ringorrangos, arabescos y cuadros á la pluma. Nada había estudiado y todo lo sabía y lo mismo doraba los retablos de los templos, que el vidrio de los grandes cuadros y era orfebrero y cerámico. Inmejorable para la tapicería; para arreglo de salones, para factura de artísticos altares que suntuosamente se erijen en la fiesta del Corpus. Era grabador y arquitecto y modelador y más que todo eso, era perezoso, haragán, informal, olvidadizo. La autoridad lo obligaba á trabajar sitiándolo por hambre, entre centinelas. Los particulares se constituían permanentemente en su estudio para alcanzar un trabajo que siempre era primoroso. Con todo, vivía pobremente y murió como un infeliz no hace todavía unos treinta años.

Conservanse obras suyas públicas y de particulares y su memoria es grata en la ciudad potosina.

***

Una familia entera y larga de Otáloras, ejerció casi con exclusiva por muchas décadas, el oficio de barbero, sangrador y flebótomo. En la familia ejercían á la par los hombres y las mujeres. Ha vivido hasta hace veinte años la última Otálora, una mulata que fué garrida y real moza en sus tiempos y tuvo entre sus manos la cara de grandes personajes: Belzu, Córdoba, Linares, Frias etc. etc.

***

La orquesta ordinaria de los bailes caseros la constituían por punto general un Miguelon y un Tiburcito. Todos los arpistas ciegos ó no, eran Miguelones y todos los guitarristas, Tiburcios, en memoria de dos tipos predecesores que hacian hablar á las cuerdas y bailar á los bancos.

No pasaba cumpleaños, ni casorio, ni fiesta de iglesia, ni festejo de promoción en algun empleo ó prebenda, que no acabase en *jarana.* Cualquier Miguelon con su Tiburcito, llamados en momento oportuno, completaban el cuadro formado por las familias reclutadas en el barrio, por comisionados ad hoc.

Allí eran indispensables los dos Kechis, ó uno por lo menos, por que hubieran necesitado el don de la ubicuidad para hallarse á la vez en todas las jaranas que eran siempre numerosas, como que no había vanidades, ni pretensiones y reinaba entre las gentes la mayor llaneza y confianza. «Véngase U., como está, decía la cartita de invitación y así era, se iban como se estaban sin ochenta alfileres, ni ochocientos mil adminículos como usan al presente las gentes de pró y de campanillas, para cualquier trajin casero que se llama *soirée* ó *matinée* porque no hay como llamarlos en castellano.

Los Kechis eran dos personas de buen linaje, llamados don Pepe y don Mariano Penailillo; dos tipos de gracia, de cortesanía, de amabilidad, de gentileza. Dos estuches de recursos para animar una reunión y promover la alegría y el contento.

Constituíanse, desde el primer momento en bastoneros; nombraban sin réplica las parejas que habían de salir al baile singular, pañuelo en mano. Daban la señal de las palmadas al concluir la vuelta entera y que se llamaba *jaleo,* y tenían lista la doble copa de licor para premiar á

los que cesaban, remplazados por otros, sin dar lugar á los enfriamientos.

Las salas hervían de satisfacción y de entusiasmo bajo el bastón de sus dos incomparables Kechis, que nunca se quedaban sin una galantería ó un chiste para todos sin



PLAZA PRINCIPAL DEL POTOSÍ MODERNO

perjuicio de fusilar con colmada copa á los retrasados ó poco espansivos, pues su divisa era esta:

«Dicha que poco duró
Desdicha la llamo yo;
Desdichado del dichoso,
Que de tal dicha gozó.»



No eran menos dignas de mención dos parejas de hermanas, de la buena clase, las unas, y burguesitas las otras. Todo lo que aquellas tenían de buena educación y garbo

aristocrático, tenían estas de adorable sencillez y naturalidad, pero todas estaban dotadas de una voz melodiosa, extensa, flexible y capaz de producir con el canto ya alegre, ya triste, las impresiones mas inefables, las ternuras más hondas.

Llamabanse las primeras, las Tudó y las segundas, solo eran conocidas por su nombre popular de las Pepinos.

Eran la delicia de aquella tierra y produjeron grandes y borrascosas pasiones, cuya relación omito porque es tiempo ya de cerrar estos párrafos.



CONCLUSION

RUINAS

No he de decirlo mejor, ni más concreto que como lo dijo Donato Dalence en la Monografía de Potosí. He aquí su resumen:

«**TORRE DE LA COMPAÑÍA**.—La más celebre de las ruinas de Potosí es la conocida con el nombre de Torre de la Compañía.

La torre construída en 1590 para el templo de la compañía de Jesús, una cuadra hacia el oeste de la Plaza, era de adobe y ladrillo y tan mal fabricada que se desplomó causando la muerte de tres jesuitas. En 1700 se propuso reconstruirla don José de Quiroz.

Este célebre minero empleaba sus ingentes riquezas en obras religiosas y de caridad, por eso se decía: «Después de Dios, Quiroz». Quiroz había hecho dorar el retablo de la Iglesia de la Misericordia, con un gasto de 16.000 pesos fuertes; hizo reedificar la capilla mayor de San Agustín, construir dos bóvedas subterráneas y un magnífico retablo con el gasto de 25.000 pesos fuertes; y fué él quien mandó construir la actual Torre de la Compañía á su exclusiva costa con un gasto de 40.000 pesos fuertes, habiéndose comenzado en 1700 y concluido en 1707.

Esta monumental Torre está formada toda ella de

INDICE

PAGINAS SUELTAS